
MALKA ADLER
La
CHICA
POLACA
Inspirada en la historia real del amor de
una madre y la esperanza de una hija
Harper+

MALKA ADLER

# La CHICA POLACA

Editado por HarperCollins Ibérica, S. A.
Avenida de Burgos, 8B - Planta 18

# 28036 Madrid

## La chica polaca

Título original: The Polish Girl

Publicado por One More Chapter, una división de HarperCollinsPublishers Ltd., UK


Imágenes de cubierta: Dreamstime.com y Shutterstock I.S.B.N.: 9788410021716

Conversión a ebook: MT Color & Diseño, S.L.

# Índice

*Este libro está dedicado a mi marido, Dror,*
*que siempre está ahí para mí*

# Prólogo

Lo más difícil de todo fue cuando los rusos entraron en Cracovia. Nos ocurrió al final de la guerra, después de que el doctor Helmutt Sopp se fuera de la casa. Se fue a vivir donde trabajaba, en el hospital en Cracovia. Mamá dijo que eso le convenía al profesor y que los antiguos tiempos de los nazis ya habían terminado, justo como una mala película. Mamá decía que Helmutt Sopp era profesor, pero, según su título, era solamente médico. Psiquiatra y oficial nazi en el ejército de Hitler, pero no profesor. Eso lo vi en las cartas que le envió a mamá después de la guerra, cuando vivíamos en Haifa. En los sobres que enviaba, se leía:

DOCTOR MED. HELMUTT SOPP

Aparte de eso, yo oí que la gente le decía «*Herr Doktor*» cuando todavía vivíamos con él. Fue nuestro gran salvador. Para mamá era el director y el responsable en Cracovia. Para mí era un buen hombre, alto y apuesto.

Mamá fue ama de llaves de la familia Sopp durante dos años. La contrataron con papeles especiales gestionados por Lydia, su hermana mayor. Conservó el nombre de Anna y solo cambió el apellido familiar a Kwiatkowski, un apellido polaco que podía salvar a los judíos de la muerte. Gracias a los papeles de Lydia y a que mamá trabajaba para la familia Sopp nos dieron una pequeña habitación donde podíamos vivir sin miedo al cruel destino que podría caer sobre nosotros cualquier día, a cualquier hora, año tras año.

Cuando nos enteramos de que los rusos de verdad se acercaban a Cracovia, comenzaron a llegar nuevas instrucciones al hogar de la familia Sopp en la ciudad. Toni, la mujer de Helmutt, y sus hijos, Peter y Ammon, partieron para Alemania, como se les indicó. Nosotros permanecimos en la casa con Helmutt Sopp durante otra semana o dos, y después, debido a la nueva situación, como decía mamá, Helmutt también dejó la casa y se fue a vivir al hospital.

Nos dejaron solos en la enorme y lujosa mansión, sin las fiestas habituales y sin la protección de Helmutt y Toni Sopp. Entonces, la radio anunció que la guerra había terminado.

Un día, era el mes de febrero, llegaron los dueños polacos. Esto ocurrió después de la liberación, cuando los rusos ya estaban en las calles de Cracovia, tumbados por ahí borrachos o bailando como locos el *kazachok*. Los dueños le dijeron a mamá que esa era su casa y que había papeles. Nos permitieron quedarnos hasta que pudiera hacer

algunos arreglos. Mamá les dio las gracias y con los ojos nos hizo señas para que nos metiéramos en la habitación y permaneciéramos callados. Los nuevos dueños, un hombre, su mujer y una hija mayor que yo, enseguida ocuparon el ala de los propietarios; mamá, yo y mi hermano, que era poco más de un año menor que yo, desaparecimos en el cuarto de los sirvientes, pegado a la cocina.

Yo tenía ocho años, alcanzaba la manija de la puerta, era alta y delgada. Yashu tenía alrededor de siete años; mamá tenía cuarenta y era tan hermosa como siempre.

Un día, oí a la chica polaca preguntar a su padre:

—¿Cómo escribes «alemán»? ¿Con mayúscula o con minúscula?

—Escribimos los nombres de todas las naciones con mayúscula, hija —explicó él—, con excepción de los judíos. La palabra «judío» se escribe con minúsculas.

—Gracias, padre —dijo la chica educadamente, y continuó escribiendo en su cuaderno.

Recuerdo que en ese momento me di cuenta de que todas las naciones, absolutamente todas, eran mis enemigas, y que no importaba que la guerra hubiese terminado, como se decía por todas partes. Me dije a mí misma: «Bien, Danusha, otra vez no vales nada».

También me di cuenta de que había un mundo de muchas naciones y de que yo estaba del otro lado y tenía que permanecer escondida. Y, por encima de todo, entendí que a mi madre y a mí nos escribían con minúscula, que no contábamos.

Eso me hizo sentir mal. Esa vez me sentí desvalorizada a un nivel universal, y eso me llenó la nariz y me quemó la garganta. Ni siquiera el espejo que tanto me gustaba me ayudó a sentirme mejor. Yo era una niña muy callada y educada, de ojos azules y con el pelo del color del bronce; «qué adorable», decía la gente, con admiración. Seguía sintiéndome mal al lado de la nueva niña de la casa y no ayudaba que, a los seis años, yo ya pudiera leer en dos idiomas, y tampoco que *Frau* Von Dort, la maestra de piano en Bad Pyrmont, dijera que yo era muy musical.

Según recuerdo, todo comenzó en nuestra pequeña familia. Solo papá se alegró cuando nací, pero él desapareció cuando cumplí cinco años, y si mamá decidió que una niña no contaba, entonces eso era lo que nos importaba.

Una buena madre sueña con que su primogénito sea un hijo, no una hija. La mía creía que tendría un hijo primogénito que se vería como un oficial polaco privilegiado, como su familia antes de la guerra. Les decía a sus hermanas que su primer hijo sería muy alto y apuesto, no un *Hassid*, un estudioso, como su abuelo. Mamá quería un hijo que montara un caballo noble, como el que había visto en su sueño, aquel sobre el cual había susurrado a sus cuatro hermanas en la sala de

estar. Aharon, su hermano menor, había desaparecido en la guerra. Pero ¿quién era el sexo fuerte en esos días?, ¿quién? Los hombres se ocultaban o se desvanecían en el humo o el viento, y las mujeres sobrevivían. ¿Quién había derrotado a mi madre? Nadie, ni a sus cuatro hermanas, que eran tan fuertes como el peñón de Gibraltar.

Yo fui la primogénita de un padre que era comerciante de Galitzia del Este [1], y no un abogado de Lodz, como el que se había casado con mi tía Franca, nieta de la abuela Rosa, que estaba mucho más feliz con el abogado de Lodz. La abuela Rosa en realidad no estaba muy contenta conmigo. Así es como me sentía cuando la visitaba en Cracovia y jugaba con mis primos. Sentía que ellos, los hijos del abogado de Lodz, eran los verdaderamente exitosos.

Cuando el dueño polaco le dijo a su hija que solo *żyd* se escribía con minúsculas, y todas las otras naciones recibían una hermosa letra mayúscula, entendí de inmediato que la guerra no terminaría para mí cuando los rusos entraran en Cracovia.

Y eso fue lo que sucedió.

No todo fue malo en la guerra.

Quizá porque todavía era pequeña, apenas dos años, cuando todo comenzó.

Cuando tenía tres, cuatro, cinco, y más adelante también, hubo momentos dulces. Mamá solía cantar arias y partes de óperas desde muy temprano por la mañana, y yo le suplicaba, por favor, más y más. No quería que detuviera las melodías. Hicimos viajes de un pueblo a otro, conocimos buenas personas y también el jardín tirolés que había dibujado en los sillones en medio de la sala de estar de ese monstruo, Josef Wirt.

Estaba el guapo Helmutt Sopp, la divertida Toni, vestidos limpios para usar con lazos a juego en el cabello. En la gran casa de la familia Sopp había buena comida, olía a especias en la cocina y «*frau* Anna, *es schmeckt gut* — sabe bien». Estaban Peter y Ammon, dos chicos agradables, y había un tocadiscos en la sala de estar, con un montón de discos; había panecillos frescos, maravillosos pasteles y helado, justo como en las películas. También se compraba el periódico, *Die Zeitung*. Aprendí a leer por mí misma y había hermosos libros e invitados importantes sentados ante mesas elegantes. Había bebidas y exquisiteces, y muchas risas. También había un licor poco conocido, el favorito de mamá, y el maravilloso canto de los hombres, «Oh, Wisła, Wisła». Las mejillas de mamá eran rojas.

—¿Sabías que el nombre Kwiatkowski significa «flores» en alemán? —decían, y ella estaba orgullosa de su nuevo apellido.

En el pequeño cuarto contiguo a la cocina había una ventana que daba al jardín, había un árbol de lilas con las ramas cargadas de flores

y la fragancia me mantenía en la ventana durante largos ratos.

# 1

Mi primer recuerdo es más o menos a los dos, tal vez tres años. Estoy sentada en una cama y, frente a mí, hay una mujer joven, con la boca entreabierta, mostrando unos dientes grandes y saltones. La mujer está haciéndome el lazo y enseñándome a decir palabras en ruso.

—*Boot Gatob* —ordena, dándome golpecitos en la cara con sus dedos gordos.

Miré la uña cerca de mis ojos y vi que era pequeña y estaba hinchada y roja alrededor. Otra ojeada y vi que todos sus dedos estaban así, y me ordenó decir «*Vsegda Gatob. V-se-gda G-at-ob. Vse. Vse.* Danusha. *Vse. Gda. Gaaa-tob.* ¿Has entendido?».

Me costaba repetir las palabras en ruso, pero ella no se rendía. Me mantuvo ahí, en la cama, hasta que ambos estábamos cansados: el perro que ladraba fuera y yo. La mujer se puso en pie y dijo:

—Descansemos un poco. —Y algunos minutos después me levantó de la cama y me sentó en la mesa de la cocina.

—No te muevas —indicó, luego cogió una gran hogaza de pan.

Arrancó un pedazo, lo sumergió en una jarra de leche, cortó un gran trozo y comenzó a masticar. Parte del trozo dentro y parte fuera de su boca. Yo nunca había visto a mamá comer así. Y entonces la mujer dijo:

—*Nu*, otra vez. Di *Vse. Vse. Gda. Gaaa-tob*.

Al final logré decir sus palabras y ella aplaudió y se dio la vuelta hacia la mujer más mayor, que tenía hoyos en la cara y estaba sentada a un lado. La anciana cogió varios vestidos de un saco lleno que estaba junto a ella, los sacudió y se los puso en el regazo; se veía complacida. Sonrió, y su sonrisa era tan amplia que se le cerraron los ojos. El hombre delgado que estaba de pie junto a ella, abriendo cajas de cartón, se mantuvo serio.

Mamá estaba junto a la pared, llevaba en brazos al nuevo bebé.

—Este es tu hermano.

Trató una y otra vez de explicarme tal maravilla, y yo quería meter los dedos en los ojos del bebé para hacer que dejaran de moverse de un lado a otro.

Mamá me empujó.

—Eso no se hace —me regañó.

—Je, je —chilló la anciana con alegría mientras sacaba un jersey grueso y colorido del saco y lo ondeaba de atrás hacia delante en dirección a mamá, quien me miró fijamente, con su cara silenciosa, y después se dirigió a papá, que estaba de pie cerca de la puerta, y él

negó ligeramente con la cabeza.

Vi los ojos de papá desviarse hacia mí; me dijo adiós con la mano, con un pequeño ademán casi invisible, y salió de la casa.

—Vamos —indicó la mujer joven, luego me levantó de la mesa de la cocina y me llevó a la habitación grande.

Enseguida sentí el comienzo de una celebración. Había desconocidos ya sentados a la mesa, hundiendo las manos en grandes tazones de comida, y un olor que no me era familiar. Cada vez que alzaban las copas, eructaban y hablaban entre sí con palabras que yo no entendía. Por sus caras, supe que estaban felices.

Entonces la joven mujer se sentó, me puso en su regazo y dijo:

—Shhh. Shhh.

De pronto se hizo el silencio. Una mujer de grandes ojos marrones se me acercó, me tocó la cara con el dedo y exclamó:

—*Boot Gatob!*

Y, como un relámpago, me enderecé y grité «*Vsegda Gatob*», y toda la gente se rio y se rio, e hizo mucho ruido. Me pellizcaron las mejillas y me dieron un caramelo cuando me las agarré para que no me dolieran. Hasta la robusta mujer con hoyos en la cara se rio con el ruido.

Esa mujer a veces le decía cosas a mi madre, y mamá, enseguida, miraba al suelo como si la oscuridad estuviera cayendo. Pero, después de que yo gritara las palabras en ruso, la mujer me dio un caramelo y rio. Yo apreté mi caramelo con la mano y, desde ese día, comencé a decir *Vsegda Gatob* por la mañana, *Vsegda Gatob* por la tarde y *Vsegda Gatob* por la noche, y muchos otros *Vsegda Gatob*s similares, sobre todo cuando veía a la anciana con hoyos en la cara acercándose al oído de mamá, y a mamá inmóvil.

Cuando tenía doce o quizá trece años, oí por primera vez a mamá hablar acerca de la anciana mujer rusa de Tarnopol a los vecinos y admiradores que se reunían en nuestra sala de estar en Haifa. De inmediato me di cuenta de que estaba hablando de la mujer robusta con hoyos en la cara.

Mamá habló de ella muchas veces, durante muchos años, y en varios idiomas. Hablaba en yidis, alemán, polaco y hebreo, y pasaba de un idioma a otro dependiendo de la gente que estaba en la sala y de cómo ella se sentía. Además de todos estos idiomas, agregaba palabras en francés y en inglés. Y yo siempre me sentaba a un lado y observaba a mi madre.

Erguida en su silla, se sentaba con las manos entrelazadas en el regazo, hablando como si fuera una actriz importante. Tenía el pelo recogido y una frente alta, ojos azules y una nariz recta y perfecta. Vestía un largo vestido azul, que hacía juego con sus ojos, y era tan

hermosa como una pintura. El señor Bogusławski, un vecino que vivía en el mismo piso y era ingeniero con conexiones en la Municipalidad, era un monarca importante en nuestra sala de estar. Decía que mamá era tan hermosa como Marlene Dietrich. Nuestro amigo Bernard Cohen, que vivía en el edificio de al lado y trabajaba para Egged Cooperative, decía: «No digas tonterías, es tan hermosa como Audrey Hepburn», y entonces mamá pedía que se callaran: «Ya empezamos…» .

La única discusión en la sala de estar en Haifa era si mamá era tan hermosa como ¿quién? Aparte de eso, en realidad nadie interrumpía sus historias. Ni uno solo de los vecinos o conocidos que mamá invitaba a la sala de estar se perdía una invitación a visitarnos. La miraban y saboreaban cada palabra que salía de su boca; incluso aunque se interrumpiera para sonarse la nariz, ellos no bajaban la vista a la mesa de refrigerios, pero yo sí lo hacía.

En nuestra sala de estar, los sitios solían ser fijos y eran sobre todo hombres quienes asistían. Tres de los ellos eran habituales: el señor Bogusławski, cuya mujer no asistía porque tenía problemas de migraña, Bernard Cohen y Yozek Meltzer, un soltero bastante joven que admiraba a mamá. Se peinaba hacia atrás el cabello negro y tenía dedos largos.

—Como los de un pianista; definitivamente, tiene aspecto bohemio —decía mamá, pero yo sabía que él no tenía ninguna oportunidad, porque ella era tan alta como él.

Mi sitio fijo era una silla de madera que estaba a un lado, cerca del pasillo y la cocina. El de mi hermano Yashu era fuera, con sus amigos, o en las casas de estos. A veces me sentaba en el suelo, para variar, y nunca me molestó escuchar la misma historia una y otra vez. Había ocasiones en que mamá contaba una historia al menos dos veces, porque uno de los invitados se había ido a descansar a un Histadrut Sanatorium, lo cual ocurrió con Bertha Ketzelboim y su marido, Jacob, que había sido atleta. Ellos hablaban de ella diciendo que tenía problemas con los nervios, que de repente se había puesto mal y había necesitado descansar. Había algunos que estaban enfermos y precisaban una cama en un hospital, y mamá no se rendía: todos escuchaban la historia una y otra vez. Yo también, porque mis compañeras de clase no me invitaban a salir. Los amigos de Yashu lo invitaban al menos dos veces por semana, hasta donde yo sabía, pero estoy segura de que recibía más invitaciones y no decía nada.

«Valya le enseñó a nuestra Danusha a decir *Vsegda Gatob*», decía mamá, y contaba la historia de la mujer rusa de Tarnopol cuya familia se había quedado con nuestro hogar .

«Valya tenía dieciocho años y, en cuanto a belleza, pues más o menos», decía.

En ese tiempo, los vecinos no sabían que mamá venía de una familia donde la belleza era un asunto serio, a menudo decisivo.

Mamá contaba que Valya estaba encantada con su niñita, que me subía a su regazo, me daba una pequeña bandera y repetía el eslogan de la Liga Juvenil Comunista, «*Boot Gatob*», que significa «vive preparado», y los amables tenían que responder «*Vsegda Gatob*», que significa «siempre preparado».

Mi madre contaba que Valya encabezaba la rama local del Komsomol, la Liga Juvenil Comunista, y que a partir de ese día presionaba a mamá para que me llevara a las fiestas nocturnas que sus padres, Yevdutya y Sasha Tarasova, organizaban en nuestra sala de estar en Tarnopol.

Fue en 1939 cuando el Ejército Rojo entró en Polonia. Las autoridades rusas se apoderaron de nuestro apartamento en Tarnopol, en Galicia del Este. Era un edificio nuevo, de tres pisos, en un vecindario muy codiciado de la ciudad, decía mamá, y ahí vivían la abuela Leah, del lado de papá; Gustav, el hermano de papá, y su familia, y mi familia. Según mamá, no nos faltaba nada y la vida era muy buena. Mamá no dijo que papá iba con su madre, la abuela Leah, a comer antes de venir a casa, y que ella se enfadaba; yo me enteré de todo eso después, cuando mamá se lo contó a sus hermanas.

Por mamá, los invitados a la sala de estar en Haifa supieron que nuestra familia tenía una gran mercería en Tarnopol, donde vendían camisas para caballero, cuellos para las camisas y cosas de costura. Todos conocían la tienda. Los rusos también se apoderaron de ella a comienzos de la guerra, pero papá logró salvar parte de la mercancía y la usaba para cambiarla por comida.

Yevdutya, la madre de Valya, era miembro activo del Partido Comunista.

—Tenía un alto rango, era comisaria —explicó mamá—, y los militares rusos le dieron nuestro hogar en reconocimiento. Yevdutya, con su hija Valya y su marido Sasha, ocuparon nuestro apartamento, en el tercer piso. Ella se apropió de la gran sala de estar y del cuarto contiguo, y a nosotros nos dejaron un dormitorio y una habitación para los niños. La cocina, el baño y el aseo eran áreas comunes. Sí, eso fue lo que pasó cuando los rusos entraron en Polonia —siguió mamá en la sala de estar en Haifa, y, como un relámpago, vinieron a mí imágenes de los rusos en ese primer día.

Es una mañana gris y nublada. Mamá está con sus ollas en la cocina. Papá se va a la tienda vestido de traje. Yashu duerme en su cuna. Yo juego tranquilamente en la alfombra con una gran muñeca y algunas sartenes y cucharas, tratando de pensar qué cocinar ese día. Le digo a la muñeca: «Abre la boca, come, come», y ella no abre la boca y yo no puedo meterle nada. Vuelvo a empujarle la cuchara y entonces oigo

fuertes golpes en la puerta. «Bum. Bum».

Y a partir de ese momento, vienen extraños a vivir en nuestro hogar. Deambulan por la casa todo el día, hablando en voz alta; no entiendo nada de lo que dicen. Vienen mucho a la cocina y comen en nuestra mesa. Cada noche duermen en nuestras camas y entonces vienen otros extraños que entran y salen, de día y de noche, y comen y beben; son felices y usan mucho nuestro aseo. Todo el tiempo, la puerta se abre y se cierra, se abre y se cierra. Mamá comienza a limpiar el aseo cada vez que ella o yo queremos sentarnos en él.

—Danusha —murmuraba—. Danusha —y levantaba el cepillo para que yo viera lo que estaba haciendo—, nunca te sientes en el váter sin limpiarlo con este cepillo, ¿vale?

Al principio, yo tenía miedo de que me permitieran o me prohibieran algo a cada momento en nuestra casa, pero sobre todo me asustaba el enorme ruido en la sala de estar, y la gente. Después me acostumbré. Papá y mamá no hablaban con los extraños, se quedaban en el cuarto con nosotros.

Mientras tanto, oía a mamá contar historias en la sala de estar: cómo Yevdutya, la mujer con cicatrices en la cara, debía de haber cogido viruela y probablemente se había rascado y se había arruinado el rostro para siempre. Esta mujer venía y le hablaba de que las vidas de nuestra familia estaban en peligro. Le dijo que las redadas comenzaban por la noche, que se llevaban a los niños y a los hombres y que no convenía que papá durmiera en la casa; que debería irse y encontrar un lugar seguro. «Es peligroso —le dijo a mamá—, hacen redadas sorpresa buscando capitalistas; demasiado peligroso».

Los huéspedes de la sala de estar se reían de la forma en que mamá imitaba la voz de la comisaria rusa y se movía en su silla como un enorme campesino gordo.

—Esperen, esperen. —Mamá les pidió a los huéspedes que se callaran, y añadió con tristeza que, después de una seria conversación con su pequeño y menudo marido Sasha, la comisaria le dijo a mamá —: Tú y tus pequeños también debéis iros de la casa.

Entonces, los invitados de la sala de estar se tensaron.

Mamá hizo un gesto con la mano y contó:

—La comisaria me dijo que, mientras tanto, tendría consideración. Solo mientras tanto, porque era invierno y los niños eran pequeños… Por aquel entonces, Yashu tenía menos de un año. Pero en cada ocasión que tenía, ella me recordaba que a los capitalistas como mi marido y yo, que vivíamos a expensas de los ciudadanos, deberían deportarnos a Siberia.

Nadie se rio en la sala de estar cuando mamá imitó la voz de la comisaria o de su marido.

Y esto fue lo que mamá les contó a sus invitados:

—Sasha, el marido de Yevdutya, que era varios años más joven que ella y tenía las mejillas hundidas y unos ojos negros que saltaban en pánico de un lado a otro, desaparecía por la noche y regresaba por la mañana cargado con paquetes de artículos caros. Nadie vio nunca cosas como esas en el mercado, traía verdaderas delicias. Una mañana, me llevé un susto, *Ich war Entsetzt*. Sí. Había medio cerdo grande en nuestra mesa de la cocina. ¿Pueden imaginarse lo que fue eso para gente que practica el *kosher*? Le pregunté a Sasha de dónde había sacado el cerdo, y me dijo que él y sus amigos del Partido hacían redadas nocturnas en los hogares de granjeros ricos en Tarnopol, esos que se habían enriquecido a expensas del proletariado, y les vaciaban las despensas.

Mamá se detuvo y abrió el abanico. Sus altas mejillas se tiñeron de rubor.

La gente soltó risitas en la sala de estar. El señor Bernard Cohen, partidario de la guerra, que tenía unos dedos gordos como salchichas, estaba enfadado con Sasha y sus amigos del Partido.

—Los conozco —dijo él en voz alta—. Conozco muy bien a esos comunistas. ¡Malditos ladrones del proletariado, *Yobtbioma*t! Los conozco mejor que muchos.

Klara Cohen, su mujer, que estaba sentada cerca de él, protestó:

—Basta, Bernard, ya basta. Estás interrumpiendo a Anna.

—¿Y por qué ha venido? —murmuró Bertha Ketzelboim, retorciéndose los dedos.

—Porque solo puede hablar de su vida aquí, en casa de Anna —respondió su marido Jacob, un electricista certificado con el cuerpo de un atleta.

Mamá le sonrió a Klara, como si consintiera la ira de su marido, y a mí me sorprendió que Klara no se untara aceite de pescado en el cabello tan seco que tenía en la cabeza. Incluso en la casa Sopp, mamá se salpicaba algunas gotas de aceite en el cabello, para que brillara.

Mientras tanto, me enteré de que mamá no había olvidado al irritante Sasha. Dijo:

—Ese tal Sasha, que cuidaba del proletariado, no se sentía muy avergonzado que digamos de usar el elegante traje de mi marido y salir a la calle con el mejor abrigo de pieles que encontró en nuestro armario. Incluso su mujer, la modesta comisaria, se enamoró de uno de mis vestidos de noche, un hermoso traje de seda blanca, *nu*. Ciertamente, no habría podido encontrar un vestido como ese en el pueblo de donde venía, ni por casualidad. Yo le vi las manos, habían pelado muchas patatas; no tenía oportunidad ni siquiera de que le regalaran un vestido o de comprarlo .

»Yo había comprado el vestido en la mejor tienda de Cracovia y, de repente, la vi paseándose por la casa todo el día con mi vestido de

noche de seda puesto, como si estuviera esperando una gran fiesta, *ein großer Ball*. No evité que se me acercara y me dijera en voz baja: "Prepárate para irte, prepárate. Os iréis en primavera".

Mamá hizo una pausa momentánea, mientras pensaba si seguir hablando, llevándose la mano al pecho.

—Valor, Anna, valor. —El señor Bogusławski, nuestro vecino del edificio, se levantó de su silla—. No tienes nada que temer, Anna. La vida se mueve, sigue, o como sea que lo digas. —Y volvió a sentarse mientras los demás aprobaban sus palabras.

Mamá lo miró; como yo, ella probablemente vio que tenía una gran cantidad de pelo rojo en los oídos, «como un bosque», la oí decir una vez para sí misma, y supe que se refería a sus oídos, porque él casi no tenía pelo en la cabeza.

—Valor, Anna, valor. —Se inclinó hacia ella, y esta no pestañeó.

Mamá continuó:

—Por entonces era invierno. Pasaron muchos días y no lavé la ropa blanca. Lo posponía cada día, temerosa de que la comisaria se encaprichara de ella. Esperé hasta el día en que dijo: «Hoy estaré fuera todo el día». Solo entonces saqué la ropa de donde la tenía escondida y con Stefa, mi ayudante, comenzamos a lavarla.

»Y entonces apareció la comisaria, con las manos en las caderas. Se paró junto a la pila de lavado, arrojando una sombra negra sobre la ropa blanca. Enseguida agarré la ropa como si la estuviera lavando. Mientras tanto, trataba de esconder al fondo de la pila los pañuelos y las toallas que mi madre había bordado con las iniciales de nuestros nombres, así como los manteles que había bordado en *petit point*, una forma concreta y delicada de bordado, especialmente para mi ajuar. Me tomé mi tiempo con la colada: los pijamas, las batas. Volví las mangas al revés, las froté, les di la vuelta otra vez, restregándolas desde el cuello hasta el dobladillo, poniéndolas al revés y al derecho de nuevo. ¿Y ella? No decía una palabra. Estaba de pie junto a mí, con sus ojos negros, moviendo los labios como si ya estuviera dividiendo la pila de blancos: muchos para ella, un poco para los demás.

Mamá respiraba pesadamente cuando dijo en voz baja:

—Esa noche, sucedió. Toda la hermosa ropa blanca que había colgado en el ático desapareció. No quedó ni un solo pañuelo bordado. Lo más doloroso es que no nos dejó ni un recuerdo del hogar de mamá y papá.

Un pájaro voló hacia las persianas del balcón, chocó contra ellas y los invitados se sobresaltaron. La tristeza quedó flotando y ellos miraron al suelo, avergonzados de lo que le había pasado a la ropa blanca de mamá. El aire frío anunciaba el otoño y mamá sacó un pañuelo bordado del bolsillo de su vestido, se dio palmaditas en el cuello delicadamente y después arrugó el pañuelo en la palma de su

mano.

Entonces respiró hondo, como si estuviera preparándose para sumergirse, y dijo suavemente:

—Por favor, os invito a un vaso de té.

Los invitados se levantaron y fueron a la mesa de los refrigerios sin hacer el alboroto habitual. Había platos de cacahuetes y *pretzels*, también una bandeja con pastelitos de coco. Yo no me levanté para ir a la mesa. Miré a mamá. Se la veía muy distante, como estaba durante la guerra.

# 2

Una mañana, dejamos nuestro hogar en Tarnopol. Papá y Stefa, la criada, bajaron primero con varias maletas. Regresaron al apartamento. Stefa cogió otra maleta, papá me levantó en brazos, me dijo que me sujetara con fuerza, recogió una maleta, y yo lo abracé con fuerza cuando comenzó a bajar las escaleras. Mamá, con Yashu en brazos, bajó lentamente delante de nosotros. El edificio ahora estaba vacío. Toda la familia de papá del primer y el segundo piso ya se había ido.

Stefa esperó junto a un caballo y una carreta. Papá miró el edificio, vacío ya de toda su familia. Yo me quedé junto a él mientras él paseaba la vista por cada ventana de la fachada. Se restregó los ojos con la mano, uno a uno. Yo me agarré del borde de su abrigo, esperando con paciencia, como mamá, a que terminara de mirar las ventanas.

Stefa se enjugó las lágrimas con las mangas de su abrigo. Sin hablar, papá colocó el conjunto de maletas en la carreta. Por fin nos llamó; todo estaba listo para que subiéramos. Mamá lo hizo primero con el bebé Yashu; yo la seguí. Stefa corrió hacia papá y lloró sobre su abrigo de lana. Él le dio una palmada en la espalda y se mordió los labios. Mamá observaba, la espalda erguida, la mirada distante. Entonces papá separó suavemente a Stefa y le dijo:

—Cuídate; vendrán días mejores, Stefa. —Y se despidió agitando la mano.

Los cuatro estábamos muy apretados en la carreta, pese a que el bebé Yashu iba en brazos de mamá. Pedí sentarme en el regazo de papá, pero él no me oyó. Miraba nuestra casa sin separar la vista incluso cuando el caballo comenzó a alejarse. Yo me di la vuelta y ondeé mi pequeña bandera hacia Stefa. Cuando salimos de la calle, mamá me quitó la bandera y la guardó en su bolso.

Aquella tarde llegamos al hogar de una familia polaca. Nos dieron una nueva habitación, muy espaciosa. Estaba en Brzeżany. En el gran cuarto donde yo dormía con mamá, papá y el bebé, nadie me pidió que dijera nuevas palabras como *Vsegda Gatob*, así que no dije nada. Había un amplio escritorio de madera, sillas y un espejo en la pared. Dos pequeños pájaros que parecían ser buenos amigos se asomaban desde las esquinas del marco. Yo temía que sus trinos despertaran al bebé de mamá, porque ella siempre estaba diciéndome:

—Cállate, cállate, ¿no ves que Yashu está durmiendo?

Por suerte, aquellos pajaritos nunca trinaron, aun cuando yo quería que lo hicieran y esperaba paciente. Tenía mucho tiempo para esperar los trinos. Podía esperar días enteros; el exterior era peligroso para los niños y nuestra vida transcurría dentro de la casa, en la gran habitación, con toda la familia y con el espejo y los pájaros inmóviles en los ángulos del marco.

Después de unos días, estar en aquel gran cuarto se volvió algo aburrido. Echaba de menos a Valya y sus dientes, y la forma en que me sentaba en su regazo y me enseñaba palabras en ruso. No dije que echaba de menos jugar con Valya en Tarnopol; no dije nada, solo esperé sorpresas que nunca llegaron. Papá nunca estaba en casa y el regazo de mamá estaba lleno de ese bebé que o lloraba o dormía todo el tiempo. A veces, cuando mamá salía del cuarto, yo iba junto a él y le pasaba la mano por el pelo hasta atrapar algunos cabellos con los dedos. Él tenía muy poco pelo, pero, cuando sentía que yo le agarraba algunos, se ponía a gritar como un loco. Yo lo soltaba enseguida y me alejaba de él. Cuando mamá entraba corriendo a la habitación, yo ya estaba lejos.

—¿Qué pasa, qué pasa, mi niño? —preguntaba ella al bebé gritón, y yo estaba muy lejos de ellos, disfrutando de los pájaros del espejo .

A veces trataba de pensar en alguna pregunta rápida que hacerle para que se quedara en el cuarto, pero ella se iba en el instante en que el bebé dejaba de llorar; de todas formas, nunca fui capaz de pensar preguntas lo bastante rápido.

Una vez, cuando ella salió del cuarto, me subí a la mesa, estiré la mano y acaricié los pajaritos. Tenían el cuerpo frío como el hielo, y ahí fue cuando descubrí una gran cara en el espejo.

Miré por encima de mi hombro. No había nadie ahí. Volví a mirar el espejo y vi unos ojos grandes, azules como los de mamá, mejillas rosadas y el cabello recogido arriba y atado con un ancho lazo, como si llevara una mariposa en la cabeza. Lentamente alcé la mano y me toqué la cabeza; ¿era la mía? Puse los dedos en el cristal, estaba igual de frío que los pájaros. Recorrí la nariz, los labios; ¿podría ser yo?

Me reí por lo bajo y levanté la barbilla. La cara se movió hacia atrás diagonalmente, y yo pensé que era adorable. Luego apoyé la barbilla en el pecho, alzando ligeramente la cabeza, y la volví hacia la derecha, la izquierda, me miré a mí misma de lado hasta que me dolió el cuello, y entonces oí al bebé balbuceando en su cuna. Me bajé de la mesa y fui con él, que me miró y balbuceó: «Gru, gru, grum». Le toqué la mejilla con el dedo y él se rio diciendo: «Ba, ba, ba», y extendió la manita hacia mí. Yo respondí: «Ba, ba, ba» y volví al espejo.

Después de eso, cada vez que mamá salía del cuarto, me subía a una silla y después a la mesa. Levantaba la barbilla y miraba al espejo con una media sonrisa, como mamá. Entendí de inmediato que eso era

especial. Sentí amor por la cara que vi. Yo ya había visto una cara similar en todo tipo de hermosas imágenes de niñas entre el bosque y el cielo. Sabía que la niña del espejo era yo y quería saber cómo habían hecho para meterme ahí. ¿Cómo había conseguido llegar de donde estaba, en medio de la mesa, al espejo de la pared? Di dos pasos hacia delante y miré por detrás. No entendía. A veces miraba durante media hora, a veces una hora, a veces tenía tan solo un minuto para mirar, pero no renuncié a nuestros encuentros. Ella era mi primera y única amiga. Una amiga de buen corazón que siempre estaba ahí cuando yo iba, y que se quedaba hasta que me iba; ella nunca iba a ninguna parte. Teníamos mucho tiempo y jamás nos molestaron; papá se iba temprano por la mañana, mamá salía para tender la ropa o comprar algo; mi hermano Yashu estaba dormido y nosotras dos jugábamos muy bien juntas.

A veces no quería ir al espejo.

Como cuando mamá podría entrar en el cuarto. A lo mejor volvía de lavar o de algún recado en el pueblo; a veces era a mediodía, o por la mañana, cuando acabábamos de levantarnos mi hermano y yo, y ella entraba en el cuarto y se iba directa a la cama de Yashu y lo acariciaba diciendo:

—Buenos días, mi dulce niño, ¿has dormido bien?

En esos momentos me acercaba enseguida a mamá, me agarraba a su pierna y no importaba si ella me empujaba para que la soltara. Mecía a Yashu en brazos y me empujaba. Yo no me soltaba hasta que ella decía:

—¿Qué te pasa? Déjame en paz.

A veces entraba papá, y mamá, que casi todo el tiempo tenía a Yashu en los brazos, decía:

—Papá Moshe, mira qué hombrecito tenemos. ¿No es grande?

Yashu ya entendía algunas cosas y se agitaba en sus brazos, y gritaba excitado: «Tata, tata»; entonces papá extendía los brazos y cogía a Yashu, lo besaba en la mejilla y me miraba. Empujaba rápidamente una silla hacia mí con el pie, se sentaba en ella con Yashu en su regazo y me rodeaba con el brazo. Yo quería quedarme así hasta el día siguiente, pero siempre terminaba rápido. Papá se iba de la casa, seguido por mamá. Yo me quedaba en mi silla, sin ganas de subirme a la mesa y mirar el espejo.

A veces me llevaba todo el día tener ganas, a veces dos días, incluso una semana. Por ejemplo, si mamá me había dado una bofetada, y yo sabía, sin mirarme al espejo, que tenía una marca o una inflamación, entonces quería estar sola, sin mi amiga del espejo. Lo que quería, más que nada, era estar junto a la pierna de mamá y abrazarme a ella para que no se apartara de mí .

Recuerdo que una vez cogí una muñeca enorme. Sentía curiosidad

por saber lo que había en su cuerpo; ¿a lo mejor tenía un bebé varón en la barriga? ¿O una niña bebé? Le abrí la barriga y no encontré más que paja. La saqué y nada, la tripa estaba vacía. No sabía cómo volver a cerrarla.

Mamá vio la muñeca rota y me pegó. Me pegó en la cara, en los brazos y en la espalda, hasta que se le hinchó la mano, y entonces me dijo:

—¿Has visto? Has hecho que te pegue y ahora me duele la mano por tu culpa.

Recuerdo que lloré. Lloré porque me dolía la cara, me dolían los brazos y la espalda, y porque había hecho que mamá me pegara fuerte y era culpa mía que se hubiera hecho daño en la mano.

Cuando mamá salió a lavar la ropa, fui a sentarme en silencio en mi silla y decidí ser una niña buena, la mejor del mundo, una que jamás en la vida haría que su mamá le pegara.

Unos días más tarde, mamá entró en la habitación llevando una cortina. Se subió a una silla para colgarla en la ventana, y ¡BUM! Un golpe en el suelo. Mi madre se había caído de la silla y se había roto el brazo. Asustado, papá corrió hacia ella, gritaba:

—¡Anna, Anna! ¿Qué ha pasado?

Yo tenía los ojos llenos de lágrimas de miedo y preocupación. Durante las semanas siguientes, mamá iba con la mano atada con una sábana.

Un día, cuando yo tenía cuatro años, quizá menos, mamá estaba de pie junto a la ventana, con la mano atada al pecho. Miraba hacia fuera como si estuviera dándoles vueltas a cosas serias, y yo peleaba con Yashu por los juguetes. Mamá dijo:

—Danusha, tú eres la mayor, tienes que ceder.

Eso era lo que oía de ella cada vez que peleaba con mi hermano, incluso cuando él ya había crecido y era más fuerte que yo: «Danusha, tú eres la mayor, tienes que ceder, tienes que ceder, tienes que ceder».

Dejé a mi hermano y fui con ella. Sus ojos seguían en la ventana cuando le dije :

—¿Cómo sé que mamá es realmente mi mamá?

Desde el día en que empecé a hablar, usaba la tercera persona en polaco cuando hablaba con mamá. Ella se mantuvo en silencio. Me miró y después se fue con Yashu. Él todavía no hablaba y cuando quería algo gritaba como un loco. Mamá lo acarició y lo besó en ambas mejillas.

Fui a sentarme en mi silla y me pregunté cómo puede un niño estar seguro de que la mamá que está en su casa es de verdad su mamá. Tal vez el niño necesita que ella le dé una señal, pero yo no tenía ni idea de cuál sería esa señal.

Los polacos tenían una casa con una porqueriza. Cada vez que sacrificaban un cerdo, oíamos los terribles chillidos, y así fue como supe de la muerte. También había ratones que hacían ruido en la pared.

A menudo comíamos pan rancio y mamá usaba el horno para hacer el pan u hornear patatas. Mamá, que sabía cómo actuar en cualquier situación, hacía tortitas con los restos del café y les agregaba un huevo; yo a veces quería ayudarla, pero ella no me dejaba.

A las dos hijas de la mujer polaca con la que vivíamos les gustaba jugar con Yashu. Le decían: «Yashu *yest chisti*», que significa «Yashu está limpio», y querían que él lo repitiera. Elegían palabras difíciles a propósito y las repetían una y otra vez. Yashu no podía decir las palabras en polaco.

Yo sabía decir Yashu *yest chisti* y lo repetía en voz baja para mí misma. Las dos hijas de la mujer polaca me enseñaron que las cigüeñas traían a los bebés al mundo. Un día me dijeron:

—¿Por qué el sol brilla los sábados?

Yo no sabía.

—Porque el sábado lavan los pañales de Jesús y los cuelgan a secar en el tendedero en honor del domingo, y desde entonces el sol brilla los sábados, ¿entiendes?

Yo no veía ningún sol, ni en sábado ni durante la semana. Solo veía cielos grises, casi negros .

Solo en Haifa pude ver cielos enormes como agua de mar, de camino a nuestra casa. A veces miraba el mar desde el porche y veía cómo el agua y el cielo se mantenían juntos, con nubes aquí y allá como un montón de plumas mullidas. La vista más despejada la tenía desde mi asiento, en la puerta que daba a la sala de estar. Mamá dejaba abierta la puerta del porche las noches de verano en honor de los invitados que venían especialmente a escuchar sus historias sobre la guerra.

El señor Bogusławski solía abrir la noche con su voz festiva: «Hoy dejamos Tarnopol», o bien «Hoy hablaremos de Brzeżany, por favor, Anna», y se inclinaba y se sentaba como si fuera un oficial importante. Había veces en que no recordaba por dónde íbamos en la historia, y entonces, en cuanto entraba, se detenía a mi lado con un fuerte olor a colonia y me preguntaba en voz baja:

—Danusha, ¿por dónde nos quedamos? ¿Tú te acuerdas?

—Comience con el caballo y la carreta —respondía yo, susurrando—, porque eso fue al final de Tarnopol.

El señor Bogusławski comenzó desde el final, pero mamá dijo, en un acto de reflexión:

—Dejamos la nueva casa en nuestra exclusiva calle; dejamos tres pisos amueblados, platos y sábanas, manteles y un caballo y una

carreta. —Habló especialmente bajo y eso sorprendió a los invitados, pude vérselo en la cara—. Y entonces sucedió —añadió mamá—. Sucedió justo después de que oyera a la comisaria Yevdutya Tarasova gritarle a su marido Sasha: «Tú no eres solo Sasha, eres un judío, *Żyd*. Isaac, *Żyd. Żyd*». Y Sasha el *Żyd* se puso pálido y guardó silencio. Me miró sin palabras, a mí y a mis hijos, y yo tenía tanto miedo…

»Pasó una hora, tal vez un día, y Sasha me llevó a un lado y susurró que sería mejor que buscáramos otra casa, muy lejos, quizá en un pueblo pequeño. Nos pidió que nos diéramos prisa antes de que algo terrible ocurriese, y de hecho mi marido no esperó. Fue a Brzeżany y logró encontrar una gran habitación en la planta baja de la casa de una devota familia católica. Se puso de acuerdo en la renta, siempre alta, y nos mudamos a la casa de la familia Moskova, los padres y dos niñas ya grandes, que hacían salchichas y varios productos de carne. Gustav, el hermano de mi marido, y su familia, junto con mi suegra Leah, también se habían ido de Tarnopol a Brzeżany, y al mismo tiempo otras familias judías también fueron deportadas por los rusos, que se apoderaron de sus hogares.

Cuando mamá hablaba de la familia Moskova, yo observaba cómo contaba, de una manera tan hermosa, lo que le había ocurrido a nuestra familia. Callada, sin hacer un solo sonido, yo comía fruta y observaba lo bella que era madre, con ese cabello recogido en un pequeño moño sujeto en la coronilla con horquillas. Con su espalda erguida, su cabeza en alto y sus manos unidas en el regazo de su vestido azul parecía una reina.

Mamá contó que solo pasamos algunos días en ese cuarto; ni siquiera habíamos tenido tiempo de abrir todas las maletas cuando le dijeron que fuera a la cocina, mirara por la ventana y lo viera por sí misma.

—¿Qué ves? —preguntó la señora Moskova, y, a través de la ventana abierta, mamá vio soldados alemanes que marchaban con rifles y, en dirección opuesta, a poca distancia, soldados soviéticos en hileras, gritando: «¡Hurra! ¡Hurra!». Volaban balas desde ambos lados y en ambos bandos las personas caían como moscas.

De pronto aparecieron los aviones y cada pocos minutos había aterradoras explosiones. Muchos edificios se derrumbaron.

—Las paredes de la casa donde vivíamos estaban llenas de agujeros, había tanta destrucción… —contó mamá, e inmediatamente añadió, de manera casi inaudible—: Y entonces los ucranianos comenzaron a buscar judíos…

Cuando mamá dijo la palabra «ucranianos», observé que los invitados comenzaban a removerse en las sillas de formica que, para el fin de la historia, habían quedado brillantes por el roce.

El pelirrojo señor Bogusławski se movía más que nadie en su silla. Seguía diciendo :

—¡Valor, Anna, valor!

Mamá entonces le hacía un pequeño gesto, pero él solo bajaba la voz:

—¡Valor, Anna, valor!

Este señor Bogusławski estaba loco por las historias de mamá. Sus mejillas adquirían un color rojo-morado, como si acabara de comer el *cholent* del *sabbat*. Así fueron las cosas el primer y el segundo año de historias. Al tercer año, él comenzó a sentarse de una forma normal, pero incluso en los años siguientes, cuando los invitados empezaron a cambiar, no renunció a su silla habitual junto a la ventana ni a su entusiasmo. «¡Valor, Anna, valor!», exclamaba, como si aquella fuese la primera vez que oía hablar de la casa polaca en Brzeżany, y oía a la costurera de mamá decir:

—Bueno, ¿qué puede hacer él en casa con una mujer que tiene migrañas? Por supuesto que quiere venir a ver a Anna, ella es hermosa y los refrigerios son buenos.

Mamá contó que los propietarios polacos en Brzeżany nos habían ayudado y habían dicho que, si había una redada, papá podía subir al ático por la escalera y ocultarse allí.

Un día, la señorita Žilinská, la hija menor de la dueña, entró y les dijo que quería saber si los judíos que ellos se llevaban a los bosques a las afueras de la ciudad realmente iban a trabajos forzados, como decían en el pueblo. Por casualidad los había seguido y se había escondido a cierta distancia, tras unos grandes árboles, cuando entraron en el bosque. ¿Y qué vio?

Vio a los judíos cavando profundos agujeros. Les dijeron después que saltaran a los agujeros, después hubo disparos y, callada, los judíos desaparecían dentro de los hoyos. Unos minutos después, ¿qué fue lo que vio? Vio a otros judíos llegar y llenar los agujeros con tierra, y juró por todo lo que le era sagrado como católica que cuando los alemanes se fueron, ella regresó y vio lo que vio, ya saben.

Mamá guardó silencio. Movió los dedos como buscando algo a lo que aferrarse .

El obeso Bernard Cohen, que había empezado a morderse las uñas desde el momento en que había entrado en la sala de estar, estaba entretenido con la uña del pulgar. Había tres o cuatro mujeres, pero la mayoría eran hombres, y todas sacaban un pañuelo del bolso y se enjugaban los ojos; yo miraba a mamá. En su cara no se movió ni un solo músculo. Estaba sentada muy tiesa con su favorecedor vestido azul. La señora Zelikowitz, la costurera, lo había diseñado especialmente para ella. Esta señora Zelikowitz venía con frecuencia y ella y mamá hablaban mucho acerca de las mujeres que habían

conocido en la vida.

Entonces, mamá dijo:

—Una mañana, muy temprano, cuando todavía estaba oscuro, la señora Žilinská llamó a nuestra puerta como un ángel bueno y me dijo que despertara a los niños y corriéramos de inmediato a la iglesia durante unas horas. Dijo que los alemanes y los ucranianos estaban llevándose a los niños, mujeres y hombres judíos de las casas. Le dijo a mi marido que se ocultara en el ático. Yo enseguida saqué a Danusha y a Yashu de sus tibias camas y solo pude ponerles los abrigos antes de salir corriendo hacia la iglesia.

»Nos sentamos en silencio en un rincón. El frío se nos metía en los huesos. Me temblaba todo el cuerpo; los niños se apretaban contra mí. La gente se estaba reuniendo para las oraciones matinales. Entonces el sacerdote se me acercó y me exigió que me fuera de la iglesia con los niños. Sí, sí, me pidió que me fuera de allí, que saliera al frío, a los alemanes y los ucranianos que estaban llamando a las puertas y buscando judíos, y él sabía esto, todo el pueblo lo sabía. Las noticias como esa se propagaban como fuego por las calles. Un gran dolor me llenó el corazón. Respiré hondo, lo miré directo a los ojos y le dije en voz baja: "¿Por qué el sacerdote finge que no me ve? Después de todo, cualquiera puede venir a la iglesia a rezar. Nosotros también somos criaturas de Dios". Y el sacerdote se alejó y comenzó la ceremonia de los rezos.

Mamá se detuvo y se humedeció los labios .

Las personas se miraron entre sí con asombro y, entonces, ¡puf!, como si un globo estallara, comenzaron a aplaudir y a gritar:

—¿Has oído, has oído? Ella salvó a los niños. Bien por ti, Anna, bien por ti.

—Debemos rendir tributo a los pocos que nos ayudaron cuando nuestra vida no valía ni la piel de un ajo —dijo Bernard Cohen—, como esa tal señorita Žilinská.

—Muy cierto —secundaron todos los invitados.

El señor Bogusławski se levantó de su silla, sonrió y fue al baño. De camino me miró y me dijo:

—Una verdadera heroína tu mamá; no hay nadie como ella. Ten siempre eso en mente, ¿sí? —Y desapareció detrás de la puerta.

Yo no recordaba la iglesia ni al sacerdote, pero era muy de mamá decirle eso a un padre. Ella no le tenía miedo a nada, ni al sacerdote ni a los ucranianos ni a los oficiales nazis. Solo una cosa la asustaba más que nada: el pozo bajo la cocina de la familia Moskova. Estaba aterrada por este pozo y pude ver su miedo cuando el dueño le sugirió a papá que lo agrandara por si se presentaba algún nuevo peligro. Él ya sabía que los ucranianos y los alemanes no nos dejarían en paz, y era importante que nosotros cuatro pudiéramos meternos allí y

escondernos.

A papá le alegró la sugerencia y cavó y cavó, después movió cosas de aquí para allá y forró el suelo con cobertores, y cuando todo estuvo listo, llamó a mamá diciendo:

—Ven, Anna, métete y asegúrate de que haya suficiente aire para respirar.

Mamá se puso en pie apoyándose en una silla al fondo de la cocina. Su cara era del color de una pared recién pintada. Sacudió la cabeza de un lado al otro, diciendo débilmente:

—Yo no me voy a meter ahí, no, no, no hay forma de que me entierren viva. —Y se dio la vuelta y desapareció.

Yo miré a papá y vi que lo lamentaba. Me acerqué a él, que extendió la mano y dijo :

—Ven, Danusha, cariño; ven a ver el pozo.

Cogí la mano de papá y entré en el pozo. No estaba asustada. Me senté en su regazo y tarareé nuestra canción.

# 3

—Ahora canta tú sola, Danusha, una, dos, tres.

No entendí una palabra. Sujeté un lado de mi falda y canté: «Qué maravilloso, qué maravilloso que haya *oches*… *oches* como esta», papá se rio y repitió la canción que me había enseñado en hebreo: «Qué maravilloso, qué maravilloso que haya noches como esta».

Él se sentó a la mesa y yo me mantuve cerca de su rodilla. Los pájaros del espejo nos miraron cuando papá dijo:

—Otra vez, Danusha, ahora los dos juntos. —Y me cogió de las manos.

Él tenía unas manos grandes y cálidas, y seguía el ritmo con nuestras manos sobre sus rodillas. «Qué maravilloso, qué maravilloso». Cantamos en voz alta. Los ojos de papá nunca se apartaron de mí, ni por un momento. Sus ojos eran como el cielo con sol y lluvia al mismo tiempo. A veces papá cerraba los ojos y después de «qué maravilloso», aparecía una gran arruga en su frente, como si los malos pensamientos estuvieran cavando un lugar para sí mismos. Yo no entendí por qué fruncía el ceño justo cuando estábamos tan felices. Mamá también interrumpía y decía algo si le veía una arruga en la frente o preocupación en los ojos. Mamá regañaba por todo lo que tuviera que ver con las apariencias, incluso aunque no hubiera invitados en casa.

—Siéntate derecha, la espalda erguida. El cuello derecho. No frunzas el ceño. Solo una pequeña risa —decía, y yo siempre la obedecía.

Cuando papá fruncía el ceño, yo trataba de cantar tan bellamente como podía, y él me abrazaba y luego se iba a la sinagoga. A veces regresaba con un invitado para la comida del *sabba t*. Siempre traía a alguien, incluso aunque no hubiera suficiente comida para todos.

Recuerdo a uno de los invitados, un enano; cuando trepó a la silla, ambos éramos casi de la misma altura. El invitado me miró y sonrió, y yo miré a papá, que estaba dando las gracias. Mamá también miró a papá. Así fue como supe que mamá amaba a papá y papá amaba a mamá, y rezaba en mi corazón para que no nos pasara nada malo, aunque estuviéramos lejos de nuestro hogar en Tarnopol, aunque las casas de los polacos en Brzeżany estuvieran siendo bombardeadas, como el día en que salí a caminar con papá por los campos de Brzeżany. Frente a nosotros todo era verde y se movía con el viento; papá tarareaba. El olor de la hierba verde me hacía cosquillas en la nariz y me humedecía los ojos. Y dije, en el fondo de mi corazón: «Gracias, Dios, por haber podido dejar el gran cuarto; gracias, Dios, por sacarnos de la oscuridad del pozo día y noche. Gracias, Dios, por

poder caminar con papá por los campos. Gracias, Dios, por los sonoros trinos de los pájaros, como si estuvieran hablándose entre sí». Un pájaro dijo: pío, pío, píío, «¿dónde has estado y qué has hecho?»; otro pájaro respondió: pío, pío, píío, pííío, «he estado aquí y allá, no me preguntes qué me ha pasado», y cosas así. La conversación me divertía. Miré a papá y él me apretó la mano con la suya y dijo:

—Sí, por supuesto, mi niña; los pájaros tienen su lenguaje privado.

Yo quería volar como un pájaro y levanté los brazos a ambos lados de mi cuerpo, y di vueltas, después corrí hacia delante, con papá detrás de mí, sin atraparme. Me apetecía hundir mi cabeza en la hierba húmeda y respirar ese olor agudo y poco familiar, y después sentí un fuerte golpe a mitad de la espalda y la mano de papá me derribó, y se oyó el sonido de una explosión en mis oídos. ¡Bum! ¡Bum! ¡Bum! Y un enorme fuego se precipitó desde el cielo y pedazos de árboles volaron en el aire y papá gritó: «¡Bomba, bomba!», me cubrió con su abrigo y se puso encima de mí .

La hierba me picaba en la cara y en las manos, pero no tenía miedo, ni siquiera cuando los dedos de papá temblaban constante e incansablemente en mi cabeza. Y entonces vino el silencio. Un estrepitoso, peligroso silencio. Yo tenía cinco años y ya sabía que ese estrepitoso silencio era peligroso. Mi madre también pronunció esa frase, al igual que los tíos en Tarnopol. Levanté la cabeza; la cara de papá estaba arrugada, incluso sus grandes ojos. Se puso de pie de inmediato, tendiéndome la mano para ayudar a levantarme.

—Vamos a regresar, Danusha. Es peligroso andar fuera —dijo, sacudiendo la tierra mojada de nuestra ropa.

—Pero ¿dónde están los pájaros? No puedo oír los pájaros, papá.

—Pronto volverán —respondió suavemente—. Vamos.

No volví a oír a los pájaros hasta el final de la guerra, pero bombas sí, y en Yom Kippur escuché que papá le susurraba a mamá:

—Están buscando a los hombres judíos. Tengo que encontrar un lugar seguro, tengo que hacerlo. El pozo de la cocina no es suficiente. Ellos van casa por casa y no se marchan hasta haber estado en el ático y en el sótano. Tengo que irme, Anna.

Yo quería decirle a papá: «Mamá no debe entrar en el pozo bajo el suelo de la cocina, no debe hacerlo. Es peligroso para ella estar encerrada en el pozo». Pero no dije una palabra. Recordaba la rapidez de su respiración cuando papá se mostró tan satisfecho con el pozo y ella no había querido ni oír hablar de ello.

Ese Yom Kippur en Brzeżany entendí que era peligroso ser un hombre judío.

También entendí que un hombre judío era un hombre débil. Desde la ventana de nuestro cuarto vi a los hombres correr y no regresaron después del bombardeo o la redada. Vi hombres haciendo sus

necesidades en el río; me sentí disgustada cuando vi que se bajaban un poco los pantalones y lo hacían.

Mi papá también salió y no regresó. Antes de eso, me cogió de los hombros, se inclinó y dijo :

—Pronto estarás yéndote en un tren con mamá y Yashu. Iréis a otro pueblo, Danusha. Yo tengo que estar en otro sitio. Recuerda que estarás más segura con mamá.

Me acerqué a él.

—¿Papá vendrá también?

—No por ahora, Danusha. Papá va a buscar un lugar donde esconderse. Para mí es peligroso viajar en tren. Y para vosotros es peligroso estar conmigo.

Me aferré a su pierna.

—¿Cuándo vendrá papá?

—Lo hará… Mientras tanto, es mejor que mamá te cuide. ¿Beso?

Me alejé de él y fui a sentarme en mi silla.

No me moví de la silla. Me quedé allí incluso cuando papá y mamá salieron del cuarto.

Después me fui a dormir sin soñar con nadie.

Al día siguiente, me senté otra vez en mi silla, sin moverme ni siquiera cuando mamá cogió a Yashu en brazos, y papá no vino. Al final, ella se fue al jardín.

Hasta que dejamos Brzeżany, no me subí a la mesa y no quise ver a los pájaros o encontrarme con mi amiga del espejo.

Nos fuimos sin papá.

Primero, estuvimos en el pozo. La señora Moskova dijo:

—Rápido, rápido, deben esconderse.

Y bajamos al pozo de la cocina. Al principio no tenía miedo. Yashu tampoco. Pero mamá se paró en las escaleras, con la cara escondida entre las manos, todo el cuerpo temblando, las lágrimas cayéndole a través de los dedos y mojándole la blusa.

—Mamá, mamá, mamá —la llamamos, y ella no nos oyó—. Mamá, mamá, mamá. —La cogí de la mano y traté de tirar de ella, pero su mano estaba rígida y no pude.

Cogí entonces la mano de Yashu y no dejamos de llorar hasta que salimos del pozo.

Poco después, dejamos a la familia Moskova .

Borré a papá de mi mente en la estación del tren de Brzeżany. No recordaba nada. Ni su risa ni la pequeña sonrisa que me dedicaba cuando estábamos cerca de gente enfadada. Y tampoco su abrazo. Ya no recordaba los ojos que para mí eran como una manta tibia, ni sus grandes manos, que me sostenían cuando quería llorar. Borré cada palabra de la canción «Qué maravilloso, qué maravilloso», pero cada

una de ellas regresó para vivir en mi cabeza.

Me dije a mí misma: «¿Quién necesita a un papá que desaparece y deja sola a esta niñita? No necesito un papá así, no lo necesito. Nunca. Mamá me cuida, mamá nunca deja a sus hijos, puedes verlo en las fotografías: mamá, Yashu y yo. No hay papá, ninguno. Yashu está junto a mamá. Yo estoy junto a ellos».

Mamá hablaba de papá en la sala de estar, pero no mucho. Nueve o doce palabras, y eso era todo. Yo miraba sus hermosos labios; se había puesto un pintalabios rojo y hacía pequeños y suaves movimientos con ellos. Me dije a mí misma que había aprendido de ella cómo hablar de forma agradable, y la oí decir que la familia de su marido era *kaufmanishe familia*, una familia de comerciantes, y que eran ricos. Hablaba más que nada de su familia y contaba que todos habían recibido una buena educación. Todos leían los clásicos en varios idiomas además del polaco —en alemán, inglés y francés—, y también sabían recitar de memoria algunos poemas de Heine. Solo después de muchos años descubrí que papá no era solo un comerciante rico. Resultó que era un hombre con estudios, hablaba idiomas al menos tan bien como la familia de mamá, y era un hombre de mundo, acerca del cual mamá no hablaba nunca, no acerca de eso, y tampoco acerca de la partida de Brzeżany. Ni siquiera después de hablar de la guerra nueve veces o más en nuestra sala de estar mencionó cómo habíamos llegado a Lwów, gracias a Bronka, su hermana menor .

Su hermana vino expresamente de Cracovia para ayudarnos a viajar a Lwów. Eso fue lo que decidieron las hermanas de mamá, Lydia, Franca y Bronka. Las tres vivían con la abuela Rosa en Cracovia y hablaban con mamá a través de cartas. Su hermana Stella estaba en Berlín y también se carteaban con ella, pero menos.

Bronka, Lydia y Franca, que vivían en Cracovia, conocían la situación en Brzeżany. ¿Por qué Bronka no nos llevó a Cracovia? Mamá nunca mencionó una palabra sobre eso. Tal vez las hermanas pensaron y pensaron, y decidieron que Lwów era el lugar más seguro para nosotros, ¿y por qué vino Bronka a recogernos? Mamá tampoco mencionó nunca una palabra sobre eso.

Una mañana, Bronka apareció en el hogar de la familia Moskova. Llevaba puesto un abrigo, sombrero y guantes; nos abrazó diciendo:

—Rápido, rápido. Sombrero. Guantes.

Incluso antes de que nos hubiéramos movido ya tenía una maleta en cada mano y anunciaba suavemente:

—Nos vamos.

Mamá nos cogió de la mano y se quedó paralizada en el sitio. La señora Moskova nos miró. Bronka le hizo una seña a Yashu para que la siguiera, dijo adiós y se fue. Yashu tiró de la mano de mamá, mamá

tiró de mi mano y seguimos a Bronka. No nos detuvimos a descansar un segundo en la nieve, y solo oí a Bronka hablar cuando llegamos a la estación del tren, pero mamá nunca dijo una palabra.

La estación estaba vacía. Nadie salía ni entraba. La tía Bronka dijo:

—Podemos sentarnos aquí. —Era un banco húmedo fuera de la estación.

Nos sentamos en silencio en medio del frío punzante que se metía por los sombreros y los oídos. Mamá estaba callada y su rostro no lucía líneas de preocupación. Sentí que, si ese estruendoso silencio no paraba, sería anuncio de algún peligro, eso ya lo sabía. Tosí y el silencio siguió. Los pies, que me colgaban en el aire, se me pusieron muy calientes. Busqué a la tía Bronka, queriendo que me dijera algo, pero estaba ocupada con alguien que pasaba por allí. Habló con ella con la boca medio cerrada. A veces miraba a mamá o a su alrededor. Incluso observó si había alguien detrás de ella, pero nadie se acercó a la estación.

Mientras tanto, tenía los pies ardiendo. Quería quitarme las botas, pero sentí que era peligroso moverme en el banco, y no había nadie con quien hablar sobre eso. Mamá estaba presente y ausente; más exactamente, era como si no estuviera allí.

Bronka se acercó a nosotros. Enderezó la gorra y el cuello del abrigo de Yashu, me tocó la mejilla y se inclinó a decir algo al oído de mamá. Ella no se movió. Tan solo miró la nieve, como si estuviera perfectamente bien que estuviéramos ahí sentados con las narices húmedas en un banco fuera de la estación, donde no había gente ni tren. Yashu abría y cerraba la mano y no escuchó cuando le susurré:

—Ya basta.

Tenía sed, pero me controlé. No le pedí agua a Bronka cuando ella regresó de dar una vuelta por la estación, y volvió a irse. Al fin, se quedó junto a Yashu, le dijo algo, él le respondió y mamá se movió en el banco como si estuviese saliendo de un sueño peligroso. Entonces oí que se acercaba gente y el silencio aterrador terminó.

Mamá no habló ni contó lo que había pasado en la estación, y yo casi había olvidado ese banco aterrador hasta un día en que encontré un recordatorio de Bronka, un viejo sobre y una hoja de papel escrita en polaco, que decía:

> *Llegué a Brzeżany, un pequeño pueblo, a tres o cuatro horas de viaje de Lwów. En la estación pregunté enseguida dónde vivía la familia Moskova. Tuve que caminar unos dos kilómetros. Anduve con calma por las calles y campos del pueblo hasta llegar a una granja.*
>
> *—Probablemente saben quién soy. Quisiera hablar con madame Anna —dije.*

La señora Moskova no pestañeó. Yo hablé más alto, pensé que tal vez estuviera un poco sorda.

¡No hubo respuesta! Por fin, me senté en una silla sin que me invitaran. De nuevo pregunté:

—¿Anna todavía vive con usted?

De pronto la mujer se inclinó, abrió una trampilla en el suelo y, después de un momento, apareció por la abertura la cara pálida y aterrada de mi hermana. Sin ninguna expresión de felicidad o alivio, salió lentamente del sótano, seguida de inmediato por los niños, que subieron al cuarto. Estaban muy callados; sus ojos estaban hinchados de llorar y se los veía tan tensos como su madre.

Yashu, de cuatro años, escuchó con atención lo que les dije.

—Nos vamos ahora mismo a la estación del tren, y no hay tiempo que perder.

Danusha, un año mayor, comenzó a llorar suave, muy suavemente, sollozando dentro de sí misma; no era el llanto de una niña, sino que sollozaba como lo hacen los adultos.

Caminamos hacia la estación a través de la nieve. Ante nosotros se extendía un paisaje nevado, tranquilo, virgen. No encontramos a nadie en el camino, pero cuando nos aproximábamos a la calle del pueblo, le sugerí a Anna que sería mejor que no levantara sospechas en la estación del tren con aquellos ojos hinchados y aquella cara compungida. Hice lo que pude para animarla y traté de decirlo con humor:

—Solo imagina que ya no eres Anna T., sino Anna Kwiat-kowski. Este es el nombre polaco que aparece en los papeles falsos que he traído. Danusha y Yashu aparecen como Danuta y Yan.

Ella siguió mirándome de manera extraña, triste y tensa, como alguien que no estuviese escuchando.

De pronto, el pequeño Yashu agarró la mano de su hermana y dijo :

—Danusha, ¿has oído? No debes llorar o nos reconocerán.

Le sonreí con agradecimiento y le dije a Anna:

—Mira. Tu hijo se controla mejor que tú. ¡Por favor, tranquilízate!

Pero no respondió, estaba completamente enajenada. En su cara surcada de lágrimas todavía se marcaban el miedo y la ansiedad. No reconocí en ella a esa mujer hermosa, valiente, consciente; la primera dama de Tarnopol. El miedo era demasiado profundo.

Llegamos a la pequeña estación del tren. El sol brillaba y la nieve a ambos lados del camino refulgía como si estuviera salpicada de miles de diamantes. Entré tranquila y despacio al pequeño edificio de la estación, con su sala de espera y sus bancos, y una puerta que conducía a las taquillas.

El tren estaba programado para llegar en diez minutos, pero no había nadie en la estación. Toqué en la ventanilla de la taquilla y no

*hubo respuesta. Caminé por aquel lugar estrecho, ¡pero no se veía a nadie, y eso que era mediodía!*

*Anna y los niños se quedaron fuera, cerca del banco que quedaba frente al edificio de la estación. Les dije que podían sentarse; al parecer, el tren llegaba con retraso.*

*Pero poco a poco comencé a sentirme inquieta. Mi optimismo y mi buen humor, con los que había tratado de animar a los niños, y a Anna en particular, que seguía asustada y distante, empezaron a evaporarse.*

*Nos levantamos pasada media hora; hacía demasiado frío para estar sentados. Yo no quería entrar en la sala de espera, porque desde allí no podría ver si se acercaba alguien que pudiese reconocer a mi hermana y a los niños. Así que caminamos de un lado al otro, hasta que oí a un empleado de la estación decir que el tren llegaría dos horas tarde. ¡Qué noticias tan terribles!*

*¿Qué debíamos hacer? ¿Regresar con la familia Moskova? ¡Imposible! Anna no respondía en absoluto, permanecía apática. Comencé a asustarme, pensé que tal vez ella no entendía la gravedad de la situación. ¿Estaría rezando para sí misma? ¿Podría estar hundiéndose en algún tipo de silencio, repasando los salmos para sí misma, sin ser consciente de la realidad?*

*Recordé que incluso durante los buenos tiempos, los tiempos normales, ella se refugiaba en la oración. De todas formas, intenté explicarle que ahora tenía documentos arios y otro nombre, y que debía centrarse en eso, pero me dio la impresión de que no había captado nada.*

*Aquellos pobres y dulces chiquillos lo entendían mejor que su madre.*

*Me puse nerviosa. ¡Un retraso de dos horas no era una buena señal! El silencio elevó mis sospechas. Ya había sucedido en Słomniki, cuando hubo ese tipo de silencio antes de la acción. Y hacía poco habían capturado a los judíos de los pueblos cercanos y los habían subido a trenes destinados a la deportación.*

*Observé las caras tristes y pálidas de los niños, y le dije a Yashu:*

*—En vez de quedarnos aquí en el frío, ¿no sería mejor regresar con los Moskova?*

*Él me miró con una expresión grave.*

*—Pero vamos con la tía Palemira.*

*De pronto, Anna despertó de su introspección. Inexpresiva y sin sonreír, dio una explicación perfectamente racional de lo que significaba tía Palemira:*

*—En cuanto papá termine su trabajo en el parque del pueblo, nos iremos a Palestina.*

*Eso fue lo que les dijo a los niños y, para evitar que el nombre se les*

grabara en el cerebro y lo pronunciaran por accidente, había inventado a la tía Palemira.

Mientras tanto, la gente comenzaba a llegar a la estación con sus equipajes. ¡Por fin! ¡El tren llegaría en cualquier momento! Mi hermana parecía haber logrado rehacerse al decir algunas palabras. Yo era yo misma otra vez y recuperé mi vitalidad y la creencia de que tendríamos éxito y completaríamos nuestra tarea .

De repente, una joven de quizá treinta, treinta y cinco años, se nos acercó y dijo:

—Hola, madame Anna, ¿qué es esto? ¿Nos están abandonando?

De nuevo, mi hermana pareció estar rodeada por un muro. Le dio la mano mecánicamente a la mujer para saludarla. Enseguida me aproximé, me presenté y dije:

—He invitado a mi amiga y a sus niños a Cracovia para que se recuperen.

—Pero, si van a una gran ciudad, ¿cómo se recuperarán en una ciudad? —preguntó la mujer, mirándome de arriba abajo, y después me felicitó por mi sombrero, que iba tan bien con el abrigo, diciendo —: ¿Son pieles auténticas?

Conversé con ella acerca de todos los temas posibles, acerca de la escuela, de Cracovia, y la mujer escuchaba, los ojos fijos en el hilo de perlas que yo llevaba y que mi madre me había dado para el viaje, aunque eran auténticas perlas de agua dulce.

La extraña mujer y yo caminamos de ida y vuelta por la plataforma. Yo quería alejarla lo más posible de mi hermana, porque temía que ella pudiera decirle más de lo necesario.

Entendí que la mujer era polaca y estaba casada con un policía ucraniano.

El tren no llegó. El empleado de la estación nos informó de que tardaría otras dos horas. En consecuencia, la mujer caminó decididamente hasta mi hermana y se despidió. Ya no tenía ganas de esperar por los parientes a los que había ido a recibir.

Nos separamos; estaba horrorizada por tener que esperar tanto por el tren, todavía no había captado el peligro en el que nos encontrábamos.

¡La mujer polaca estaba casada con un policía ucraniano! ¡Un ucraniano!

Corrí tras ella, llamándola:

—¡Madame! —No recordaba su nombre.

Ella dudó, pero volvió y hablamos un poco más, hasta que ella dijo :

—Tengo que volver a casa; mi marido llegará pronto y tengo que cocinar.

Tuve una creciente sensación de que no debía dejar que esa mujer se fuera. Con una súbita inspiración, le dije que tenía miedo de que le

*dijera a su marido que la amiga polaca cristiana de madame T., como me había presentado a mí misma, había ido a llevársela a ella y a los niños a Cracovia.*

*Pero ella hizo una promesa:*

*—No, no tiene nada de qué preocuparse. No le diré nada a mi marido. Aparte de eso, a lo mejor llega incluso después de las cuatro, y para entonces ustedes estarán muy lejos de aquí.*

*Cambió el peso de un pie al otro, lanzando de vez en cuando una mirada penetrante en dirección a mi hermana. Su admirada observación acerca de mi hilo de perlas no me pasó inadvertida y, con pesadumbre, decidí hacer una sugerencia:*

*—Si se queda hasta que llegue el tren, ¡le regalo mis perlas!*

*Le brilló la cara. Yo hice un ademán como si fuera a quitarme las perlas allí mismo, y quiso ayudarme.*

*En ese momento, el empleado de la estación llegó a la plataforma y ella dio un paso atrás. Me acerqué apresuradamente a él, preguntando:*

*—¿El tren llegará por fin a tiempo?*

*—No —respondió—, ¡más tarde!*

*La mujer me esperaba en el mismo lugar. Había escuchado lo que el hombre me había dicho, y a pesar de eso no se había ido; esperaba por el collar de perlas.*

*—Es realmente un bello hilo de perlas. Se nota que son verdaderas —dijo.*

*Pensé que era interesante que una sencilla mujer polaca, tal vez ucraniana y casada con un policía, distinguiera entre perlas verdaderas y falsas.*

*Le dije:*

*—Oh, usted es una auténtica experta. —Y seguimos hablando acerca de perlas y diamantes.*

*De vez en cuando miraba a mi hermana y a los niños, sentados calladamente en el banco. ¡Esos dos queridos pequeños valían el que yo le diera a la mujer el valioso hilo de perlas de madre, que amaba la joyería sobre todas las cosas! Incluso ella había vendido anillo tras anillo para pagar la alta renta o comprar comida.*

*¡Por fin el tren se aproximó! Me quité el collar de perlas del cuello y lo sostuve en la mano hasta que el tren se detuvo. Extendí la mano con las perlas y ella las cogió enseguida, haciendo un gesto como si las abrazara, y me besó. Después nos dijo adiós con la mano y yo le correspondí; me puse un dedo en los labios para recordarle que mantuviera cerrada la boca pasara lo que pasara.*

*Encontré un lugar relativamente confortable y nos sentamos, exhaustos por el miedo, calmándonos muy poco a poco. Hasta Anna se veía más tranquila. Los niños miraron por la ventanilla, observando*

*todo con tristeza, ¡con una seriedad que era tan poco infantil!… Traté de animarlos con algunas golosinas y sándwiches que había traído de Cracovia. Los pequeños me miraron con gratitud, pero la pena en los ojos de Danusha, rojos de llorar, no la abandonó.*

Había llorado muy muy bajito, no con un llanto infantil, sino como solo los adultos lloran, había escrito Bronka, y yo quería saber cómo lloran los adultos. ¿Quizá miré la nieve y me tragué mis lágrimas, como si bebiera agua o me tragara una golosina?

Y después recordé las palabras que Bronka le había dicho a la mujer polaca en la estación del tren: «He invitado a mi amiga y a sus hijos a Cracovia para que se recuperen».

Yo me sorprendí; ¿la tía Bronka una amiga? ¿E íbamos a Cracovia? ¿No a Lwów? Pero esperé en silencio.

Me senté callada en el tren, comiendo un sándwich y mirando el cuello de pieles de zorro rojo que Bronka había llevado para el viaje en tren, para verse elegante. Recordé que mamá tenía, para ponerse alrededor del cuello, una piel que caía sobre los hombros. En el hocico del zorro había un broche plano para cerrar el abrigo. Sus hermanas también tenían pieles de zorro completas, con la cabeza y las patas, todo ello en un elegante color plateado, como solía decir la abuela, que apreciaba cada abrigo que la familia compraba.

Quería hablar con la tía Bronka, decirle cosas acerca del pozo en la casa de la familia Moskova. Quería contarle que mamá nunca tendría que haber bajado a ese pozo. Sentía que se sofocaba en él. Eso era lo que le había oído decir también a la señora Moskova. Mamá podría haber muerto en el pozo, y a Yashu y a mí aquello nos daba miedo y también que papá no volviera a salvarnos. Me quedé callada.

—Gracias a Dios —dijo Bronka en voz baja.

—Gracias a Dios —repitió mamá de forma casi inaudible, y me di cuenta de que habríamos terminado en ese pozo si Bronka no hubiera ido a buscarnos. Mamá ya no podía respirar en el pozo.

Después oí que Bronka le contaba a mamá, en susurros, los problemas que tenían en Cracovia. Le dijo que todas las familias, el abuelo, la abuela, el padre, la madre, los niños, todos, estaban siendo deportados de la ciudad, calles enteras se vaciaban y no había un solo lugar seguro en Cracovia, ni uno. Lydia y Bronka, las hermanas de mamá, buscaban constantemente un nuevo lugar para pasar la noche, para ellas, para los niños, moviéndose de aquí para allá, y de regreso otra vez; era muy difícil. Qué bien que tuviéramos el domicilio en Lwów, qué bien.

—Quédate allí tanto como sea posible, Anna, tanto tiempo como puedas.

Y entonces oí a mamá contándole que había cocinado para los niños y que a la familia Moskova le gustaba probar y comer la comida;

estaba explicándole con detalle cómo preparar las tortitas con los restos del café cuando me quedé dormida.

Cuando desperté, vi que mamá y Yashu estaban dormidos y que Bronka leía un libro. Alzó la vista, abrió su bolso de mano marrón y sacó un libro de imágenes.

—¿Quieres verlo? —preguntó, extendiéndome el libro .

Yo lo abrí y la miré, segura de que quería ser como ella cuando creciera.

Bronka me sonrió. Tenía la cara redonda y ojos amables. Miraba a cada nueva persona que entraba en el vagón y su voz era clara cuando habló con el hombre alto de uniforme que llevaba una gorra y botas altas. Él la escuchó con atención, dijo «Sí, sí, sí», asintiendo con la cabeza. Vi que ella no le tenía miedo a nadie ni bajó la mirada.

Después de una o dos horas, Bronka despertó a mamá y a Yashu, y nos bajamos del tren. Bronka cogió una maleta con una mano y sujetó a Yashu con la otra; mamá cogió la segunda maleta y las seguimos. Yo caminaba ligeramente delante de mamá, sintiendo que le estaba dando la fuerza para seguir. Entonces llegamos a una casa con un jardín y arbustos llenos de nieve y una valla hecha de tablones. Algunos se habían caído, algunos se mantenían rectos y otros estaban torcidos. Bronka puso la maleta en el suelo, junto a la valla, se inclinó hacia mí y a Yashu, y nos besó, abrazó a mamá y le susurró al oído:

—Adiós, adiós, cuidaos.

Después se dio la vuelta y, en un segundo, se había ido.

Mamá nos miró a Yashu y a mí y nos dijo:

—Ahora todo irá bien.

Y con eso entendí que mamá estaba más fuerte y que no tenía que temer por ella, y tuve razón. Nunca vi a mamá tan callada como en el banco en aquella estación del tren.

# 4

—No hables con extraños, ¿vale? —dijo mamá, acariciando la piel roja. Nos miró, se recolocó el cabello, se llevó un dedo a los labios para indicarnos que estuviéramos callados y llamó a la puerta llena de arañazos—. No habléis —ordenó en un murmullo.

Y yo repuse:

—Está bien, mamá.

—Shhhh…, shhh —agregó.

—Shhhh…, shh… —le susurré a Yashu, que se había alejado un poco y no había oído lo que mamá había dicho en su murmullo.

Le di la mano y lo acerqué a mamá. Mientras tanto, repasé mentalmente lo que estaba prohibido. En Tarnopol, teníamos prohibido sentarnos en el váter sin limpiarlo primero; en Brzeżany, teníamos prohibido salir del cuarto solos; en Lwów teníamos prohibido hablar con extraños.

—Entiende, Yashu, está prohibido hablar, prohibido —le dije a mi hermano, y él me soltó la mano y retrocedió.

—No nos escucha —dije, acercándome a la pierna de mamá, justo cuando la puerta se abrió y un hombre gordo y bajito nos sonrió con sus dientes amarillos. Llevaba puesto un sombrero de lana que le ocultaba la frente. Casi no podía verle la cara.

Mamá sacó una carta de su bolsa y dijo:

—Disculpe, señor, esta carta es de la señora Moskova, en Brzeżany.

El hombre cogió la carta, abrió por completo la puerta y nos invitó a pasar.

Dentro de la casa estaba sentada una mujer de cabellos blancos. Se levantaba y se sentaba, se levantaba y se sentaba, diciendo *Bozhe moi, bozhe moi*. Mientras ella se levantaba y se sentaba, el hombrecillo había terminado de leer la carta y le había hecho un gesto para que nos enseñara un cuarto. No dijo una palabra.

También había dos niñas grandes con trenzas que les llegaban a la cintura. Se pellizcaban una a la otra todo el tiempo, soltando risitas, je, je, je, y me enseñaron a decir oraciones cristianas. Me pusieron una cadenita con una cruz en el cuello y aprendí todas las plegarias de memoria, y me persignaba adecuadamente cada vez que pasaba frente a la iglesia. Mamá nos veía y nos oía, y no decía una palabra.

Antes de las festividades cristianas, mamá nos llevó en un tranvía. Por las preguntas que le hizo al hombre uniformado, me di cuenta de que estaba preguntándole por una calle en particular de Lwów.

Nos bajamos del tranvía. Yo iba de la mano con Yashu y con mamá, y comenzamos a cruzar la calle.

En el lado opuesto había un hombre alto con gorro militar y un abrigo largo. Casi habíamos terminado de cruzar la calle cuando el hombre extendió el brazo y nos hizo señas con el dedo para que entráramos en un patio, detrás de una reja de hierro. Los dedos de mamá me apretaron con fuerza la mano cuando entramos al patio. El hombre alto entró detrás de nosotros, cerró la reja y se quedó en pie frente a mamá. Dijo algo en un lenguaje que no entendí; su cara era dura. Mamá le habló suavemente y él asintió como si hubiera entendido y estuviera de acuerdo con cada palabra que ella le había dicho. Y entonces él preguntó algo, y mamá habló y habló, y, mientras tanto, la mano comenzó a dolerme por el apretón. Incluso a través de su guante podía sentir lo fría que ella tenía la mano. Me asusté mucho cuando el hombre alto guardó silencio y, después de algunos segundos, dijo:

—Policía.

Yo entendí casi todo.

De inmediato, mamá me soltó la mano y se dio la vuelta. Se abrió el abrigo, sacó un paquete de papel y se lo entregó al hombre. Él miró al cielo buscando algún pájaro o un aeroplano mientras guardaba el paquete dentro de su abrigo y me sonreía. Y le sonrió a mamá. Le dijo algo a mamá, tocó el ala de su sombrero y se alejó.

—Volvemos al tranvía —susurró mamá, y extendió la mano.

Yo puse la mía en la suya y sentí el temblor de sus dedos. Le sonreí, pero ella no lo notó. De nuevo cruzamos la calle. Uno o dos días después, nos mudamos a una casa nueva.

—Nos iremos antes de las fiestas —le prometió mamá a la anciana del pañuelo negro con flores rojas.

La anciana nos recibió a la entrada de la casa. En el patio, había un gran abeto tendido y listo en el suelo.

—Solo unos pocos días y regresaremos a casa —repitió mamá hasta que entramos, y yo supe que en realidad no era cierto.

No teníamos casa a la cual regresar después de Tarnopol. Solo en Tarnopol habíamos tenido un verdadero hogar. La abuela Leah, del lado de papá, vivía en el primer piso, y el tío Gustav, su mujer Hilda y su hijo Yechezkel vivían en el segundo. Oí que mamá le contaba a Bronka que ellos se habían ido a Brzeżany después de nosotros, no sabía adónde, y teníamos todo el tercer piso para nosotros, lo cual terminó cuando llegaron los rusos y se apropiaron de nuestra casa, junto con mi cama y las coloridas cortinas y la alfombra. Incluso se hicieron con la vitrina de puertas de cristal. Cómo me gustaba mirar las delicadas flores pintadas en las tazas y los platitos ordenados en hileras en las repisas de la vitrina. Mamá los usaba cuando servía té y ricas galletas a los invitados, y todo lo que nos quedó fue la ropa que

llevábamos puesta y dos maletas, que mamá redujo a solo una para poder darme una mano mientras yo sostenía la de Yashu.

En el hogar de la anciana del pañuelo negro vivimos en un pequeño cuarto en el sótano. Había una sola cama y muy alto en la pared había un tragaluz. Yo me subía en un taburete, me asomaba fuera y esperaba a Santa Claus .

Las niñas que me enseñaron oraciones cristianas me dijeron que Santa Claus venía a dejar regalos para las fiestas. No vi a Santa Claus ni recibí regalos. Pero sí me puse enferma.

Estaba tumbada en una cama estrecha, la cara y la cabeza me ardían de fiebre, sentía el cuerpo pesado como una piedra. Sabía lo que ocurría a mi alrededor, pero no podía ver bien, como si hubiera una pared de cristal entre yo y mamá, Yashu y la anciana del pañuelo. «¿Esto es lo que se siente al morir?».

Yo no quería morir.

Cerré los ojos y comencé a rezar en polaco:

—*Tyś powiedział że nie zostawisz nas na ziemi*. Me prometiste que no nos dejarías solos en la tierra.

Mi boca rezaba por sí misma: *Tyś powiedział że nie… Tyś powiedział że nie…*

Rezaba cada vez más rápido cuando la anciana con la que nos quedábamos entró a nuestro cuarto y vi que mamá la miraba preocupada. La campesina movió la cabeza de un lado al otro y después salió del cuarto. Regresó unos minutos más tarde con *borsht*, una sopa rusa de remolacha, y me la dio a beber. Bebí la *borsht* y vi que mamá le sonreía a la anciana. Yo quería dormir. Conté los carros que pasaban por la calle, uno, dos, tres, cuatro, y me quedé dormida.

Pasaron tres o cuatro días antes de que comenzara a mejorar, y entonces mamá dijo que teníamos que irnos.

Nos pusimos los abrigos, guantes y gorros de lana. Mamá alzó la maleta y salimos de la casa.

—No hables con extraños. Si tienes que hacerlo, sonríe —dijo.

Yo sabía que no teníamos adónde ir.

Nos recuerdo a mi hermano y a mí caminando en la nieve brillante, que nos llega hasta las rodillas; tenemos frío, tanto frío que nos arden los ojos y las narices nos gotean. No decimos una palabra. Solo caminamos y caminamos, mirando a mamá o a la nieve, sin detenernos. Hasta las estrellas del cielo tiemblan con el caprichoso viento que sopla sobre la nieve. Después de mucho tiempo, yo ya estoy cansada, no tengo fuerzas para caminar detrás de mamá. Quiero sentarme, pero caminamos, casi tenemos que correr para seguirle el paso a mamá, y la luz del día ya es tenue. La oscuridad está cayendo y hay nubes. Suplico en voz baja:

—Mamá, para, quiero sentarme.
Pero ella no me responde.
De pronto, una luz brillante. Como la de un tren. Nos detenemos. Hay dos soldados ahí, alumbrándonos con una gran linterna, y el corazón comienza a latirme en los oídos: bum-bum, bum-bum, bum-bum.
Los soldados llevan puestos largos abrigos, botas y gorros de lana. Hablan con rapidez, haciendo gestos con las manos, como si no pudieran entender nada. Mamá me señala y parece muy preocupada. Los dos soldados nos cogen en brazos y nos llevan de regreso a la casa de la anciana que me había dado la *borsht*.
Recuerdo a la familia alrededor de la mesa mirando a los soldados con ojos muy abiertos, después a nosotros y de nuevo a los soldados. Ellos hablan rápido, sin hacer pausas, como si tuvieran música en la lengua.
El ruido alrededor de la mesa hace feliz a la anciana y nos invita a entrar; todo está bien.
Minutos después, los soldados se van y nosotros volvemos al cuarto del sótano. La anciana me ayuda a quitarme los zapatos y la ropa húmeda y a ponerme el pijama. Me meto en la cama y al final puedo calentarme. Rezo en mi corazón para que no tengamos que irnos nunca más.
A la mañana siguiente, mamá me dio una gruesa rebanada de pan untado con mermelada. Nunca había comido una mermelada tan buena. Ella dijo que los soldados la habían traído, y que íbamos a quedarnos mientras tanto. Vi que la maleta seguía cerrada, sin deshacer. Mamá lavó la ropa que habíamos usado en la nieve, la secó frente a la estufa y por la mañana nos la pusimos otra vez .

Cuando llegaban invitados a nuestra sala de estar en Haifa, yo me sentaba en una silla, a veces en el suelo, donde había polvo, telarañas, una aguja de tejer y un calcetín blanco. Llevaba buscando ese calcetín toda la semana y más. Todo estaba muy ordenado bajo el sofá. Desde donde me encontraba, también vi que el señor Bogusławski no solo tenía una densa pelambrera en los oídos, sino que también tenía varios pelos gruesos en la nariz. Eran del color del óxido que cubría la tubería de hierro que había detrás de la casa. Y me daba dos caramelos cada vez que entraba. Le guardé uno a mi hermano.
Desde mi sitio en el suelo, noté un sarpullido rojo en la pierna de Klara Cohen, Klara la del cabello seco, y estaba inflamado. De inmediato me miré la picazón que tenía en la palma de la mano y me bajé la manga.
Los dedos de mamá también eran delgados y parecían más largos. Los entrelazaba suavemente en sus rodillas; llevaba las uñas cuidadas,

pero no pintadas con esmalte.

Mis manos se parecían a las de mamá. Al limpiar la casa, no había notado que tenía las manos inflamadas y rojas. Solo noté que los delgados dedos se hacían más largos a medida que crecía, y mamá también lo notó.

—Qué hermosas manos tienes, manos ociosas —comentó cuando vio que yo sostenía un libro.

—¿Eh? —Enseguida cerré el libro, oculté los dedos en mis axilas y me faltó el aire.

De todas formas, yo tenía problemas respiratorios, debido tal vez a la sinusitis. Tenía que hacer inhalaciones de vez en cuando para abrir las vías.

—Antes de dejar Brzeżany —dijo mamá, ataviada con su favorecedor vestido azul—, recibí una carta de recomendación de la señora Moskova para su hermana en Lwów, en donde le pedía a la mujer que nos acogiera en su hogar, en la calle Bogdańska, a cambio de una elevada renta mensual. La señora Yuzchynska, una campesina gorda y ya mayor, casada con un ucraniano, y sus dos hijas adolescentes, Stefa y Janka, aceptaron recibirnos a pesar de la prohibición de dar asilo a los judíos. Debería mencionar que mis hermanas de Cracovia nos habían dado papeles falsos y nombres polacos.

»El invierno de 1942 fue muy crudo en Polonia. Las paredes de la planta baja donde vivíamos estaban cubiertas de escarcha; nos sentábamos en casa con los abrigos puestos y temblábamos de frío. Con gran esfuerzo, logré comprar un saco de carbón y encender la estufa, y al fin pudimos calentarnos. Pero era doloroso para mí, una judía temerosa de Dios, darles a mis hijos una educación cristiana. Aprendieron oraciones cristianas y fueron a la iglesia.

—Una educación cristiana para los niños, qué terrible —dijeron en la sala de estar, mirándome, pero no me molestó.

Yo estaba sentada en el suelo, el talón de un pie apoyado en los dedos del otro, mirando el calcetín que estaba bajo el sofá.

—En apariencia —exclamó el señor Bogusławski—; no lo olviden, amigos, en apariencia una educación cristiana. Anna, continúa, por favor.

Mamá contó que su *ausgeschprochen*, su aspecto ario, la había ayudado en el entorno polaco, pero tenía miedo por las historias que la hija de la dueña, la sádica Stefa, contaba acerca de judíos que se disfrazaban de arios y cómo la Gestapo los colgaba en las calles. En voz alta, contaba que habían colgado a seis judíos disfrazados de arios en la calle Lukitka, y dos más en una calle cercana; los colgaban todo el tiempo; todo el tiempo sacaban a más y más judíos a rastras de sus agujeros. Su hermana Janka, que observó mi cara asustada, exclamó:

—Qué aterrador. Deberías morderte la lengua con todas tus historias de terror.

Esa Stefa adoraba engullir la comida, igual que su madre, la señora Yuzchynska, que se daba atracones. Se llenaba la barriga con sopa de alubias y asado con *kapusta*, col, y la casa se llenaba de olores y sonidos desagradables. Stefa engullía y asustaba a todos, contaba historias acerca de una hermosa joven que se había teñido el pelo de rubio.

—Podías ver a esa rubia desde lejos, colgando de una cuerda —decía, masticaba y masticaba, aterrorizándonos dos veces al día con una historia acerca de un maestro polaco (no cualquier maestro, sino alguien del liceo), que había ocultado a un niño judío. Ellos lo habían colgado junto con el niño.

—*Nu*, para ya, ¿me oyes? —ordenó a su hija el viejo señor Yuzchynska, el dueño—. Son gente muy desafortunada.

—Sí, sentía que el dueño quería ayudarme —dijo mamá—, y en general podías decir que toda la familia disfrutaba del dinero de la renta que les pagaba por el cuarto. Pero había mucha tensión, y la sádica Stefa pedía ver nuestros papeles al menos una vez a la semana. Yo los saqué de mi bolso y se los enseñé, y Danusha le sonrió amablemente. Y en cuanto salió del cuarto, la niña me preguntó: «¿Qué significa “muerto”?», y se vino detrás de mí: «¿Qué significa? ¿Qué es?». ¿Qué podía decirle yo?

»Nos quedamos allí algunos meses hasta que, una mañana, el dueño vino y exigió que nos fuéramos. Los vecinos estaban comenzando a sospechar que éramos judíos, y él no quería terminar colgado de un poste en la calle.

»Las noticias nos cayeron como un trueno en un día despejado. ¿Qué pasaría? ¿Qué pasaría?

—Ay, ay, ay, qué pasará, qué pasará —exclamó Bertha Ketzelboim, que tenía la piel transparente, con una red de venas en la cara.

Su marido, Jacob, le apretó fuerte la rodilla con la mano.

—¿Qué pasará, qué pasará? —preguntó la gente, haciéndose eco de ella.

Y el señor Bogusławski levantó las manos y las agitó en el aire.

—Shhh, shhh, shhh.

—Sin papeles, solo los falsos que Bronka nos había dado, y dos niños pequeños, me daba miedo deambular por las calles del pueblo, pero ¿qué opción tenía? Tenía que encontrar enseguida un nuevo techo. Le pregunté a la señora Yuzchynska si podía dejar las dos maletas en su casa uno o dos días, y me fui con los niños y algunos anuncios de cuartos para alquilar. No fue nada fácil. En todas partes donde iba me pedían mi tarjeta de identificación. Y yo no tenía. Y entonces comenzaban a hacer preguntas: «¿Por qué no tiene papeles y

dónde está su casa, y por qué necesita un cuarto para una semana, dos semanas? ¿Más?». «*Madame*, estamos en guerra, no hay sitio sin papeles de identificación, ninguno». Recorrí el pueblo y vi carteles que ofrecían una recompensa de diez mil monedas de oro para cualquiera que llevara a un judío a las oficinas de la Gestapo, y yo estaba más preocupada cada día.

En este punto alguien salía a fumar al balcón, usualmente el callado Yozed Meltzer, que era empleado postal, y mamá paraba para beber agua de un vaso. Los otros que estaban en el cuarto también se sentían mal por nuestra situación.

—¿Qué pasará, qué pasará? —murmuraba Klara Cohen cada vez que había una posibilidad de peligro o preocupación.

—Ay, ay, ay —lloraba Bertha Ketzelboim en su pañuelo.

—Pero tenías hermanas en Cracovia, Anna. ¿Por qué no pensaste en irte con ellas? —preguntó Jacob Ketzelboim, metiéndose la mano al bolsillo, como siempre, y haciendo tintinear las monedas.

—*Generalgouvernement, Jacob, Generalgouvernement* —dijo Bernard Cohen, levantándose de la silla.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Bertha Ketzelboim.

—*Nu*, en octubre de 1939 los alemanes ya habían conquistado Cracovia y la mitad de Polonia también —explicó Bernard, volviendo a su asiento—, y decidieron que la capital de la región ocupada, conocida como *Generalgouvernement*, sería Cracovia. Bien, ya pueden imaginarse lo que pasaba ahí. Miles fueron expulsados de la ciudad, miles, y había un gueto e incendiaron sinagogas; era muy peligroso.

—Bueno, él era partisano y por eso sabe —dijo su mujer Klara a la gente de la sala de estar.

—Entonces, ¿por qué está sentado aquí? —murmuró el nuevo vecino del primer piso .

Y el señor Bogusławski le sonrió a mamá y dijo:

—Porque su hogar es agradable y las historias son muy buenas.

—Gracias —respondió mamá—. Mis hermanas tuvieron que hacer arreglos especiales para que llegáramos a Cracovia; mientras tanto, decidí buscar a un pariente que conocía y que vivía en la calle Bernstein, en Lwów. Creí que él podría ayudarnos en esos tiempos difíciles. Me llevé a los niños en el tranvía al Sector Judío, aun cuando no era seguro caminar por allí, pero no tenía otra opción. Nos bajamos del tranvía; cogí a los niños de las manos y me acerqué a un vendedor de periódicos para preguntarle por la calle Bernstein. Un hombre de sombrero que estaba allí parado me miró y dijo que nos llevaría a la calle Bernstein. No me gustó el hombre, pero sentí por dentro que era imposible irse. Así que lo seguimos y él dio un paso atrás y nos hizo señas de que cruzáramos la reja de una casa cercana.

Mamá hizo una pausa. El ambiente era eléctrico. La gente estaba

sentada inmóvil en las sillas. Yo tampoco me moví, aunque me dolían los hombros de estar sentada tan derecha.

—Entramos al jardín —dijo mamá, como si hubiese regresado a ese momento—. El hombre del sombrero se abrió la solapa y me mostró la placa de la Gestapo. Yo estaba muy asustada, aunque por supuesto lo miré como si no entendiera por qué me había detenido. Me pidió mi tarjeta de identificación. Yo saqué mis papeles. Él los miró y quiso saber qué estaba buscando, y si conocía a la gente de la calle Bernstein y su dirección exacta. Obviamente, no le di ninguna dirección. Le dije que estaba buscando conocidos de antes de la guerra. No recordaba la dirección y era posible que se hubiesen mudado. El hombre me devolvió mis papeles y dijo bruscamente: «Ustedes son judíos, judíos, vengan conmigo a la comisaría de policía».

Mamá guardó silencio, inspirando y exhalando hondo.

El suspense reinaba en el cuarto. El señor Bogusławski se deslizó al borde de su asiento y exclamó: «Valor, Anna, valor», y le pasó una botella de valeriana a Jacob Ketzelboim, que estaba sentado al lado de su mujer, Bertha. Ella agitaba el abanico, casi hasta romperlo, con la cabeza apoyada en la pared .

Izzy Rappaport, el vecino de Bernard Cohen del edificio opuesto, que era delgado y usaba gafas redondas, y que trabajaba en la clínica y siempre llevaba una venda o dos en el bolsillo, dijo:

—En situaciones como esa, siempre es sabio ser frío y controlarse, o estamos perdidos.

Mamá dijo con suavidad:

—Yo sentía las piernas débiles, casi no me sostenían. Sabía que la policía de la Gestapo examinaría a Yashu y descubriría que era judío. En mi abrigo de invierno había unas monedas de oro que mi marido me había dado antes de que nos fuéramos a Brzeżany. Había ocultado algunos cientos de *zloty* en mi sujetador. Saqué el dinero de allí, se lo di y le supliqué que me dejara ir. Él cogió el dinero y miró a los niños. «Así que *madame* es judía. Los niños son muy guapos —dijo, guardándose el dinero en el bolsillo—. Permanezca lejos de este sitio, *madame*, es peligroso». Y entonces abrió la reja y nos dejó ir.

»Los niños son muy guapos —dijo mamá, y cada vez que la oía decir eso, incluso la décima vez, me levantaba de mi silla, dejaba a mamá y a los invitados de la sala de estar e iba al espejo del pasillo cerca de la puerta principal. Quería ver por mí misma la cara que el policía alemán había visto.

Al principio, vi una cara redonda y quemada por el sol, a veces la nariz se estaba pelando; los ojos estaban un poco rojos, tal vez por el agua de la piscina Bat Galim, en Haifa, donde íbamos a nadar. También vi una frente amplia y un cabello corto y rizado. Después de uno o dos años, la cara se alargó y el cabello también; tenía acné en

las mejillas, uf, asqueroso, y después desapareció y dejó una piel suave.

Me demoré en mi boca. Vi labios llenos, rojos, como pintados con barra de labios. Quería saber qué le había ocurrido a esa boca cerca del hombre del sombrero. ¿Había sonreído bellamente para que dejara a mi madre en paz?

Quería encontrar la boca y los labios de mi hermano para competir por la sonrisa que haría que el policía nos dejara en paz. Pero Yashu casi nunca estaba en casa. Jugaba con los amigos que encontraba en todas partes, patinaba con sus patines de ruedas por la calle. Patinaba sobre uno solo, aferrándose a un autobús que tirara de él a lo largo de la calle, o eso me dijo un día.

—Eso es muy peligroso, Yashu. ¿Qué crees que estás haciendo? —le grité, agarrándole la mano.

—No pasa nada —me sonrió—, no te preocupes y no se lo digas a mamá, ¿vale?

—Debes tener cuidado. Prométemelo, Yashu, prométemelo —supliqué, sin soltarle la mano hasta que me lo prometió, y le di el caramelo que me había guardado en el bolsillo para él.

# 5

—¿Por qué estás aquí? ¿Dónde está tu marido? ¿Dónde está tu casa? ¿Cuándo volverás?

En la sala de estar, mamá repetía las preguntas que le hacían cada vez que encontraba una habitación. Y cada vez un miembro del hogar o un pariente nos amenazaba con preguntas implacables. Cada noche, mamá suspiraba, y yo me daba cuenta de que por la mañana se ponía su pañoleta de campesina y decía:

—No hables con extraños, sonríe cortésmente.

Y juntas salíamos a buscar otra habitación. Mi madre al frente, llevándome de la mano, mientras yo cogía la mano de Yashu o él se agarraba de la mano libre de mamá. Cada uno de nosotros usaba un gorro y mamá se ponía una pañoleta en particular para la búsqueda. Yo entendí que esa era una forma especial de vestirnos para que la gente no nos mirara demasiado de cerca, lo cual nos daba cierta seguridad.

Mamá sonreía cuando los hombres de la sala de estar decían «Eres hermosa con o sin pañoleta, qué importa eso, ¿eh?», y a mí me parecía interesante.

Cuando mamá hablaba de otra habitación que había alquilado en una de las calles de Lwów, enfatizaba lo educados que eran sus hijos con la dueña.

—Eran tan corteses y callados, incluso tocaban el duro corazón de los gentiles —dijo, sonriéndome solo a mí.

Los invitados también me sonreían solo a mí, y yo dejaba de comer la manzana o lo que tuviera en la mano mientras ella hablaba.

—Pero unos días más tarde —les dijo a sus huéspedes con una voz inminentemente tensa, como la música de una película—, tan solo unos días más tarde, a una amiga de la dueña le entraba la curiosidad y quería saber quién había alquilado la habitación, quién era esa gente. Y eso era todo. Yo sabía que aquel era el momento de mudarnos a otra parte antes de que comenzaran las preguntas. Vestía a los niños con los gorros y los abrigos, me ponía una pañoleta estampada en la cabeza y salíamos a buscar otro sitio —explicó mamá, entrecerrando los ojos para poder seguir viendo a sus invitados.

Yo le dirigía una gran sonrisa, como hice aquella vez cuando ella me miró con los ojos entrecerrados para asegurarse de que yo estaba bien si estaba agarrada a una maleta o a su abrigo.

—Después de caminar durante horas —continuó mamá—, llegué a la casa de la familia Dumnievska en el distrito de Kolprakov, y ellos enseguida nos acogieron, quizá porque yo comencé con cuánto estaba

dispuesta a pagar. Era un sótano bastante oscuro, con una sola ventana pequeña encima de la cama. Los dueños, una pareja mayor, deambulaban cerca, mirándonos con insistencia, queriendo saber por qué no me había preparado para las fiestas. Les prometí que nos iríamos antes de las fiestas —dijo mamá—, pero la mañana de la festividad Danusha se levantó con fiebre. Ardía como mil velas y vomitaba todo el tiempo. Yo estaba loca de preocupación. Esa noche, la llevé a mi cama y la abracé. La fiebre no cedió; sus mejillas eran como dos ascuas. Le puse paños fríos en la cabeza y recité los salmos. Y entonces la pequeña me recitó oraciones cristianas. Todo mi cuerpo temblaba. Por fin se quedó dormida y yo me calmé.

»Por la mañana le subió la fiebre, tenía el cuerpo rojo como el fuego. Casi no respiraba.

Mamá se detuvo, lo cual provocó un pesado silencio en la sala de estar. Nadie se movió o abrió siquiera el envoltorio de un caramelo. Mamá levantó un delicado vaso de té y dijo:

—Por la noche, la puerta se abrió y la señora Dumnievska entró con *borscht* y galletas de Navidad. Vio que no teníamos nada en el cuarto y se dio cuenta de que éramos judíos. Miró a la niña con compasión, se aproximó a la cama, escuchó y se sorprendió de que estuviera murmurando oraciones cristianas. Fue un gran impacto para ella, pero, a pesar de eso, se negó a llamar a un médico. Dijo que era peligroso llamarlo, peligroso para nosotros y para ellos, y en su camino a la puerta susurró que su yerno se estaba quejando de que ella le hubiera alquilado el sótano a gente perseguida como nosotros. Tuvimos un día y una noche difíciles, y la fiebre de Danusha bajó. La señora Dumnievska preguntó cómo seguía, soltó un suspiro de alivio conmigo, pero insinuó delicadamente que debía prepararme para dejar el cuarto, sí. Podíamos esperar algunos días hasta que la niña estuviera mejor, pero debíamos prepararnos para marcharnos. Le escribí una carta a mi hermana Bronka, a Cracovia, con la dirección de la señora Dumnievska, pidiéndole que nos ayudara a irnos de Lwów. Pasó un día y yo no esperé la respuesta. Preparé una maleta grande y salí al patio con los niños. Todos estos años he recordado las palabras de la señora Dumnievska: «Dios está en el cielo y Él no está dormido». Esa frase me acompañó mientras caminábamos por la calle. Solo caminábamos, no sabía adónde. Nevaba todo el tiempo.

Mamá se dio golpecitos con el dedo en la barbilla, como si prefiriera posponer esa historia.

—Por supuesto, el Dios de la señora Dumnievska estaba dormido —dijo enfadado Bernard Cohen, el partisano.

—Como un oso, así dormía su Dios —replicó Izzy Rappaport.

—Sería más exacto decir que como los muertos —agregó Klara Cohen.

—Está bien, está bien, lo hemos entendido —calmó los ánimos el señor Bogusławski.

Vi que Bertha Ketzelboim casi se había desmayado por aspirar la botella de valeriana, pero mamá volvió a poner su vaso en la mesa y relató:

—Llegamos a un campo a las afueras de la ciudad, en el distrito de Kolprakov. Era por la tarde. Yo sabía que debía encontrar un refugio antes de que oscureciera. La maleta que llevaba era muy pesada. Los niños iban de la mano y nos hundimos en la nieve. Era difícil avanzar. Cada minuto sentía lo difícil que era aquello para los niños, y me partía el corazón. Los copos de nieve nos cubrían los gorros y los abrigos; las pestañas de los niños estaban blancas, lo que me volvía loca. De repente, la niña cayó en la nieve; estaba débil y pálida por su enfermedad. «Descansa un rato y luego seguimos, ¿vale?», le susurró mi hijito a Danusha. «Estoy lista, podemos seguir», dijo llorando la pequeña, levantándose y dándome la mano, y seguimos adelante.

—Valor, Anna, valor —resopló el señor Bogusławski, como si oyera la historia por primera vez, pero no menos conmovido que los nuevos invitados.

Mamá, muy cansada, cerró los ojos y sentí en mi corazón que podría reemplazarla hasta que estuviera más fuerte, y contarles a los invitados acerca de los dos niños en la nieve. De hecho, podía ver ante mis propios ojos la imagen blanca de la nieve interminable. Pero me senté a un lado como un ratoncito, sintiendo como si mamá estuviera hablando acerca de otros niños, no sobre mí o Yashu, ¿y por qué Efraim Sonnenfeld, el herrero, a quien los vecinos del edificio llamaban Monny o Bonny, dibujaba constantemente una figura de ocho en la pata de la silla? ¿Y por qué corría al baño cuando las cosas se ponían muy tensas?

—Gustav, el hermano de mi marido, que vivía con nosotros en Tarnopol, solía decir que no resistiríamos a los nazis. Decía que estaba dispuesto a compartir el destino de todos los judíos. Yo me negué a rendirme; no, no, seguí caminando. Vi una hilera de casas. Me acerqué a una y llamé a la puerta. «¿Tendrían una habitación para alquilar?». No había ninguna. Llamé a varias puertas; nada. Dije que estaba dispuesta a pagar mucho dinero, y ellos ni siquiera nos miraron. Regresamos al campo, donde había algunas rocas, y me senté allí, aunque estaban cubiertas de nieve. Si hubiese habido gorriones en el cielo, habrían llorado de frío. El pequeño Yashu apoyó la cabeza en mí y se quedó dormido enseguida. Los bellos ojos de Danusha expresaban pena y sentimiento. Cogí su cabeza entre las manos para ocultar mis lágrimas y murmuré una plegaria al Todopoderoso.

Mamá guardó silencio. Y yo no podía creerlo. ¿Pena y sentimiento?

¿De qué niña estaba hablando? Yo no la conocía y quería que parara. Quería que todos se levantaran: «Gracias, Anna, ha sido un placer estar contigo, bendiciones y buena salud para todos nosotros». Al menos una vez al año yo quería suspender esas reuniones con invitados en nuestra sala de estar. Esto sucedió cuando mamá contó lo de la nieve y cuando contó lo de Yashu, que no estaba viviendo con nosotros, y también cuando mamá contó lo del hogar para convalecientes, donde nos dejaron solos.

—¿Por qué estás enfadada? —me preguntaba, y yo me quedaba callada.

No quería más gente o historias en la sala de estar como asistiendo a una película, sin pagar entrada, pero con merienda. Estaba harta de que Danusha se pusiera enferma otra vez. Danusha llorando y cayendo otra vez, Yashu siendo un héroe otra vez, sin caerse ni ponerse enfermo, qué buen niño. Yo quería paz y tranquilidad.

Paz y tranquilidad. Váyanse a casa, ya está bien, he tenido suficiente; no quiero volver a ver las caras tristes de la gente en nuestra sala de estar, no quiero escuchar sus «oh, oh, oh», ni oír el «valor, Anna, valor» del señor Bogusławski; no quiero escuchar las emocionantes historias de mamá, ¿es que no lo entienden?

Quería oír en nuestro hogar historias como las que escuchaba que contaban mis compañeros de clase. Me gustaba la vida en nuestra sala de estar, con té y merienda, pero sin historias acerca de la nieve y las vidas en peligro. La historia del *jeep* del oficial era mucho mejor, la del padre de Gideon o del de Yael. ¿Qué hay de malo en viajar en Israel? Y si no es acerca de un padre con un *jeep* militar, entonces cuando menos podríamos tener una tienda de ropa en Hadar, como solíamos, y papá trabajaría allí, y no estaríamos solos.

Y Klara diría:

—¿Sabes, Anna? Han abierto una buena tienda de telas en Tel Aviv. ¿Sería una buena idea ir y echar un vistazo ?

Y también:

—Escuchad, amigos, escuchad —agregaría Bertha Ketzelboim, que tiene una tienda de lanas y mercería—. He visto unos sombreros de París en una revista…, mmm. No hay nada igual en Haifa, nada.

¿Podría tener esos pensamientos? ¡En mis sueños! Tal vez si hubiera nacido en la tierra prometida y me llamara Ruthi o Michal, y tuviera un padre que nunca se fuera, un padre que estuviera en casa junto a mí; o si hubiera nacido en Tarnopol después de al menos cinco hijos, y mamá me mirara con ojos de alegría y exclamara: «Oh, qué hermosa bebé tenemos, cómo he esperado a tener una hija como esta», y me abrazara fuerte y no me soltara, incluso aunque Yashu estuviera allí; y papá me llamara «mi princesa» y me cogiera en sus brazos y me llevara en un carruaje especial con dos caballos con silla y cuentas y

campanitas en el cuello.

¿Es posible? «En un sueño nocturno, cuando las estrellas no se asoman», como dice la canción que cantan los niños en un campamento de verano, pero esa es otra historia, y ahora me estoy escapando al baño, cierro la puerta con llave, me siento en la tapa del váter con un libro en las manos. Julio Verne. Me encanta leer a Julio Verne, y los invitados no pueden entrar. No me importa. Es raro que mamá no me haya regañado por esto.

No estuve enfadada mucho tiempo. Ni siquiera una hora, según el reloj del pasillo. Y después regresé a la sala de estar, durante el receso para los refrigerios o después de él, y escuché a mamá sin la ira que había sentido antes.

—Y entonces llegó el gran milagro —dijo mamá—. Dos soldados se nos acercaron en la nieve, haciendo gestos con las manos, señalando a los niños y hablando rápidamente en italiano. Yo no entiendo el italiano; traté de hablar inglés, pero ellos no entendieron; el francés ayudó. Me preguntaron qué hacía en la nieve con los niños, haciendo una seña con el dedo de que yo estaba loca, y que dónde estaba mi casa, o si estaba perdida. Tenían razón, por supuesto, esos italianos. ¿Quién sale a la nieve de noche con dos niños pequeños? Podríamos habernos convertido en hielo; ese tipo de frío no existe en Israel, nada que se le parezca. Así que les dije a los soldados que venía del pueblo porque mi hija estaba enferma y debía encontrar un médico, pero en la casa de los Dumnievska, mis conocidos, había demasiada gente, no tenían espacio para nosotros, así que estaba buscando una habitación para pasar la noche.

»Los soldados se miraron entre sí y dijeron *impossibile, impossibile*. Me di cuenta de que querían llevarnos de regreso a la casa de la familia Dumnievska. Uno de los soldados cogió al dormido Yashu, el otro cargó a Danusha y llevó la maleta. Regresamos con la familia Dumnievska.

»Era domingo y la familia estaba cenando. Se sorprendieron al vernos en compañía de dos soldados italianos, quienes les pidieron con grandes gestos que encontraran un espacio en su casa para nosotros, prometiendo, fuerte y claramente *Mangia! Mangia!*, que llevarían comida para todos en un rato, y repitieron eso al menos tres veces antes de que toda la familia entendiera y aceptara, "sí, sí, sí".

»La señora Dumnievska les quitó a los niños los abrigos y los gorros mojados, les puso pijamas calentitos y los acostó. Enseguida se quedaron dormidos.

»A la media hora, los italianos regresaron en un automóvil con bolsas de papel. Pusieron una gran hogaza de pan fresco en la mesa de la señora Dumnievska, salchichas, un tarro de mermelada, una botella

de alcohol, delicias con las que aquellos días solo se podía soñar. Sirvieron el alcohol en las copas, las chocaron con la familia; la atmósfera se hizo más cálida, y yo me sentí bien en la cama tibia.

»Varios días después, recibí una carta de mi hermana Bronka. Me escribió para decirme que pronto vendría para llevarnos a Cracovia. Ah, cómo echaba de menos Cracovia, la ciudad donde había nacido, donde vivían mis hermanas Lydia, Franca y Bronka, y, por supuesto, mi amada madre. Creí que un poder superior estaba dirigiendo nuestras vidas y recé una oración.

Mamá hizo una pausa.

Mientras mamá estaba callada, yo pensé que la enfermedad nos había salvado, con la señora Dumnievska, con los soldados italianos, mmm. La enfermedad puede ser útil. Entonces, ¿por qué la gente sigue diciendo «Buena salud», «Buena salud»? ¿Es que no lo saben?

—*Mangia! Mangia!* —murmuró Bernard Cohen, mirando la mesa de refrigerios.

—Shhh —susurró su mujer Klara, hundiéndole un codo en las costillas.

Miré a mamá. ¿Qué? Hizo un gesto con la cabeza. Volví la cabeza en dirección a la mesa de refrigerios. Ella siguió mi mirada. «¿Ahora?», preguntó con la mirada. «Sí», asentí.

—Las exquisiteces que los italianos llevaron a la familia Dumnievska nos han dado ganas de comer algo, ¿eh? —preguntó mamá, sonriéndoles a sus invitados.

—Un momento, Anna, un momento —exclamó el señor Bogusławski, levantándose de la silla—. Volveré en un minuto. —Le hizo un guiño a Bernard Cohen y desapareció por las escaleras.

—¿Qué le pasa? —preguntó Klara.

—Suena como algo bueno —dijo Bernard Cohen, frotándose las manos.

—¿Debemos esperarlo? —preguntó Henia Sonnenfeld, jugando con un paquete de cigarrillos que había sacado de su bolso.

—Esperemos —indicó mamá.

El señor Bogusławski se quedó de pie, jadeando, en el umbral y agitando una botella.

—Ahora podemos alzar una copa en honor de nuestra Anna. Qué historia tan extraordinaria hemos escuchado, ¿verdad? Danusha, ¿nos traerías algunas copas para los invitados, por favor?

—Sácalas de la vitrina, las que tienen el borde dorado —pidió mamá .

Saqué las copas y las repartí entre los invitados.

—Bravo, Bogusławski, ¿qué estamos bebiendo? —preguntó Bernard Cohen.

—*Slivovitz*, para las mujeres también, por favor —reclamó él,

sirviendo a los invitados—. Danusha, ¿dónde está tu copa, *nu*?

Me ruboricé al instante. Miré a mamá.

—Ella no bebe —dijo ella.

—Yo no bebo —acepté, obedientemente.

—Claro que sí, solo un poquito —replicó el señor Bogusławski, dándome una copa—. ¿No te das cuenta de que tu hermano y tú le habéis dado a tu madre una razón para vivir?

Miré a mamá. Ella se cubrió los ojos con la palma de la mano. Vi que le temblaban los dedos.

Quería acercarme a ella y darle un pañuelo, pero el señor Bogusławski fue más rápido. Se puso junto a mamá, le dio un pañuelo y le puso una mano en el hombro.

—A tu salud, querida Anna; a la salud de los niños —exclamó, a continuación alzó la copa.

—A tu salud, a tu salud —respondieron los invitados, y bebieron su *slivovitz*, después se levantaron y fueron a la mesa de refrigerios.

Yo permanecí a un lado, mirando a mamá. Ella se enjugó las lágrimas con el pañuelo, se alisó el cabello, se puso en pie, se recolocó el vestido y se unió a los invitados.

Yo fui a la ventana del pasillo y miré hacia fuera. La letra de la canción «Qué maravilloso, qué maravilloso, que haya noches como esta» sonaba en mi mente como un disco rayado. Me llevé los dedos a la boca, no podía dejar de bostezar.

Pasaron dos semanas y mamá les dijo a sus invitados:

—Bronka.

Y se mordió los labios.

—Bronka vino para llevarnos de Lwów a Cracovia. Llegó sin avisar a la casa de la familia Dumnievska. La vimos en cuanto se abrió la puerta, y nos dijo que no había podido avisarnos de que venía porque dependía del calendario de su vieja amiga alemana de la escuela, Sophie, que iba a viajar a Lwów.

»“Hay cazadores de judíos en la estación del tren”, le dijo Sophie a Bronka. “Ucranianos, polacos y *Volksdeutsche*, germano-polacos. El hombre va a viajar a Lwów por trabajo, es mejor que vayas con él; él está de acuerdo”. Sophie se había convertido al cristianismo antes de la guerra, pero, de todas formas, había permanecido en contacto con Bronka, quien, por supuesto, tenía papeles polacos.

»Bronka les había dicho a los alemanes que trabajaba para una compañía importadora de café en Cracovia y que viajaba a Lwów por negocios. En el camino de regreso, quería recoger a una buena amiga y a sus dos niños, y llevarlos de vuelta a Cracovia; dijo todo esto en un mal alemán, aunque hablaba bien el idioma, al igual que sus hermanas. A diferencia de los polacos, los alemanes no podían

distinguir entre una mujer judía y una polaca. Durante el viaje, hombres con gorros militares recorrían los vagones, examinando las caras de las personas y pidiendo ver los papeles. Estar sentada junto a un alemán de uniforme y conversar apaciblemente con él en el tren la ayudó durante la travesía.

»Mi hermana arregló con el alemán —dijo mamá, agitando un dedo en el aire— que tres días después él vendría a la casa de la familia Dumnievska en un vehículo militar para llevarla a ella y a su amiga a la estación del tren. Planeaban coger el tren nocturno a Cracovia.

»Cuando llegaron a la estación de Lwów, el alemán entrelazó el brazo con el de mi hermana y juntos caminaron por la plataforma. Él le dio su número de teléfono, por si lo necesitaba, y cuando ella se subió al taxi, él se inclinó y la besó y, amigos míos, pronto verán qué importante fue ese beso.

—Ay, ay, ay —exclamó Bertha Ketzelboim—, por favor, abran una ventana, mis nervios no pueden soportar esta tensión.

Jacob, su atlético marido, saltó de la silla y abrió la ventana.

—Hace frío —dijo Klara Cohen, estremeciéndose .

—Aire, aire —se quejó Bertha, dándose palmadas en el pecho.

—Basta con que quede medio abierta —declaró Klara.

—No, no basta —protestó Bertha, dirigiéndole una mirada de reproche—, abrígate cuando vengas.

—Shhh, shhh —solicitó el señor Bogusławski.

Me levanté de la silla y fui a la habitación de mi madre. Cogí un chal de lana y se lo di a Klara. Ella no se movió.

—*Nu*, póntelo en los hombros —dijo Henia Sonnenfeld, agregando en un murmullo—: ¿No te das cuenta de que ella está sufriendo?

Mamá se aclaró la garganta. Los ánimos en la sala de estar se calmaron.

—Me sentí tan feliz de ver a mi hermana… —contó mamá—. Los niños también estaban felices de ver a su tía. Pero cuando los niños se fueron a la cama, me enteré de la tragedia que había caído sobre nuestra familia. Éramos cinco hermanas: Lydia, Franca, yo, Stella y Bronka. ¿Pueden imaginarse la alegría que nuestro hermano menor, Aharon, trajo consigo cuando nació después de cinco niñas? Aharon era nuestro genio. A los veintidós años, ya se había graduado en la Escuela de Derecho. Aharon era atractivo, alto, de cabello claro y ojos azules, y hablaba bien el alemán, así que se había convertido en un enlace entre los líderes de la comunidad y las autoridades de la ocupación. Arreglaba papeles de viaje para la gente que quería reunirse con sus familias, escribía solicitudes para la gente; todo esto pasó antes de que los judíos de Cracovia fueran expulsados al gueto y al campo de Płaszów. Los alemanes trataban bien a Aharon y decían con frecuencia: «Qué lástima que sea judío, una gran lástima».

»Un día llegó a la casa de mis padres una carta para Aharon en la que le ordenaban que fuera a informar a la cabeza de la Gestapo. Mi padre y mi madre le rogaron que huyera, que se escondiera. Pero mi hermano se negó. Sabía que, si huía, ellos arrestarían a toda la familia.

»Aharon fue y no regresó. Unas semanas después, le contaron a Lydia, mi hermana mayor, que habían enviado a mi hermano a la prisión de la calle Montelupich, en Cracovia, y de ahí a Auschwitz.

»Lydia decidió ocultarle esta información a mi madre y le dijo que lo habían mandado al extranjero a trabajar. Mi madre enfermó del corazón y tuvo que ir al hospital. Mi padre se sentaba durante horas con sus libros sagrados, suplicando piedad para su hijo y tratando de resignarse.

»Un día, mi padre recibió un mensaje de la Gestapo en el que decía que todas las cabezas y los empleados de la comunidad judía habían muerto en Auschwitz. Poco después, mi padre sufrió un ataque al corazón y murió.

Mamá se detuvo. Alargó una mano temblorosa hacia un vaso de agua y bebió despacio.

Las mujeres de la sala de estar ahogaron el llanto en los pañuelos. Algunos de los hombres se inclinaron hacia delante mirando al suelo.

—*Yobtbiomat*, malditos nazis —dijo Bernard Cohen, golpeándose la rodilla con el puño, y después vio si podía deslizar en la conversación algo que le había sucedido. Bernard aprovechaba las oportunidades para hablar de su vida en el bosque. Ahora, también, dijo en voz alta —: En el bosque, nosotros…

—Pueden irse al infierno —cortó Efraim Sonnenfeld.

Y el señor Bogusławski exclamó:

—Valor, Anna, valor.

Yo me quedé en la silla, contemplando la expresión herida de Bernard Cohen.

Busqué a mi hermano, pero, como siempre, no estaba en casa. Quería que se sentara junto a mí. Quería que nos cogiéramos de las manos, como solíamos hacer cuando caminábamos con mamá, cuando yo iba agarrada de las manos de ambos.

—Mi hermana Bronka me dijo que Lydia decidió seguir protegiendo a mi madre, que, mientras tanto, había salido del hospital. Aún más ahora, que padre había muerto. Decidió falsificar la letra de Aharon y comenzó a llevarle cartas como si fueran de él. En esas cartas, ella escribía que estaba en un campo en Alemania, que estaba bien y que volvería a casa después de la guerra. Lydia se aseguró de hacerle llegar a mi madre una carta similar cada pocas semanas. Y entonces Bronka me abrazó y me pidió que superara mi horrible pena por las muertes de mi hermano y mi padre, que fuera fuerte por mis hijos y por mi madre.

»Tres días más tarde, me separé de la familia Dumnievska, que tanto nos había ayudado. Nos dimos mutuamente la bendición con gran emoción y nos desearon un viaje seguro a Cracovia.

»El alemán nos esperaba a la hora acordada. Bronka me lo presentó y viajamos en su vehículo militar hasta la estación del tren. Él se separó de nosotros y caminamos por la plataforma en dirección al vagón del tren. Bronka llevaba nuestra maleta, y los niños y yo íbamos detrás de ella.

»Oí que uno de los maleteros le decía a su amigo en voz alta: "Esa mujer parece judía". Estaban cerca del vagón del tren y nos miraban. El corazón comenzó a latirme desbocado.

»"No, no", respondió el maletero que estaba con él. "Yo la vi en la estación hace tres días. Vino con un soldado alemán. Puede que sea su prometida, él la besó cuando se separaron".

»Subimos al tren. Yo miré hacia atrás. Los maleteros no nos estaban siguiendo. De todas formas, el corazón casi se me salía del pecho. El alocado latido continuó durante varios minutos. Le tenía miedo a cada pasajero que entraba en el vagón. Oculté mi terrible temor a Bronka y a los niños mientras rezaba por que llegáramos a salvo.

»Viajamos toda la noche. Seguía teniendo miedo incluso cuando nos bajamos del tren en Cracovia, y rezaba para no encontrarme con una de mis antiguas compañeras de clase polacas. No sabía si podía confiar en mis compañeras en aquellos turbulentos tiempos de guerra.

Precisamente en ese momento entrecerré los ojos y miré a los invitados. Mientras tanto, pensé, Bronka se había puesto en peligro una y otra vez por nosotros; «oh, mi amada *ciocia*, tía Bronka, espero que tenga una larga vida», recé.

# 6

En el tren en el que partimos de Lwów, mamá me prometió que sería bueno estar cerca de nuestra familia, que era importante estar cerca. Cuando llegamos a Cracovia, vi que su mirada saltaba de un lado al otro y que se le caían las cosas de las manos. Bronka la abrazó, susurrándole cosas al oído que yo también quería saber: ¿quién exactamente nos estaba esperando? ¿Cuánta gente? ¿Cuántos niños? ¿Cómo se llamaban? Comencé a hacer muchas preguntas muy rápido, lo cual cansó a mamá.

Bronka dijo:

—Deja a mamá tranquila, cariño, todo va a ir bien.

Y, al final, lo que yo más quise olvidar de Cracovia fue nuestro primer día en la ciudad con la familia.

Bronka nos llevó desde la estación del tren al apartamento de Franca. Ella era la hermana mayor de mamá y la abuela Rosa también vivía con ella. Recuerdo haber visto una colina distante en el camino, también un gran palacio y otro castillo con un muro rodeándolo, y hacía frío.

Primero llegamos al apartamento de Franca en la calle Krem-licka. Mamá dijo:

—Aquí estamos, Danusha y Yashu, y aquí están nuestros primos; ese es Yehoshua, esta es Bella y ese es Abraham.

Nos reímos entre nosotros y saltamos arriba y abajo.

—Esta es tu abuela, que es mi madre. Por favor, saluda a la abuela Rosa —dijo mamá.

Besamos a la abuela Rosa en la mejilla; mamá lloró en su hombro. La abuela Rosa dio suaves palmadas en la espalda a mamá y sostuvo un pañuelo en su nariz. Y entonces mamá dijo:

—Y ella es la tía Franca, y esta es la tía Lydia, mi hermana mayor .

Y de nuevo nos besamos y nos abrazamos, y las hermanas lloraron quedamente, y la tía Lydia dijo:

—Bienvenidos a Cracovia. —Y nos dio un caramelo.

Volví a brincar y la abuela me miró y dijo:

—¿Por qué saltas?

Y después:

—¿Por qué estornudas tanto?

Y después:

—Espera, ¿por qué te pones de pie? Deja a tu mamá a solas por ahora. Déjala descansar, siéntate calladita. ¿Por qué tocas a Yashu? Déjalo en paz. —Y me miró con ojos tan duros como huevos cocidos.

Franca vivía con sus hijos en un apartamento de dos habitaciones.

Bronka había escondido a Yehoshua, cinco años mayor que yo, con una familia en la ciudad, y a veces iba de visita. Su hermana, Bella, era un año mayor que yo, y Abraham era seis meses menor que yo. Nos parecíamos como si fuéramos hermanos, eso decía mamá. Y todos nosotros teníamos ojos azules, cabello rubio y papeles falsos con nombres polacos.

El marido de Franca, el abogado, no vivía con ellos, sino que estaba escondido en la ciudad. Cada día o dos se mudaba a otro cuarto a cambio de mucho dinero, porque tenía mucho miedo de que alguien informara sobre él.

—Danusha y Yashu, jugad con los primos —dijo Bronka, entonces Bella y Abraham nos miraron con curiosidad.

—Pueden jugar juntos —indicó la tía Franca, abrazándonos.

Yo me quedé junto a mamá y sentí como si estuviera viajando en un tren; mi corazón latía, tuk-tuk, tuk-tuk, como si estuviera en una vía. Por fin había encontrado verdaderos amigos con quienes podía jugar, y no solo esa niña en el espejo que era yo. Por fin se me permitía hablar y no temer a los malvados ojos de los extraños. Y, más que nada, sabía que en la casa en Cracovia, incluso si me subía la fiebre y me dolían las amígdalas, no tendría que decir las oraciones cristianas que tan triste habían puesto a mamá.

Franca nos dio limonada para beber y comimos sándwiches. Escuché a la abuela Rosa decir «Stella», y de nuevo «Stella», y Lydia dijo: «Todo está bien; mira, te he traído una carta de Aharon. Con la ayuda de Dios, nos reuniremos otra vez después de la guerra».

Y entonces Bella nos explicó cómo jugar a la Vaca Ciega. Atamos un pañuelo alrededor de los ojos de uno de los niños, todos corren y el niño que no puede ver tiene que atrapar a otro, que ocupará su lugar como la Vaca Ciega.

Bella se puso el pañuelo en los ojos, extendió las manos y caminó hacia mí. Yo permanecí cerca de la mesa en la sala de estar y comencé a correr alrededor de ella, como Abraham; Yashu se nos unió, riéndose. Corrimos alrededor de la mesa varias veces y entonces Bella paró de repente. Se dio la vuelta y corrió hacia nosotros en la otra dirección. Oh, qué emocionada me sentía, pero logré girar y escaparme de ella. Al final me atrapó y ambas reímos tanto que pienso que me oriné un poquito por la risa. Todo el cuerpo me hacía cosquillas. Era como esa sensación que te da cuando te enjabonas el pie; hasta el cabello se paró por las cosquillas; aah, era tan divertido…

Y entonces vi la cara de la abuela Rosa.

Estaba sentada en el sofá, con la barbilla apretada y las comisuras de los labios hacia abajo, mirando a su nariz como si estuviera oliendo algo podrido o algo malo. Tenía los ojos posados en mí gravemente,

fríamente. Como si ella fuera superior y yo inferior; más me valía mantener la distancia.

—La niña tiene un temperamento gallego [2] —observó la abuela Rosa, y la saliva que tragué se me atragantó en la garganta .

¿Un temperamento gallego? ¿Qué era eso? Ella me estaba mirando a mí, sí. No a Bella, solo a mí. Había dicho «la niña tiene», no «el niño», lo que significa que solo yo tengo el problema de temperamento, y eso debe de ser algo muy malo, porque la abuela Rosa me miraba con dureza solo a mí. «Cuando Bella salta y ríe y después lo hace Abraham, la abuela Rosa sonríe, extiende los brazos para abrazarlos, a Yashu también». ¿Qué fue lo que hice? ¿Qué?

Fui a sentarme en una silla de madera tapizada, tan lejos de los ojos de la abuela Rosa como fuera posible. Oí en mi mente el sonido de una bomba, como la que oí en Brzeżany, huuush, huuush, huuush… Me dije a mí misma: «El temperamento de mis primos probablemente está bien. ¿Qué hay de malo conmigo? ¿Qué es un temperamento gallego? ¿Será algo peligroso?». Pero decidí quedarme callada, sin preguntar siquiera una palabra sobre eso.

Bella se acercó. Quería atarme un pañuelo alrededor de los ojos. Yo no quería jugar a la Vaca Ciega. Tenía frío, quería dormir, tan lejos como fuera posible de la abuela Rosa.

Nos quedamos con Franca varios días. Bronka y Lydia se iban hacia el anochecer, y me di cuenta de que cada una vivía en una casa. Mamá dijo que tendría que encontrar una habitación para nosotros tan pronto como fuera posible, y yo no podía dejar de pensar en lo que la abuela Rosa había dicho acerca de mí. ¿Qué debía hacer? ¿Qué debía hacer?

Cuanto más lo pensaba, más me daba cuenta de que tenía algo que ver con un estado salvaje, Dios no lo quiera, como le gustaba decir a mamá. Y eso me hizo ver que tal vez la abuela Rosa estaba insinuando que yo procedía de un mal lugar. Por mamá, entendí que Galitzia del Este estaba considerada inferior a Lodz, de donde venían nuestros primos Yehoshua, Bella y Abraham. Mamá también prefería Cracovia a Tarnopol. En Cracovia había teatros, salas de concierto, interesantes conferencias para escuchar; eso escuché que mamá decía, mientras que Tarnopol, en Galitzia del Este, estaba cerca de la frontera rusa y tenía menos de todo, principalmente cultura, principalmente música. Hasta las hermanas de mamá decían que después de la boda ella no estaba muy feliz de irse a Tarnopol, pero no tenía opción; le habían encontrado un buen partido y ella era relativamente mayor, tenía más de treinta.

Claramente era el momento de casarse, encima ella tenía dos

hermanas menores, Stella y Bronka, que también tenían que casarse.

¿Era Galitzia la razón de que yo fuera considerada una salvaje?

Una noche, mientras estaba en mi cama en medio de la oscuridad —no recuerdo dónde dormía—, tomé una decisión: le probaría a la abuela Rosa y a mamá que yo era una niña buena. Incluso aunque tuviera un temperamento gallego —lo cual no era seguro—, como en Tarnopol. Pensándolo dos y tres veces, decidí que encerraría mi corazón bajo llave y me aseguraría día y noche de que no querría nada, ni la cosa más pequeña, Dios no lo quiera: digamos querer ser feliz, cantar o hablar en voz alta. Preparé en mi mente una lista de las cosas que jamás debía olvidar:

En una buena familia, una nunca eleva la voz.

Una nunca jamás habla con las manos, sino que las mantiene pegadas al cuerpo.

No es propio correr o saltar arriba y abajo.

No es propio reírse con la boca abierta; una debe sonreír con media boca cerrada, y eso es todo.

Yo ya sabía que una debía llorar bajito, para que los polacos, los alemanes y los ucranianos no la vieran o la oyeran.

En mi primera visita a la abuela Rosa, entendí que era muy importante aprender a esconderme, incluso de mí misma.

Ah, y en mi armario tenía bastantes sombreros de ala ancha, que eran muy cómodos para usarlos en la calle.

Resultó que mamá les contó a sus invitados la historia del día en que llegamos a Cracovia, uno de los días durante Janucá. Fue después de que celebramos el Día de la Madre en Haifa .

Le llevé a mamá un ramo de rosas rojas que le había comprado con el dinero de mi asignación semanal, y una tarjeta especial que preparamos en clase con grandes letras:

PARA MI QUERIDA MAMÁ, DE SU AMADA HIJA.

Decoré la tarjeta con flores y mariposas, y mamá la puso cerca del florero con las rosas que estaba en la mesa redonda de la sala de estar.

No paraba de llover. Había truenos y relámpagos, pero los invitados de todas formas vinieron y dejaron los paraguas mojados dentro de un cubo en la entrada, antes de pasar a la sala de estar. Mientras se quitaban los abrigos y miraban la sala de estar, cada uno hizo un comentario sobre las rosas rojas y la tarjeta que yo había hecho. Lo disfruté.

—Hoy quiero hablar acerca de mi madre —expuso mamá, cruzando las piernas cerca de su cuerpo. Llevaba medias negras de nailon con un delicado diseño floral, y las mujeres en el cuarto las miraron con curiosidad.

—Me pregunto de dónde has sacado unas medias así. Deben de ser caras —dijo Klara Cohen.

—Anna lo vale —opinó el señor Bogusławski.

Mientras tanto, mamá hablaba con una voz tranquila que ninguna maestra de escuela podría imitar.

—Cuando llegamos a Cracovia, *ich war im zivten Himmel*, yo estaba en el séptimo cielo. Es difícil describir la enorme alegría que me llenó el corazón cuando mi madre nos abrazó, y todo esto en medio de la guerra.

»¿Quién podría creer que todos los trenes de Europa estaban viajando como locos, mientras nos sintiéramos a salvo cerca de mi madre? Me sentí aliviada de la gran responsabilidad de cuidar a mis hijos. Los niños estaban felices de estar con su querida abuela.

Miré a mamá. ¿Felicidad? ¿Está hablando de la abuela Rosa, que me etiquetó con un temperamento gallego, que me causó tantos problemas ?

No dije una palabra.

—El alcalde Abba Hushi no solo estableció el Día de la Madre en Haifa, también estableció un Jardín de la Madre —dijo alegremente Henia Sonnenfeld.

—Era problemático, el que cuidó de todas las madres —oí que Bernard Cohen le decía riendo al señor Bogusławski.

—Shhh, *nu*, cállate —pidió Klara, mirándolo con reproche.

Pero él respondió:

—Mírate, tirando todas las migas de esas galletas así. ¿Por qué no te fijas?

—No interfieras y mueve el pie —ordenó ella, en un susurro.

—¿Para qué? —preguntó él.

—Para recoger tus migas.

A veces la gente se ponía irritable en la sala de estar, pero esto nunca llegó al sillón de mamá. Los invitados susurraban entre sí de manera casi inaudible. Las caras me decían que estaban molestos.

Bernard Cohen a veces se enfadaba con el señor Bogusławski por los lugares que habían ocupado los alemanes y quién había llegado primero a esos lugares ocupados, si los rusos o los estadounidenses, y la historia de los oficiales rusos disfrazados de soldados polacos porque Stalin quería crear un ejército polaco que fuera leal a los rusos. «¿Correcto o incorrecto? ¡Dime! ¿Correcto o incorrecto?».

El señor Meltzer era el único que no participaba en la conversación. Observaba a mamá con paciencia, incluso cuando estaba bebiendo té o comiendo galletas.

—Mi hermana Franca trabajaba en la oficina del Gobierno alemán en Cracovia, y al principio le dieron un diminuto cubículo, como una bodega, un cuarto para vivir en la planta baja de la oficina. Su

empleador, el doctor Kranz, le permitía llevar a sus pequeños hijo e hija a la habitación. Un día, el doctor Kranz le informó de que se podía mudar a un pequeño y agradable apartamento en la calle Kremlitzka, lo que por supuesto fue un cambio bienvenido, porque mi querida madre también se pudo mudar con ellos .

»Franca estaba muy preocupada por su marido, Chaim. Él se escondía y se mudaba de un miserable cuarto a otro debido a los informantes. La tensión constante, de noche y de día, aumentó y se volvió insoportable para algunos de los judíos perseguidos. Y, realmente, un día el marido de Franca se hartó. Decidió entregarse en el campo de trabajo de Płaszów, en Cracovia. Había en este campo grupos de judíos que iban a trabajos forzados todos los días; aunque la comida era mala, tenían dónde dormir y estaban a salvo de los informantes. Un día, él vio a un grupo de judíos en su camino de regreso al campo del trabajo. Se unió a ellos sin ser visto y así pudo entrar a Płaszów.

»Mi hermana Lydia y su mujer, Franca, ocasionalmente lograban enviarle paquetes de comida, pero él les advirtió que no lo hicieran. Temía que alguien de la familia fuera capturado y, Dios no lo quisiera, torturado para que traicionara al resto de la familia.

Mamá se detuvo y nos miró a los invitados y a mí. No tenía nada que decirle a través de mis ojos, y ella sabía leer las expresiones de mi cara.

—Tus hermanas son mejores que esposos —dijo Klara Cohen.

—Más valientes, no mejores —respondió su marido.

—Mejores —argumentó su mujer.

—Verdaderos héroes —dijo Bernard Cohen.

—Mejores y más valientes, las dos cosas —secundó el señor Bogusławski, dando una palmada para finalizar la discusión, y exclamó—: Valor, Anna, valor.

Yashu entró callado en casa mientras estaban discutiendo. Se quitó los zapatos en la puerta para que no lo oyeran y lo llamaran a la sala de estar. Me hizo un guiño y desapareció en su cuarto. Yo también quería desaparecer y cerrar una puerta tras de mí, pero la única puerta cercana era la puerta principal.

—Sí —dijo mamá—. Ayudábamos tanto como podíamos, pero el pequeño apartamento de Franca no era lo bastante grande para todos nosotros, así que tuvimos que deambular por la ciudad otra vez. Bronka nos encontró nuestro primer cuarto en la ciudad, en casa de la viuda de un médico, el profesor Boyak, una mujer noble. Nos recibió bien, pero, una mañana temprano, la señora Boyak entró a nuestro cuarto alarmada, susurrando que dos hombres de la Gestapo estaban buscando a alguien en el ático. No habíamos deshecho nuestra maleta. Había sacado la ropa para ese día, había lavado a mano la ropa sucia

y la había secado en la habitación, y nos la pusimos otra vez. Con la ayuda de la señora Boyak, vestí rápidamente a los niños con los abrigos y nos escapamos en el instante en que nos hizo señas de que podíamos irnos. Naturalmente, fuimos al apartamento de Franca. Y después encontré otro cuarto en la planta baja de un pequeño hotel que rentaba habitaciones durante una sola semana. Llevé a los niños allí y los metí a la cama. Yo no pude dormir por la preocupación. Rezaba casi en silencio Shema Israel, cuando de pronto oí golpes en la puerta y gritos en alemán: «Abran la puerta, policía alemana, revisión nocturna. Abran». El ruido procedía de un cuarto cercano. Por el ruido, derribaron la puerta y entraron, gritando como maniacos.

»Sentí el corazón desbocado. Desperté de inmediato a los niños, los ayudé a vestirse y escapamos por una puerta lateral directamente al jardín, y de ahí a la oscuridad y a la calle vacía.

»No pude ir donde Franca en medio de la noche. Hacía frío y caminamos por las calles hasta que vi una pequeña abertura en una pared. Dentro había unos escalones que llevaban a un antiguo almacén de muebles. No había opción. Nos acurrucamos en un rincón del almacén, cubriéndonos con los abrigos, y los niños se quedaron dormidos enseguida. Yo no pude dormir. Oí ratas y ratones correteando sobre los muebles. Una rata se me acercó; vi colmillos aterradores. Hasta la mañana siguiente no pudimos regresar al apartamento de Franca, donde nos encontramos con Lydia, que estaba enfadada conmigo por no haberlo discutido con ella de antemano.

»"Los alemanes", me dijo, "hacen revisiones sorpresa buscando judíos, especialmente en pequeños hoteles y hostales, sí. Debes tener mucho cuidado, Anna" .

»Me prometió que me ayudaría a encontrar un lugar mejor, si era posible, sí, en Cracovia, durante la guerra.

»"No tienes idea lo que es estar en un almacén por la noche", le dije a Franca. Cada rata que brinca sobre ti y te muestra los colmillos o te gruñe, tsss, tsss. No sabes lo que es caminar de noche por la calle. Cada árbol parece un monstruo, y yo tenía miedo de que los perros malos saltaran sobre nosotros desde los jardines. Tenía miedo de que la tierra se abriera y nos tragara, y quizá eso sería algo bueno, cuando menos la pesadilla terminaría.

»Franca me abrazó:

»"Shhh. Estás a salvo aquí, Anna. Todo estará bien".

Yo recuerdo haberme preguntado lo a salvo que nos sentíamos en el apartamento de Franca, con Lydia y Bronka, que venían a visitarnos. Pero tan pronto como cruzábamos la calle y entrábamos en otro cuarto, un enorme miedo llegaba junto con las instrucciones de mamá:

—No rompáis el jarrón, no derraméis el agua en la alfombra, no habléis; sonreíd.

Yashu y yo decimos: «Sí, sí, sí», y ella continúa: «Caminad despacito en el cuarto, no hagáis ruido, no salgáis, alejaos de la ventana, no salgáis al balcón».

Y mamá no está nada tranquila. Veo que está concentrada. El menor ruido, y ella pega la oreja a la puerta o apaga la luz y se asoma con cuidado a la ventana. La maleta sigue hecha, por la noche dormimos vestidos y de repente hay gritos a la entrada del edificio y nosotros, con los abrigos y los guantes, escapamos en medio de la noche, sintiéndonos perdidos en las calles de Cracovia, buscando un lugar para ocultarnos. Y tan pronto es de día, volvemos a sentirnos a salvo con Franca y nos vamos al día siguiente a un nuevo apartamento. Un día, dos días, tal vez una semana, y entonces veo las preguntas en las caras de los dueños, aunque nuestro aspecto sea de gentiles.

Por supuesto, mamá les sonríe, habla plácidamente acerca del clima. Yo también sonrío cortésmente, mi hermano está callado, y abrimos la maleta, sacamos calcetines limpios, «buenas noches, buenas noches», y después, bum: «Levantaos, niños, rápido, rápido; poneos los abrigos, los zapatos, rápido, Danusha, deja el cojín, sal despacio, con cuidado, escalones, una esquina, otros tres escalones, ahora camina como siempre, despacio, todo está bien, mirad, una farola, pararemos un rato y átate los cordones.

Caliente. Frío. Caliente. Frío. Caliente. Caliente. Caliente. Frííííío. Me duele la tripa con todo este ajetreo. Yo quería dormir en la misma cama, como Bella y Abraham. Me rasqué la mano hasta que sangró, «no llores, no llores, sonríe», ¿todo estará bien?

Mamá les contó a sus invitados de la sala de estar que Lydia estaba casada con un estudioso muy listo, que también tenía una amplia cultura general. El abuelo y la abuela apreciaban y respetaban a su yerno, Israel. ¿Por qué? Era un hombre honrado, muy agradable y se esforzaba mucho con su apariencia. Recuerda que sus hermanas menores se reían de Israel, que se cepillaba puntualmente los dientes después de cada comida. Y sus dientes eran realmente blancos y hermosos.

Durante la primera deportación de judíos de Cracovia, Lydia, su marido e hijos lograron llegar a Tarnów.

Un día, Israel recibió la orden de presentarse en el trabajo un cierto día y hora en el pueblo de Jonska, cerca de Tarnów. Sus parientes le aconsejaron que no lo hiciera. Él no los escuchó y nunca regresó. Lydia encontró trabajo con una familia alemana en Cracovia para Katie, su hija de catorce años; ella misma y su hijo de diecisiete años, Adam. Deambulaban de sitio en sitio, con papeles falsos, claro, de acuerdo con el empleo que ella encontraba para ellos.

Lydia, que había arreglado nuestros papeles arios bajo el nombre de Kwiatkowski, le dijo a mamá que teníamos que ser muy cuidadosos

cuando entráramos o saliéramos del apartamento de Franca. Las instrucciones fueron claras. Ella nos miró a Yashu y a mí para asegurarse de que todo estaba claro .

—No os entretengáis cerca de extraños.

—No habléis, no miréis a las personas a los ojos.

—No os detengáis ni un minuto cerca de la portera que vive en la planta baja. Es muy curiosa y sigue a cualquiera que venga aquí, e informa.

—Tenéis que tener cuidado con los informantes. Andan por todos lados en la ciudad, tratando de atrapar judíos.

Mamá, por supuesto, nos advirtió de que estuviéramos callados y fuéramos corteses, como si nos hubieran enseñado otra cosa.

Se aseguró sobre todo de recordarnos acerca de los ojos inquisitivos de la portera, que tenía una verruga en el mentón. Esta portera quería saber cosas: «¿De dónde sois? ¿Dónde está vuestro padre?». Cosas así.

Mamá nos pidió y nos advirtió que no cansáramos a la abuela Rosa y que jugáramos con nuestros primos. Decía: «Adiós, adiós, niños», y se iba a buscar un cuarto para la noche.

No sé lo que hacía allí con la abuela Rosa cuando mamá salía. ¿Tal vez observaba a Bella y Abraham muy de cerca, para aprender cómo se comportaban con un temperamento de Lodz? ¿Tal vez trataba de hablar como ellos, o de reírme sin hacer ruido? Y quizá me sentaba demasiado quieta durante demasiado tiempo en la silla de madera con el tapiz estampado y me negaba a jugar a la Vaca Ciega para no romper de pronto en una risa gallega. La abuela me miraba y decía: «¿Por qué pones la servilleta en la mesa? Ponla en la basura». O bien: «¿Por qué me miras todo el tiempo, *nu*? Juega con Bella y Abraham, mira qué bien está jugando Yashu».

Cuando estaba cerca de la abuela Rosa, necesitaba la seguridad de mamá.

En la sala de estar, mamá contó que tenía que correr de aquí para allá durante días para encontrar una habitación disponible, aun cuando Lydia y Bronka la ayudaban a buscar. A veces le decían: «Descansa, Anna, descansa; te encontraremos un apartamento». En aquellos días, dijo mamá, preparaba un paquete de sándwiches cada mañana, rebanadas de pan y mantequilla y alguna fruta, y nos llevaba a la avenida Dietlowska, que atravesaba el centro de la ciudad.

Había largos bancos a lo largo de la avenida. Allí había madres o niñeras venidas del campo. Ella se cubría la cabeza con un chal, como las campesinas, y descansaba en el banco durante algunas horas. Nosotros jugábamos junto a ella y caminábamos de aquí para allá.

Mamá encontró otra solución para las horas del mediodía. Nos llevaba al cine Raduta, en la calle Lowitch, cerca de la estación del

tren. Ponían películas durante todo el día. Nos sentaba en un lado, nos daba de comer y después todos nos dormíamos. Esto le dio cierto alivio. El acomodador que acompañaba a la gente hasta sus asientos a veces lograba asustarla. Pasaba cerca de ella y la alumbraba con una linterna. Así que cada vez que el acomodador estaba ocupado con las puertas que daban al pasillo, ella nos despertaba y nos íbamos de un lado del pasillo al otro.

Escucho a mamá y, en un instante, veo hileras e hileras de sillas, y mucha gente y oscuridad en el pasillo. Y veo la pantalla sin entender nada y me quedo dormida. Mamá nos despierta a mí y a Yashu susurrando: «Nos vamos a mover». A moverse. Nos cogemos de la mano y caminamos tras ella en la oscuridad, nos volvemos a sentar. Cierro los ojos, oigo a la gente hablar en un idioma que no entiendo, una mujer ríe, hay sonido de platos y se oye un piano. Disfruto escuchando; poco a poco me quedo dormida y, de nuevo, a moverse, a moverse.

Por la noche, en mi cama, en Haifa, a menudo pienso en esos tiempos y me pregunto qué películas vimos en el cine Raduta en Cracovia. Porque mientras nosotros nos escondíamos en todo tipo de agujeros en Polonia, los estadounidenses estaban haciendo películas románticas como *Cumbres borrascosas*.

¿Tal vez vimos una historia de amor, como la película *Casablanca*, la cual vi varias veces en el cine Armon en Haifa, pero no entendí la trama en ese momento, o vimos una película para niños, como los dibujos de *Bambi* que hicieron en los Estados Unidos?

Si en aquellos días hubiese visto la película de Bambi, que perdió a su madre y lo criaron los animales en el bosque, enseguida me habría tapado la cara con las manos y habría llorado. Habría llorado bajito bajito, porque llorar también era una amenaza para nuestras vidas, proveniente del acomodador que apuntaba su linterna a las caras de la gente.

La idea de estar en el mundo sin mamá era desastrosa para mí, solo cerca de ella podía creer que todo iba a ir bien.

No importaba que allí hubiera alemanes y ucranianos, no importaba que hubiera polacos que nos buscaran con sus ojos malvados; también estaban los que nos ayudaban. No era importante que la abuela Rosa tuviera un problema conmigo, siempre supe que mamá me cuidaría, y eso fue lo que ocurrió.

Mamá y sus hermanas llamaban a la abuela *santa madre*. ¿Tal vez mi madre también lo era?

# 7

Fue en la casa de Josef Wirt, en la calle Piłsudski, en Cracovia, donde aprendí cómo tener miedo sin escapar a otra habitación. Mamá encontró trabajo como su ama de llaves y llegamos sin Yashu, porque durante la guerra todos buscaban niños que estuvieran circuncidados. Si descubrían la circuncisión, estaríamos en grave peligro.

—No debes hablar de nuestra familia, Danusha, ni una palabra —ordenó mamá, alargando los pasos.

Enseguida me quedé atrás.

—¿Me has oído? No debes hablar…

—¿Yashu? —llamé en voz alta, y no había nadie junto a mí. Recordé que mi hermanito Yashu ya no estaba con nosotras; se había quedado a vivir con una familia polaca que tenía un dueño riguroso.

—Es mejor para él y para nosotras —dijo mamá, llevándose el pañuelo a la nariz cada vez que dejábamos a Yashu, que lloraba y lloraba. Él lloraba y ella decía mecánicamente—: Ni una palabra acerca de la familia. No hay familia, ¿me oyes?

Josef Wirt vivía solo en una gran casa con una espaciosa sala de estar y un comedor decorado en azul pálido con flores. «Estilo tirolés», dijo mamá, y a mí me pareció hermoso, como una fotografía de una revista. Josef Wirt tenía manchas oscuras bajo los ojos y un labio inferior hendido porque estaba acostumbrado a apretarlo como si se lo mordiera constantemente.

Desde entonces, aprendí que las manchas oscuras bajo los ojos y un labio inferior mordido podían ser una señal de problemas.

Dormía con mamá en un cuarto pequeño, y durante el día me sentaba en una pequeña silla en la cocina. Mamá cocinaba las comidas para el señor y yo la observaba. Incluso cuando me miraba y estaba molesta por Yashu, yo no apartaba la vista y no sabía qué decir.

A veces me quedaba de pie, junto a la ventana, y me asomaba. Veía una casa y junto a ella otra casa, y después de eso otra y otra, y todas las casas estaban vacías. Cada casa tenía una valla y una perrera sin perro. También nos escapábamos de noche, dejando un edificio vacío detrás de nosotras. Después nos mudamos de un pequeño cuarto a otro y a otro, y, mientras tanto, Yashu ya no estaba con nosotras y su lugar en la cama de mamá permaneció vacío.

Después del primer día en la casa de Josef Wirt, mamá dijo:

—Nos vamos a quedar aquí, y recuerda, Danusha, ni una palabra acerca de la familia, ni una. No hay abuela Rosa, ni Lydia, Franca o Bronka; no hay primos, ninguno, y lo más importante de todo, Yashu. No hay Yashu…, no Yashu…

Asentí calladamente después de cada palabra que mamá pronunciaba. De regreso en mi silla, la miré. Ella se enderezó cuando oyó el sonido de pisadas de botas, se pasó un dedo bajo el ojo, se arregló el delantal y miró a la puerta sin pestañear.

Ambas oímos las botas de Josef Wirt mientras él caminaba por la casa. El krrrch, krrrch, krrrch, krrrch sonaba como un cierre gigante que se abría interminablemente.

Josef Wirt tenía botas de todos los colores, negras, café claro, café oscuro, marrón y crema, guinda y gris, y probablemente muchas más, cuyos colores se me olvidan. Tenía muchos pares de botas, y cada uno tenía su propio ruido; a veces sonaban como el trino de un pájaro, a veces como una rana; el que más recuerdo es el pesado krrrch-krrrch-krrrch de las botas negras con hebilla. El hombre caminaba de un cuarto al otro y regresaba después de unos segundos. A veces hacía una pausa o se detenía en el pasillo. A veces avanzaba hacia sus sofás tiroleses, en la sala de estar, los que tenían flores. Aprendí a distinguir la dirección de su caminar de acuerdo con su paso en la sala de estar. La primera zancada después del paso sonaba un poco diferente: corta, pesada, como una caída, krrr. Eso es todo. A veces, después de dar varios pasos, arrastraba una silla, tac-tac y otra vez, tac-tac. Eso era señal de que se sentaría a su escritorio y que estaría relativamente lejos de mamá y de mí.

Cuando los pesados pasos se aproximaban a la cocina, yo sentía como si tuviera la espalda llena de fríos alfileres y agujas, aunque hacía calor en la cocina. De inmediato inclinaba la cabeza y comenzaba a contar en silencio: «Uno, dos, tres, cuatro…». Normalmente él entraba al llegar a diez. Yo contaba más rápido: «Uno, dos, tres…».

A la mitad de la tercera vez que yo contaba del uno al diez, Josef seguía sin decir una palabra. Yo lo miraba con disimulo. Él miraba a mamá, pensando y pensando. Ella hundía la barbilla en el pecho y cruzaba los brazos sobre su delantal. Y entonces él hablaba. En ese tiempo yo no entendía una palabra de alemán. Tenía una voz susurrante, sh, sh, sh, sh. A veces se detenía para toser brevemente.

La quinta vez que contaba del uno al diez, mamá respondía algo. Y entonces él hablaba y hablaba, y mamá le decía dos o tres palabras en alemán, no más; y silencio.

Durante ese lapso, los ojos me ardían y las manos me picaban, pero no me movía. Solo contaba más rápido y más rápido y más rápido en mi mente, tal vez diez veces del uno al diez, y solo entonces él se marchaba.

Mamá se secó el cuello y la frente con un paño, se enderezó el delantal, cogió una cuchara de madera y volvió a remover las ollas. Yo me recosté contra la pared y me rasqué las manos sin decir palabra.

—Puedes ir a jugar en el cuarto con Tushya —dijo, después de varios largos minutos en silencio.

Yo me rasqué las manos y no me puse en pie.

—Ya es casi de noche. Puedes ir y jugar con ella un rato.

Asentí, pero no me levanté para jugar con Tushya, la criada. Echaba de menos a Yashu. Lo visitábamos en la casa de la familia polaca los domingos, que era el día libre de mamá .

Tushya era responsable de la limpieza de las habitaciones. Era más bajita y delgada que mamá, y tenía unos inquietos ojos castaños. Tushya me acariciaba el cabello y me dejaba jugar con una vieja muñeca que sacaba de la maleta. Una muñeca que no tenía ropa, ni cabello, y contaba con una sola pierna. Me encantaba jugar con la muñeca. La mecía en mis brazos, cantando na-na-na, pero cuando Josef Wirt gritaba «¡Tushya!» desde su cuarto, ella saltaba y se tensaba; entonces yo saltaba también. Ambas nos sentíamos en alerta y nos poníamos la mano en el corazón para que no se nos saliera. La cara de Tushya era tan blanca como la pared; en cuanto a la mía, no sé. Pero yo enseguida tiraba la muñeca y corría con mamá, que también palidecía cuando él le gritaba a Tushya, y cuando me veía llegar, me hacía señas de que me sentara en mi silla acostumbrada y mantuviera la boca cerrada.

Yo apretaba los labios hasta sentirlos calientes, y entonces ella me hacía señas para que los relajara y sonriera si él aparecía por la puerta.

Él nunca le gritaba a mamá. Solo a Tushya.

Esa es la vida que recuerdo de la casa de Josef Wirt, en Cracovia, aparte de los sofás tiroleses. Si Josef Wirt no estaba en casa, yo podía pasar horas mirando ininterrumpidamente las flores azules; nunca me cansaba de las flores azules, ni de ir con mamá a visitar a la abuela Rosa al apartamento de Franca. Por un lado me sentía bien, pero por otro no tanto. Cerca de la abuela Rosa, mamá sonreía y, lo más importante de todo, ella estaba contenta, aunque no necesariamente cuando yo recitaba frente a ella. Esto ocurría cada domingo, cuando mamá me pedía que me pusiera en pie sobre una silla y recitara el poema «Ecos de la cuna», del poeta polaco Adam Asnyk, frente a todos. «Ecos de la cuna» tiene trece estrofas, y yo me las aprendí todas de memoria.

Hoy recuerdo la primera, segunda y última estrofas, así como el estribillo. Las traduje del polaco en mi cuaderno de aritmética cuando no sabía cómo hacer mi tarea .

*Cuando era pequeño*
*Abriéndome al mundo*
*Escondido en un capullo*
*Mi madre me cogió en su regazo*

*Cuando era pequeño*

*Hasta este día recuerdo*
*Cómo ella aliviaba lágrimas y dolor*
*tarareando una canción de nostalgia*
*Y la voz nacida en dulces ondas*
*Volvió a despertar la sonrisa*
*Y cada palabra de la canción*
*Hasta este día recuerdo*

*Mi niño, no llores, no, no*
*Ilumina de nuevo tu cara*
*Mientras tengas una madre*
*Nada podrá dañarte*
*Descansa tu cabeza en mi regazo*
*Te protegerá contra todo dolor*
*No, mi niño, por favor no llores, no, no.*

*Recuerda a tu madre*
*con amor incondicional*
*No tengas dudas*
*Baña tu alma en lágrimas*
*Cree en la belleza del alma iluminada*
*En el amor que es eterno*
*Recuerda a tu madre.*

*Mi niño, no llores, no, no*
*Ilumina de nuevo tu cara*
*Mientras tengas una madre*
*Nada podrá dañart e*
*Descansa tu cabeza en mi regazo*
*Te protegerá contra todo dolor*
*No, mi niño, por favor no llores, no, no.*

Cada vez que recitaba «Mientras tengas una madre / Nada podrá dañarte», mamá miraba a la abuela Rosa con los ojos húmedos. La abuela se sentaba muy derecha, los ojos entrecerrados, el labio inferior apretado contra el superior, las fosas nasales ensanchándose. Ni un solo músculo de su cara se movía mientras me escuchaba, pero al final suspiraba: «Ay, Aharon, Aharon; ay, Stella, Stella». Naturalmente, yo recitaba todas las estrofas.

En realidad lo odiaba, pero odiaba más regresar a la casa de Josef Wirt.

Mamá les contó a sus invitados de la sala de estar que Lydia, su hermana mayor, había encontrado un anuncio en el periódico de un

alemán que buscaba un ama de llaves especialista en cocinar y en hornear pasteles. Fue poco después de que llegáramos a Cracovia.

Lydia llamó al nazi, cuyo nombre era Josef Sepp Wirt, y le presentó a mamá como la mujer de un oficial polaco caído preso, tal vez en combate, nadie sabía. Enfatizó que mamá hablaba alemán y cocinaba y horneaba bien, y que era limpia y honrada, pero tenía una niña pequeña de la que no se podía separar.

—Tuve que separarme de mi hijito, Yashu —dijo mamá, apretando con los dedos el brazo de su sillón hasta que se le pusieron tan blancos como la pared—. Era difícil llevar a un niño judío a la casa de un nazi, Dios prohíba que el secreto se descubriera, así que le pagué una gran suma a una familia polaca y mi corazón lloró por mi pequeño.

—Intolerable —protestó Klara Cohen, tironeando del asa del bolso que tenía en el regazo.

—Pero necesario, así es como todos pudieron estar juntos aquí —respondió Bernard, su marido, y me miró—. ¿Dónde está Yashu ?

—En casa de un amigo —dije suavemente, mirando al señor Bogusławski.

—¿Y por qué tú estás…?

—Continuemos —interrumpió el señor Bogusławski, sonriéndome.

—El alemán pidió entrevistarse conmigo —dijo mamá—. Ese mismo día me presenté en su casa, en la calle Wolska; su nombre había cambiado durante la guerra a calle Piłsudski, en honor al gran líder de Polonia independiente, Józef Piłsudski. Era una de las calles más prestigiosas de Cracovia. Antes de la guerra, la casa pertenecía a un acaudalado industrial judío y, cuando escapó, le dieron su casa a Josef Wirt, que suministraba bienes al ejército alemán y era importante para ellos. Él me dio el trabajo de inmediato.

»También trabajaba en la casa Tushya, que era la responsable de la limpieza y el orden. Tenía dieciocho años; cuando la vi, me conmoví y, de hecho, me estremecí. Los ojos de Tushya eran ojos judíos, tristes y suspicaces. El poeta judío polaco Julian Tuwim logró describir lo que sentí cuando la vi por primera vez —dijo mamá, mirando al cielo que se veía más allá de la ventana—. ¿Lo conocen? Él escribió:

*Ojos que reflejan miedo*
*Que reflejan la herencia de generaciones*
*Muchachos diseminados por todo el mundo sin una patria*
*Deambulando, angustiados…*

Todos los que estaban en la sala de estar siguieron su mirada al cielo, y yo solo miré a mamá.

Parecía una impresionante actriz en un escenario, sentada en un sillón, en el centro, mirando solemnemente a la ventana opuesta, como si fuera el horizonte del mar, esperando para recibir a Julian

Tuwim en persona.

—Mi primer día puse la mesa en el comedor —relató mamá—. La mesa estaba perfecta. Preparé el almuerzo y esperé a que apareciera Josef Wirt, mi empleador. El minuto en que vio la mesa puesta, se apresuró a la cocina a darme la bienvenida y pidió ver a mi hijita. Llamé a la pequeña, a quien le había dicho que jugara tranquila en el pequeño cuarto adyacente a la cocina, y él se le acercó con una gran sonrisa expandiéndosele por la cara. Yo estaba detrás de él, forzándome a sonreír, y Danusha de inmediato le lanzó su encantadora sonrisa…

Le sonreí a mamá y ella me sonrió también, demostrándoles a nuestros invitados de la sala de estar cómo funcionaba nuestro lenguaje gestual, y naturalmente yo dejé que la cabeza me cayera en el hombro y amplié la sonrisa.

—Es tan hermosa como una pintura, tu Danusha —dijo Henia Sonnenfeld.

—Es más bonita que una pintura —admitió el señor Bogusławski.

—Ya, ya, ya está bien. —Bertha Ketzelboim estaba sorprendida.

—Ya, ya —dijeron varios a la vez.

Cada vez que mamá me pedía que participara en sus historias, me ponía muy nerviosa e inmediatamente necesitaba ir al baño. A veces recordaba cómo me sentía entonces en la guerra, lo cual también me hacía levantarme e ir directa al baño.

Las primeras veces que mamá contó la historia de Josef Wirt, yo iba mucho al baño. Con el tiempo dejé de hacerlo. Quería escuchar cada palabra y ver si realmente recordábamos lo mismo sobre ese tiempo difícil y aterrador. Y observaba a la gente, que había cambiado con el paso de los años.

Al principio, invitábamos a los vecinos a nuestra sala de estar en Haifa; después, a conocidos y compañeros. Más tarde, ella conoció a miembros del Partido Sionista General, seguidos por nuevos invitados provenientes de Tel Aviv. Solo los habituales lo escuchaban todo una y otra vez.

Con los años, la situación económica mejoró y los refrigerios de mamá, que comenzaron con un vaso de té, nueces y bizcochos, ocasionalmente galletas de levadura, los reemplazaron hermosas y deliciosas galletas caseras de frutas que ella horneaba, y tartas de crema. Noté que no solo los refrigerios habían cambiado, sino también las historias, con detalles añadidos que no había contado antes, y a veces los recordaba y a veces no.

—Un día —relató mamá—, Josef Wirt me informó de que había invitado a algunas personas de la alta sociedad y me preguntó si podía preparar refrigerios apropiados. Quería decir que pusiera una mesa

perfecta, como debe ser…

Cuando mamá le aseguró que podía preparar lo mejor de lo mejor, se encargaron distintos tipos de carne, queso, pescado ahumado y exquisiteces selectas en Wolka, el famoso *delicatessen* de la plaza principal de Cracovia. Mamá tuvo que preparar ensaladas, tartas, galletas, así como un postre austriaco conocido como *nockerl*, hecho de claras de huevo a punto de nieve y un poco de harina.

El mismísimo Josef Wirt le enseñó a mamá a preparar el postre, porque se lo había prometido a sus invitados. La mayor parte de la comida sobró, y mamá se preocupó cuando regresó a la cocina con las fuentes medio llenas: «¿Qué? ¿No les ha gustado mi comida?».

—En verano —dijo mamá— la mesa se ponía elegantemente al anochecer: caros platos de porcelana junto a elegantes floreros con flores, manteles de satén con servilletas de encaje y platitos cargados de exquisiteces compradas en la tienda Wolka, así como bebidas selectas cubiertas de hielo.

En invierno, después de dos primaveras, mamá añadió antiguos cubiertos de plata a la historia y copas de cristal, verdaderamente *märchenhaft*; una vista fabulosa, sí, sí, eso fue lo que dijo mamá.

Josef Wirt se paraba en el umbral de la sala de estar mientras mamá terminaba de poner la magnífica mesa, y ella nunca nunca olvidó su cara. Miraba la mesa con admiración y decía: «*Frau* Anna, imagino que usted viene de una familia muy elegante. En todo caso, nunca había visto una mesa puesta como esta».

Tenía razón. Mamá tenía un gusto soberbio y un sentido de la estética altamente desarrollado.

Tampoco olvidaría, dijo mamá, que a pesar de todos los grandes cumplidos, tenía miedo de Josef Wirt. Tenía una cara muy seria; hasta los invitados entraban con cautela, hablando en voz baja, como un grupo de víboras. Él hablaba en voz tan baja que ellos tenían que inclinarse hacia él para poder escucharle presumir acerca de los cubiertos de plata especialmente grabados, cogidos de los judíos enviados al campo de Płaszów, en Cracovia.

—Tendría que trabajar doscientos años para tener los recursos para comprar filas de botas o delicias en Wolka, al menos doscientos años —se jactaba.

Mamá también agregó gente a su historia.

Cuando cumplí doce años, mamá nos contó que Josef Wirt era el anfitrión de ocho o diez invitados, algunos de ellos oficiales de muy alto rango que acudían con sus ayudantes alemanes, y toda la calle se llenaba de coches lujosos.

Yo también recordaba los eventos y me desconcertaban los detalles agregados con el tiempo, pero ¿tal vez recordaba yo menos a medida que pasaba el tiempo? ¿Y tal vez se agregaron detalles porque ahora

se podía contar lo que había sucedido allí?

Cuanto más crecía, más me esforzaba por escuchar cada palabra que ella decía, y no interrumpía ninguna de sus historias.

Desde que éramos muy pequeños, mamá nos había enseñado a no interrumpirla cuando estaba hablando, jamás, sin importar lo que dijera, así que naturalmente siempre nos comportábamos así.

Mamá relató:

—Este alemán tirolés, Josef Wirt, hijo de una familia pobre, como él mismo decía, había robado una enorme cantidad de propiedad judía, *Außer sich*; yo estaba asombrada de ver sus alacenas llenas de ropa elegante. Los mejores sastres judíos trabajaban sin sueldo en el campo de Płaszów, cerca de Cracovia. Cosían trajes con telas excelentes robadas a los judíos. Wirt era un proveedor militar y no usaba uniforme, sino chaquetas de alta calidad. Tenía una gran abundancia de zapatos: marrones, blancos, negros, zapatos deportivos blancos y botas de montar, todo propiedad de los judíos. Sus zapatos estaban ordenados en hileras sobre hileras, como soldados en un desfile, *alles geraubt*, todo robado a los judíos a los que habían enviado al crematorio.

Una vez, cuando mamá estaba hablando de los excelentes sastres del campo de Płaszów, noté que Efraim Sonnenfeld, cuya cara parecía reír y llorar al mismo tiempo, jugaba nerviosamente con su anillo de bodas. El anillo se había hundido en la carne de su dedo. Él tiraba de él y lo retorcía; yo no entendía lo que estaba haciendo.

Mamá lo miró y dijo en voz suave:

—Necesitas usar jabón. Solo así lograrás quitártelo. —Y después guardó silencio.

Un momento después les dijo a los invitados:

—Eso me recuerda algo terrible, mejor no decirlo. —Y suspiró.

—Puedes decirlo —dijo Bernard Cohen.

—Todos sufrieron en esos días. Probablemente casi todos murieron. ¿Cuántos quedan? —preguntó Klara Cohen.

—Incontables cantidades de personas murieron; hablaron sobre eso en la radio —explicó Bernard.

—Valor, Anna, valor; estamos aquí contigo —urgió el señor Bogusławski, cuya frente le llegaba a la coronilla.

Yo me moví para sentarme en el suelo y mamá dijo en voz baja:

—Un día, Wirt compró un bloque de jabón que pesaba varios kilos; decía que no había necesidad de ahorrar, ya que podía coger tantos kilos como necesitara. Cuando abrí el paquete, me encontré con unos pequeños cubos sin esencia que no había visto antes.

»Le mencioné al ama de llaves, que solía quejarse siempre de que había poco jabón, que mi patrón había traído a casa paquetes llenos, y le pregunté si quería un poco .

»Ella me miró con temor en los ojos y me dijo: “Señora Kwiatkowski, ¿no ha oído hablar de este jabón especial?”.

Mamá respiró hondo; el busto se le elevó ligeramente cuando dijo, ahogadamente:

—Ya saben ustedes…

Los invitados se hundieron en las sillas, sin decir nada, pero intercambiaron miradas extrañas. Estaba claro que todos sabían sobre ese jabón, pero, de todas maneras, se sintieron estremecidos de oír que aún había más historias sobre él. Efraim Sonnenfeld dejó de jugar con su anillo, su mano cayó y se agitó en el aire.

Un día, continuó mamá, su empleador, Josef Wirt, la informó de que había invitado a su amiga alemana y a su hijo a quedarse con él durante varias semanas. Su nombre era Erna. Él le dio instrucciones a Tushya, la criada, para que preparara las habitaciones de invitados.

Mamá confió en Tushya y no revisó la limpieza de las habitaciones.

La noche antes de la llegada de los invitados, Josef Wirt irrumpió en la cocina como un bárbaro y de inmediato comenzó a golpear a Tushya por todo el cuerpo. La pobre chica gritaba de dolor, pero él no se detuvo ni siquiera cuando comenzó a salirle sangre por la nariz, la boca y el cuello; al menos dos dientes volaron al suelo y entonces, en un instante, ella dejó de gritar y quedó tendida como un trapo en la alfombra. Mamá pensó que estaba muerta y se quedó temblando a un lado. Josef Wirt le dio las llaves y exigió que fuera y comprobara las habitaciones por sí misma en ese mismo instante.

Mamá se disculpó por no haber revisado antes las estancias.

En cuanto Josef Wirt salió de la casa, mamá ayudó a Tushya a levantarse del suelo. Quería vendarle las heridas, pero la muchacha le apartó el brazo y se fue cojeando a su cuarto. Rápidamente hizo una pequeña maleta y se fue de la casa. Mamá le dijo a Josef que, cuando ella había vuelto de hacer las compras, había descubierto que Tushya ya no estaba en su habitación. Él se volvió loco de ira, pero no le puso ni una mano encima a mamá. Salió apresurado al apartamento de la portera y le pegó también. Ella también chorreaba sangre, todo porque no tenía idea de dónde estaba Tushya, pero él de todas maneras amenazó con matarla.

Las siguientes noches, mamá no pudo dormir. Yo la oía y me dolía la barriga. Pensé que había sido una suerte no haberlo visto ni oído. ¿Dónde estaba yo? ¿Tal vez había salido con Bronka a la avenida?

Al día siguiente, la amiga de Josef Wirt llegó con su hijo. Era amable con mamá, le preguntaba qué comidas le gustaban especialmente a Josef, y le pidió que le enseñara a prepararlas.

Unos días más tarde, la mujer informó a mamá de que, en adelante ella, Erna, llevaría el hogar del señor, así que no había necesidad de que se quedara en su casa.

Mamá dijo:

—Así que, con pesar, llena de confianza e inquebrantable fe en Dios, una vez más me dirigí a un mañana desconocido. Ahora, sírvanse un vaso de té. Hay al menos dos tipos de galletas, una con chocolate y otra con nueces y coco.

La gente se apresuró a servirse. Menuda sorpresa se llevaron cuando ella también trajo de la cocina galletas de cacahuete, galletas saladas de sésamo y, por supuesto, pasteles de levadura, rollos de chocolate y manzanas de temporada con azúcar y canela. Pienso que el nuestro era el único hogar en el vecindario donde mamá, con muy pocos productos, les daba el aspecto de ser de pastelería. Tenía un talento especial para ello.

Dejamos la casa de Josef Wirt y yo no lo lamenté. Metimos nuestra ropa en una maleta, la misma que habíamos llevado con nosotras. Mamá me advirtió que no cogiera ninguno de los pequeños jabones del baño.

Volvimos al apartamento de Franca. Mamá estaba preocupada; otra vez tenía que salir a las calles para buscar un lugar para nosotras, un techo sobre nuestras cabezas. Me alegré de no tener que oír más las botas del dueño de la casa, que me daban escalofríos en la espalda. Lo que más me asustaba era la preocupación en el rostro de mamá. Lo único que lamentaba era dejar los hermosos muebles con el fondo azul pálido y las flores azules. Para mí eran como un pequeño jardín en medio de la sala de estar; un jardín que yo visitaba todos los días, cuando el hombre salía de la casa; un jardín sin aroma, sin abejas, sin pájaros ni mariposas. Bueno, esas dulces criaturas solo habían existido en mi mente durante un largo tiempo.

Yo sabía que las flores estilo tirolés también estarían conmigo cuando quisiera recordarlas si tenía ganas, que es lo que sucedió.

# 8

Mi mejor recuerdo de Cracovia es el hogar de Helmutt y Toni Sopp, en la calle Siemiradzkiego. Mamá encontró empleo con ellos y yo encontré un amigo, Peter, y también estaba Ammon, su hermano menor.

En la entrada de la gran casa, mamá me miró, enderezó el cuello de mi abrigo y dijo:

—No hables de Yashu, no hables de la familia, eso es todo. —Y se quitó de la cabeza el largo pañuelo azul, se lo enrolló tres veces alrededor del cuello cuando nos pusimos en camino y lo desenrolló tres veces cuando llegamos al sendero.

Pisamos sobre una nieve de color marrón amarillento. Había botellas vacías dispuestas en un lugar cercano —muchas botellas— y hacía frío mientras esperábamos a que se abriera la gran puerta. Yo estaba muda detrás de mamá. Me apoyé en su cadera y me asomé para ver a la mujer que nos abrió la puerta, una señora risueña de largo cabello castaño y alegres ojos marrones que pasaron rápidamente de mamá a mí y de regreso. Vestía el atuendo de una dama y dijo que su nombre era Toni Sopp. Me estrechó la mano y me habló en alemán, como si yo fuera un adulto como mamá:

—Un placer conocerte, ¿cómo estás?

Y yo lo entendí todo sola.

La mujer nos invitó a entrar. Había un pasillo, un vestíbulo y una sala de estar oscurecida por pesados cortinajes. Pisamos las gruesas alfombras; la casa estaba cálida y era agradable. Mamá me ayudó a quitarme el abrigo y los guantes, y se deshizo de los suyos. Toni me ofreció chocolate, pero yo era tímida y miré al suelo. Esperé en silencio hasta que la oí decir algo que mamá tradujo :

—Danusha, te presento a mis hijos. Este es Peter, tiene seis años, como tú. Y este es Ammon, tiene cinco.

Levanté despacio la cabeza. Peter era de mi altura, con el cabello claro y los ojos del mismo color que los míos. Me miró de tal forma que sentí mucho calor en las mejillas. Me volví hacia Ammon; era de la altura de Yashu —Yashu, a quien acabábamos de dejar llorando—, tenía cabello oscuro y sus ojos eran como los de Toni.

Estreché las manos de Peter y de Ammon, acepté el chocolate que Toni me puso en la mano y recorrimos la casa. A un lado estaba la sala de estar con un balcón, un comedor y uno o dos dormitorios, que era el área de los señores.

En el lado de la servidumbre había un pequeño cuarto junto a una gran cocina que se abría hacia un balcón. El pequeño cuarto era para

nosotras. Me asomé a su interior. Había una cama y una puerta que condujía a la cocina. El baño estaba en medio y era el que utilizaban los dueños y la servidumbre.

—Ten cuidado de no romper vasos o platos, ten cuidado, Danusha —dijo mamá en voz baja, mirando las repisas de la cocina.

Entonces conocí a Helmutt Sopp. Era muy alto y tenía el cabello rubio partido a un lado, y ojos azules, como Peter. Me estrechó la mano y supe que las cosas irían bien en aquella casa. De inmediato vi alegría en su cara y cuando miró a mamá su color era bueno, como si hubiéramos estado caminando por la avenida Dietlowska, en Cracovia.

Durante la primera noche, mamá sacó nuestra ropa de la maleta y la ordenó en el armario, y yo estuve segura de que eso era una buena señal para nosotras.

Desde el primer día, Peter me invitó a jugar con él y todo lo dijo en alemán; y yo entendí gracias a sus manos, que también me invitaban. Al principio fui tímida. No conocía amigos fuera de la familia, pero Peter me sonrió, abrió el puño y me enseñó las cinco piedras que tenía, y me hizo señas de que lo siguiera al balcón de la cocina. Nos sentamos en el suelo y me enseñó el juego. Yo me divertí y, a partir de ese día, repetí cada palabra que él decía en alemán; él me corregía con paciencia y los dos nos reíamos.

Pasaba la mayor parte del día sentada en una silla cerca de mamá, mirándola mientras removía las grandes ollas. Usaba un largo delantal blanco y tenía un pañuelo que se enrollaba varias veces alrededor de la cabeza.

En la cocina había una larga mesa de madera pegada a la pared que conducía al balcón. En un extremo de la mesa había una tina en donde mamá lavaba los platos; en el otro lado, mamá pelaba y cortaba verduras que sacaba de un cajón lleno, que también tenían hojas y olían bien, y no eran familiares para mí. Las mujeres del pueblo llevaban mantequilla, queso y huevos a la casa, y recibían alcohol de las botellas que Helmutt llevaba a casa del hospital. Toni también compraba en el mercado. Los granjeros acercaban hasta allí verduras y fruta a buen precio. Mamá decía que era muy difícil conseguir comida fresca en el mercado —entonces estaba estrictamente racionada—, pero gracias al trabajo y las conexiones de Helmutt no nos faltaba de nada. Había una mujer del pueblo que iba con pollos especialmente para la casa Sopp. Mamá les soplaba un largo fuuuuu cerca del trasero y separaba las plumas; así era como veía si el trasero era gordo o delgado. Gordo se consideraba bueno. Después de elegir uno o dos pollos, la mujer campesina los ponía en el fregadero, los sostenía del cuello y les retorcía la cabeza, craaaccc. Y eso era todo, no había necesidad de matarife.

Yo les sonreía a todos los que entraban en la cocina. A la mujer del

pueblo, al hombre que llevaba los cajones de frutas y verduras, al mozo; cuando entraban yo ya estaba sonriendo y mamá decía que eso era muy bueno.

Lo más fácil de todo era sonreírle a Helmutt cuando entraba en la cocina. La sonrisa que me dirigía era como una bendición, y él enseguida se dirigía a donde estaba mamá, miraba lo que ella estuviera removiendo en las ollas, buenas cosas, ¿o no? Yo sabía la respuesta por sus ojos, si eran grandes o estrechos, así como por su mejilla, si algo brincaba ahí o si estaba normal. Si se demoraba, levantaba la tapa de una olla, olfateaba, tal vez decía *excellent, excellent*, era una señal para nosotras de que él había tenido un buen día en el trabajo, y mamá se ruborizaba al instante.

Por sus movimientos corporales y los golpes que se daba en las botas, podíamos saber si estaba o no de buen humor. Si estaba silencioso e inmóvil, y sus labios eran como una raya, yo me mantenía cerca de la pierna de mamá, aferrándome a ella, casi sin respirar cuando él comenzaba a gritar a sus hijos o a Toni.

A veces me bastaba con ver una pequeña arruga entre sus cejas en cuanto se asomaba a la cocina, con prisa de irse, y sabía por mí misma que en el almuerzo de la familia Sopp habría un silencio pesado como una montaña, y que si oía algo serían solo los sonidos de los cubiertos. Podía oírlos desde el pequeño cuarto junto a la cocina. También encontré una grieta en la puerta; su mesa del comedor estaba opuesta a mí, al otro lado de la puerta. Naturalmente, solo me asomaba por ahí cuando mamá les llevaba una gran bandeja.

Sentía curiosidad por saber cómo eran las caras de Helmutt y Toni después de una gran fiesta ruidosa con comida y risas. ¿Estaba Toni enfadada por algo? Yo lo adivinaba por la rapidez con que las voces subían y bajaban, también por el ritmo de las palabras, hasta que empezaba el llanto. Por la forma en que Helmutt se levantaba de la mesa y empujaba su silla hacia atrás, me daba cuenta de que quería paz y tranquilidad, y si no empujaba la silla y de todas maneras había silencio, sabía que él estaba mirando en la distancia, sin ver nada que no fueran las bandejas que mamá llevaba. ¿Sinceramente? Después de una semana yo ya sabía, por las caras de la familia, cómo se sentían, y si debíamos tener mucho cuidado o si podíamos hablar normal, cuando menos por el momento. Incluso me entusiasmó descubrir que Helmutt podía reírse cuando le contaba a mamá algo que tenía que ver con su trabajo en el hospital, o acerca de los judíos presos en la cárcel, y mamá le sonreía cada vez más que al principio .

Toni fue amable con nosotras desde el principio. Me acariciaba el cabello y decía «¿Cómo estás, cariño?», me daba una golosina y buscaba a mamá. Hablaba con mamá como si fueran viejas amigas. Cada vez que Toni iba de compras al mercado, regresaba con una gran

canasta de verduras y una gran bolsa de pan blanco. Su olor me volvía loca.

Desde el momento en que la oía entrar, ese olor comenzaba a hacerme cosquillas en la nariz y no podía quedarme quieta. Ella untaba mantequilla en los bollos y le daba uno a cada niño, luego cogía uno para ella y para mamá, y lo ponía a un lado. Yo no esperaba ni un segundo, sino que inmediatamente me inclinaba educadamente sobre el plato y me comía mi pan muy muy despacio. Primero miraba el color —tenía una hermosa corteza marrón dorado y un olor enloquecedor a pan calentito— y después le daba un pequeño mordisco, lo hacía rodar en mi lengua y comenzaba a masticar: primero de un lado de la boca, después del otro lado, respirando con calma todo el tiempo, lamentando que ya me faltara un pedazo. Le daba otro mordisco y veía a Peter, que se comía su bollo entero de una vez. Le daba dos o tres grandes mordiscos, casi no masticaba, antes de tragárselo. A veces hablaba mientras comía, en especial si había uno o dos amigos de visita.

Mientras tanto, mamá y Toni hablaban entre ellas. Toni jugaba con su cabello, echándolo para atrás, y reía hasta que podíamos ver todos sus dientes con pedacitos de bollo. Esto no le preocupaba, pero sí a mamá.

Mi madre apartaba la vista; nada la hacía reír como lo hacía Toni, alto, salvaje, alegremente. Después de unos meses en la casa de la familia Sopp, decidí que cuando me convirtiera en una dama, comenzaría a reírme como Toni Sopp, exactamente como ella. Y me vestiría como Toni Sopp. Pero yo solo quería hablar como mi tía Bronka.

Toni también traía *Schinken*, jamón ahumado, del mercado, y pan fresco y verdura fresca y frutas de la estación, y nos daba a mamá y a mí una manzana y una pera. «Comed, es saludable», decía Toni. «Comed, es saludable», repetía mamá, y yo la veía meter la manzana en una bolsa envuelta en periódico.

Mamá se aseguraba que yo hiciera tres comidas completas al día para fortalecer mi cuerpo. A mí me gustaba comer, pero odiaba la sopa, porque cuando la sopa llegaba yo ya tenía la barriga llena. Pero ella no se rendía, aun cuando estaba ocupada constantemente en la cocina y limpiando las habitaciones y casi no me veía. Solo si yo dejaba comida en el plato se enfadaba y se sentaba frente a mí.

—Abre la boca, Danusha, ábrela —decía, contándome con irritación lo que le pasaba a un niño que no comía, y qué fuerte y heroico era el niño que se acababa toda la comida del plato. Contaba la historia muy muy rápidamente, en voz baja e irritada, y yo de hecho disfrutaba escuchándola.

—Abre la boca, Danusha, *nu*, ábrela. Estás tratando de sentirte importante y yo no tengo tiempo para eso.

También les contaba a sus hermanas Lydia y Bronka que yo no comía, y los problemas que tenía con la niña, que se llevaba una hora para comerse un panecillo y no quería la sopa.

La comida era un asunto importante para mamá. Era una *Feinschmecker* con respecto a la comida, sensible a los sabores excelentes; entendía de buena comida y comía lentamente, pero cocinaba rápido. Me enseñó a comer con tenedor y cuchillo, y a los cuatro años yo ya tenía modales en la mesa apropiados para el hogar de los Sopp.

Un día, Helmutt apareció en la cocina con un conejo muerto y le pidió a mamá que lo cocinara en una olla. Mamá no sabía cómo hacer el conejo. Pensó que tenía que cocinarse con piel. Se lo pasó de una mano a otra, queriendo quitarle los pelos.

—¿Qué está haciendo, *frau* Anna? —saltó Helmutt, y cogió el conejo.

Mamá se ruborizó como una fresa del bosque .

—Tiene que quitarle la piel, ¿recuerda? A ver, démelo.

Colgó el conejo en un gancho en el marco de la puerta, cortó lo que tenía que cortar y rasgó el pelaje con toda la piel. En el momento en que vi su mano acercándose al cuello del conejo con un gran cuchillo, mis ojos comenzaron a saltar por los objetos de la cocina, repitiendo los nombres en mi mente: silla, mesa, tazón; una olla, segunda olla, tercera olla; plato; cuchillo grande, cuchillo mediano, cuchillo pequeño; tenedores; tetera; cuchara de madera; trapo; paño; escoba; bayeta para el suelo; cubo; mamá; Helmutt. Pobre conejo, nada quedó de él.

¿Dónde estaba yo?

Estaba fuera de mi mente.

Mi hermano estaba fuera de mi mente.

Papá también estaba fuera de mi mente. Desde hacía mucho fuera de mi mente.

Helmutt descolgó lo que quedaba del conejo y se lo entregó a mamá. Esta lo lavó muy bien y lo cocinó en una olla, con condimentos dulces y ácidos. A la familia le gustó la carne de conejo; en general, les gustaba su cocina. En especial a Helmutt. En ocasiones venía a olfatear las ollas y mostraba especial interés en los nombres de las nuevas especias que mamá usaba en la comida. Ella le dejaba probar las salsas que preparaba; él se llevaba la cuchara a la boca, fuuuu para enfriarla, sorbía una, dos veces con los labios, y después asentía, sonreía y se iba muy contento.

Cuando estábamos solas en la casa, mamá a veces cantaba en la

cocina, con frecuencia una bella aria de una ópera. Ah, cómo adoraba oírla cantar, y yo cantaba en voz baja con ella.

Durante los primeros meses que pasamos en la casa Sopp, mamá no iba con Toni a comprar al mercado. Tenía miedo de salir a la calle y al mercado por si la reconocía alguien del *goyim*, la comunidad no judía, que ella conociera antes de la guerra. El vendedor de pescado del mercado, por ejemplo, o la vendedora de una de las tiendas de vestidos, o un estudiante de la escuela. Ella había nacido en Cracovia y había vivido allí hasta que se casó; después se había ido a Tarnopol, en Galitzia del Este. Antes de que yo naciera, ella había regresado a Cracovia para estar cerca de su madre y sus hermanas para el alumbramiento.

Solo después de seis meses, quizá más, mamá fue al mercado con Toni. Esto ocurría los días en que venían invitados importantes a cenar y ella tenía que escoger productos especiales en grandes cantidades.

En invierno, mamá usaba un abrigo largo, un sombrero y una bufanda enrollada alrededor del cuello, que le cubría la mitad de la cara. Por debajo de la lana, usaba el pañuelo azul, al que le daba tres vueltas alrededor del cuello. En verano, usaba un sombrero y el pañuelo transparente. Cada vez que salía de la casa con todos los pañuelos, me decía: «No debes hablar de la familia, Danusha, no debes hablar de la familia, ¿sí? Solo sonríe si ves a alguien».

Mi trabajo era comprar leche.

Tenía casi siete años e iba a comprar leche fresca en la lechería de la calle Łobzowska. Recuerdo una pared y caminar cerca de ella. Sostenía en las manos la jarra de cristal. Los soldados alemanes pasaban en dirección contraria; llevaban botas, boina y tenían la cara muy seria. Yo no tenía miedo, aun cuando mamá había oído en la radio de Helmutt y Toni que el Ejército alemán estaba ganando la guerra y ocupando muchos países adyacentes a Polonia. Todos los domingos la escuchaba contarles las noticias a sus hermanas. Ese era su día libre, y ese día visitábamos a Yashu en la casa de la familia polaca, y de ahí íbamos a visitar a la abuela en el apartamento de Franca, donde Lydia y Bronka se nos unían.

Una vez, de camino con la jarra, la golpeé contra la pared por error y le hice una grieta. La leche se derramó y me entraron ganas de orinar. Aligeré de regreso a la casa y, justo cuando llegué a la puerta, toda la orina se salió. Humedeció mi ropa interior, en mis piernas, me mojó los zapatos y formó un charquito en la entrada. Me quedé jadeando en la puerta y llamé a mamá. Ella vino y vio la grieta en la jarra y el charco en el suelo, y me gritó, me pegó en la espalda y en los brazos y dijo :

—Mira, ahora me duele la mano por tu culpa. No sirves para nada.

Recuerdo que cierta vez me caí y me golpeé en la cara; se me inflamó el labio superior. Otra vez se me hinchó la picadura de una abeja y grité:

—Ay, ay, ay…, me duele.

Y mamá saltó:

—¿Por qué gritas? Me has asustado.

No era mi intención alarmar a mamá. No entendía por qué no podía detener los gritos que salían de mi boca. Me dije: «No sirves para nada, está claro. Escribes con la mano izquierda, duermes con la boca abierta, se te inflaman las anginas en la garganta y gritas sin motivo y asustas a mamá, así que tiene que pegarte y lastimarse la mano, niña estúpida».

Me gustaba ponerme los zapatos de mamá. Quería sentirme mayor. Me ponía sus zapatos negros de tacón; tenían un tacón mediano, eran de color liso y caminaba de la puerta de la cocina a la pared y de regreso mientras decía en voz alta:

*Qué bien tener una madre.*
*Qué bien estar con mamá.*
*Qué bien que soy una niña y no un niño.*
*Y que estoy con mi madre.*

Disfrutaba caminando con los zapatos de mamá mientras recitaba todas esas bondades. Tal vez quería recordar lo bueno que era estar con mamá. Yashu no estaba con mamá, yo sí. Y tal vez también quería que ella me oyera.

# 9

—Hace un frío que pela —dijeron los invitados, tiritando a la entrada de nuestro apartamento en Haifa, y solo se quitaron los abrigos después del té y las galletas.

Nuestra estufa de parafina Fireside casi no calentaba, aunque estaba puesta en el máximo. Yo me senté en mi silla, frotándome las manos, y no lo podía creer: ¿Klara Cohen, de pie con su bolso junto a los refrigerios, robando las galletas? No una ni dos, cinco galletas cayeron en su bolso, y después ella se sirvió un poco de té, cogió dos galletas más y fue a sentarse. Miré a mamá. ¿Lo has visto? Lo había visto. Me articuló con los labios: «Saca más galletas de la lata».

Fui a la cocina. El señor Bogusławski me siguió y se sirvió un vaso de agua del grifo.

—¿Dónde nos habíamos quedado en la historia de tu mamá, tú te acuerdas? —preguntó.

—Estábamos en Cracovia. Probablemente mamá comenzará con la familia Sopp —respondí, sacando galletas de dátil.

Él se llevó una mano a la bufanda roja que llevaba, la arregló adecuadamente en su pecho y, siguiéndome a la sala de estar, exclamó:

—Hoy hablaremos de Cracovia. Estamos listos.

—Excelentes galletas, Anna —dijo Bertha Ketzelboim, de la tienda de lanas y mercería, partiendo una galleta a la mitad y olfateándola. Después la limpió como si tuviera polvo—. Realmente excelentes —pronunció todavía sin probarla.

Ella podía mover la galleta de la mano a la nariz durante un cuarto de hora sin llevársela a la boca por temor a los gérmenes. Mamá le diría a la señora Zelikowitz que Bertha no tendría problema en perder clientes si viera polvo en los cajones de hilo, ¿y cómo podría haber si ella limpiaba todas las mañanas?

—Solo puedes comer galletas como estas en Viena —dijo Henia Sonnenfeld.

—¿Quién necesita viajar a Viena para oler pasteles? —replicó su marido, Efraim Sonnenfeld.

—Nadie —afirmó Yozek Meltzer, el admirador de mamá—, tenemos Viena aquí mismo. —Y señaló el plato de galletas sin decir otra palabra.

—Nada en Haifa o Hadar sabe como esto —agregó Izzy Rappaport, acercando la galleta a su ojo izquierdo. Y después se bajó las gafas y observó con cuidado la galleta a través de la lente izquierda.

—Nada, nada, Jacob, ¿ya la has probado? Al menos huélela, *nu* —

sugirió Bertha, y él echó la cabeza hacia atrás, y ella limpió la galleta de nuevo por detrás y por delante—. ¿Tiene coco, dátiles, almendras y nuez moscada, o canela? Canela, lo sabía; entonces, ¿por qué a mí no me salen así?

—Tiene que haber sensibilidad en las manos. Un sentido, Bertha. Es un sentido —dijo Bernard Cohen.

—Sentido, eso es un sinsentido —rio el señor Bogusławski—. ¿Comenzamos ya?

—Comenzamos —indicó mamá, poniéndose cómoda—. Lydia, mi hermana mayor, que corría de arriba abajo todos los días tratando de organizar documentos falsos y escondites para la familia, encontró un anuncio en el periódico. Un doctor alemán en la calle Siemiradzkiego buscaba un ama de llaves para limpiar y cocinar. Esto fue en 1943. Los cañones disparaban, los aviones bombardeaban, los trenes atestados iban dondequiera que fueran. No sabíamos dónde iban, los rumores eran aterradores, y Lydia de inmediato me mandó con la familia.

»Yo me vestí como una sirvienta, envuelta en un abrigo y una bufanda de colores. Era un día particularmente frío; las ramas de los árboles se partían por el peso de la nieve. La señora de la casa, que se llamaba Toni, una hermosa joven vestida con elegancia, me estrechó la mano a la entrada y me invitó a pasar. Yo me presenté como la mujer de un oficial polaco desaparecido en combate. Toni me miró y dijo: "Tristes noticias, tal vez vuelva", y me hizo un recorrido por la enorme casa. Había seis habitaciones en la casa; la familia Sopp ocupaba una planta completa.

»Su marido era psiquiatra y un oficial de alto rango, director y doctor jefe en un asilo para enfermos mentales, así como doctor jefe de la prisión de la calle Montelupich. Tenían dos hijos.

Mamá se detuvo para coger aliento.

—Jacob, necesito un poco de valeriana —dijo Bertha Ketzelboim en voz baja.

Cada vez que mamá mencionaba la prisión de la calle Montelupich, alguien pedía valeriana o limón o aire. «*Nu*, abre la ventana, por favor», incluso si era invierno, o llovía, o había tormenta. Izzy Rappaport decía:

—Tengo vendas y una aspirina, ¿alguien quiere?

Cada vez que esto sucedía, el señor Bogusławski se sacaba del bolsillo un paquete de pastillitas de menta:

—Pásalas entre los invitados, por favor; pásalas, pásalas.

El paquete pasaba de mano en mano. Yo cogía dos.

Mamá no dijo que Helmutt Sopp fuera nazi, pero todos los invitados lo comprendieron y se alarmaron por nosotras.

Sin alarma alguna, quité el celofán de la pastilla de menta, me la

puse en la lengua y la chupé. Tenía varias razones para no preocuparme:

1. Mamá era la más guapa.
2. Mamá sabía cocinar realmente bien.
3. A Helmutt Sopp le gustaba comer. Mucho.
4. Mamá sabía guardar un secreto. Había muchos secretos en el hogar de Toni y Helmutt.
5. Mamá era fuerte.
6. Creativa.
7. Sabía cómo preparar un maravilloso licor de huevo .
8. Yo era una niña buena y tranquila.
9. Les regalaba hermosas sonrisas a los miembros de la casa y a sus invitados.

Incluso aunque mamá hubiera mencionado la palabra *nazi*, yo habría estado tranquila. Me dije a mí misma: «No os preocupéis, amigos; mientras estemos con los Sopp, estaremos perfectamente a salvo», y tenía razón.

Mamá les contó a sus invitados que Toni le había explicado que sería responsable de la casa, de la cocina, de todo. La señora le hablaba con simpatía y respeto, quizá porque sabía por mamá que no había sido sirvienta antes de la guerra. Toni apreció que mamá fuera la mujer de un oficial polaco desaparecido en combate y respetaba aún más su familiaridad con el trabajo de la casa y que estuviera dispuesta a trabajar a cambio de un sueldo modesto si la señora estaba de acuerdo en aceptarla con su pequeña hija.

—Tendré que preguntarle a mi marido —dijo Toni, y le pidió que volviera al día siguiente.

La primera vez que oí a mamá decir «si la señora estaba de acuerdo en aceptarla con su pequeña hija», o sea, yo, casi salté de la silla. ¿Y qué hubiera pasado si la señora hubiese dicho que no? ¿Qué habría pasado entonces?

Muy en el fondo de mi corazón sentí… un poco… pero solo un poco… que, tal vez, si yo hubiera estado lejos de mamá, ella no me habría buscado cada domingo como hacía con Yashu. No, no, no, no debía pensar así. Me enfadé conmigo misma y me pellizqué la rodilla. Me eché caramelos en la boca, los rompí uno a uno con los dientes y escuché a mamá contar que el dueño de la casa, el profesor Helmutt Sopp, la recibió al día siguiente. Él le dio la bienvenida en la puerta con una sonrisa amable; un hombre distinguido, de unos treinta años. Era alto, impresionante e inteligente. Ella dijo que estaba tensa antes del encuentro, temerosa de que él la interrogara; después de todo, era un oficial militar alemán. De hecho, después de la sonrisa, él la invitó a pasar, «siéntese en la mesa, *bitte*». Entonces pidió saberlo todo:

dónde vivía, dónde estaba su marido, cuánto tiempo habían estado casados y qué experiencia tenía en el manejo de un hogar, ¿tenía recomendaciones? Y, lo más importante de todo, ¿sabía cocinar bien?

Mamá lo miró directamente y le contó que su marido, el oficial, estaba desaparecido en combate, nadie sabía dónde. Ella sabía cocinar muy bien, tenía experiencia y tenía una hija pequeña a la que no podía dejar, y después se llevó la mano al pecho y bajó la mirada. En ese preciso momento, el profesor nazi la detuvo diciendo:

—El empleo es suyo. Puede traer a su pequeña y comenzar mañana.

Mamá repitió la palabra «profesor», y yo sabía que Helmutt Sopp era doctor. Lo había escuchado con mis propios oídos, *herr Doktor*, lo llamaba mamá con voz cortés. Incluso sus invitados le decían *Doktor* Sopp. Solo mamá le decía «profesor» con cada nuevo grupo de visitantes a nuestra sala de estar: «Le di las gracias al profesor», «el profesor me dio permiso», «el profesor nos dio una gran seguridad». Pensé que mamá estaba confundida. No dije nada y esto fue lo que ella dijo:

—Nunca olvidaré el primer almuerzo que preparé en el hogar del profesor. Toni compró verduras frescas, un plato de lentejas y grasa de cerdo en el mercado, y me pidió que hiciera sopa. Yo agregué cebolla frita, sal y pimienta a las verduras y a la grasa de cerdo, lo cociné todo bien, y después lo puse en la mesa en una sopera. Por supuesto, no la probé, porque había jurado no comer nunca nada que no fuera *kosher*. Después de la comida, Helmutt vino a la cocina y dijo que no había comido una sopa tan sabrosa en mucho tiempo. A partir de ese día, la familia confió en mí para decidir el menú en su casa, incluso cuando iban invitados importantes. A Toni no le interesaba cocinar y comía muy poco, tenía la figura de una muchacha joven, a pesar de los dos partos. Helmutt, por otra parte, entendía de buena comida y apreciaba mis conocimientos culinarios .

—Nosotros también, nosotros también —dijo el señor Bogusławski, riéndose y mirándolos a todos.

—Hemos comido el mejor *cremeschnitte* del mundo en tu casa — observó Klara, sin mucho entusiasmo.

—Eso es muy cierto —exclamó Bernard alegremente—, el Jardín del Edén —agregó, ganándose un aplauso de Meltzer.

—Como probablemente se darán cuenta —mamá restableció el silencio en la sala de estar—, solo los grandes sufrimientos de la vida sin mi marido e hijo permanecían como una sombra sobre mi cabeza. Me preocupaba y le rogaba a Dios que protegiera a mis dos hombres, mi marido y el pequeño Yashu, por el que pagaba una gran cantidad de dinero a los polacos que lo cuidaban. Mi marido permaneció en Brzeżany, donde tenía un empleo con el gerente de distrito. Mientras tanto, nos llegaba todo tipo de rumores acerca de la amarga suerte de

los judíos; yo no quería creer las historias, que sonaban dementes. ¿Piensan que podríamos creer que habían quemado a cien mil niños en una semana? ¿En un día? ¿Quién podría creer una historia como esa? ¿Cómo podría uno imaginarse que hubiera duchas que emitían gas en vez de agua?

Vi que Klara Cohen había estado abrazada al bolso en su regazo toda la velada, incluso se lo había llevado al aseo. Mamá también lo vio y sonrió con los labios cerrados. Entonces me miró y entendió.

—Continuaremos en dos semanas —dijo—. Buenas noches, amigos.

Los invitados se fueron.

Mamá los acompañó a la puerta y regresó a la sala de estar. Tenía las mejillas particularmente rojas. Miró la mesa de refrigerios y se tumbó en el sofá, tamborileando en el tapiz, diciendo:

—Ven y siéntate junto a mí, ven, ven. ¿Has visto el abrigo de pieles que traía la señora Sonnenfeld? Realmente especial. ¿Sabes dónde lo compró? En Tel Aviv, en la tienda de Stefan Braun, sí. Stefan Braun es el nombre, en la calle Allenby en Tel Aviv. Ella me dijo que solo la alta sociedad compraba allí. Incluso vienen de los Estados Unidos a comprarle, hasta actrices de cine vienen, sí. Él es de Bratislava. Y puedes ver que es un verdadero profesional; tengo que visitarlo. ¿Recuerdas el hermoso abrigo de pieles de Toni Sopp?

Yo no recordaba.

—¿No te acuerdas?

—No, no —murmuré, avergonzada.

Mamá suspiró:

—Ella tenía las pieles más elegantes que haya visto, y las usaba solo en ocasiones especiales. Varias veces me contó que todo el mundo las admiraba y que no les decía que las había comprado a precio de oferta, y tenía razón. Sabía dar una buena impresión, eso seguro. ¿Y sabes a quién le compró Toni Sopp ese abrigo de pieles tan caro?

—No, mamá.

—Era el abrigo de mi hermana Lydia. Oh, querida Lydia, vendió su abrigo porque necesitaba el dinero para asegurar todos los papeles de la familia. Yo le dije a Toni que el abrigo le había pertenecido a una amiga; ella no sabía que yo tenía hermanas. Aaah, esos años fueron difíciles, Danusha, muy difíciles. —Mamá asintió—. Y qué pieles teníamos en Cracovia, qué pieles. ¿Nos bebemos otro vaso de té?

Traje té y un plato de galletas. Me quité los zapatos y me senté con las piernas cruzadas, como una actriz, junto a mamá, en el sofá.

—¿Te acuerdas de una vez que Helmutt compró zapatos nuevos y los trajo a la cocina para ponerlos en una olla de agua para que no rechinaran? —le pregunté a mamá.

—Claro que me acuerdo —dijo—. Eran muy buenos zapatos de cuero. Yo los puse en agua, los sequé muy bien y los zapatos no

rechinaron.

—¿Por qué tenía él que hacer eso?

—Bueno, trabajaba en el hospital y ahí tienes que guardar silencio. No puedes hacer ruido cuando estás con esos pobres pacientes, ¿no? —Mamá miró el reloj—. Estoy cansada y esto ha terminado. Vayamos a la cama. —Y se levantó y fue al cuarto de Yashu.

Desde mi silla en la sala de estar oí el sonido de sus diez besos mientras él dormía.

Yo me fui a la cama y miré por la ventana. La lluvia golpeteaba contra los postigos. El cristal estaba empañado. Extendí la mano y escribí «Buenas noches, dulces sueños» en la ventana con el dedo.

Me metí en la cama y me eché encima la manta mientras escuchaba en mi mente la voz de Helmutt Sopp: «*Frau* Anna, ya he llegado», en cuanto entraba en la casa, haciendo tintinear las llaves de la puerta de la cocina. Era alto y llevaba puesto un uniforme planchado con insignias importantes, y en su cabeza una gorra de oficial, según escuché a mamá decirles a sus hermanas en voz baja, y me di cuenta, por su cara, de cuánta suerte tuvimos de estar con esa familia.

Cada domingo, después de visitar a Yashu, íbamos a visitar a Franca, que era la responsable del correo entrante y saliente de una oficina gubernamental alemana. Cada domingo, las hermanas se reunían en su apartamento para hablar de sus preocupaciones.

—Solo espero que te quedes con la niña hasta que todo termine —dijo Lydia.

—No te preocupes, Anna; te ayudaremos con Yashu. Lo visitaremos, le llevaremos cosas; no te preocupes, todo irá bien —prometió Bronka.

—Y también debéis tener cuidado. Lo más importante es no hablar, no sobresalir, ¿me oyes, Danusha? —preguntó Bronka, su mirada penetrante.

Yo le sonreí y, cuando vi que la abuela Rosa me miraba, enseguida cerré la boca y me dirigí a la cocina. Quería un poco de agua. La abuela Rosa se sentaba durante horas sin levantarse y rezaba desde la mañana hasta la noche por el regreso seguro de su único hijo, Aharon, y porque Stella no perdiera su cabello, que el Señor los ayudara; casi no paraba para descansar de sus oraciones. A veces, las hermanas le acariciaban la cabeza o le cogían la mano y le untaban crema.

Lo que también entendí en la sala de estar de Franca fue que su marido, Chaim, hijo de una familia acaudalada de Lodz, abogado, extremadamente religioso, estaba en el campo de Płaszów, en Cracovia, y que tenía que ser muy cuidadoso para que no lo atraparan, porque los alemanes también interrogaban a la gente con papeles, y familias enteras habían desaparecido de sus hogares, quién sabe dónde. Lo que más dolor les causaba a todas era que el marido de Lydia se había presentado en el trabajo cuando lo llamaron y desde

entonces había desaparecido. Todas lloraban juntas por eso cada domingo y rezaban para que él, también, regresara a salvo.

—Buenos días, *herr Doktor* —decía mamá cuando oía a Helmutt Sopp en la puerta de la cocina, y se arreglaba el pelo, se enderezaba el delantal y en sus ojos parecía surgir un destello de luz. También en los ojos de él algo parecía encenderse.

A veces ella se frotaba los ojos o la nariz con su pañuelo, aunque no estuviera resfriada, tal vez por el vapor y el olor punzante de las especias en la cocina.

Yo me sentaba a un lado, en una silla, y observaba a mamá preparar una tortilla para Helmutt con quince huevos —¡quince!—, y él dejaba el plato limpio. Ella sabía también cómo preparar un licor de huevo especial que enloquecía a Helmutt y a Toni, así como a sus invitados. Era una experta en poner una mesa para la familia: manteles blancos, flores y hermosos platos dispuestos en líneas rectas. Cualquier mesa que ella pusiera se veía festiva incluso en los días ordinarios. Helmutt miraba la mesa con los ojos muy abiertos, como muy sorprendido, después miraba a mamá, sonreía y la felicitaba, por lo general al final de la comida. «La carne estaba excelente, *frau* Anna; el pastel…, soberbio».

Mamá sonreía con los labios cerrados y asentía delicadamente con la cabeza .

Toni también adoraba la experiencia de mamá. La llamaba «señora Kwiatkowski», el nombre que su hermana Lydia había puesto en sus papeles. Yo era Danuta, de acuerdo con los papeles, la hija de la señora Anna Kwiatkowski, y Yashu era Yan. Nadie usaba esos nombres; todo el mundo me decía Danusha, la hija de Anna.

Toni era la persona más feliz y alegre en la casa de la familia Sopp. Nada la asustaba ni la preocupaba. Iba y venía cada una o dos horas; se iba feliz y regresaba feliz, presumiendo de un nuevo vestido, traje o pañuelo, diciendo que lo había comprado en una venta de ofertas en una tienda en la esquina próxima al mercado, y zapatos también, y un bolso, y susurraba que esta o aquella le había dado un brazalete, riendo como si la vida fuera muy buena en Cracovia y no extrañara en absoluto la vida en Alemania.

A veces, escuchaba a mamá aconsejando a Toni sobre el mejor lugar para comprar, o enviándola a alguna tienda particularmente prestigiosa. Aún más cuando habría una cena con invitados importantes de Alemania. Mamá conocía todas las tiendas respetadas de Cracovia y tenía buen gusto en cuanto a moda femenina. Hasta sabía cómo doblar los trajes y los vestidos como lo hacían en la tienda, y Toni, con su desorden por todas partes, apreciaba mucho el orden de mamá. Venía a la cocina, le pedía a mamá que se cogiera un descanso

de las ollas y sartenes y fuera a ayudarla a preparar una maleta. Cada mes se iba al menos una o dos veces a visitar a amigos y parientes.

Mamá dejaba las ollas y las sartenes, se quitaba sus guantes de goma, se lavaba las manos con agua y jabón, le sonreía amablemente a Toni y le hacía un gesto para indicarle que estaba lista para preparar la maleta.

—Verá —decía Toni risueña—, con su forma de doblar, señora Kwiatkowski, no hay necesidad de planchar, no hay necesidad de buscar, todo está en su lugar —alabándola antes de cada viaje, y Toni tenía muchos viajes de ese tipo. Dos o tres días, a veces cinco o seis días antes de que regresara de Silesia con un saludable color en la cara y los ojos brillantes, se reía consigo misma, diciendo—: Danusha, ¿cómo estás, cariño? Cuánto has crecido. —Y me daba un caramelo que había guardado durante el viaje y decía—: Señora Kwiatkowski, mire lo que me han dado. —Y sacaba una bonita caja de su bolso, la abría con cuidado y mostraba a mamá un anillo con una piedra brillante engarzada, o una cadena de oro que había recibido como regalo, y por la expresión de mamá yo me daba cuenta de que los amigos o parientes tenían buen gusto.

Mamá ayudaba a Toni a ponerse sus joyas y decía:

—Qué joya tan bonita, le queda bien, de veras que sí.

Toni abrazaba a mamá y tarareaba una canción mientras se alejaba dejando un rastro de perfume especiado tras de sí.

No acababa ella de salir de la cocina y mamá ya estaba murmurando, irritada:

—Nadie es nuestro amigo, ¿me oyes? No debes decir nada, ni una palabra, acerca de Yashu.

Entonces se ponía los guantes o cruzaba los brazos en el pecho, iba a la ventana y ahí se quedaba quieta, mirando hacia fuera en silencio durante mucho tiempo, apenas respirando. Entonces yo también hacía como ella. No me movía en mi silla, no decía una palabra, apenas respiraba, asegurándome de que mamá tuviera algo de calma para sus pensamientos. Podían pasar largos minutos hasta que mamá volvía a su trabajo en el fregadero. Mientras tanto, yo me decía a mí misma que, cuando fuera una dama, me reiría y me vestiría como Toni Sopp, y justo igual que ella me iría de viaje por todo el mundo, y regresaría con hermosas joyas; y no solo eso, yo también tendría un marido alto y apuesto como Helmutt, y tendría dos o tres hijos.

Cuando Toni se iba, se llevaba con ella a los niños, Peter y Ammon. En esos días, Helmutt invitaba a amigos y hacía fiestas en casa. Mamá trabajaba muy duro antes de las fiestas, cocinaba grandes cantidades de comida que impresionaba a todos. Aparte de todo lo que preparaba, llegaban a la casa pastas que yo nunca había visto, cajas de quesos especiales y botellas de alcohol de varios colores. Mamá

transfería toda la comida a bandejas de plata y la disponía en la mesa, con Helmutt cerca de ella, observando sin decir una palabra, haciendo tintinear ocasionalmente algunas monedas en su bolsillo.

Los invitados comenzaban a llegar tarde, por la noche, cuando yo ya estaba en la cama observando a mamá correr entre la cocina y la sala de estar, llevando bandejas pesadas. Cada vez que nuestra puerta se abría, oía las risas de hombres y mujeres, y alguien que decía algo a alguien, y de nuevo las risas interminables. En nuestra sala de estar en Haifa nunca oí ese tipo de risas fuertes que podía durar incluso más de una hora.

La mañana después de la fiesta, mamá limpiaba toda la casa. A veces necesitaba dos días, uno no era suficiente para devolverlo todo a su lugar. Si yo dejaba la cocina y salía al balcón, la escuchaba decir cada vez: «Mantén la cabeza baja, Danusha; es mejor que te sientes».

Había veces en que Toni estaba fuera y no venían invitados, y entonces la casa estaba muy silenciosa. Helmutt casi no hablaba; a veces regresaba del trabajo y se iba directo a su habitación, sin salir, y por la noche yo oía a mamá rezando por Yashu en su almohada: «Que Dios lo cuide, que esté sano con la ayuda de Dios», y suspiraba y rezaba y lloraba, y entonces yo necesitaba un vaso de agua. La garganta me ardía, tenía tanta sed que incluso una pequeña rebanada de pan ayudaría, y no se la pedía a mamá, tan solo me mordía los dedos.

Entonces, después de una noche particularmente callada, una mañana todavía más silenciosa llegaba a la casa de Helmutt. Si me asomaba por la rendija de la puerta cuando él estaba desayunando, o mejor, bebiendo café, veía que casi no comía; incluso en el almuerzo comía poco y sin entusiasmo, y lo mismo por la noche, y al día siguiente también, y así era durante varios días. Todo ese tiempo mamá hacía su trabajo casi sin hacer ruido, y yo le hablaba como si alguien estuviera durmiendo. Mamá casi no hablaba, y yo no podía respirar bien. Yo ya sabía que cada vez que comenzaban los silencios y la falta de entusiasmo por todo de Helmutt, Toni hacía las maletas y se iba con los niños. A veces el silencio empezaba antes de que ella se fuera y continuaba incluso después de su regreso, pero ella le prestaba menos atención a ese silencio que mamá y yo; sí se reía, pero no fuerte. Y entonces, por sorpresa y sin advertencia, en un instante, la puerta de entrada se abría y Helmutt llamaba: «*Frau* Anna, ya he llegado», y hacía tintinear sus llaves ruidosamente, y mamá sonreía diciendo «*herr Doktor*», y él se interesaba por las ollas a veces, y le contaba a mamá algo gracioso acerca de sus pacientes locos, y después preguntaba cuándo estaría lista la cena, como siempre. Cuando se sentaba a la mesa y hablaba como si estuviera contento y la vida fuera buena, yo sentía que podía respirar mejor, y le preguntaba a mamá

qué era eso de pacientes locos, y ella decía: «Ahora no».

—Hans Frank, gobernador general de los territorios polacos ocupados, era amigo personal de Helmutt Sopp, sí, y visitaba el hogar de la familia Sopp —dijo mamá, observando a sus invitados para ver lo impresionados que estaban—. También recibía invitados importantes de Alemania, así como médicos del hospital donde trabajaba. Se podría decir que a Helmutt Sopp le encantaba la buena vida y sabía cómo tener y dar una buena vida al resto. Sus fiestas en la casa eran siempre generosas y nunca contaba el número de botellas terminadas en una noche, que le costaban una gran cantidad de dinero, sí. Adoraba vivir bien, y el mismísimo Hans Frank sabía mejor que todos cómo vivir bien.

—¿El mismísimo Hans Frank? —Las personas de la sala de estar estaban emocionadas.

—Sí, el gobernador general Hans Frank. El mismo. ¿Y qué era lo que más le gustaba beber al gobernador? Licor de huevo. Desde el momento en que bebió el primer sorbo quiso saber todos los detalles. Helmutt Sopp me señaló y dijo con orgullo: «Se llama coñac Kwiat, en honor de la respetada *frau* Anna Kwiatkowski, que trabaja en nuestra casa y lo prepara ella misma según secretos transmitidos por su familia polaca».

»Yo me sentí conmovida. Uno de los doctores polacos que trabajaban para el profesor dijo en mi presencia que el significado de la palabra polaca Kwiat es *blume*, flor en alemán. Naturalmente, a él le gustó el significado, y me miró riendo, después les pidió a todos que se sirvieran otro trago del coñac Kwiat de la dama de las flores.

»“*Frau* Anna” decían cada minuto en la sala de estar de Helmutt Sopp, “*frau* Anna, *es schmekt goed, ach wie machen Sie das?*”. Minutos más tarde, yo me apresuraba a la cocina a por más champán o *whisky*, y a veces alguien me detenía cada segundo, diciendo: “*Frau* Anna, esto está muy bueno, ¿cómo lo hace? ¿Cómo, *herr Professor*?”.

»Yo miraba a Helmutt Sopp y ambos sonreíamos. Estaba claro que yo no les revelaría el secreto de los Kwiatkowski.

Mamá se detuvo un momento, pensando. Cada vez que decía Kwiatkowski se detenía, incluso después de haber contado la historia diez veces. Los invitados de la sala de estar, sobre todo los nuevos, se miraban entre sí con los ojos muy abiertos, asombrados ante la mujer judía que se había ganado la admiración y el respeto en el hogar de un oficial nazi; nunca habían escuchado una historia así.

Mamá me miró mientras se limpiaba delicadamente las mejillas y el cuello con un pañuelo bordado. Era como si les estuviese dando a los invitados tiempo para adaptarse a una vida anormal. Pero en realidad necesitaba ese tiempo para sí misma, o eso sentí en mi corazón, y no

entendía por qué pasaba esto cada vez que decía Kwiatkowski.

—Un día se enviaron invitaciones para una fiesta de Navidad en la casa a invitados de alta sociedad y oficiales de rangos muy altos. El señor Byzenz, quien junto con su hermano dirigía un prestigioso café y restaurante en la esquina de Kremiltzka, enfrente de la universidad, también recibió invitación. Antes de la guerra, su café se llamaba Byzens Esplanade, pero todos lo conocían por el nombre del dueño, «en Byzenz». Era el sitio de encuentro de *la crème de la crème* en la sociedad de Cracovia: financieros, importantes oficiales del Gobierno y artistas. Los caballeros y las señoras se reunían allí para tomar café y pastel, y se consideraba de *bon ton* en Cracovia.

»El señor Byzenz, un hombre mayor de aspecto respetable y un invitado frecuente a la casa de Helmutt Sopp, envió varios kilos de una enorme carpa para la celebración; no hay carpas como esa en Haifa, ninguna. Era una carpa realmente grande, y yo preparé el pescado con una receta que había aprendido de mi madre, quien a su vez la había aprendido de la suya. Carpa con mucha cebolla, sal y pimienta.

»Los invitados de Helmutt Sopp disfrutaron del pescado y, en algún punto, el mismísimo señor Byzenz apareció en la cocina. Me miró, sosteniendo una copa de una bebida que yo había preparado, una copa bastante llena, y dijo: "*Frau* Kwiatkowski, ¿dónde ha aprendido a cocinar el pescado como los judíos?".

»Yo lo miré a la cara y dije sin miedo: "Aprendí a cocinar la carpa, señor, con una mujer que trabajaba para nosotros".

»Él asintió, se dio la vuelta y se fue. Siempre había algunos invitados que venían a la cocina a lanzar un cumplido, una palabra, a pedir algo. ¿Sinceramente? Yo tenía miedo de las preguntas. Las palabras no me molestaban, pero ¿las preguntas? Las preguntas eran un riesgo para mí y para Danusha.

—¿Qué más preguntaban? —presionó Bernard Cohen.

—Preguntas como de interrogatorio. Como, ¿dónde estaba su casa antes de la guerra?, o ¿su marido era realmente un militar? Y me miraban fijamente a los ojos y esperaban la respuesta. Por supuesto, yo les contestaba con naturalidad, pero estaba muy asustada.

—*Shemá* Israel —dijo Bertha Ketzelboim.

—Que Dios nos ayude —agregó Klara Cohen.

—Valor, Anna, valor —exclamó el señor Bogusławski, y—: Eres valiente, bien por ti.

Mamá se lo agradeció con una pequeña sonrisa y nos contó detalles sobre las celebraciones que se prolongaban hasta altas horas de la madrugada, en especial cuando iban hermosas jóvenes polacas a festejar.

—Me llevaba muchas horas limpiar después de que se fueran —dijo,

como si en realidad fuera fácil—. Había ocasiones en que a las veladas con las chicas polacas les seguían noches con parejas casadas que se sentaban a la mesa con velas y vino, conversando con formalidad y respeto. Ni una sola mujer en esa mesa podría haber adivinado las fiestas que habían tenido lugar previamente en la sala de estar de Helmutt Sopp, y mejor así, también.

Mamá sonrió y lanzó una pequeña risa que se oyó tal vez dos o tres veces durante su historia.

—Lo interesante es que era entonces cuando Toni aparecía con vestidos de brillantes colores. Tenía un vestido del color del vino con un escote realmente bajo y una cadena resplandeciente. Yo de inmediato capté las miradas de Helmutt. Oh, estaría irritable toda la noche, y cuando los invitados ya se habían ido, le gritaba: «¿Qué clase de vestido es ese para llevarlo en una cena respetable? ¿No ves que las que nos visitan son mujeres casadas?». Y Toni le gritaba: «¡No me digas cómo comportarme!», y lloraba, pero se recuperaba en un instante. «Venga a ver mi nuevo vestido», me llamaba para que fuera y lo viera incluso antes de que las lágrimas se le hubieran secado.

»Toni era una mujer de buen corazón y sabía mejor que nadie lo que era bueno para su marido, qué era lo que más le costaba. Sabía cuándo llegarían los silencios y se alejaba, y cuándo él quería mucha gente y buen vino a su alrededor. Recuerdo que en una de las fiestas alegres le contó a un colega de Helmutt, un psiquiatra mayor, que no siempre había alegría alrededor de Helmutt; no, no, también había otros momentos. Eso fue lo que oí de Toni cuando ofrecí más coñac de huevo, y también vi al colega de Helmutt mover la cabeza, sí, sí, sí, abrazando finalmente a Toni como un buen padre, y ella se quitó algo del ojo.

»Tengo que admitirlo —dijo mamá—. Yo creía que, si venía el desastre, la buena de Toni nos ayudaría a mí y a la niña .

Yo escuchaba cada palabra que mamá decía y no recordaba nada de eso, tal vez porque las fiestas eran de noche cuando yo estaba dormida, pero ¿que sería Toni la que nos salvaría, no Helmutt?

—Toni no se avergonzaba de admitir que yo era más instruida que ella —continuó mamá—. Me dijo que Helmutt se había enamorado de ella mientras todavía era una estudiante de secundaria, que era muy hermosa y que se casaron antes de que cumpliera dieciocho. En su familia solían decir que ella era realmente hermosa, pero que no sacaría nada de ello. ¿Cómo podía alguien que iba a ser doctor pedir su mano? Y por ese novio valía la pena dejar la escuela, le aconsejaron, y esa fue la razón, o eso me dijo, de que ella no escribiera bien, «pero aquí, entre nosotras, ninguna estrella de cine sabe escribir sin faltas». Cada vez que se sentaba a escribir una carta

me preguntaba cómo deletrear correctamente una palabra en alemán; por supuesto que yo la ayudaba con gusto.

*Ausgezeichnet*, excelente, era una palabra que Toni nunca recordaba cómo escribir. «*Frau* Kwiatkowski, ¿cómo se escribe *Ausgezeichnet*?», oí que le preguntaba a mamá, y cada dos o tres días escribía una carta y yo oía que mamá le dictaba cada letra, y Toni se reía de algo amable que había puesto en su carta, y yo no entendía: ¿la gente se ríe o se pone triste cuando está avergonzada? ¿Y tal vez se ríe si está triste? ¿O si está asustada?

—Y tenía pretendientes —agregó mamá—. Uno de los invitados frecuentes de Toni era un actor del teatro de la ciudad que había sido capturado por los alemanes. Se llamaba Dagobert von Carlblum y se pasaba la mañana en la sala de estar de Toni cuando Helmutt estaba en el hospital. Toni solía llevarlo a la cocina y me pedía que le diera a probar los platos que había preparado. Él lo saboreaba con placer, ronroneaba un poco y después volvían a sentarse en la sala de estar. Pero conforme se aproximaba el mediodía, cuando se suponía que Helmutt regresaba a casa, yo me ponía nerviosa. Levantaba las tapas de las ollas, las volvía a colocar ruidosamente, tapando y destapando. Al final, llamaba a la puerta de la sala de estar, me disculpaba e invitaba a Toni a que viniera a probar, la comida estaba lista.

»Y ella venía. Con una encantadora sonrisa, decía: "Señora Kwiatkowski, usted es *eine Perle*, una perla", y finalmente entendía que el pretendiente tenía que irse y todos respirábamos con mayor facilidad.

En el momento en que mamá dijo «Dagobert von Carlblum», recordé su nerviosismo los días en que él y Toni estallaban en risas en la sala de estar. Yo los oía.

Mamá daba golpecitos con las manos en su delantal, se detenía, miraba el reloj, volvía a golpetear, se soltaba el pelo y se lo recogía otra vez en un moño, miraba por la ventana, al reloj, de nuevo a la puerta, miraba las ollas y se acercaba a ellas. Cogiendo un gran cucharón de madera, levantaba la tapa de la olla con una toalla y, bum, la tapaba ruidosamente; con la otra mano golpeaba la olla con el cucharón de madera, y juntos sonaban como un tambor y unos címbalos. Minutos después, se paraba en la puerta, diciendo «perdón, *bitte*», ¿la señora lo había oído o no?

—Claramente, ningún secreto salía de la casa de la familia Sopp —agregó mamá.

—Por el peligro —dijo Klara Cohen.

—Porque un secreto no puede atravesar una pared —explicó mamá—, ni los secretos matutinos ni los secretos nocturnos. Así son las cosas. Cuando Toni se iba, Helmutt invitaba a sus amigos a fiestas salvajes.

Cuando mamá hablaba acerca del actor de teatro que visitaba a Toni, los hombres soltaban risitas y decían palabras en yidis que yo no entendía. Las mujeres bajaban la vista o decían:

—Shhhh, shhh, hay niños aquí. —Y me señalaban.

Eso no me molestaba. Klara Cohen se me acercó y dijo:

—¿No tienes otro lado en el que estar? Hay muchos niños fuera. ¿Por qué no vas con Yashu ?

—Yo no voy a ninguna parte cuando está oscuro —respondí, y apreté las manos contra mi cuello.

Mamá me miró y dijo:

—Siéntate derecha, endereza los hombros. ¿Por qué no te sientas en toda la silla como Yashu, *nu*? Siéntate derecha.

Yo me levanté y fui a la ventana del pasillo para mirar la luna. Encontré una luna dañada en el cielo, como el poema que nos habían enseñado en clase. Abrí la ventana y sentí la mordedura del viento. La cerré y oí que mamá decía suavemente:

—Por favor, por favor. ¿Por qué no se sirven algo de té y bizcochos?

Fui a asomarme al cuarto de Yashu. La puerta estaba cerrada.

—¿Yashu? —pregunté bajito—. ¿Estás ahí?

—Aquí estoy.

Entré y me senté en su cama. Él estaba en su escritorio haciendo los deberes.

—Pensé que estabas fuera, no te he oído entrar.

—Mañana cogeré el cuaderno de alguien —dijo, cerrando el suyo.

—Yo también quiero ver Haifa de noche. ¿Por qué solo tú? ¿Por qué tengo que estar siempre con ellos? —dije, señalando la sala de estar.

—¿Alguien te ha dicho que no salgas? —preguntó Yashu, guardando todo en su mochila.

Me levanté de la cama en silencio. Volví a la ventana, la luna y el cielo oscuro.

# 10

Mamá les contó a sus invitados que Helmutt, amigo del influyente gobernador general Frank, recibía ascensos constantes. En apariencia así había sido como se había ganado el título de profesor y había alcanzado un rango militar más alto. Es interesante que no le pidiera a su mujer Toni que cosiera las insignias de su rango en las charreteras de su abrigo, que ostentaba la insignia S. A. y no S. S., sino que se acercó a mamá para pedirle que lo hiciera. Y eso lo recuerdo muy bien.

Mamá estaba sentada a la mesa de la cocina, alisando la manga del abrigo o la camisa de Helmutt, enderezando las insignias, poniéndolas en su sitio, midiendo y comparando ambos lados, y así, despacio y con mucho cuidado, cosía las insignias. Revisaba constantemente para comprobar que estuvieran derechas, que las puntadas fueran perfectas, como las de una máquina de coser.

Después de la historia de las insignias, mamá se detenía a coger aliento y sus pensamientos volaban muy muy lejos, incluso más allá del mar de Haifa. A su alrededor, los invitados le lanzaban miradas cariñosas, aunque algunos de ellos la habían escuchado más de diez veces. Y en mi corazón veía qué hermosa estaba mamá en esos momentos, con sus mejillas arreboladas, sus ojos brillantes; ¿tal vez echaba de menos coser las insignias de importantes oficiales? No nazis, claro, pero ¿otros oficiales? Naturalmente, aparté ese pensamiento enseguida; es un pensamiento malo y poco saludable, me dije a mí misma.

—Tuvieron mucha suerte, Anna —dijo Bernard Cohen, y mamá alzó hacia él sus helados ojos azules y puso rígido el cuello, indicando que no estaba interesada en discutir .

—Sí, sí; es la suerte de los judíos que sueñan, no de los judíos que vivían en la guerra —dijo él en voz alta, y, por alguna razón, a mamá no le gustó escucharlo.

—No te olvides que era una suerte condicionada. Podía cambiar a cualquier hora, ¿lo has pensado? —replicó Izzy Rappaport.

Y Henia Sonnenfeld dijo:

—¿Una hora? ¡Podía cambiar en un minuto!

Mamá se inclinó hacia ella, asintiendo y sonriendo.

—Pronto, Henia, pronto, llegaremos a la parte de la suerte. —Y se enderezó en su sitio, entrelazó las manos educadamente en el regazo y habló con tanta calma como pudo—: Un día, un invitado ucraniano entró a la cocina de la familia Sopp, un hombre de la Gestapo llamado Ivan; Toni estaba de pie junto a mí. Estaba sirviendo coñac en varias

copas y yo estaba colocándolas en una bandeja. Ivan se dirigió a Toni para pedirle una gran copa de coñac, un trago doble; tenía que aclarar su mente, sí. Acababa de regresar de una *aktion* y durante la selección en el campo, mientras seleccionaban mujeres judías para trabajar, había enloquecido con una judía. Una mujer joven, incluso bonita, con cabellos largos, que tenía en brazos a su bebé, sosteniéndolo con fuerza, negándose a entregarlo; aunque había recibido una orden específica de darle el bebé a una de las mujeres mayores que estaban paradas a un lado, se negaba con insistencia.

»Le dieron otra orden y después otra. Y ella se negó. Hizo lo opuesto, lo apretó aún más contra su pecho y lloró quedamente. Él no había tenido otra opción; había ido hacia ella y les había disparado a los dos. Pero los ojos suplicantes de esa judía lo perseguían por todas partes; no tenía un momento de paz por culpa de esa judía. El bebé también lo miró, un bebé común, en pijama, y él, Ivan, no podía soportar más los ojos de aquellos dos. Tenía que tomarse un coñac, tal vez el coñac alejara aquellos ojos de él y podría tener algo de paz y calma después de ese día.

Mamá suspiró y arrugó un pañuelo en la palma de su mano.

—Uffff —resopló Bernard Cohen, presionando un dedo contra su mejilla hasta que dejó una marca .

—Toni lo miró —dijo mamá— y no dijo una palabra. Como si no hubiera escuchado lo que él le había contado. Sirvió coñac en una gran copa, se la dio y salió de la cocina. Él la siguió. Yo estaba mareada, sintiendo como si toda la sangre de mi cuerpo se me hubiera ido a las piernas. Seguí colocando las copas en la bandeja y pensé en la aktion, en los interminables convoyes, en los miles de niños judíos viajando en tren por primera vez, pero ¿adónde, adónde? Y el mundo quedó en silencio. Cierto, nos llegaban todo tipo de rumores acerca de las cosas terribles que les ocurrían a los judíos, incluso a pocas calles de la familia Sopp. Oímos que cogían a la gente por el pelo, la arrastraban y la golpeaban hasta la muerte, en medio de la calle, sin motivo. Yo no podía creerlo. Pensé en esa joven mujer a quien se le había dado la oportunidad de vivir y que se había negado a entregar a su bebé; se me partió el corazón. Seguí sirviendo bebidas a los invitados. Se divirtieron y rieron hasta muy tarde por la noche y, ya ebrios, entrelazaron los brazos y se mecieron, cantando en voz alta: *Uns ist alles ganz egal wir sitzen jetzt in dem Weichsel-Tal*, que significa «nada nos importa, siempre que estemos en el valle Wisła».

—Malvada mujer —dijo Klara Cohen.

—No —respondió mamá.

—Maldito ucraniano —dijo Bernard Cohen.

—Eso sí, pero Toni nos trató bien a mí y a Danusha.

—Ella odiaba a los judíos —aventuró Klara Cohen—. Lo siento aquí

dentro.

—Toni no odiaba a nadie; ella amaba a Toni —dijo mamá, descruzando las piernas y apretando las rodillas, como buscando fuerzas.

Había una ligera tensión en la sala de estar. Desde mi lado, oí rechinar de dientes o charlas, no sé, y de inmediato subí la cremallera de mi jersey.

—Días más tarde, regresó el mismo ucraniano, Ivan, de la Gestapo. Estaba invitado a una fiesta en casa de Helmutt —dijo mamá .

»En esos días, Toni y los niños se habían ido a pasar el fin de semana a Silesia. Helmutt invitó a sus amigos, así como a las bellas chicas polacas. Como Toni, confiaba en que yo guardaría el secreto.

»La fiesta con las chicas duró toda la noche. Oí cánticos de ebrios y risas alocadas, oí a las mujeres charlando, gritando, tosiendo, puertas dando portazos y el sonido de coches. Solo cuando llegó el amanecer todo quedó en silencio por fin.

»Esa mañana Helmutt salió de casa temprano y, en contra de su costumbre, dijo que desayunaría fuera. Yo fui a limpiar las habitaciones y encontré a Ivan, el ucraniano, en la cama y a medio vestir. Tenía la cara abotagada de sueño y una enorme barriga. Yo salté hacia atrás.

Bertha Ketzelboim se cogió el jersey y se puso el borde en la boca. El señor Bogusławski se inclinó hacia ella y dijo en voz baja:

—La suerte es impredecible en la guerra, Bertha. Ya lo hemos dicho antes, impredecible.

Bertha se mordió el jersey, moviendo vigorosamente la cabeza de un lado al otro.

El señor Bogusławski sacó una pequeña caja, la abrió y se la ofreció. Ella la cogió y tragó de inmediato, como si fuera una medicina.

—¿Por qué lo has tragado así? —preguntó él, y volvió a ofrecerle la caja.

—Estaba nerviosa —dijo ella, avergonzada, y él le sonrió amablemente.

Mamá se veía distante y yo entendí: «Él es amable». No sentía que mamá pensara que Bertha fuera amable. Vi cómo la miraba y cómo apartaba la vista y sonreía a Yozek Meltzer. También apartaba la mirada de mí cuando yo no le gustaba y después le sonreía a alguien más como si yo no estuviera junto a ella.

—¿He dicho «el cruel Ivan? ¿Quizá Ivan el Terrible? Bien, el ucraniano me pidió que entrara en la habitación y dijo que había perdido su cartera, que si podía buscársela .

»Comencé a mirar bajo el sofá y los sillones. Después se rio sádicamente y dijo: “Ya no hay necesidad de buscarla, ya la he encontrado”. Salí de la habitación enseguida. Me apresuré a

prepararle el desayuno. Le tenía miedo a ese nazi.

»Minutos más tarde, se sentó a la mesa en el comedor. Le serví el desayuno y quise irme, pero él me dijo en voz baja que me sentara junto a él.

Mamá se detuvo. Miró a la pared opuesta y se humedeció los labios. Yo también me humedecí los míos y una segunda imagen vino a mí.

Mamá entró a la cocina de repente, como si un viento salvaje la hubiera llevado del pasillo directo a través de la puerta; tenía la cara roja como una remolacha. Y entonces comenzó a cortar verduras rápidamente, tac. Tac. Tac. Tac. Y yo estaba acostumbrada a escuchar taac. Y taac. Y taac. Así. Pronto me di cuenta de que algo malo había sucedido. Ella preparó café caliente, tostadas, huevos fritos, tan rápidamente que se quemó un dedo.

—Ay —la oí murmurar, llevándose el dedo a la boca.

Mientras estaba colocando la comida en una bandeja grande, se le cayó un vaso. Logró alcanzarlo estirándose sobre la mesa. Entonces se alisó el cabello con las manos, se enderezó el delantal, se llevó las manos a la cara y cerró los ojos. Respiró hondo y me hizo señas con el dedo, boca cerrada, ni una palabra. Cogió la bandeja y salió de la cocina.

Me acerqué de inmediato a la ranura de la puerta.

Vi a un hombre grande y gordo, con cabello negro y corto, sentado a la mesa del comedor de la familia Sopp. Llevaba puesto una chaqueta corta marrón y pantalones oscuros, tenía una cabeza y cuello enormes y sus ojos negros o marrones estaban hinchados. También tenía un bigote grueso y como un cepillo, afilado en las puntas. Miró a mamá con los ojos entrecerrados, sin moverse ni un milímetro, y supe por su cara que era un momento peligroso para ella.

Él le dijo un par de palabras y señaló el sitio junto a él.

Mamá se sentó. Tenía la cara tranquila. Puso las manos bajo la mesa, en sus rodillas, las palmas unidas, los dedos entrelazados. Los ojos fijos en el jarrón de flores en la mesa, un ramo de rosas rojas. En ocasiones desviaba la mirada al hombre grande y volvía a las rosas.

El hombre bebió el café, dio uno o dos sorbos, dejó la taza y comenzó a untar mantequilla en una rebanada de pan tostado. Mamá esperaba calladamente. Un dedo le saltaba en la rodilla y a mí se me calentaron los pies. El calor me trepó a los tobillos.

El gordo le dio un gran mordisco a la tostada, masticó y se dirigió a mamá. Ella dejó las rosas y lo miró. Él la observó con sus ojos entrecerrados y dijo algo en alemán. Luego guardó silencio. Siguió masticando el pan, sus malignos ojos sobre ella.

Entonces mamá habló. Su cabeza se elevó ligeramente, muy despacio, un movimiento que casi no se podía percibir. Yo no entendí lo que decía, pero, desde donde yo estaba, parecía que ella fuera alta y

él bajo, más aún cuando él se inclinó sobre el plato, se metió casi la mitad de un huevo frito en la boca, y entonces ella volvió a las rosas. Él masticó y masticó, se bebió el café, bajó la taza y de nuevo le dirigió a ella algunas palabras.

El dedo de mamá saltó más rápido bajo la mesa. Yo notaba los pies aún más calientes. Los apoyé fuerte en el suelo y sentí el olor a comida quemada. Me di la vuelta rápidamente y recordé que era temprano y mamá no había comenzado a cocinar. Regresé a la ranura de la puerta. Recé en mi corazón porque este hombre gordo dejara a mamá en paz, y qué lástima que yo no estaba junto a ella; tal vez si le pudiera sonreír, el hombretón aquel nos dejaría en paz y se iría.

Los malvados ojos del hombre nunca se apartaron de mamá. No importa el huevo frío, no importa el café, ¿qué quiere de ella, qué? Me dolía el estómago.

Y entonces mamá apretó los labios, se sostuvo del borde de la mesa con ambas manos, se levantó de la silla, le dijo varias palabras, se dio la vuelta y caminó hacia la cocina.

Yo salté y me pegué a la pared. El corazón me golpeaba las costillas. Bum. Bum. Bum. Mamá entró a la cocina, me cogió de la mano y me empujó al balcón diciéndome: «No te vayas, no te vayas», y cerró la puerta detrás de ella.

Las piernas me ardían hasta la ingle.

De pronto oí el ruido de una puerta; yo sabía que era la principal.

—Ya puedes salir —dijo mamá—, se ha ido. —Tenía la voz tranquila, como si no hubiera sucedido nada.

Entré. Mamá estaba apoyada en el fregadero con ambas manos; se agachó y se aclaró la garganta. Se quedó doblada durante uno o dos minutos que me parecieron horas. Después se enderezó y se bebió despacio un vaso de agua, hasta el fondo. Se pasó los dedos por el cabello, fue a la alacena, sacó una olla para sopa y susurró:

—Danusha, ¿qué sopa cocinaremos hoy?

Yo dije:

—No importa, mamá, no importa. Lo que tú quieras, como ayer o anteayer. Yo me terminaré todo lo que haya en mi plato.

Olvidé completamente que odiaba la sopa.

Mientras tanto, mamá les contó a sus invitados que Ivan el ucraniano la había interrogado sobre su marido. Ella le dijo que su marido servía en el Ejército polaco y que estaba desaparecido en combate.

Ivan el ucraniano quería saber su rango y la unidad militar en la que estaba.

Mamá no perdió la cabeza. Se levantó de la silla, se disculpó, dijo que tenía que cocinar y limpiar la casa porque su señora, la señora Sopp, regresaría a casa ese día, y que su marido, el respetado doctor,

quería que la casa estuviera limpia y ordenada antes de su llegada, lo había dicho específicamente, y que la disculpara.

El ucraniano la miró y dijo:

—Lo has gestionado bien. —Y se marchó.

Mamá guardó silencio. Su pecho subía y bajaba conforme respiraba. Algunas personas estaban pálidas. Nadie dijo una palabra. Todos oyeron al señor Meltzer, el admirador de mamá, mordiéndose los labios y resollando .

Mamá se limpió delicadamente la frente y dijo que desde ese día había tenido miedo de que el ucraniano fuera y llamara a la puerta. ¿Tal vez Helmutt Sopp había dejado la casa temprano sin decir una palabra acerca del invitado que había en la sala de estar para que el hombre de la Gestapo pudiera interrogarla discretamente sin interferencia?

Y quizá, a pesar de la amabilidad de Helmutt y Toni Sopp, ¿albergaban alguna sospecha de que ella era judía? Ella se sentía miserable y bebía agua sin hacer ruido.

—Menuda situación peligrosa —dijo Henia Sonnenfeld—, habría sido mejor correr y terminar con eso.

—Correr, correr —secundó Bertha Ketzelboim.

—Correr ¿adónde? —preguntó Klara Cohen.

—De todas formas, tuvo usted mucha suerte, Anna —dijo Bernard Cohen, y se aproximó a mamá. Le hizo una reverencia, le apretó la mano y añadió, festivamente—: Yo era partisano. Luché contra los alemanes en los bosques. Su valor, *madame* Anna, fue extraordinario, pero también tuvo mucha suerte.

Yo sabía que él tenía razón. Mamá nunca había perdido la cabeza, ni siquiera en las situaciones más difíciles. La gente no podía ver si estaba alarmada; solo yo sentía cuándo ocurría. Cuando veía su expresión de miedo me asustaba mucho, pero eso rara vez pasaba, como el día en que esperamos con Bronka en la estación de tren de Brzeżany, de camino a Lwów.

En aquella época, Bronka le dijo a Yashu: «*Oy vey*, es como si estuviera paralizada», y le pellizcó la mejilla cuando él saltó del banco. Y a mí me dijo: «Deja en paz a tu madre» cuando me vio tratando de aferrarme a su abrigo, después me abrazó. Y, realmente, ni un solo músculo se movió en la cara de mamá, y ella tenía una mirada helada y distante, como si hubiera estado en el pozo bajo el suelo de la cocina de la señora Moskova. El pozo era para ella un gran terror, pero esa parálisis suya era un suceso raro; en realidad era valiente y soportamos muchos peligros, pero también tuvimos suerte, como la misma Bronka dijo varias veces .

Yo no podía ser tan valiente como mamá o Bronka. Cuando caminaba por la calle, siempre miraba al frente para que, Dios no lo

quisiera, mis ojos nunca se encontraran con los de algún transeúnte. Si alguien me miraba, no me sentía bien, y peor si se daban la vuelta para mirarme. De inmediato comenzaba a comprobar qué estaba mal, qué habían visto. ¿Cómo eran mis ojos en el sol? ¿De qué color era mi pelo? ¿Se me había roto la falda? ¿O las medias? ¿Se me había manchado el vestido?

Me miraba a mí misma. Me veía tan desaliñada… Llevaba puesto un vestido arrugado, calcetines cortos, zapatos sucios. Hasta mi mochila de la escuela, tirada cerca de mí, tenía mal aspecto.

Me acordé de lo que mamá les había dicho a sus hermanas acerca de papá: «Recuerda, Anna: lo que importa en la vida es la familia. Siempre puedes confiar en tu marido y en tus hijos». Eso era lo que mamá decía, y siempre supe que podía confiar en mamá.

Pero no con respecto al orden y la organización del hogar o del armario. Mamá era valiente, pero le ponía menos atención a si yo tenía medias o ropa interior en el armario.

Yo, por otra parte, soy una niña que vale menos. ¿Por qué? Porque siempre hay algo malo en mí. Sostengo el lápiz con la mano izquierda, no como mamá. Y duermo con la boca abierta. Debido a este problema al dormir, cuando era pequeña mamá decidió llevarme a un médico para que me quitara las anginas.

Recuerdo a un médico con gafas gruesas y un hoyuelo en la barbilla. Me vistió con un largo delantal de goma, pero primero me ató a la silla y dijo: «Abre la boca mucho, boca muy abierta, bien. Quédate quieta, no te muevas».

Y entonces cogió un enorme par de pinzas de metal, me las puso en la boca, agarró algo y tiró con fuerza. Sin anestesia. Recuerdo gritos, pataleos y sangre, mucha sangre en el delantal. Como si me hubieran sacado la lengua, llevándose con ella la garganta y un pedazo de mi corazón. ¿Así es como te mueres ?

Las anginas volvieron a crecer y produjeron laringitis. Cada año con su laringitis. Yo disfrutaba especialmente de mi laringitis. Eran como unas dulces vacaciones para mí. Me quedaba en cama desde la mañana hasta la noche, el día siguiente también y el tercero; a veces una semana. Y, si empeoraba, me quedaba con mamá dos semanas. No me aburría. Pensaba pensamientos y observaba sus movimientos mientras se vestía y se arreglaba el cuello y se cepillaba el pelo muy despacio. O cuando se sentaba en una silla, con la espalda recta, claro, y comía con la boca cerrada y pequeños, diminutos movimientos; sus mejillas no parecían ser parte de la imagen, su frente lisa. Cómo dejaba el tenedor y el cuchillo a los lados del plato, por ejemplo, si quería beber algo y después se limpiaba la boca delicadamente con una servilleta.

# 11

—Hoy hablaremos de Yashu —recordó el señor Bogusławski, lo cual me hizo bostezar.

Al principio un gran bostezo, y después uno después de otro hasta que me dolió la mandíbula. Casi cada año, cuando el señor Bogusławski nos recordaba que ese era el día de hablar sobre Yashu, yo me quedaba medio dormida, incluso aunque los invitados estuvieran allí a las siete u ocho de la noche y Yashu siguiera buscando cosas que hacer fuera con sus amigos.

La voz de mamá se desvanecía alejándose de mí cuando cerraba los ojos, como si se fuera al pasillo del tercer piso, bajara las escaleras, al segundo piso, al primer piso, volviéndose al final audible para mí, como si estuviera llamando desde Eilat, la parte más al sur de Israel. Después de algunas veces, sabía cómo decir, así como ella lo hacía, en su acento polaco: «Cómo sufrí por la preocupación por mi único niño, ayyy…».

Yo practicaba la palabra ayyy durante horas, la pausa en su discurso, ese especial, restringido, delicado movimiento de los hombros. Casi se caía hacia delante cuando añadía: «Ese querido hijo, tan solo un niñito, pequeño, piénsenlo… Apenas seis años y sin madre desde los cuatro…».

Y esa voz era tan suave y especial que resultaba difícil de imitar con el movimiento frente al espejo del dormitorio. Cuando me hiciera más alta, sabía que esa sería la forma en que movería los hombros y exactamente como hablaría de la dulce niñita que tendría. Hasta acunaba un pequeño cojín en mis brazos, na, na, na, la mecía con los ojos cerrados.

—Es difícil describirlo con palabras —decía mamá, con la cabeza inclinada—, difícil relatar cómo esperaba para encontrarme con mi hermoso niño cada domingo por la tarde. Sus ojos azules brillaban de felicidad cuando me veía llegar, pero esos ojos se enfadaban cuando se aproximaba la hora de irme. Ayyy… Cómo me abrazaba, me besaba la mano y lloraba, suplicante: «Mamá llévame, llévame contigo. Yo soy bueno, soy un niño bueno, ¿por qué nada más Danusha? ¿Por qué no yo?». Y se tiraba al suelo y pataleaba… Ayyy, y repetía: «Tú te vas y ellos me pegan, y me meten en el sótano».

»¿Y yo? Me sentía enferma por eso la mitad de la semana. Mi niñito me desgarraba el corazón, lo desgarraba en pedazos. Incluso el hombre de esa familia polaca me dijo: “Cuando usted se va, el niño llora. Sería mejor para él que usted no viniera, ¿entiende? Cada vez que usted se va, llora sin parar y hay muchos vecinos que podrían

sacarle dinero a la policía si dijeran una palabra sobre nosotros o su niño. Es muy peligroso, y tenemos que encerrarlo en el sótano para mantenerlo callado, ¿sí?”. Y yo entendía todo, entendía que era peligroso, y me di cuenta de que encerraban a mi hijo solo en el sótano. ¿Pueden imaginarse la situación?

Cada vez, la voz de mamá se quebraba en el mismo punto, y los demás no tenían nada que decir, pero los ojos de todos lloraban y lloraban, y, en el silencio, pájaros, mariposas y lilas volaban alrededor de mi cabeza, como las que había visto en el árbol en el jardín de Helmutt y Toni, y yo seguía bostezando, y quería que todo el aire que entraba en mi cuerpo me llevara volando al otro lado de la ventana como un globo, para que no pudiera oír a mamá hablando como si estuviera llamando desde Eilat.

—Bueno, es comprensible que un niño tan pequeño no entendiera problemas como la circuncisión, y que, si venía con nosotras, todos estaríamos en peligro: su vida y la vida de mi hija y la mía. Teníamos papeles polacos y nombres polacos, y un pequeño niño que estaba circuncidado. ¿Cómo podía ser eso?

—Sí, ¿cómo? —coincidía Bernard Cohen, y elevaba los ojos al cielo.

—Sí, realmente, ¿cómo? —cavilaba Klara Cohen, luego movía la cabeza durante mucho tiempo .

—Peligroso, sin duda —decía Izzy Rappaport, y se quitaba las gafas para limpiar los cristales, para escuchar mejor lo que podía hacerse.

—Hasta el fin de mis días no olvidaré cómo mi amado niño suplicaba, ayyy —les repetía mamá a los invitados, añadiendo—: ¿Qué quería mi niño? Quería venir y prometía dormir bajo mi cama, con dos pares de pijamas, sin llorar ni una sola vez. Bueno, ¿cómo podía yo dormir de noche después de eso? No podía…

—Imposible —coincidía Henia Sonnenfeld.

—Yo me habría muerto allí mismo, tu hijo allí solito… —se lamentaba Bertha Ketzelboim.

—Bueno, por supuesto, no somos de acero —declaraba Efraim Sonnenfeld.

—Te rompe el corazón —añadía Klara Cohen, quien lloraba alto tan solo por la historia de Yashu. Con las mismas palabras y ese pañuelo bordado suyo cada vez—. Qué gran sufrimiento, qué sufrimiento; el niño debe regresar a casa, debe hacerlo.

Los invitados de la sala de estar estaban siempre de acuerdo sin discutir, y yo solo trataba de recordar una canción especial, que también era parte de nuestras vidas, no solo de la de Yashu, mi pobre pobre hermano. Y recordé el aria «La reina de la noche» de la ópera de Mozart *La flauta mágica*: «Ven, mi amor, no me hagas esperar más; ven, mi amor», y tarareaba la melodía en mi mente.

—Al final traje a Yashu a casa —dijo mamá, y los invitados de la sala de estar sonrieron cariñosamente—. No había milagros, ninguno, ninguno. Ni un solo milagro descendió sobre nosotros desde el cielo. Fue una seria planificación con una gran cantidad de reflexión, y Helmutt ayudó, sin duda —siguió ella, reuniendo fuerzas para explicar lo que había ocurrido con nuestro pequeño Yashu, al que criaron los polacos tal vez hasta que tuvo seis años .

»Una noche —continuó mamá—, fue en el invierno de 1944. En aquel tiempo, escuché de mis hermanas que los alemanes estaban perdiendo batallas contra los rusos, lo que por supuesto nos daba ánimos. Nos dimos cuenta de que Rusia estaba siguiendo la misma acción que durante la guerra con Napoleón, y el crudo invierno ruso los ayudó a doblegar al enemigo… Bien, esa noche, Helmutt invitó a varios hombres a una fiesta en la gran sala de estar. Pocos días antes de la fiesta, dijo: “*Bitte*, *frau* Anna, dentro de dos días, *bitte*”, me pidió que preparara una comida *gourmet*: “Confío en usted. Compre todo lo que necesite”.

»Por lo que me dijo, entendí que un amigo de él, un general importante, había llegado de Alemania y era fundamental preparar algo especial, para él y para varios otros oficiales amigos.

»Y, realmente, cociné todo tipo de cosas, puse la mesa y serví la comida. Todos los hombres me observaban servir, verter, retirar, llevar más, organizarlo como una comida en un gran castillo, y me mostraron su aprecio con palabras amables. También es importante decir que, cuando yo era joven, era conocida por ser una chica hermosa. Mi retrato, pintado al óleo por Ignacy Pieńkowski, un famoso profesor de la Academia de las Bellas Artes de Cracovia, adornaba la casa de mis padres, y no había una sola persona que no se detuviera a admirar ese retrato.

—Sigues siendo hermosa hoy, Anna —dijo el señor Bogusławski, en voz alta y seriamente—. No tenemos queja, muy hermosa.

Yo me levanté de la silla y sentí a mamá hablándole a mi espalda sin decir una palabra. No me importó que mi silla rechinara un poco cuando me puse en pie. Mamá miró, pero yo salí al pasillo donde dormía; no tenía un cuarto propio. Me senté en mi cama, abrí un libro, lo cerré, me metí un caramelo en la boca y lo rompí con los dientes, regué una pequeña planta que tenía en el alféizar de mi ventana hasta que se ahogó en el plato y regresé a la sala de estar a tiempo para escuchar a Henia Sonnenfeld decir:

—No hay ninguna duda, hermosa, hermosa, y esa es la verdad .

Yozek Meltzer se enderezó, callado y con la cara roja, asintiendo con la cabeza, sí, sí, sí. Al final bebió un vaso de agua y tragó ruidosamente.

Yo pensé, otro profesor, este artista, solo lo mejor para mamá, pero

es verdad que ella tenía una cara perfecta y la piel tan lisa como un espejo. Levanté la cabeza para mirarla. Ella levantó el mentón, su ancha frente pareció estirarse y se pasó un dedo bajo la barbilla, y la luz de la estancia pareció más brillante.

—Después de la comida para el general y los oficiales —dijo mamá —, me fui a mi cuarto y me tumbé en silencio, pero no conseguí dormir; estaba muy preocupada por mi pequeño. De la sala de estar llegaban algunos sonidos de canciones y carcajadas. Y entonces oí un fuerte golpe en la puerta. Rápidamente me puse una bata, me arreglé el cabello y abrí. Un joven oficial del rango más alto que yo había visto en la sala de estar se hallaba frente a mí. Yo me asusté mucho, pero de todas formas lo miré directo a los ojos y le pregunté qué quería. Él sonrió y vi que estaba un poco avergonzado, sí, lo recuerdo muy bien, y entonces preguntó si podía ir a la cocina para prepararse él mismo un poco de café. Así es como fue. La entrada a la cocina era a través de mi cuarto; él no tenía otra opción. Respondí cortésmente que yo misma prepararía el café y lo serviría a los invitados. De pronto, vi a Helmutt estallando en risas en el pasillo.

»—Has perdido la apuesta —le dijo al oficial, que se puso rojo como una remolacha, y ambos se dieron la vuelta y regresaron a la sala de estar.

»Al día siguiente, en el desayuno, Helmutt se disculpó por el comportamiento de su ebrio amigo. Su amigo había apostado con él que podía conquistar a cualquier mujer, y él, Helmutt, lamentaba no haberle detenido: “El hombre había bebido demasiado coñac, ¿entiende, *frau* Anna?”.

Mamá tosió suavemente. Los invitados me miraron y después otra vez a mamá, y de nuevo de aquí para allá.

—Absolutamente, en la guarida del león, absolutamente. Ah… —dijo Efraim Sonnenfeld .

—Absolutamente —contestó su mujer, Henia.

—Bien por ti, Anna —la alabó el señor Bogusławski, y le mandó un beso.

Oí a Bernard Cohen toser como si se hubiera tragado una nuez, pero no se rindió; insistió en hablar, insistió, pero la tos lo evitó, y su mujer le pegó varias veces en la espalda.

—Mira hacia arriba, mira hacia arriba, deja de hablar —le riñó.

—Pero, entre nosotros —Bernard no dejó a mamá—, entre nosotros, ¿qué les impedía a ese oficial o a Helmutt tocar…? Después de todo, esos nazis no tenían escrúpulos, malditos sean.

Meltzer brincó en su silla haciendo gestos de no, no, no con los dedos.

—No, no, no, no lo hicieron —dijo el señor Bogusławski en vez de Meltzer, a quien no le gustaba hablar enfrente de mamá. Pienso que

temía confundirse.

Bernard y su mujer, Klara, se acercaron al oído de Meltzer.

—¿Qué pasa con ese psiquiatra cuya mujer siempre se está yendo, eh?

—Shhh. Shhh —pidió Henia Sonnenfeld.

—Ya está bien —pidió el señor Bogusławski.

—Esperen, esperen, que el verdadero milagro todavía no ha ocurrido. —Mamá los sorprendió y extendió una mano, doblando los dedos y mirándose las uñas.

Les contó que Helmutt la había tratado de lo más amablemente después de esa noche, que ella sentía que él estaba buscando una manera de compensarla por el mal rato.

Y así, un domingo, mientras ella estaba ocupada preparando el almuerzo, él fue a la cocina y comenzó a felicitarla. Estaba sorprendido de que una mujer tan joven y guapa siempre estuviera tan seria, y de cuán poca ropa tenía; al final, a toda mujer le gusta la ropa bonita.

Entonces, sacó su talonario y dijo: «*Frau* Anna, no necesita ahorrar tanto en las compras de la casa. Por favor, cómprese un vestido bonito» .

Mamá se detuvo y bebió un sorbo del vaso de agua que estaba junto a ella.

—Excelente —exclamó Klara Cohen—. ¿Y qué le dijiste, *nu*?

—Debo admitir que me sentí muy sorprendida —respondió mamá —. No sabía qué decirle. Helmutt también parecía avergonzado y no dijo nada más. Cuando devolvió el talonario a su bolsillo, quise creer que no sabía nada de los judíos aparte de lo que le habían metido en su joven cabeza, y entonces dije: «No estoy en posición de pensar en ropa, *herr Professor*», y él alzó la cabeza, frunció el ceño, sus ojos brillantes y entreabiertos. Finalmente, dije en voz baja: «Estoy muy preocupada y me cuesta dormir por las noches».

»Helmutt frunció el ceño y dijo:

»—*Frau* Ana, ¿usted, preocupada?

»—Preocupada y ansiosa, señor.

»—Por favor ¿podría decirme de qué se trata?

»Miré al cielo a través de la ventana y le pregunté si sería apropiado que le hablara de mi sufrimiento. Y entonces me armé de valor, lo miré directo a los ojos, y dije, muy rápido:

»—Mi gran preocupación por mi hijito no me deja descansar. Una vez le conté a usted y a Toni que mi hijo está con parientes en el campo.

»Helmutt se acercó más.

»—¿Puedo ayudarla?

»—Mis parientes me han pedido que me lleve al niño. No sé qué

hacer.

»Él frunció los labios, hizo una pausa y dijo:

»—¿Cuántos años tiene el niño?

»—Es de la misma edad que su hijito Ammon.

»—Tráigalo aquí con nosotros —dijo Helmutt, sin pensarlo dos veces, y mi corazón saltó de alegría. Estaba segura de que en el hogar de un oficial nazi, y con su madre, mi querido hijo estará protegido y a salvo.

Las mujeres de la sala de estar aplaudieron. Los hombres se golpearon las rodillas .

—Debo decir que se me quitó una pesada carga de los hombros. De cualquier forma, entonces temí que la acción de Helmutt no fuera solamente compasión por el niño; temí que tal vez tuviese otras intenciones. Sin embargo, nunca olvido que él se relacionó conmigo como *eine anständige dame*, una mujer decente, sí, y, lo más importante de todo, el niño al final estaría con su madre.

Mamá dijo «mujer decente, mujer decente», y la vi advirtiéndome sin palabras que fuera modesta.

—Ahora debemos alzar los vasos —exclamó el señor Bogusławski—, beberemos limonada, con eso es suficiente.

—Simularemos que es coñac Kwiat, ¿eh? —dijo Bernard Cohen, con una amplia sonrisa.

—Ay, ¿podrías darme la receta, por favor? —pidió Klara Cohen, sacando lápiz y papel de su bolso.

Mamá asintió.

—Sí, sí, anótala, anótala —pidió Bernard Cohen.

—Esperen, yo también la quiero —reconoció Henia Sonnenfeld, buscando en su bolso.

—¿Y yo qué? —se quejó Jacob *Ketzelboim*, flexionando los músculos —. Bertha, nu, despierta.

—Tú —dijo Bertha, sacando un espejo de su bolso. Se pasó el dedo meñique bajo los ojos y, humedeciéndose el dedo con saliva, se alineó las cejas.

Jacob me miró. Yo arranqué una hoja de mi cuaderno de hebreo y se la di.

Mamá miró a sus invitados y sonrió.

—Me acuerdo de esa receta hasta el día de hoy: batir la yema de un huevo con leche…

—¿Cuánto? —quiso saber Klara Cohen.

—Un poco de leche, verás cuánta hace falta —dijo mamá—. Agregar azúcar y *snachpps*…

—¿Qué? —preguntó en voz baja Jacob Ketzelboim, y me miró.

—Démela y yo la escribo —sugerí, y Jacob me pasó la hoja.

—Cocinar la mezcla, dejar enfriar, diluirla con alcohol; es una

excelente bebida, vale la pena probarla —concluyó mamá—. Ahora bebamos té.

—No ha dicho las cantidades a propósito —le susurró Klara Cohen a su marido.

—*Nu*, calcula tú misma las cantidades. ¿Quieres que todo te lo den en bandeja? —respondió Bernard Cohen, y recibió un pellizco de su mujer.

Al final, Yashu se nos unió. «Gracias a Dios que ha venido», decíamos mamá y yo varias veces al día.

Cuando estaba acostada en mi cama, en el pasillo, con frecuencia recordaba el sueño que había tenido mamá cuando estaba embarazada de mí. Había soñado que tendría un hijo tan apuesto como un oficial polaco, alto, con un hermoso uniforme, montado en un noble caballo; eso era exactamente lo que les decía a sus hermanas todo el tiempo, desde el principio, sin cansarse del guapo oficial polaco montado en un buen caballo.

Cuando crecí un poco, me di cuenta de que mi hermano Yashu se ajustaba al sueño de mamá, cuando menos en apariencia, pero resulta que yo nací antes que él, y fue de él de quien tuvo que separarse, y tal vez sea por eso que en cada foto que teníamos juntos, mi hermano siempre está cerca de mamá. Es a él a quien ella abraza apretada y cercanamente, y yo estoy de pie junto a ella. Quizá tenía miedo de que un día un malvado enemigo viniera, Dios no lo quiera, y le quitara a su hijo. Y entonces ¿qué?, ¿se quedaría solo conmigo?

Cuando crecí, leí lo que Bronka, la hermana menor de mamá, había escrito sobre Yashu; en esa época, era una mujer soltera de veintiocho o veintinueve años, y no se la consideraba hermosa como a sus hermanas. Pero, de todas maneras, a mí me gustaba sentarme cerca de ella, apoyarme un poco en su rodilla; tal vez porque ella había nacido después de cuatro niñas y ellos querían un niño, y lo que vino fue otra niña que encima no era bonita. Es interesante que una familia que valoraba tanto la belleza tuviera una quinta hija que carecía de la belleza de la que tanto se hablaba en Cracovia.

Y fue la más exitosa en los estudios. De todas las hermanas, solo Bronka terminó el bachillerato, recibió un diploma y solo a ella se la consideraba instruida.

Esto fue lo que Bronka escribió:

> *Un día por la tarde, yo estaba descansando con madre, que en esa época se escondía en mi apartamento. Teníamos que trasladarla de un lugar a otro para no levantar sospechas. Me levanté y dije:*
>
> *—Voy con Yashu.*
>
> *En ese tiempo, Yashu se estaba quedando con una familia polaca.*
>
> *Mamá me miró con sorpresa y dijo:*
>
> *—No, no, no, no salgas.*

*Yo dije:*

*—Tengo que ir.*

*Me vestí rápidamente y salí a la calle, aunque para mí era muy difícil no obedecer a madre.*

*Llegué a la casa de la mujer polaca; ella salió a recibirme. Yo le dije:*

*—¿Dónde está Yashu? ¿Dónde está? He venido para llevármelo a pasear.*

*Al escuchar mi voz, Yashu corrió hacia mí, suplicando:*

*—Ciocia Bronka, llévame contigo, llévame.*

*La mujer polaca no quería que él fuera a pasear conmigo; tal vez tenía miedo de los vecinos. Yo insistí, lo saqué de la casa y nos fuimos a caminar por la avenida.*

*Había otro niño judío escondido en la casa de la mujer polaca, por una gran suma, por supuesto.*

*Caminé con Yashu y él lloró.*

*—Ciocia Bronka, no quiero regresar allí, no quiero. Me pegan si lloro; por favor, déjame quedarme contigo.*

*Llevé a Yashu a mi apartamento y discutí con mi madre lo que debía hacer. Ella dijo que se lo llevara a su madre.*

*La escuché y llevé a Yashu con Anna, que estaba trabajando en la casa de Helmutt Sopp .*

*Poco tiempo después, oí que la Gestapo había ido a la casa de los polacos y se había llevado al niño judío que se ocultaba con Yashu.*

Leí lo que Bronka había escrito y quise creer que el llanto de Yashu había sido diferente ese día, y que Bronka sintió que era una señal especial, que tenían que hacer algo. Y tal vez llevó a Yashu con nosotros y mamá lo escondió bajo la cama, y solo entonces le pidió ayuda a Helmutt. Y tal vez mamá no se acuerda bien. No lo sé.

¿Qué recuerdo de mi hermano?

No mucho.

Sabía que Yashu había vivido con una familia polaca durante dos años, quizá más.

No sé si yo lamentaba que él no viviera con nosotras. Una vez le pregunté a mamá por qué Yashu no estaba con nosotras.

Mamá dijo: «Mejor que se esconda, es por su propio bien y el nuestro». Y yo lo acepté.

La mujer polaca era maestra. Su marido trabajaba para el ferrocarril —o él era el maestro y ella trabajaba para el ferrocarril, en realidad no me acuerdo—. Tenían dos hijos con epilepsia. Cada domingo yo iba con mamá a visitar a Yashu a la casa de los polacos. Era su día libre, y ella le llevaba una bolsa de fruta que había guardado para él. Yo sabía

que ella no se la comía para guardársela a él. No dije una palabra. No le dije a mamá que yo también escondía en mi bolsillo las golosinas que Toni me daba, y pensé: «Me pregunto si él recordará que le daba mis golosinas».

Cada vez que entrábamos en su sala de estar, los veíamos sentados en un viejo sofá con tapicería marrón muy desgastada. Estaban sentados allí un hombre, una mujer y dos niños, sus rasgos están borrosos. Sentía que no nos querían allí. Nos miraban con malos ojos, y no recuerdo haber visto a Yashu allí .

Visitamos a Yashu muchas veces, pero no recuerdo haberlo visto. Incluso aunque apriete los ojos cerrados y haga un esfuerzo por recordar.

En aquella época, Yashu, como papá, estaba borrado de mi mente.

Tampoco mi hermano recuerda el periodo en que vivió solo con la familia polaca que lo miraba con malos ojos.

Solo después de muchos años entendí lo que había ocurrido allí. Fuimos a visitar a Yashu, nos sentamos en el sofá en la sala de estar. Mamá les habla a los dueños de la casa; yo observo a los niños. Llevamos a Yashu a pasear alrededor de la manzana una o dos veces, regresamos, dos o tres abrazos y besos, y él llora: «Llévame, mamá, llévame».

El hombre de la casa se enfada con él y grita: «¡Deja de llorar, para!».

Nos alejamos de la casa y oímos el llanto: «Llévame, mamá, llévame», y un golpe. Un golpe en la cabeza, luego silencio. Completo silencio.

¿Dónde estaba el llanto? Allí abajo, en el sótano. La puerta estaba cerrada tras él.

Después de una o dos horas, el llanto cesa. Yashu regresa a la sala de estar con la familia que lo oculta.

En el caso de mamá, el llanto se quedaba en su cabeza. Se quedaba allí una hora, dos horas, tres horas, toda la noche, otra noche, permanecía toda la semana. En mi caso no. No es de extrañar que se le rompiera el corazón.

Me acuerdo de mi hermano en la época en que fue a quedarse con nosotros en la casa de la familia Sopp. Era pequeño y delgado. Tal vez por la tristeza.

Al principio, mamá lo escondía bajo la cama. Él se quedó allí unos días hasta que, una mañana, mamá le dijo a Toni:

—He traído a mi hijo del pueblo. No he tenido opción; tiene que quedarse.

Fue la primera y última vez que oí a Toni gritar:

—¿Qué quiere decir con que ha traído a un niño? Usted no dijo que tuviera otro niño. ¿De dónde viene este niño? No lo entiendo.

Gritó y gritó hasta que finalmente se puso un sombrero y salió a hacer algunas compras.

No recuerdo qué fue lo que dijo mamá, pero Yashu se quedó y dormía con nosotras.

Helmutt Sopp miró a mi hermano y preguntó:

—¿Este quién es? —Y después dijo casualmente—: ¿Qué nos ha preparado para hoy, *frau* Anna? Mmmmmm. Huelo algo realmente bueno, excelente.

Y entonces salí al balcón a jugar.

Recuerdo los primeros días de mi hermano con la familia Sopp.

Al principio se negó a salir de la cama de nuestra habitación. Peter y Ammon lo invitaron a jugar con ellos, y él los miró y guardó silencio. Si por alguna razón se quedaba solo en el cuarto durante algunos minutos, lo encontrábamos escondido bajo la cama. Se escondía incluso cuando Helmutt entraba a la cocina. Mamá lo llamaba para que saliera, lo cogía de la mano y le decía:

—No hay necesidad de esconderse en esta casa, Yashu, no es necesario. Mamá te cuida. Mira a Danusha; ella está tranquila, ¿no?

Yashu movía la cabeza de arriba abajo; yo notaba que sus ojos no estaban de acuerdo. Saltaban de un lado al otro y cada vez que la puerta principal se abría lo encontrábamos bajo la cama. Yo lo llamaba para que saliera; él no quería. A veces me acostaba junto a él y le contaba un cuento, como mamá hacía conmigo cuando yo comía sopa, y le daba un caramelo. Solo salía después de que le contara un cuento.

Pasadas dos semanas, aceptó salir de nuestra pequeña habitación y jugar en silencio en la cocina o en el balcón. Lo que más le gustaba era mirar por la ventana. Se apoyaba contra el cristal y hablaba consigo mismo. ¿A lo mejor tenía un amigo imaginario y quería contarle cosas? Pero, si alguien daba un portazo en un coche en la calle o llamaba a la puerta principal, yo veía que él enseguida buscaba un sitio para esconderse, detrás de la cortina, o bajo la mesa, cubierto con un gran mantel. A veces se quedaba allí incluso cuando mamá lo llamaba:

—Yashu, Yashu, ven conmigo, cariño.

Nada ayudaba.

Después de un mes, Yashu comenzó a jugar con Peter y Ammon en el balcón de la cocina. Se ponían las mochilas en el pecho, corrían hacia él y lo empujaban. Él no los empujaba.

Un día Yashu me dijo que si mamá no le hubiera prohibido pelear con ellos, los hubiera empujado a su vez con la mochila, oh, cómo los hubiera empujado. Pero escuchaba a mamá. Ambos escuchábamos a mamá. A veces un diminuto movimiento de su cabeza bastaba para que entendiéramos cuándo ponernos en pie, cuándo sentarnos, cuándo

no movernos en la silla, cuándo fingir que estábamos dormidos. Cuándo estaba permitido coger un caramelo, cuándo dormir, levantarnos silenciosamente, vestirnos rápidamente y correr. Cuándo dar pequeños pasos. Cuándo contestar y cuándo era mejor quedarnos callados. Finalmente, cuándo estaba permitido llorar, pero sin una palabra, y no hablar con extraños.

—Si alguien te hace una pregunta, di que no sabes, y, Yashu, no te puedes bañar con Peter y Ammon, está absolutamente prohibido y no hay más que decir. Lo sabes, ¿verdad? No lo olvides. Si los niños te invitan a darte un baño, les dices que mamá te necesita en la cocina, ¿sí?

Obedecíamos las reglas de mamá. Era como caminar en una regla que nunca terminaba. No nos apartábamos un milímetro de ella, ni un milímetro. Una línea recta, siempre, y eso era tan natural para nosotros como que la noche sigue al día.

En el cuarto adyacente a la cocina en la casa de Helmutt y Toni solo había una cama. Mi hermano dormía entre mamá y yo, y ambas lo abrazábamos; nos organizábamos bien .

Cuando nos íbamos a la cama, mamá nos hablaba acerca de la casa que papá había comprado en Palestina antes de la guerra. Decía: «Niños, una casa es algo muy importante. Tenemos una casa en Haifa, una ciudad cerca del mar».

Para mí, las historias acerca de la casa de Haifa eran como un gran caramelo antes de irme a dormir. Imaginaba un cuarto con paredes rosas, cortinas rosas, una manta rosa y una funda de almohada bordada en rosa. Y una ancha cama solo para mí, que también era rosa. Imaginaba otro cuarto en color azul para mi hermano. Junto al mío.

Los pensamientos acerca de la casa en Palestina, que mamá llamaba *ciocia Palemira*, me daban la esperanza de que un día llegaríamos a la Tierra Prometida. No sabía qué era la Tierra Prometida, pero, por la cara de mamá, entendía que era un buen lugar para los judíos, no tenían que tenerle miedo a nadie, y sin duda no había nazis.

# 12

Pasamos dos años con Helmutt y Toni. Durante esos dos años no salimos a la nieve de noche ni a los almacenes ni con familias polacas. Durante dos años me senté casi sin moverme en la misma silla en la cocina, me bañé en el mismo baño y miré el árbol de lilas a través de la misma ventana. Durante dos años escuché los mismos discos en el tocadiscos de la familia Sopp en la sala de estar, naturalmente, cuando mamá y yo estábamos solas en la casa. Cuando la familia regresaba, se dirigían a mí en alemán, y siempre de manera cortés.

Peter, el hijo mayor de Helmutt y Toni, era dos años mayor cuando jugábamos en el balcón. Ambos crecimos y teníamos acuerdos que respetábamos. Uno de estos acuerdos era que yo le enseñaría polaco y él me enseñaría alemán. Peter no aprendió polaco, pero yo aprendí a hablar en alemán; mi hermano también aprendió mientras jugaba con los dos chicos. Hacían botar una pelota y contaban para ver quién era mejor en eso. Yashu era bueno con la pelota. Peter me enseñó una canción que le gustaba.

Parade marsch
Parade marsch
Der Kommandant hat
Ein Loch in den Arsch

*El desfile marcha*
*El desfile marcha*
*El comandante tiene*
*un agujero en el trasero* .

Caminábamos en hilera, Ammon y Yashu con nosotros, movíamos los brazos y cantábamos «*Parade marsch, Parade marsch*» y nos reíamos en voz alta entre nosotros.

Peter y Ammon iban a la escuela y tenían mochilas. Yo no tenía mochila ni escuela. Tenía a mamá en la cocina. Ella sabía cantar mejor que nadie que yo hubiera oído, y de ella aprendí a cantar arias de ópera. Mamá nos cantaba arias desde que yo era pequeña; como las madres cantan canciones para niños, ella nos cantaba en alemán. Lo que más me gustaba era escuchar la ópera *Madame Butterfly*, así como *Sansón y Dalila*. Recuerdo especialmente las últimas palabras que Dalila le cantó a Sansón:

Du bist mein ganzes Glück
Du bist mein leben

Samson ich liebe dich.

*Tú eres mi felicidad, Tú eres mi vida, Sansón, te quiero…*

A veces unía mi voz al canto de mamá y ella me sonreía si se daba cuenta. La mayoría de las veces, cantaba para sí misma, como si no hubiera cocina, ni familia Sopp, ni guerra.

También jugaba con Yashu en el balcón de la cocina. Mirábamos las imágenes en los libros y los periódicos, y yo trataba de leer las palabras en voz alta en alemán; Yashu escuchaba y repetía lo que yo decía.

Recuerdo el día en que entendí la diferencia entre los idiomas polaco y alemán.

Estaba sentada en el váter. En el suelo había un periódico en alemán. Entendí que tenía que leer el encabezado de forma diferente que *Zeitung* en polaco.

—¿Cómo digo *Tseitung* en alemán? —le pregunté a mamá, y le enseñé el encabezado en el periódico.

—*Zeitung, Zeitung* —dijo ella, y así fue como comencé a leer por mí misma.

Buscaba en el periódico palabras como *ich liebe*, o *ganzes Glück*, como en la ópera *Sansón y Dalila*; las palabras me parecían hermosas, pero no encontré ninguna. En el periódico había palabras como *Panzer, Flugzeug, Armee*, que significan un tanque, un avión, un ejército.

Aprendí a leer polaco con la ayuda de mi primo, Adam, el hijo de Lydia. Adam, que era de altura media y tenía los ojos azules, venía a visitarnos a la casa de los Sopp, con mayor frecuencia hacia el final de la guerra y sobre todo cuando sabía que la familia Sopp no estaba en casa. También nos enseñó a Yashu y a mí a mirar las fotografías y leer los encabezados acerca del final de la guerra. Yo lo invitaba a la ventana, al árbol de lilas, pero él se aburría después de un minuto.

En el jardín de Helmutt Sopp había un árbol de lilas con las ramas llenas de diminutas flores color malva. Yo miraba las flores durante horas; cambiaban de color según la posición del sol en el cielo y el clima, de un color lechoso a uno más oscuro. Las flores tenían una fragancia agradable que a mí me gustaba absorber. Años después olí una fragancia similar en un perfume francés. También observaba los coches que pasaban por la calle. Cada vez que un coche se detenía frente a la casa, Yashu brincaba y miraba de inmediato a mamá. Hasta que ella no asentía y le decía que todo estaba bien, que todo estaba bien, él no dejaba de saltar arriba y abajo, y se calmaba con un disco en el tocadiscos de la sala de estar. Ambos nos sentábamos en silencio, casi sin movernos, y escuchábamos la música durante mucho tiempo. A veces dibujábamos o veíamos las imágenes en los libros polacos

para niños. La familia Sopp tenía discos de música clásica y también de canciones en alemán. Había una canción que me gustaba escuchar particularmente:

*Hola, hola, busco a una mujer pequeña, dulce, bonita, tiene que ser bonita, pero lista también, con eso basta…*

Me sentaba en el sofá cerca del tocadiscos y miraba al centro del disco que daba vueltas. Tenía una fotografía de un perro blanco con orejas marrones y un collar de puntos alrededor del cuello. El perro se inclinaba hacia la gran corneta de un gramófono de metal conectado a una caja de madera con una manilla a un lado. El perro y el disco daban vueltas frente a mí: cabeza abajo, cabeza arriba, abajo, arriba. A veces yo movía la cabeza en pequeños círculos con el perro, cantando: «Hola, hola, busco a una mujer bonita, mmm. Mmm. Mmm», hasta que me mareaba. Cuando terminaba la canción, cogía el disco con las manos, acariciaba al perro con el pulgar, como si fuéramos viejos amigos, y luego otra vez, desde el principio. «Hola, hola…».

Fue mucho después cuando entendí las palabras que estaban en el disco: «LA VOZ DEL AMO».

Un domingo, Bronka se nos unió en nuestro camino al apartamento de Franca. Noté que mamá tarareaba, lo cual no había sucedido antes. Estaba acostumbrada al silencio y al sonido de los pasos, eso era todo. No me atrevía a tararear junto a ella en la calle. Después de todo, allí había soldados nazis que sacaban a familias enteras de las casas.

—¿Recuerdas que no vas a regresar con mamá? —preguntó Bronka.

Yo no lo recordaba, y ella me puso lápiz de labios en las mejillas justo después de que hubiéramos entrado en el apartamento de Franca.

—Sí que quieres saber dónde vivo, ¿no?

—¿Yashu vendrá con nosotras? —le pregunté a Bronka.

—Solo tú, cariño —dijo Bronka—. La abuela Rosa también está allí, y mañana regresarás con tu mamá —prometió .

Miré a mamá. Ella asintió para confirmar y me sonrió.

Salí a la calle de la mano de Bronka.

—De ahora en adelante, mi nombre es Valeria —dijo Bronka—. Valeria. Y ni una sola palabra sobre nuestra familia. No lo olvides, ¿de acuerdo?

—Sí, Bronka… Valeria.

—Valeria, una criada en la casa de una señora alemana, no lo olvides.

—¿Y yo quién soy?

—Tú eres una niña dulce e inteligente que se llama Danusha —me sonrió—, y con eso es suficiente.

Bronka abrió una puerta de color marrón con una llave que sacó de su bolso. Me condujo a un pequeño cuarto, donde había una cama cubierta con una colcha, una pequeña mesa y una silla. No vi a la abuela Rosa. Oí que roncaba suavecito.

—Métete en la cama —susurró Bronka, aunque todavía había luz fuera.

—La señora regresa a casa y no le diremos a nadie que la abuela y tú estáis aquí, ¿de acuerdo?

—De acuerdo —dije, y me senté en la cama.

—No tienes que desvestirte, solo quítate los zapatos y dámelos.

La abuela Rosa se despertó, se asomó por encima de la colcha y me sonrió. Levantó el borde de la colcha y me hizo señas para que me metiera a la cama.

Yo permanecí de pie, como si nadie me hubiera hablado. Quería regresar con mamá. Bronka me sonrió, me acarició ambas mejillas y habló bajito. De todas formas, yo entendí cada palabra.

—La señora de la casa regresará en cualquier momento. Voy a cerrar la puerta, y no salgas hasta que yo la abra. —Me dio un beso y una caricia, y salió del cuarto.

Yo me senté en el borde de la cama, sin moverme, sin decir una palabra. Tenía miedo de que la abuela me hablara otra vez, que me dijera palabras hirientes, temperamento gallego .

—Ven, te voy a enseñar la letra de una canción en alemán —dijo la abuela Rosa cuando el silencio se había alargado y estaba claro que yo estaba a punto de llorar.

La abuela cantó:

Herr von Haagen
Darf ich wagen
sie zu fragen
Was sie tragen
Als sie lagen
Krank am magen
In der Hauptstadt Kopenhagen

*Señor Von Haagen*
*puedo preguntarle*
*qué se pone*
*cuando se acuesta*
*con dolor de tripa*
*en la capital, Copenhague.*

Me pareció fácil y la aprendí rápidamente. Y, cuando escuchamos

un portazo, la abuela me hizo señas de que estuviera callada; enseguida nos echamos la colcha por encima de la cabeza.

Oí la voz de una mujer. No entendí lo que decía en alemán.

Oí a Bronka contestarle en voz alta, como si estuviera enfadada. Yo no entendí una palabra, pero me alarmé con la alta voz irritada de Bronka. Yo nunca había oído a nadie hablarles a los señores así. Mamá hablaba bajo, casi inaudiblemente, y siempre asentía y estaba de acuerdo con todo.

Casi no podía respirar. La abuela no se quedaba quieta. A cada momento me echaba más y más la colcha sobre la cabeza. Yo no tenía aire.

El tiempo pasó, tal vez un cuarto de hora, y de nuevo oímos un portazo y un golpe en la puerta. Bronka nos dijo que ya podíamos salir de la cama; la señora había salido de la casa.

—Gracias a Dios —dijo la abuela Rosa—, gracias a Dios.

—Habla bajito —suplicó Bronka, abrazando a la abuela.

La abuela se puso los dedos en la boca y me hizo un guiño. Finalmente, recuperé el aliento. Bebí un vaso de agua. La abuela también bebió otro y me pidió que le recitara a Bronka la canción acerca del señor Von Hagen.

Yo la recordaba entera. La abuela estaba complacida y me dio un caramelo que se sacó del bolsillo.

—¿Por qué no te ha dado miedo gritarle a la señora alemana? —le pregunté a Bronka—. ¿Cómo no te ha dado miedo?

—Ella me importa un pepino —dijo, mirándome.

¿Le importaba un pepino? No entendí. ¿Era posible que los alemanes te importaran un pepino?

Un día podría preguntarle a mamá si le importaban un pepino los alemanes, pero no lo hice. A mamá le importa la gente importante y, a sus ojos, los alemanes eran importantes, después de la guerra también.

Años después, Bronka me dijo:

—Durante esa terrible guerra sangrienta, decidí que nada me pondría de rodillas, nadie, nunca, ¿me oyes, Danusha?

Enseguida quise ser una heroína como Bronka y decir orgullosamente, señalando hacia delante:

—Nadie, nadie me pondrá de rodillas.

Pero en vez de eso me salió mi sonrisa habitual —sonríe amablemente y no digas una palabra—, y por esto recibí un abrazo fuerte de Bronka y abundantes besos, pero no de mamá.

Cuando regresé con mamá, le pregunté a Peter cómo decir *silbar* en alemán. Él dijo que *pfeifen*, y me preguntó si quería aprender a silbar con los labios, y silbó. Fiu. Fiu. Fiu.

Fiu. Fiiiiiu. Fiiiiiiu. Yo no quería. Yashu sí, y aprendió de Peter. Yo fui al espejo y esbocé una gran sonrisa, inclinando la cabeza a un lado

para que mi pelo se viera más voluminoso y más largo.

Recuerdo que un día, Yehoshua, el hijo mayor de Lydia, me llevó con los alemanes a comer helado. Yehoshua tenía doce años, tal vez trece, y la mayor parte del tiempo dormía fuera del apartamento de su madre, porque era peligroso que estuvieran juntos. Durante el día vendía atlas en la calle para ganar algo de dinero. Yo no entendía de dónde sacaba el valor para deambular por las calles; después de todo, los niños judíos no deambulan por la calle; las niñas sí, pero, aun así, no con mucha frecuencia.

Recuerdo que hacía un sol apacible. Nubes como claras montadas viajaban por encima de la cabeza de Yehoshua. La gente caminaba por la acera, hablando entre ellos, empujando carros con bebés rosados. Algunos entraban en las tiendas, otros salían llevando paquetes; yo miraba al frente, sin atreverme a decir una palabra.

Llegamos a la heladería. Yehoshua le pidió dos helados al vendedor alemán, que usaba un largo delantal blanco anudado sobre su gran barriga. Llevaba puesto un cómico sombrero blanco que se elevaba como una torre.

Yehoshua sacó el dinero de un monedero y pagó los helados. Sentí que mi corazón saltaba de alegría. «Aquí está, aquí está», el vendedor estaba rellenando un cono con helado especialmente para mí. «Aquí estoy, sosteniendo el helado con ambas manos, gracias, gracias, señor».

Lamí el maravilloso helado despacito, despacito, tan despacito como pude, antes de que se escurriera como leche. El helado sabe a cielo. Mucho más rico que los panecillos frescos que había comido en la casa de Toni. Lamo un lado, el otro lado, arriba, todo alrededor, oh, cómo deseo que este helado nunca se acabe. Lo lamo y siento qué maravilloso es, tan maravilloso que hasta me aprieta el estómago. Es tan maravilloso que yo, Danusha, puedo caminar por toda Cracovia, mirando adelante, a los lados —no lo hice, pero podía haberlo hecho — y detenerme en la heladería, y conseguir un helado de los alemanes.

Yehoshua camina junto a mí y yo acorto los pasos para que ni el camino ni el helado terminen; no hay necesidad de apresurarse a llegar con la abuela Rosa o a la casa de Helmutt con una jarra de leche.

Sentí que podía lamer ese helado tanto tiempo como quisiera, y pasar junto al hombre del banco, que estaba leyendo un periódico y sostenía la correa de un perrito.

Miré a Yehoshua y por él entendí que podía quedarme en pie junto al dulce perrito y tan solo mirarlo. No lo hice, seguí adelante y le sonreí al helado cuando Yehoshua quiso comprarme una limonada, pero lo rechacé porque no quería arruinar el sabor del cielo.

Anduvimos a lo largo del camino, yo con el helado en la mano, como una antorcha, y él mirando las tiendas con su cara apuesta y calmada, como si la vida fuera perfectamente bien. Yo era en verdad feliz, casi lloré. Quería cogerlo de la mano, y le recé al Creador para que me permitiera crecer bien y casarme solo con Yehoshua. Canté por lo bajo la canción de *Sansón y Dalila* —«*Samson, ich liebe dich*; Sansón, te quiero»— y Yehoshua me miró con placer. Estaba segura de que él también quería una boda.

Él terminó de lamer su helado, y después yo. Tenía miedo de que el momento acabara. Quería tanto seguir caminando por la avenida de árboles hasta el día siguiente, la semana siguiente, pero los árboles de la avenida se terminaron. Llegamos a una calle nueva y estrecha. Yo comencé a contar los pasos. Uno, dos, tres, cuatro. Me paré. Uno, dos, tres, cuatro. Yehoshua miraba los coches que pasaban. Yo lo miraba a él y vi en su cara que no tenía prisa, y que si otra heladería aparecía frente a nosotros, probablemente me ofrecería otro, «¿quieres uno?».

Yo no habría aceptado, porque no habría sido cortés.

Me limpié la boca con la palma y me miré la falda y la blusa; sin manchas, eso era bueno. Miré al frente y me puse cada vez más triste cuanto más nos acercábamos a la casa Sopp.

# 13

El sabor a cielo no había abandonado mi lengua cuando de nuevo escuché a mamá rezar por la noche: «Que Dios lo ayude a regresar a salvo». Se metió en cama, gimió, rezó y después se sentó en la cama durante unos minutos, se cubrió la cara con las manos y otra vez: «Que Dios lo ayude a regresar a salvo», y se volvió acostar. Y se sentó. Y otra vez. Yo estaba tendida cerca de la pared, miré a mamá, y mamá miraba a la puerta, por si alguien necesitaba algo. Estaba cubierta por un edredón. Tenía sed y calor, quería un sorbo de agua y estaba callada. No sabía quién debería llegar a salvo y no quería saber quién estaba en peligro y necesitaba semejante ayuda urgente del cielo. Cada vez que la oía quejarse de noche, nos quedábamos dormidas al amanecer.

—Qué Dios lo ayude a regresar a salvo —repitió mamá suplicante cuando se lavó la cara temprano por la mañana.

Vi que tenía prisa y la seguí de inmediato; me vestí rápido, me cepillé el pelo rápido y me lavé la cara aún más deprisa.

—Voy con Toni al mercado —dijo mamá y se marchó.

Yo me quedé en la silla de la cocina y me llevó un tiempo darme cuenta de que mamá ya no estaba allí, ni Toni; de que los chicos estaban estudiando y de que había olvidado a Yashu; tal vez estuviera con la abuela. Al final, salí al balcón y me llevé algunas revistas; quizá descubriría cómo decir en alemán que quienquiera que lo necesitara regresara a casa a salvo.

Después de una hora, quizá dos, Toni y mamá volvieron con cestas del mercado. Yo acababa de sentarme de nuevo en la silla con la última revista y vi que la cara de mamá tenía un color diferente; era grisácea y sus labios rojos estaban casi blancos. Me hizo señas de que la siguiera a nuestro cuarto .

—Ponte el abrigo, Danusha, vamos a salir.

Me puse el abrigo mientras caminaba y me apresuraba a salir tras mamá.

Emparejé mis pasos con los de ella, pasos rápidos, sin soltar el dobladillo de su abrigo, escuchando sus tacones y tratando de bajar el pie cuando ella bajaba el suyo.

—Papá llegó a Cracovia anoche —dijo—. Fue algo planeado. Una mujer polaca lo ayudó a llegar a Cracovia. ¿Entiendes?

Desaceleró sus pasos, queriendo ver si yo había entendido. Yo asentí sin soltar el dobladillo de su abrigo. De nuevo me cogió la mano.

—Escúchame. Papá está con la mujer polaca ahora, esperando en su casa a que lo llevemos a un escondite. ¿Entiendes?

—Sí —dije, y el corazón comenzó a temblarme.
—Tenemos que darnos prisa, Danusha, la casa está cerca.
Cerré la boca porque sentí que la garganta se me estaba llenando de arena. ¿Papá? ¿Papá Moshe viene con nosotros a Cracovia? ¿Veré a papá, aquí, ahora, con nosotras? Comencé a toser sin parar, pero oí los tacones de mamá; puse el pie en la acera cuando ella lo hizo. No podía ver el camino aun cuando me froté los ojos con las manos.

Me enteré de papá por los susurros de mamá y sus hermanas el domingo en la cocina de Franca. Cada domingo había susurros en la cocina y planes para la semana. Una vez oí a mamá decir:
—En su carta nos ruega que nos demos prisa con los papeles.
Lydia asintió, «sí, sí, sí».
Mamá tiró de la mano de Lydia sin hablar.
—Sí, es difícil —susurró Lydia.
Mamá se acercó a su hermana.
—Debes darte prisa.
Lydia asintió sin decir una palabra.
—Un amigo de Tarnopol que trabajaba con él en la oficina del distrito ha desaparecido —agregó mamá .
Lydia miró a Bronka.
Yo noté que Bronka estaba más enfadada que las otras, y que era ella quien tomaba las decisiones.
—Dos más desaparecieron antes que él.
Mamá repetía cosas que ya había dicho, y Bronka abrió mucho los ojos y le dio la espalda mientras decía palabras que no eran amables acerca de los nazis. Después volvió la cabeza y me miró directamente, y me lanzó una gran sonrisa; cogió un caramelo de su bolsillo y me lo dio.
—Todo va a ir bien, ya verás.
—Mi marido, Moshe, escribe que nadie sabe qué ocurrirá mañana —suspiró mamá—. ¿Qué sucederá, qué sucederá?
Franca miró a los niños, que estaban en la sala de estar. Bella y Yashu divertían a la abuela Rosa. Ella también me miró, de pie a un lado de mamá y escuchando a las hermanas.
Poco a poco me di cuenta de que Lydia era la responsable de conseguirle papeles falsos a papá; ella tenía contactos. Bronka era responsable de encontrar un escondite para los primeros días de papá en Cracovia. Franca explicó dónde era mejor buscarle una habitación a papá, dónde estaría seguro. Dijo que se coordinaría con mamá y Lydia, y en el momento en que estuvieran listas se aseguraría de enviar un mensaje a mamá.
—Franca es muy responsable —le oí decir a la abuela Rosa, sin ton ni son.

¡Acababa de escuchar a las cuatro hermanas susurrando, y decía «Franca es muy responsable»!

De pronto, los susurros paraban, Franca le hacía una señal a la abuela Rosa de que cerrara la boca, y ella de inmediato guardaba silencio. Y había veces en que escuchaba a Franca advertir a las hermanas cuando oía algo realmente importante en la oficina del Gobierno donde trabajaba. Franca advertía principalmente a Bronka, que hacía cosas que a las demás les daba miedo siquiera pensar.

—Ten cuidado —le rogaban a Bronka—. Todo es peligroso —repetían preocupadas, y ella se echaba el pelo hacia atrás y salía a hacer cosas por la familia .

Las otras hermanas también se encargaban de ciertas tareas, como cambiar a la abuela del apartamento de Franca a otro, o encontrar un lugar más seguro para los niños mayores de la familia, o visitar a mi hermano Yashu cuando vivía con la familia polaca. Constantemente comprobaban qué necesitaba la gente. ¿No hay suficiente comida? ¿No hay dinero suficiente? ¿Tienen que vender las joyas? ¿Pagarle a alguien para que haga algo secreto y darle a alguien una oportunidad de escapar de un lugar a otro?

A veces regresábamos de ver a las hermanas y a la abuela, y veía a mamá llorando por papá. Se sentaba acurrucada al borde de la cama en nuestro pequeño cuarto, se apoyaba contra la pared, apretando la carta de papá contra su corazón y limpiándose las lágrimas.

—¿Qué será, qué será? Ya no sé qué más podemos hacer —lloraba mamá, mirándonos a Yashu y a mí.

—Mamá, no debes llorar. Papá vendrá a nosotros. Al final todo saldrá bien —le decía a mamá como si yo fuera Bronka, la más valiente de las hermanas.

Eran solo palabras; yo quería que ella dejara de llorar.

Pero no paraba. Noté que conforme más tiempo pasaba entre las cartas sobre las que les contaba a sus hermanas, más quedamente nos hablaba mamá. A veces la veía mirando al frente, como si ya estuviera muy lejos.

—Ya vamos tarde, Danusha, date prisa —rogó mamá.

—¿Ya nos está esperando él? —pregunté, pero ella no me escuchó.

—Más rápido, Danusha.

Yo ya no estaba segura de que papá estuviera esperando, y me dolía el corazón. ¿Realmente había venido hasta nosotros a Cracovia o era solo lo que decía mamá? Ella no hablaba por hablar y yo vi que temblaba cuando miró el jardín de la casa. Había gente y gallinas .

El corazón comenzó a latirme más rápido. Tac-tac. Tac-tac. Me resultaba difícil respirar.

Cuando mamá se detuvo, quise vomitar.

—Este es el lugar —dijo, pasándose el bolso de una mano a la otra.

Yo estaba tratando de humedecerme la lengua cuando apareció una mujer gorda con un pañuelo negro y un vestido oscuro. Tenía cara de mala. Pero, aun así, sonreí un poco.

—¡Jesús María, Jesús María, la Gestapo se lo ha llevado! —chilló en la cara de mamá, alzando las manos al aire y pateando con los pies.

—*Shemá Israel* —murmuró mamá, golpeándose el pecho con las manos, tratando de no llorar.

—¡Se lo han llevado, se lo han llevado! —gritó la mujer polaca, extendiendo las manos y empujándonos hacia la reja.

Mamá se quedó inmóvil y la miró directo a los ojos.

—Vámonos, ven, salgamos de aquí. —Cojo la mano de mamá y tiro de ella con todas mis fuerzas, sin soltarla hasta que se mueve.

Comenzamos a alejarnos.

Caminamos rápido, sin hablar. El corazón me golpea contra las costillas cuando miro hacia atrás. ¿Hay alguien allí? Nadie. Estamos solas en la calle.

Entramos en la casa de Helmutt Sopp. La casa estaba vacía y en penumbra. Fui al baño y me lavé la cara. Regresé a mi silla en la cocina y mamá ya estaba frente al fregadero, lavando platos. Las lágrimas le bajaban por sus mejillas y caían en el agua de la pila. Yo no sabía qué decirle. Me senté en silencio y la observé.

La enorme montaña de cacharros creció y ella seguía llorando en silencio. Sentí calor en el cuello y en las plantas de los pies, me apoyé en un pie con el otro en el aire, después cambié de pie, esperando que mamá dejara de llorar.

No lloré. Había borrado a papá en la estación del tren en Brzeżany. Lo sentía por mamá; era la madre más triste que hubiera visto. De noche lloraba y lloraba, y las lágrimas que caían en la almohada llegaban a mi cabeza y la humedecían. Al final me quedé dormida y ya no oí nada más de lo que pasaba en su lado.

Al día siguiente salimos temprano. Mamá llevaba puesto un gran chal sobre la cabeza y un pañuelo enrollado tres veces alrededor del cuello, y yo un sombrero y el pelo rojo sobre los hombros. Mamá me llevó con ella al campo de trabajo de Płaszów, en Cracovia. Creo que quería encontrar a papá, pero no dijo una palabra en todo el camino.

Recuerdo que era un día nublado, casi negro; un largo muro gris con una reja y una chimenea humeante. No tenía miedo. Nunca tenía miedo cuando estaba con mamá. Pero podía sentir que el peligro estaba cerca.

Las puertas del campo de Płaszów estaban cerradas. ¿Tal vez ella esperaba ver a papá a través de la reja o a alguien que lo conociera? No podíamos ver nada. El muro ocultaba a la gente y el ruido, si es

que había alguno.

Regresamos a la casa Sopp. Mamá estaba cansada y muy triste. Vi lo seria que estaba y no la molesté. Hice todo en silencio, para que ningún ruido la perturbara. Sus ojos casi no se movían. Y yo ya sabía cómo era la cara de mamá cuando estaba pensando, ¿qué hay que hacer? ¿Cómo sortear esto? Vi muchas veces esa expresión. Era la cara que nos hacía preparar nuestras maletas e irnos. Pensé: «¿Haremos la maleta y nos iremos ahora también?».

—Yashu ya había vuelto con nosotras. Pero permanecía la gran angustia por mi marido —les dijo mamá en la sala de estar de Haifa a los invitados, quienes inmediatamente se acomodaron cada uno en su sitio.

»Después de un gran esfuerzo, promesas y muchas decepciones, mi hermana Lydia logró obtener papeles polacos falsos para mi marido. Yo me acerqué a la mujer polaca, llamada Grochowska, que tenía experiencia transfiriendo judíos de lugares peligrosos a otros más seguros, y le pedí ayuda .

»Cuando fui a encontrarme con la señora Grochowska, la observé de cerca. Tenía doble papada y ojos estrechos y fríos, como de pescado. Su aspecto no me inspiró confianza, pero tenía que confiar en mis hermanas, que la habían recomendado, naturalmente después de hacer discretas investigaciones. No había otra opción.

»La señora Grochowska aceptó viajar a Brzeżany y traer a mi marido de regreso; le pagué toda la cantidad por adelantado. Ella viajó en tren para encontrarse con él, y en su bolso llevaba para él un uniforme de empleado del ferrocarril. El plan era que mi marido usara el uniforme y que regresaran juntos en el tren nocturno a Cracovia. El arreglo era que nos encontraríamos en su casa a las ocho de la mañana. De allí, la idea era llevarlo a la casa de Bronka; ella le había encontrado un lugar en el que podría ocultarse durante algunos días.

»Mi marido tenía una maleta azul, que se había llevado cuando dejó nuestro hogar en Tarnopol. En esa maleta azul teníamos joyas que nos permitirían pagar para movernos de un lugar a otro. En la última carta que mi marido me escribió, dijo que sus amigos ricos de Tarnopol, con quienes trabajaba de jardinero en la casa del oficial del distrito, le dieron joyas y monedas de oro para que se las llevara a sus familias, porque en Brzeżany sus vidas estaban en peligro a diario. No sabían si sus familias seguían vivas, pero confiaban en mi marido para cuidar de sus bienes y, si era necesario, enviarlos después de la guerra a las direcciones que ellos le habían proporcionado. Mi marido llevaba todas las joyas y el oro en la maleta azul. No tenía otra maleta.

—Ay, Ay, Ay, eso significa problemas para él —susurró Bernard Cohen, y rompió un caramelo con los dientes.

—Cállate —ordenó Klara.

—No interrumpas —indicó él, y siguió masticando—. Muchos problemas, yo los conozco.

—Shhhh, nu, shhhh —dijo Henia Sonnenfeld, sacando un abanico de su bolso y abanicándose la cara; obviamente, tenía calor .

—Según el plan, la señora Grochowska y mi marido llegaron a Cracovia temprano por la mañana —dijo mamá—. Aparentemente, ella le sugirió a mi marido que durmiera un poco hasta que yo llegara a recogerlo a las ocho de la mañana. Pero esa misma mañana Toni quiso que fuera con ella de compras al mercado. El gobernador general de la región conquistada de Polonia, Hans Frank, y otros dignatarios estaban invitados a su casa esa noche.

»Naturalmente, no podía decirle a Toni que tenía que estar en la casa de la señora Grochowska a las ocho de la mañana, que mi marido había llegado… Y me fui con ella al mercado, *Ich war sehr ängstlich*, yo estaba muy inquieta. Mi cabeza estaba inundada de pensamientos complicados: ¿De verdad la señora Grochowska había encontrado a mi marido en el sitio que habían acordado con antelación? ¿Mi marido habría levantado sospechas en el tren y habían llegado a salvo a Cracovia? ¿Se podía confiar en esta señora Grochowska para que cumpliera su palabra y no informara a las autoridades sobre él? ¿Qué ocurriría?

»Prometí llegar a las ocho y Toni me retrasó en el mercado con verduras y frutas y carne ahumada e incluso flores… ¿Qué pensaría mi marido de ese retraso? ¿Se preocuparía? ¿Pensaría que algo terrible había impedido que yo fuera a por él? ¿Y qué haría Grochowska cuando se diera cuenta de que se me había hecho tarde? ¿Sospecharían algo los vecinos?

»Cada segundo intentaba ver la hora en el reloj de Toni —¿qué hora era? Yo no tenía reloj—, ¿todavía no eran las ocho y media? ¿Las nueve menos cuarto? *Oy vey*, seguro que mi marido estaba sufriendo. ¿Qué debía hacer?

Mamá guardó silencio. Miró su reloj y movió la mano. Los invitados de la sala de estar también miraron los relojes, lo mismo hice yo. Solo Yozek Meltzer no apartó los ojos de mamá, pero ella no lo veía. Lo que entendí por su cara era que en ese momento estaba en el mercado de Cracovia, y esa parte de su vida durante la guerra era difícil para ella.

Yozek Meltzer sintió esta dificultad y, al inclinarse hacia delante, supe que de nuevo quería salvar a mamá. La primera y la segunda vez que visitó nuestra sala de estar vi que casi explotaba de preocupación, no menos que mamá. Supe que él amaba a mamá, pero no tenía la menor oportunidad; ambos tenían la misma estatura, ella sin tacones, y él no procedía de un linaje importante.

—Vamos, Anna, continúa —rogó el señor Bogusławski.

Mamá dejó en paz su reloj y se frotó las uñas contra el vestido.

—Deambulamos por el mercado. Elegimos verduras y yo urgía quedamente a cada vendedor a que se apresurara. Eso no me ayudó. Toni se detenía todo el tiempo y decía: «Hola, hola, ¿cómo está usted? ¿Qué hay de nuevo?». Se encontró a media ciudad en los puestos.

»Mientras tanto, vi que ya eran las nueve y cuarto. Casi habíamos terminado las compras cuando Toni se encontró a una amiga alemana bastante atractiva, yo la conocía por las fiestas en la casa, y comenzaron a hablar como si estuvieran en un café.

»¿Qué puedo decirles, queridos amigos? La tensión comenzó a afectarme. Me dio migraña, temerosa de que mi marido decidiera por sí mismo dejar a Grochowska. Quizá sospechaba que alguien había informado sobre él, y, si se iba, ¿adónde iría? Tenía papeles polacos, pero no conocía el apartamento que habíamos encontrado para él; mis hermanas y yo habíamos reflexionado mucho sobre eso; después de todo, habíamos nacido en Cracovia, pero él no. Nos aseguramos de que el lugar fuera lo bastante seguro para al menos los primeros días.

»Yo estaba tensa como un resorte, pero no lo demostraba.

»Por fin, Toni se despidió de su amiga; para cuando llegamos a casa, yo estaba fuera de mí. Y entonces tuve que colocar la compra. Las cosas se me caían de las manos, quizá incluso estaba pálida, no lo sé. Sentía debilidad en los pies, todo lo que agarraba se me caía, lo recogía, se volvía a caer. Toni me miró y dijo: “¿Qué pasa, Anna? ¿Se siente mal?”.

»¿Qué podía decir yo?

»Después de las diez, me llevé a Danusha conmigo y finalmente nos fuimos a buscar a mi marido. Caminamos rápido. Yo miraba a los lados… ¿Estaba atrayendo una atención no deseada? ¿Me miraba la gente? Nos detuvimos para recobrar el aliento y miré hacia atrás, ¿me estaban siguiendo?

Mamá miró un lado como si siguiera estando allí, y yo hice lo mismo, un hábito que no había cambiado después de todo ese tiempo. Los invitados estaban inmóviles, casi sin respirar por la tensión. Un grifo goteaba en la cocina; la gota sonaba como si viniera de un megáfono de escuela el Día de la Independencia.

El señor Bogusławski aplaudió, como si quisiera decir «Fuerza, fuerza, Anna».

Las caras alarmadas de los huéspedes me hicieron comprender el gran peligro que corrimos durante la guerra.

Y entonces mamá dijo:

—Nos acercamos a la casa. Había mucha gente en la calle. «No es buena señal», me dije a mí misma. El rescate de mi marido debía haberse producido con gran discreción; había informantes por todas

partes. Yo no sabía por qué la gente se había reunido en la calle, pero sentí que me temblaba el cuerpo; tenía las manos húmedas de sudor. Y no me detuve.

»Entramos al jardín. Justo en ese momento, el marido de Grochowska salió de su apartamento de planta baja; llevaba en la mano una maleta azul. Casi grité: "Eso es nuestro, eso es nuestro, ¿qué está haciendo con la maleta de mi marido?".

»El marido de Grochowska me miró y se alejó rápido de la casa en dirección a la calle. Me consumía allí mismo, pero no dije una palabra. ¿Sinceramente? No exploté. Me enfadé.

»Entré en el apartamento con las piernas temblorosas. Grochowska me vio. "¡Jesús, María, corra, rápido, rápido, la Gestapo acaba de estar aquí y se han llevado a su marido, ahora, ahora, hace unos minutos!", gritó, agitando las manos para sacarme de allí.

»"¿Qué ha hecho, qué ha hecho?¿No temer a Dios?", respondí, gritando. Un terrible dolor me partió el corazón. "Mamá, ven, vámonos, rápido, rápido". Mi pequeña hija tiró de mi manga y me arrastró fuera .

»"¡Lárguense, judíos, fuera de aquí! Nos ponen en peligro a todos", siguió chillando Grochowska, agitando los puños en el aire.

—Grochowska nos había traicionado —continuó mamá, con la voz ahogada—. Grochowska había cogido mi dinero, cogió la maleta azul de mi marido, con nuestras joyas y las de los amigos que habían confiado en él, y después llamó a la Gestapo. Debió de sugerirles que esperaran hasta las ocho, la hora en que se supone que yo llegaría, pero debido al mercado y a los amigos de Toni aparecí después de las diez. Oí de la gente en la calle que la Gestapo había abandonado el lugar tan solo unos minutos antes de que nosotras llegáramos.

»Volvimos a la casa de los Sopp. *Ich war zerbréchen*, yo estaba devastada y sola. Esa noche tenía que terminar de preparar la cena para el gobernador general y otros dignatarios, preparar suficiente coñac Kwiat, cocinar una comida *gourmet* y poner una mesa de reyes, sonreírles a los invitados que llegaran a la casa, "*bitte*, señora, *dankeschön*, señor".

»Solo después pensé que la mano de Dios había intervenido para salvar mi vida y la de mi pequeña.

—*Nu* —dijo Bernard Cohen, desesperado.

—*Nu*, ¿qué más se puede decir? Nada —dijo el señor Bogusławski.

—Nada. La vida es algo que no ves ni en una película —agregó Bernard.

—¿Cómo podían ver? La gente no dormía de noche por los horrores que ocurrían allí —dijo Klara Cohen; los ojos rojos parecían estar saliéndosele de las órbitas.

Bertha Ketzelboim lloraba silenciosamente en su pañuelo.

Su marido Jacob dijo:

—Tal vez debas salir al balcón, tomar un poco de aire fresco.

El brazo de Efarim Sonnenfeld se levantó y permaneció suspendido en el aire.

—Efraim, baja el brazo, *nu*, bájalo —dijo su mujer Henia, y él se metió la mano en la axila, se disculpó y se fue al baño .

—Basta por hoy. Por favor, beban un poco de té —los cortó mamá, cansada, apoyándose en el respaldo del sillón.

La gente comenzó a levantarse en silencio. Yo no me levanté. Yo miraba a mamá.

—Siéntate bien. ¿Por qué no ocupas toda la silla como tu hermano, *nu*? Siéntate bien —dijo mamá, mirándome con calma.

Me levanté de la silla y me dirigí a la puerta.

—¿Adónde vas? ¿Adónde vas a esta hora?

—No me voy —respondí en voz baja. Levanté la cabeza y susurré, para que nadie me oyera—: ¿Y por qué no le preguntas a Yashu adónde va?

Di un portazo detrás de mí, salí a las escaleras, encendí la luz y bajé. La calle estaba oscura. Miré al cielo. Encontré la Osa Mayor sin luna. Mi hermano me había enseñado a encontrarla entre las estrellas. Sinceramente, siempre me había parecido una carroza, y en ese momento todo lo que quería era subirme a ella y alejarme de allí. Mi hermano dice que da vueltas, pero que siempre siempre permanece cerca de la estrella polar.

# 14

—La Gestapo se llevó a mi marido a una prisión en la calle Montelupich —contó mamá a los invitados de la sala de estar, exhalando dentro de la parte abierta de su vestido—, y cambió así nuestra suerte en un segundo.

—Adiós y no regreses, eso es lo que pasó. Maldito sea su recuerdo —murmuró Bernard Cohen.

—¿Adiós y no regreses, eso es lo que pasó? ¿Fue así? ¿Eso es lo que piensas? —le regañó su mujer.

—Maldito sea su recuerdo. Eso es lo que pienso de ellos —replicó él.

Bertha Ketzelboim suspiró igual que mamá. Por cada larga respiración de mamá, ella exhalaba dos veces.

—En una situación así debemos pedir misericordia al cielo —dijo su marido, Jacob.

—Shhh. Nu, shhh —protestó el señor Meltzer.

—Valor, querida Anna. Continúa, por favor. —El señor Bogusławski le puso fin a la pequeña alteración en la sala de estar.

—Lydia me dijo que se habían llevado a mi marido a una prisión en la calle Montelupich —dijo mamá—. En esa época, Lydia se escondía con una mujer polaca. Esta mujer conocía a uno de los guardias de la prisión. Hizo averiguaciones discretas y le dijeron que habían llevado a un hombre judío aquella mañana. Una familia polaca del centro de Cracovia había llamado a la Gestapo.

»Intentando calmarme, Lydia me dijo que la dueña de la casa había visitado a mi marido en prisión y que lo había encontrado en condiciones razonables. Ingenuamente la creí. No pensaba con lógica; ¿cómo podía alguien visitar a un prisionero judío en los sótanos de la Gestapo ?

»Más tarde me di cuenta de que mis hermanas habían inventado la visita a la prisión para tranquilizarme, pero yo seguía inquieta. Sabía que Helmutt Sopp era médico jefe en aquella prisión. Su mujer, Toni, lo había dicho explícitamente cuando llegamos a su casa el primer día. No estaba completamente segura de poder recurrir a él, de pedirle ayuda, ¿cómo podía estarlo? Después de todo, me había presentado como la mujer de un oficial polaco desaparecido en combate. ¿De dónde venía el interés en el bienestar de un prisionero judío? ¿Desde cuándo los polacos se interesan por los prisioneros judíos?

»Pero mi marido estaba en la prisión de la calle Montelupich, y Helmutt Sopp era médico jefe en la prisión de la calle Montelupich. Y yo lo conocía. ¿No era esa una señal de los cielos de que tenía que intervenir en nombre de mi marido?

»“Piensa en algo —me dije a mí misma—, *nu*, piensa”.

»Deambulé por la casa estrujándome el cerebro. Incluso suponiendo que encontrara una forma de abordarlo, ¿qué pasaría si Helmutt sospechaba de mí? Teníamos una buena relación, pero no había forma de saber si no cambiaría de opinión en el momento en que sospechara de mí y me entregaría a la Gestapo, quienes eran, después de todo, realmente crueles. ¿Era correcto poner en riesgo las vidas de Danusha y Yashu, las vidas de mis hermanas y de sus hijos, o la vida de mi madre?

»Sabía que lo mejor que podía hacer era esperar al domingo para nuestra reunión en el apartamento de Franca. Al instante decidí que eso quedaba descartado. Mi marido estaba en manos de la Gestapo y ellos querrían saber quién le había pagado a la señora Grochowska para que lo trajera a Cracovia, y la Gestapo no esperaría a una reunión de hermanas para extraerle la información a él.

»Pensé que iba a volverme loca. No podía dormir por las noches. Traté de consolarme a mí misma. Me dije que no había manera de que mi marido hablara, de ninguna manera. Él siempre había dicho que se podía confiar en un marido, una mujer y unos hijos, y él era un hombre alto, fuerte y muy apuesto. Pero no podía deshacerme de los aterradores pensamientos: ¿la demoniaca crueldad de los nazis traería el fin de todos nosotros?

»Después de una gran angustia, decidí abordar a Helmutt Sopp antes de que fuera demasiado tarde.

»Esperé el momento apropiado.

»Esa noche preparé una excelente comida. Toni y los niños se habían ido a Silesia. Le serví la comida en hermosos platos, fui tan cortés como siempre; él me felicitó y sonrió plácidamente.

»Esperé pacientemente hasta que terminó de comer. Naturalmente, estaba muy nerviosa, aunque tenía el rostro sereno.

»—*Herr Doktor*, ¿puedo hacerle una pregunta? —le pedí a Helmutt cuando terminó de comer.

»—Por supuesto, *frau* Anna, ¿cómo puedo ayudar? —dijo Helmutt, mirándome seriamente.

»—Una buena amiga de la escuela se casó con un judío que está en la prisión de la calle de Montelupich. ¿Estaría usted dispuesto a llevarle comida y dinero de parte de ella, doctor Sopp?

»—¿Un hombre judío?

»—Sí, se casaron hace años.

»—¿Cuál es su nombre?

»Le di a Helmutt el nombre de mi marido.

»—Lo voy a buscar —me prometió Helmutt—, mañana le traeré una respuesta.

»Se lo agradecí, por supuesto. Me sentía muy aliviada, pero todavía

muy tensa, temerosa de que la acción emprendida sin el consejo de mis hermanas nos trajera el desastre.

»Esperé esa mañana. Helmutt salió de la casa y yo detrás de él. Fui al apartamento de Franca. Lydia estaba allí. Enseguida le dije que había abordado a Helmutt Sopp.

»—¿Estás loca? ¡¿Por qué no lo has hablado conmigo primero?! —exclamó Lydia, desesperada—. ¿Te has olvidado de que tu marido lleva papeles falsos en el bolsillo, con el mismo apellido que tú? Ahora se llama Mechislav Kwiatkowski. ¿Adónde huirás ahora con dos niños ?

El aire de la sala de estar estaba ahora tan denso como la niebla matutina sobre el mar de Haifa.

Yo crucé las piernas y me revolví en la silla como un trompo.

—Basta —dijo mamá.

Yo me revolví otra vuelta y media.

—Cometió un grave error —susurró Bernard Cohen.

—Estaba preocupada por él —lloró Klara Cohen, con su suave bufanda de angora de cuadros.

—Basta —rogó mamá.

Dejé de irritarla dando vueltas y la miré. Ella me lanzó una mirada que decía «Lo discutiremos después», y levantó un vaso de agua.

—Un error muy peligroso —declaró Bernard, firmemente.

—Muy nerviosa, regresé a la casa de Helmutt y Toni —dijo mamá—. Estaba preocupada. ¿Cómo reaccionaría Helmutt en el momento en que viera los papeles de mi marido? Kwiatkowski no es un nombre inusual, pero yo había mandado a Helmutt; había sido yo, yo, y él no era tonto. ¿Nos echaría a la calle?

—Basta, no puedo soportarlo —se quejó Bertha Ketzelboim, levantándose de la silla y saliendo de la casa.

—Lo siento, Anna, lo siento —dijo Jacob, siguiéndola como si llevara una carga.

—Pobre Bertha, ha padecido de los nervios desde hace mucho tiempo —explicó Henia Sonnenfeld a su marido Efraim, quien dibujaba ochos frenéticamente en la pata de su silla.

—Continúa, Ana —rogó el señor Bogusławski, pasando un paquete de caramelos mentolados entre los invitados.

—Yo estaba asustada —admitió mamá con tono heroico—. Tenía miedo de que él llamara a ese ucraniano, Ivan, que había tratado de interrogarme en el pasado. La idea de que Helmutt nos entregara a mí y a mis pequeños a las manos malignas de ese ucraniano cruel me causó un terrible sufrimiento. Lamentaba que Toni y los niños no estuvieran en casa. Yo confiaba en ella. Toni y yo éramos cercanas, ella quería a los niños; Peter y Ammon también disfrutaban jugando

con ellos. Mi corazón me decía que, si Toni hubiese estado en casa, nos habría ayudado en ese momento.

»Les dije a los niños que no salieran de la habitación y que estuvieran muy muy callados.

»Esperé nerviosa a que Helmutt regresara a casa.

»Oí sus pasos en la puerta.

»Oí el tintineo de las llaves.

»Aferrada a la puerta de la cocina, casi no podía respirar.

»Helmutt entró y se fue directo a su cuarto.

»No llamó *frau Anna, ich bin da*, "*frau* Anna, ya he llegado". No se asomó a la cocina.

»"Mala señal", me dije a mí misma, con el estómago revuelto. ¿Qué debía hacer? ¿Acercarme, disculparme y decir la verdad? ¿Coger a los niños e irme de inmediato? Pero ¿adónde? ¿Esperar a Toni?

»Salí de la cocina, presionándome las sienes con los dedos, sintiendo como si un gran abismo se abriera en el suelo.

»Me detuve. Respiré hondo tres veces. Recé en silencio y decidí comportarme como si no hubiera sucedido nada.

»Helmutt se sentó a la mesa a la hora acostumbrada.

»Le serví la cena. Él estaba en silencio. Yo tampoco dije una palabra. Lo miré. Había una expresión distante en su cara, parecía un extraño. ¿Era un hombre peligroso? Toda su cortesía se había evaporado. Cuando estaba punto de regresar a la cocina, me dirigió una mirada fría, como diciendo "Ambos sabemos la verdad, es mejor no decir nada".

»Naturalmente, no me atreví a preguntarle por mi marido.

»Esa noche no pude dormir por los malos pensamientos que se me agolpaban en la cabeza. Recé por la seguridad de mi marido y la de mis hijos, y confié en Dios. Y entonces llegó el amanecer.

»¿Comería Helmutt en casa o se iría sin comer? No tenía una respuesta.

»Preparé su desayuno como siempre. Mis manos estaban frías mientras ponía la mesa. Esperé tensa en la cocina, les dije a mis hijos que se quedaran en el cuarto. Sabía que el peligro estaba vivo y respirando.

»Y entonces oí que se sentaba a la mesa. Comió su desayuno; entré a servirle café caliente. No intercambiamos miradas ni dijimos una palabra. Regresé enseguida a la cocina. Después de un rato él salió de la casa y yo me volví loca. "¿Habrá esperado hasta la mañana para mandarme a los interrogadores de la Gestapo? Pero podría haberlo hecho ayer. ¿Había decidido no entregarnos después de todo?".

»Cogí a los niños y me fui deprisa al apartamento de Franca. Pensé que me volvería loca de preocupación por mi marido.

Mamá hizo una pausa para beber un poco de agua.

Yo me levanté de la silla y fui a la cocina para llevarle dos terrones de azúcar. Los puse en una pequeña servilleta junto al agua y regresé a sentarme inmóvil en mi silla. Mamá cogió un terrón y se lo puso en la lengua. Yo sabía que ya estaba chupándolo y que después se enderezaría como si no pasara nada.

—Y entonces Lydia me dio las peores noticias posibles —dijo mamá con voz débil, pero que podía oírse en cada rincón de la sala de estar—. Me dijo que mi marido había muerto mientras lo torturaban en la prisión. La gente de la Gestapo quería saber el paradero de los parientes que lo habían ayudado a obtener papeles falsos. No habló antes de morir. Esto fue muy duro para mí. Estallé en lágrimas. «Dios, ¿qué te hicieron, mi querido marido, qué te hicieron?».

»—Tienes que irte de la casa Sopp tan rápido como puedas —dijo mi madre, su mano en mi hombro—. Deja a los niños aquí y busca otro cuarto.

»Yo sabía que mi madre tenía razón. Mi cerebro me decía: “Corre, corre, Anna”. Pero ¿adónde podía ir con los niños? No podía regresar a dormir en el apartamento de Franca; la portera se había vuelto suspicaz y era un peligro para nosotros. Y mi querido hijo estaba con nosotros. Sé que yo no aceptaría separarme de él, no, no. La idea de tener que deambular de casa en casa otra vez era lo más difícil de todo para mí .

»Miré a Lydia. No había ningún consejo para mí en su cara. Me di cuenta de que tendría que decidir por mí misma.

»Mi cerebro me decía que corriera, pero mi corazón decía: “No tengas miedo, Anna, no tengas miedo. Helmutt Sopp no te hará daño. Te respeta y te aprecia. Los niños le caen bien”. O eso quería creer.

»Y había otro problema. En esa época, había fuertes rumores de que los alemanes estaban perdiendo la guerra; que esta estaba llegando a su fin. Me enteré por las transmisiones de Londres que escuchaba en secreto en la radio de la casa de Helmutt y Toni. Las noticias eran alentadoras. Decidí quedarme, regresar con los niños y no lanzarme a peligrosas andanzas.

Durante los refrigerios, salí de la sala de estar y fui a la ventana del pasillo, sobre mi cama, y me asomé al exterior. La luna estaba casi llena. La miré, peleando en mi corazón con todo lo que tenía que ver con esa guerra.

Escuché a mamá contarle a Helmutt Sopp que tenía una amiga casada con un judío y que esta amiga había sabido que su marido estaba en la prisión, y estaba muy preocupada. La oí decir que su amiga tenía un anillo de brillantes, que estaba dispuesta a dar a cambio de información sobre su marido. ¿Podría Helmutt averiguar, por favor, lo que le había ocurrido a ese hombre?

Helmutt estuvo de acuerdo. Al día siguiente regresó del hospital y le dijo a mamá que sí había un prisionero judío en la prisión de la calle Montelupich que había sido ejecutado. No dijo por qué lo habían ejecutado; mamá, por supuesto, no preguntó, y ese fue el final de la historia. Eso es lo que recuerdo.

Seguí junto a la ventana hasta que el edificio residencial que no estaba lejos de allí ocultó un pedazo de la luna. El aire era agradable. Seguí allí incluso cuando oí a mamá decir que Toni había regresado con los niños y se había comportado como siempre. Por eso, mamá entendió que Helmutt no le había dicho nada, y se calmó un poco, aunque él permaneció distante .

Un día, Toni entró en la cocina, cogió la mano de mamá y dijo, con la voz temblorosa, que todas las mujeres y niños alemanes se estaban yendo de Polonia y regresando a Alemania. Solo los hombres se quedarían por el momento. Sí, Helmutt se quedaría, y ella necesitaba la ayuda de mamá para hacer las maletas.

Mamá se entristeció con las noticias.

Yo regresé a mi silla en la sala de estar.

—¿Qué pasará con nosotros? ¿Tendremos que irnos también? —preguntó mamá a los invitados, pero ellos no respondieron a la pregunta—. Había algo que me molestaba también. Sostuve la mano de Toni y pregunté suavemente: ¿Cuándo tendrá lugar esto?

»—En los próximos días —dijo Toni, con una triste sonrisa—. Quién sabe, señora Kwiatkowski, si un día no tendré una criada en un hogar polaco si realmente perdemos la guerra.

Mamá me miró. Yo le indiqué con la cara que todo iba bien, y ella les sonrió a los invitados. Ambas sabíamos que llegaría el momento en el que Toni necesitaría algo de mamá.

—Peter y Ammon se van a Alemania con Toni —dijo mamá, mientras yo le leía a Yashu un periódico alemán que estaba abierto en el suelo del balcón.

Él era mi buen hermano menor, nunca me molestaba ni me insultaba; mamá sí lo hacía, de vez en cuando. Peter y Ammon también eran buenos con nosotros. Pero cuando sus amigos venían a casa sabíamos que debíamos regresar al cuarto o al balcón.

—Peter y Ammon se van a Alemania, Yashu —le dije a mi hermano y cerré el periódico.

Fui con mamá.

—¿Cuándo regresarán?

—No regresarán. Se quedarán en Alemania.

—No regresarán —le dije a Yashu—. Jugaremos tú y yo solos.

—Vale —dijo Yashu—, jugaremos nosotros solos .

Quería preguntarle a mamá cuando se irían y por qué no

regresarían, pero ¿Toni sí regresaría? ¿Helmutt también se iría?

Oí a mamá rezar quedamente, suspirar y rezar con una intención sincera. Yo sabía que eso era mala señal, y de inmediato quise una rebanada de pan, pero me quedé callada. La había oído rezar así antes de que Yashu viniera con nosotras a casa y antes de que fuéramos a recoger a papá.

Dos coches y un oficial nazi aguardaban en la calle, a la entrada del hogar de la familia Sopp. Los vi desde la ventana de la cocina. Los chóferes del vehículo entraron en la casa y sacaron seis o siete enormes maletas. Mamá había ayudado a Toni a hacerlas, les había llevado varios días organizarlo todo. Yo pensé en nuestra maleta; solo teníamos una, y muy grande. Sabía que, si teníamos que irnos, la prepararíamos en media hora y ya.

Toni entró en la cocina y nos dijo que fuéramos con ella. Mamá, Yashu y yo la seguimos.

—Niños, despedíos de Danusha y Yashu —pidió Toni—. Nos vamos ya.

Estreché las manos de Peter y Ammon, como el primer día que estuvimos con ellos. Noté que yo era más alta que Peter. Cuando les dije adiós y les deseé un viaje seguro a Alemania, vi que lo lamentaban.

Yashu y yo también lo lamentábamos. Estábamos entusiasmados de que nos dieran colores, papel para dibujar, gomas de borrar y lápices, y Yashu recibió al menos dos cochecitos, uno rojo con el techo abierto y otro de policía. Mamá lo lamentaba más que todos nosotros; la vi respirar hondo y exhalar solo un poco.

Toni nos abrazó y lloró en el hombro de mamá. Ella le dio suaves palmaditas en la espalda, diciendo:

—Quizá volvamos a encontrarnos un día, quizá.

Un gran silencio cayó sobre la casa en las noches siguientes. Las sillas no hacían ruido en la sala de estar. Las habitaciones de los niños estaban a oscuras. Helmutt casi no hablaba; la mayor parte del tiempo estaba ocupado en su cuarto. Mamá no cantaba arias; cocinaba para Helmutt, arreglaba la casa y limpiaba una y otra vez el suelo de la cocina. Yo la veía ir a la ventana de vez en cuando y asomarse. Sus pasos eran silenciosos y sus ojos perforaban el suelo.

Noté que toda nuestra ropa estaba metida en la maleta. Cada día, mamá lavaba los calcetines y la ropa interior que nos cambiábamos y volvía a ponerlos en la maleta.

—¿Nos vamos a ir? —pregunté.

—No, no.

—¿Nos vamos de aquí?

—¡No, claro que no! —Me lanzó una mirada para que me detuviera.

Yo me aferré a mamá aún más. No me sentía con ánimos de poner discos en el tocadiscos ni de jugar con mi hermano en el balcón. A veces caminaba alrededor de la maleta y escuchaba el enorme silencio. Echaba de menos a Peter, echaba de menos jugar con él en el balcón, aprendiendo de él palabras en alemán; creo que mi hermano también echaba de menos jugar a la pelota y al juego de la mochila con ellos, verlos desde la ventana cuando traían a un amigo a casa y jugaban en el jardín. Vi a Yashu buscándolos en su cuarto y salir de allí con cara triste.

Un día, pocos días después de la partida de Toni, oí a mamá toser todo el tiempo. Helmutt estaba desayunando.

—¿Te encuentras bien? —pregunté.

—Por supuesto —respondió ella, y yo me senté en la silla más cercana a ella.

Mamá se remangaba y se bajaba las mangas. Se lavaba las manos con jabón, las secaba con una toalla, iba a la ventana, miraba hacia fuera y después se daba la vuelta de repente, como si hubiera oído golpes en la puerta. La casa estaba en silencio. Ella suspiró profundamente, fue a la puerta, escuchó y regresó de nuevo al grifo, lo abrió y lo cerró, y tiró de su delantal. Se pasó las manos sobre la blusa para alisarla, se palmeó la cara y le llevó a Helmutt una jarra de café caliente.

Yo me pegué a la ranura de la puerta de la cocina.

Mamá se acercó a Helmutt y le sirvió café. Él miró el café, después a mamá y de nuevo al café.

—*Frau* Anna, necesito hablar con usted —dijo Helmutt.

Mamá colocó la jarra en la mesa y esperó en silencio.

—*Frau* Anna, debo pedirle que se vaya de la casa. Sabe que Toni y los niños no van a regresar. Ya no hay necesidad de que esté aquí. Yo puedo comer en el hospital. Puede quedarse uno o dos días, hasta que haga los arreglos para marcharse.

La barbilla de mamá le tocó el pecho mientras se mecía hacia delante. Se agarró el vestido, cerró el puño y se quedó quieta.

Helmutt bebió un sorbo de café. Mamá no se movió, no dijo una palabra.

—¿*Frau* Anna? —dijo Helmutt, como si estuviera ensayando las palabras.

Mamá estaba callada, como si fuera la mujer más anciana y enferma del mundo.

Y entonces, en un momento, vi a mamá en la estación del tren en Brzeżany, de camino con nosotros a Lwów. Bronka hablándole a mamá, que estaba callada. Y vi su cara del color de la nieve. Sabía que esta era la cara de un gran temor.

Instantáneamente, las plantas de los pies se me pusieron calientes. Sentí fuego detrás de las rodillas.

Helmutt miró resueltamente a mamá. Alzando la cabeza, cruzando los brazos sobre su pecho, ella lo miró con fijeza y dijo:

—*Bitte, herr Doktor*, ¿adónde iré? ¿Puedo quedarme aquí con los niños en el cuartito? Somos silenciosos, como el *Doktor* sabe, y los tiempos son muy difíciles, *bitte*, no hay necesidad de que nos compre nada. Nos las arreglaremos, ¿podemos quedarnos?

Helmutt bajó su café y empujó el plato. Apoyando un codo sobre la mesa se cubrió la boca con los dedos, se dio golpecitos en los labios y se levantó sin decir nada .

El fuego ahora se había esparcido a mi ingle. Comencé a contar en alemán: *Eins, Zwei, Drei, Vier*. Vi que él estaba frente a la ventana tamborileando con los dedos en el dintel, todavía mirando al suelo, *Fünf, Sechs, Sieben, Acht*. Se llevó una mano al bolsillo, movió ligeramente la cabeza y guardó silencio. Casi sin respirar, murmuré: *Neun, Zehn*, y entonces él se dio la vuelta rápidamente, se acercó a la mesa con largas zancadas, bebió otro sorbo de café y dijo:

—Sí, *frau* Anna, pueden quedarse. Yo me quedaré en el hospital. Tengo una habitación allí, pero tendré que entregarle el apartamento a la Oficina Alemana responsable de la vivienda. Por supuesto, no tendré objeción si ellos permiten que se quede.

Mamá se mordió los labios; yo sabía que trataba de no llorar. Dio un paso hacia él y él movió la mano como diciendo «No hay necesidad, no hay necesidad», cogió su maletín y se fue.

—Gracias, *herr Doktor*, muchas gracias —dijo ella, apresurándose detrás de él—. No tengo palabras para agradecérselo, señor, muchas gracias.

Mamá regresó a la cocina, se apoyó contra la pared y se cubrió la cara con las manos. Oí un sonido como de una tos ahogada. Yashu entró desde el balcón y juntos la miramos en silencio, y entonces ella nos abrió los brazos. Nos acercamos y ella nos abrazó, susurrando:

—Estamos salvados. Nos quedaremos.

Al día siguiente, Helmutt le dijo a mamá que podíamos quedarnos con todas las provisiones que Toni había dejado en la despensa. Había latas, paquetes y carbón en el sótano.

Antes de irse, Helmutt nos llevó un pastel de almendras. Era un cuarto de un pastel de almendras que un paciente le había dado, según le dijo a mamá. Nos lo llevó para que lo probáramos, como si fuéramos familia. Mamá puso el pastel en la despensa de la cocina. Cada vez que queríamos probarlo, nos subíamos a una silla y cogíamos un pedacito para que nadie lo notara.

Ese pastel de almendras y los panecillos blancos que Toni nos llevaba del mercado fueron las mejores comidas que yo había comido

nunca. Todavía hoy puedo olerlos y sentir en la lengua su delicado sabor.

Y también llegó la separación de Helmutt.

Helmutt entró a la cocina y se quedó quieto. Mamá, que estaba de pie cerca de la mesa, bajó el cuchillo, se limpió las manos en el delantal y miró hacia arriba. Yo los observaba desde un lado, como si estuviera viendo una película.

Helmutt miró a mamá y ella le devolvió la mirada. Entonces vi que las cejas de Helmutt se elevaban ligeramente hacia su frente, como interrogante, o como si dijera «Esto ha sido todo, ya ha terminado», y había arrugas en su frente. Mamá bajó la vista y Helmutt no le quitó los ojos de encima. Sus cejas y su frente bajaron poco a poco; respiró hondo. Mamá lo hizo también y el mundo pareció detenerse.

Oh, qué momento tan precioso fue aquel. Helmutt, alto, con el cabello rubio cuidadosamente peinado, y mamá con sus rasgos delicados y su frente amplia; estaban tan guapos en ese momento de la separación… Yo podría haber llorado, si no hubiera sido por la tensión que sentía en el cuerpo; sí, podría haber llorado.

Y entonces Helmutt caminó hacia mamá con pasos largos, extendió la mano y apretó la de ella. Dijo algunas palabras, pero yo me había alejado y no las oí. Vi que ese era el momento de llorar.

Cuando Helmutt salió, mamá lo acompañó hasta la puerta. Él lanzó una última mirada a la casa, le estrechó de nuevo la mano y se fue.

¿Quería Helmutt Sopp a mamá? ¿Realmente esperaba él que se encontraran algún día?

No tenía idea de si él la amaba, pero ambos se encontraron después de que todo hubiera terminado.

Cuando mamá visitó a la abuela, les contó en voz baja a sus hermanas, en la cocina, los tesoros que había encontrado en la despensa y en el sótano, y lo conmovida que estaba por ese gesto del doctor. Naturalmente, se sentía inquieta por la gente de la oficina responsable de la vivienda en Cracovia, que irían a su puerta a husmear.

Franca dijo que preguntaría en su oficina qué significaba eso.

Lydia dijo que también estaba preocupada, sobre todo desde que había visto a Yula en la calle.

—¿Yula? —exclamó Bronka en voz alta—. ¿Yula, de nuestra casa? ¿Cuándo?

—Shhh —dijo Lydia, mirando a la abuela, que estaba enseñando a Yashu, Bella y Abraham la canción acerca de Copenhague.

—Sí, Yula, la hija de la portera. Anna, ¿te acuerdas de la familia cristiana de la casa donde vivíamos antes de la guerra?

Mamá lo recordó y enseguida se cubrió la cara con las manos y

después las dejó caer, se acercó a Lydia y le tocó la mano.

Lydia bajó la vista. Mamá, Bronka y Franca se acercaron cuando dijo:

—Me encontré con ella hace unos días. En cuanto me vio, me dijo con odio: «Te vistes como cristiana y caminas por la ciudad; probablemente tus hijos y hermanas se están escondiendo, pero yo los voy a encontrar y avisaré a la Gestapo si no me traes dinero mañana, mucho dinero, ¿me oyes?».

—*Oy vey*, Yula nos conoce. ¿Qué más le dijiste? —preguntó Franca, tirando de su falda una y otra vez.

Lydia se sentó en una silla y se limpió la nariz con un pañuelo.

—Nada. Me fui de allí enseguida y regresé a la casa de los polacos.

—¿Yula te siguió? —preguntó Bronka, dando golpecitos en el suelo con el pie—. Lydia, ¿viste si te había seguido?

Lydia negó con la cabeza de un lado al otro y dijo en voz baja:

—Desde ese momento hasta ahora no he salido de casa. Tenía miedo de salir; hay búsquedas en el área.

—Ten cuidado, Lydia, ten cuidado —dijo Bronka, posando la mano en la cabeza de su hermana.

—Tengo miedo de Yula, pero hay tantos como ella… —explicó Ly dia, levantándose de su silla—. Tendremos que resistir, por madre, por los niños.

Esa noche oí rezar a mamá, revolverse en la cama y después rezar otra vez. Yo sabía que estábamos en un peligro muy grande.

Unos días después, oí que mamá les decía a sus hermanas que aparentemente Helmutt no había informado a las autoridades de que se había ido de la casa, porque nadie había ido ni se había interesado.

Bronka dijo:

—¿Yula?

Lydia contestó:

—Estoy teniendo cuidado. Había mucho odio en esa mujer. —Y le pidió a mamá que se llevara a la abuela Rosa con nosotros una o dos noches.

Había rumores de búsquedas en la zona del apartamento de Franca.

—Tenemos que prestar atención, sobre todo cuando entramos o salimos de la casa —dijo Franca—. La portera también me preocupa —murmuró, y sentí que los días de seguridad de la familia habían llegado a su fin.

Nos dirigimos con la abuela Rosa a la casa Sopp.

Días más tarde, los nazis capturaron a Lydia. La llevaron a la prisión en la calle Montelupich, según le dijo a Bronka la mujer polaca con quien Lydia se había estado escondiendo. La gente de la Gestapo la torturó intentando que los informara sobre la familia. Lydia no dijo

nada.

La abuela Rosa; los hijos de Lydia, Katie y Adam; Franca y sus hijos, Yehoshua, Bella y Abraham; Bronka; mamá, Yashu y yo sobrevivimos.

—Lydia, mi querida, valiente hermana mayor, que siempre nos dio ánimos, murió en las cámaras de tortura de la Gestapo. No pararon hasta que murió .

Eso les dijo mamá a los invitados de la sala de estar, pasándose la uña del dedo meñique debajo del ojo y colocando la palma suavemente en su rodilla. El dedo meñique le temblaba. Y a mí me pareció que sombras oscuras viajaban por la pared detrás de ella, esparciéndose en el techo, cada estación con su propia sombra. A veces veía la sombra de un gran pájaro con las alas abiertas, a veces la sombra de un pesado oso sin cuello, a veces el movimiento de hojas al viento aparecía en la pared, y entonces las sombras saltaban alarmadas. Yo me encogí en mi rincón pensando en mi querida Lydia. Tenía brillantes ojos azules. Ojos particularmente grandes. Lydia tenía los labios pintados con una línea fina, como con el pincel de un artista; ni siquiera en los últimos días de la guerra los nazis dejaron de perseguirla.

Ella nos mantuvo seguros, también en sus últimos momentos, y no vivió para ver el día en que los rusos entraron en Cracovia.

# 15

Seis años después de que los rusos hubieran entrado en Tarnopol y se hubieran apoderado de nuestro hogar, entraron en Cracovia. Mamá estaba contenta. Yo ya tenía ocho años y sabía leer en polaco y en alemán.

Los coches con las banderas nazis desaparecieron de las calles. Mucha gente se reunió en las aceras, lanzaron los sombreros al aire, ondearon los pañuelos, se abrazaron y se besaron, y exclamaron excitados:

—¡Los alemanes han huido, ya no hay alemanes, ninguno! Hitler *kaput!*

—Terminó la guerra, gracias a Dios —decían las mujeres, y se persignaban una y otra vez.

Las campanas de la iglesia doblaron al vuelo, bendiciendo a los rusos que habían liberado la ciudad, din y don, din y don, como pidiendo a los cielos oscuros que se abrieran y nos acercaran a nuestro Señor Jesús.

—Larga vida a la libertad, larga vida a los rusos, hurra, hurra —anunciaban los altavoces, recibiendo aplausos de los transeúntes.

—Han arrestado a los nazis, ojalá ardan en el infierno —gritaba la gente, ondeando banderas y secándose las lágrimas mientras avanzaban como un enorme torrente de agua en dirección al centro de la ciudad.

¡Viva! ¡Viva! ¡Vivaaaaa! Los gritos de alegría sacudían la quietud de la noche, iluminando la oscuridad en el corazón de las personas. Pequeñas hogueras resplandecían en las esquinas, el aire entero parecía estar en llamas, *na zdorov'ye, lachayim*, «por la vida», gritaban los soldados rusos, «por la vida, por la vida, por el Ejército Rojo», respondían sus camaradas. Yo lo vi todo de camino a la casa de la abuela Rosa, donde encontramos a Franca y a Bronka y a los primos. Mamá fue la primera en entrar, extendiendo los brazos y diciendo:

—Gracias a Dios, la pesadilla ha terminado.

La abuela Rosa lloró en su silla.

—Lydia, oh, Lydia. —Y su cuerpo tembló, y su cara era la más triste que yo había visto.

Mamá, Franca y Bronka se aferraron la una a la otra y abrazaron a la abuela Rosa.

—Te alejaron de mí, mi Lydia, mi flor, mi niña, mi amor —lloró la abuela con una voz desgarrada que se rompió en fragmentos de palabras mientras ella se movía constantemente, como si la hubieran apuñalado por dentro.

Bella, Abraham, Yashu y yo nos sentamos en el sofá de la sala de estar y miramos entre lágrimas a la abuela.

Yo dije suavemente:

—¿Qué pasará ahora sin Lydia?

Bronka se levantó y vino con nosotros.

—Podéis salir a jugar, niños; ya no hay nada que temer. Podéis salir con la cabeza en alto; y tú, Abraham, puedes decir claramente, sin miedo: «Mi nombre es Abraham, Abraham». ¿Entendéis?

Nos quedamos dentro de casa; solo Yashu salió.

—¿Dónde está Stella? ¿Dónde está nuestra Stella? —lloró la abuela, levantándose de su silla y dirigiéndose a la puerta.

Mamá, Bronka y Franca devolvieron a la abuela a su silla y le dieron un vaso de té y tres terrones de azúcar. Y entonces las tres se fueron a la cocina y comenzaron a susurrar entre ellas. Yo sabía que estaban haciendo nuevos planes para nosotros, ahora que había llegado la paz.

Yehoshua, el hijo mayor de Franca, entró con Yashu. Lo había encontrado fuera, compitiendo consigo mismo en una carrera de aquí para allá, y de allá de regreso aquí otra vez. Yehoshua le prometió que le daría un caramelo, y así él dejó de correr. Llevaba puesta una gorra puntiaguda y se veía alto. Franca le hizo un gesto y él se volvió a nosotros y dijo:

—Venid, niños, poneos los gorros y los abrigos y vamos fuera. Venid, mirad cuánta gente hay en la calle. ¿Queréis hacer un muñeco de nieve?

El ruido de la calle era particularmente alto. Pasaban camiones con altavoces, reproduciendo una ruidosa música rítmica. Terrum. Terrum, tan-tan, tan-tan. Los cristales de las ventanas vibraron. La radio de Franca también tocaba a todo volumen una música un poco diferente, con el sonido de tambores. La gente a mi alrededor hablaba a voz en grito, riendo y llorando aún más alto, o maldiciendo a los nazis; algunos bailaban en círculo gritando «¡Estamos salvados, estamos salvados, hurra!».

Yo no estaba tan feliz debido a los rusos y al piano.

Soldados rusos yacían borrachos en las aceras, cantando, riendo, hipando y extendiendo los brazos a los transeúntes. Yo tenía mucho miedo de ellos. Por la mañana temprano, varios soldados habían aparecido en la casa Sopp —vivíamos allí solos— y habían preguntado por *chasy, chasy*, relojes de pulsera. No teníamos relojes de pulsera que darles. Y ellos comenzaron a gritar; mamá nos envió a Yashu y a mí a otra parte y se enfrentó a ellos, les dijo algo y se fueron.

En los días siguientes, los vi rondando por las aceras, maldiciéndose unos a otros, riendo a carcajadas, agitando botellas en el aire y, bum, estrellándolas contra la pared. Algunos pedían cigarrillos o vomitaban en la calle.

Los vi sobre todo de camino a ver a Franca y a la abuela. Corrí tan rápido como pude. Estaba segura de que algún ruso saltaría hacia mí, me agarraría con ambas manos y me lanzaría contra la pared como si fuera una botella. En Radio Cracovia en particular bendecían a los soldados rusos que nos habían salvado y ponían melodías rusas para que ellos las disfrutaran. Debido a esto, dejaron de transmitir los conciertos de piano. Cada vez que había un concierto así, veía que mamá dejaba de arreglar las cosas, los platos en la alacena, por ejemplo, miraba la radio y se le humedecían los ojos.

Un día, un gran vehículo de motor se detuvo frente a la casa. Mamá corrió fuera, Yashu retrocedió, yo permanecí en la ventana. Vi a seis personas bajándose del coche. Me alarmé, ¿qué había pasado? ¿Qué querían? Mamá intercambió varias palabras con ellos, y entonces ellos sacaron del camión un enorme paquete envuelto en cobertores, como si no supieran que Helmutt y Toni se habían ido.

Los hombres arrastraron el enorme paquete al interior de la casa, parando de vez en cuando, gritándose unos a otros y gesticulando. Uno decía así, otro decía así no, más bien así, otro decía: tonterías, es así y así. Vi que mamá estaba preocupada por el paquete. Revoloteaba alrededor de ellos, diciendo cuidado, cuidado, y, al final, vi que los estaba dirigiendo a nuestro pequeño cuarto, pegado a la cocina.

Ellos empujaron y tiraron en el pequeño cuarto, tropezándose entre sí, moviendo cosas de un lado al otro; oí que mamá decía, eso ahí, eso ahí, esperen, esperen, empujen…

Y, entonces, un pequeño bum. El paquete recibió un golpe, mamá chilló: «*Oy, oy*, por favor, tengan cuidado», y entonces uno de los hombres exclamó, bueno, con esto basta, muchas gracias, y después cuatro personas salieron de nuestro pequeño cuarto, la puerta golpeó detrás de ellos, ellos dijeron adiós, adiós y se fueron. Yo me quedé sola. Yashu se me acercó; nos miramos. Finalmente, yo dije que nos habían traído algo, no sabía qué.

Oí voces detrás de la puerta. Me acerqué a la ranura que había encontrado en la puerta, me asomé; estaba del todo oscuro. Esperé unos segundos, cambié de ojo y ¿qué vi? Un brillante piano negro surgiendo de las mantas que el hombre había retirado. ¿Un piano? ¿Un piano en nuestro cuarto? ¿Por dónde pasaríamos ahora? ¿Había espacio?

Me puse en pie, me froté los ojos, me volví hacia la mesa; estaba en su lugar. Volví a mirar a través de la ranura; estaba oscuro, y entonces la puerta se abrió. Yo salté hacia atrás. Las últimas dos personas salieron del cuarto y de la casa, y unos minutos más tarde mamá nos llamó.

—¡Sorpresa! —exclamó mamá, aplaudiendo. Tenía la cara roja y los ojos especialmente brillantes—. *Nu*, ¿qué tenéis que decir?

No dijimos nada.

—Es nuestro y es un Bechstein. Lo he comprado yo misma. ¿Recordáis el piano que teníamos en Tarnopol?

Movimos la cabeza de derecha a izquierda.

—Es un piano precioso, ¿no? —dijo mamá, acariciando las teclas—. He soñado con esto.

—Sí, mamá —dije suavemente—. ¿El piano se quedará aquí?

—Por supuesto, Danusha, es nuestro. Mañana comenzarás a aprender a tocar el piano.

—¿Ehhhhhhh?

—Te he encontrado una excelente profesora.

—¿Solo yo?

—Sí, mañana.

Tragué saliva y miré a Yashu. Miraba hacia la puerta; se subió los pantalones más arriba y salió del cuarto.

Miré la habitación. Mamá había despejado una pared completa para el piano.

Había empujado nuestra cama contra la pared, la mesa contra ella, bloqueando la mitad de la puerta del armario.

—No hay problema —dijo mamá y, acercándose al armario, medio abrió la puerta y se asomó al interior; después, metió la mano y sacó una camisa. El camino hacia la cama también estaba bloqueado.

—No hay problema —decidió mamá, y esa misma noche nos enseñó cómo subir a la cama desde el estrecho espacio que había en la cabecera, sin pisar la almohada.

Teníamos tres sillas, y mamá las apiló una sobre otra. Cuando todos queríamos sentarnos por la noche, bloqueábamos la puerta de entrada. Yashu saltaba fácilmente por las sillas y me enseñó cómo salir; mientras tanto, se fue del cuarto y no regresó .

Esa noche no pude quedarme dormida. Mamá y Yashu durmieron tranquilamente. Yo estaba preocupada por la excelente profesora que vendría a verme al día siguiente.

*Madame* Jenia llegó a la mañana siguiente. Era alta y muy delgada, con finas cejas dibujadas con un lápiz negro, y un ligero bigote que casi no se notaba.

Puso partituras frente a mí, tocó unos segundos, me pidió que lo repitiera. Yo lo hice sin problema. La profesora, Jenia, me sonrió, agregó algunos sonidos; yo también los agregué y lo disfruté.

—Por favor, *madame* Jenia, ¿cuánto tiempo le llevará a la niña aprender a tocar? —preguntó mamá.

—La niña tiene oído musical, pero todo depende.

—¿Depende de qué, *madame* Jenia?

—Oh, ella tiene que practicar, sí; mucho trabajo, mucho trabajo.

—Oh, ella practicará tanto como sea necesario, confíe en mí —dijo mamá.

*Madame* Jenia estaba satisfecha. Nos sonrió a mí y a mamá.

—¿Continuamos?

Miré a mamá. Vi que estaba entusiasmada y comprendí: pronto yo tendría que aparecer frente a la familia en la sala de estar de Franca. A ver, ¿no me había hecho ponerme en pie en una silla en la sala de estar de Franca para recitarles a Adam Asnyk a la abuela Rosa, las tías y los primos? Pensé que ese piano con la excelente profesora debían pasárselo a mi hermano, Yashu; yo me quedaría con la declamación; eso fue lo que me dije a mí misma, y busqué a Yashu. «¿Dónde está?». Yashu no estaba en casa; quizá había encontrado algún amigo para jugar fuera. Yashu se las arreglaba muy bien sin nosotras; solo yo me agarraba a las faldas de mamá. ¡No era extraño que me diera todas las tareas!

Odié el piano, lo odié tanto…, pero nunca me opondría a ella.

*Madame* Jenia venía cada semana. Aprendí a tocar con notas. Ella estaba muy complacida conmigo, decía que yo tenía un oído musical apropiado, pero cuando practicaba en casa, sentía los ojos de mamá taladrándome la espalda, como diciendo: «*Nu, nu*, ¿cuándo podrás tocar?». Mamá hacía todo rápido y eso es lo que quería de mí y el piano. Si tocaba una nota equivocada, escuchaba su exclamación ahogada. Cada error y su exclamación. A veces había dos o tres exclamaciones seguidas, y entonces de inmediato se me ponía el cuello rígido, mis dedos eran como palos en las teclas y me equivocaba.

No lograba hacer muchos progresos en las lecciones, aun cuando disfrutaba escuchando las arias y operetas que mamá cantaba en la cocina y los conciertos que oía en el tocadiscos de Helmutt, y a un pianista excelente llamado Szpilman, que tocaba en Radio Polonia. *Madame* Jenia me decía que escuchara cuidadosamente las ejecuciones de Szpilman, porque ese judío era un verdadero virtuoso, y no había más que decir.

Cuando mamá escuchaba una música clásica que le gustaba en particular, con un pianista o violinista bien conocido, yo veía cómo se le suavizaba la cara como mantequilla al sol. Se le humedecían las mejillas y ella decía: «*Von Gott begnadet*», bendecido por Dios.

Y yo tenía otro problema.

Al final de la guerra, mamá me inscribió en una escuela cristiana en Cracovia. Yo tenía ocho años y comenzaba el primer grado. Desde el día en que tuve uso de razón, había sido libre para deambular por la casa, sentarme en una silla en la cocina y soñar, mirar el espejo, asomarme a la ventana y mirar a los transeúntes, al árbol de lilas en el jardín, o escuchar un disco, jugar con mi hermano en el balcón, contemplar a mamá preparar comida o un licor, e incluso aprender a

leer por mí misma. Sin embargo, desde que el piano llegó yo soñaba menos y sentía que pasaba demasiado tiempo practicando el piano, y mamá se aseguró de que practicara todos los días, pero sentarme en una silla en un pupitre en la escuela, sentarme durante horas sin levantarme, me ponía nerviosa y me cansaba mucho. Los descansos eran breves y a mí me comía la soledad. En el patio, varias niñas mayores pasaban a mi lado; también había niñas de mi edad y eran alegres y llenas de risitas. A mí me sorprendió ver a tantas niñas juntas y no tenía una sola amiga entre ellas.

Yo era la más alta de la clase y las niñas no se me acercaban. Yo también prefería sentarme sola. Fue en esa escuela cristiana en Cracovia donde me di cuenta, por primera vez en mi vida, de que era diferente a las otras niñas.

Durante las oraciones, por ejemplo. Todas las niñas rezaban con gran entusiasmo; yo también sabía rezarle a nuestro Señor Jesús de forma muy entusiasta, pero había olvidado algunas palabras de las oraciones. Fingía decir las palabras y vi que la maestra se había dado cuenta de que yo solo estaba murmurando. No dijo nada, pero me avergonzó que pudiera ver el revoltijo de palabras en mis labios.

Los estudios generales también eran problemáticos para mí.

Sabía leer en polaco y en alemán desde los seis o siete años, mi primo Adam me había enseñado. Y también había aprendido mucho por mí misma, pero fingía no saber. No quería ser diferente a las demás. Y así, mientras la maestra enseñaba el alfabeto polaco, yo lo repetía junto con las otras, pero me aburría y a veces me dormía a ratos.

Cursé el primer grado en Cracovia solo durante algunos meses. Para mí fue suficiente aprender del sacerdote que daba la clase de estudios religiosos que los judíos eran malos: habían matado a nuestro Señor Jesús. ¿Los judíos? Los judíos. Yo estaba alarmada. Yo era judía, mi mamá era judía, la abuela Rosa era judía, ¿y nosotras éramos las crueles? Eso me enseñó que no era la única que tenía problemas; todos los judíos eran malos y por eso merecían ser golpeados. Y entonces recordé que «judíos» se escribía con jota minúscula. El profesor polaco, que regresó a su casa con su familia después de la guerra, la casa que yo creía era de Sopp, y que nos permitió quedarnos en el pequeño cuarto hasta que nos organizáramos, pensaba que había algo malo con los judíos. Le había dicho a su hija que todas las naciones se escriben con letra mayúscula, pero no la judía; «ellos tienen una letra minúscula, ¿ sí?». Eso fue lo que le oí explicarle a su hija, que estaba haciendo los deberes. ¿Qué podía yo pensar?

Estuve ensimismada hasta el final de la guerra. Solo cuando terminó entendí por el sacerdote de la escuela que yo pertenecía a una nación que el mundo entero debía odiar. Y eso me puso muy triste. El piano

también me ponía triste. Cada vez que cometía un error en el ritmo o el tono, mamá apretaba los ojos; a veces se quedaba de pie cerca de mí, marcando el tiempo con la cabeza, uno-dos-tres, uno-dos-tres.

Me di cuenta de que para mamá era importante que yo tocara bien, lo mejor que pudiera. Ella no sabía tocar. Sinceramente, yo también quería tocar bien, incluso esperaba que, si tenía éxito, quizá mamá me quisiera más. Lo intenté, lo intenté con todas mis fuerzas, hasta que ya no me quedaba aire. Hubo veces que sentí que tenía una enorme piedra sobre el pecho, casi no podía respirar. A veces me enfadaba tanto que mi ejecución no fuera lo bastante buena que me caía de la silla.

Y, una vez, me levanté del piano para cortar el pan para la cena. Me corté el dedo accidentalmente. Mamá me gritó por el sangrado: «Ay, ay, ay, ¿qué te pasa? Vamos a ponerte una venda en ese corte. Mañana no podrás tocar, Danusha, hasta dentro de unos dos días, cuando venga *madame* Jenia».

Respiré tranquila los siguientes dos días. Mamá retiró la venda y continué practicando.

Pero una o dos semanas después, la puerta del baño se cerró por error en mi dedo meñique, y eso me dolió y me salió un moretón. Mamá me miró el dedo y dijo: «*Nu*, ¿qué pasa contigo? ¿Otra lesión? ¿La última no fue suficiente? Llevará por lo menos tres días que desaparezca la inflamación para que puedas tocar. ¿Es normal esto?».

Y así era como descansaba de vez en cuando. Y, mientras tanto, escuchaba los conciertos y me sentía bien.

# 16

Un día, mamá comenzó a trabajar en una cafetería. Se compró un buen traje y un abrigo, zapatos nuevos y un bolso a juego, se recogió el cabello en un pequeño moño, se puso pintalabios y se fue a trabajar. Yo iba con ella cuando acababa la jornada en la escuela cristiana. Yashu estaba con la abuela. El camino a la cafetería estaba cerca de una calle ajetreada, llena de grandes y atestados convoyes de camiones militares y otros vehículos. Esperaba cuando menos media hora para cruzar la calle, y mientras tanto la gente pasaba cerca de mí, en particular jóvenes ruidosos, pero los que realmente alzaban la voz eran rusos ebrios, que yacían en la acera y parecían horribles y aterradores. Yo me quedaba de pie tan lejos como era posible de ellos, mirando a la calle, para no verlos y vomitar cerca de ellos, Dios no lo quiera. Ellos gritaban *krasavitsa, krasavitsa*, extendiendo los brazos hacia las mujeres, agarrándose el cabello o silbando locamente. Algunos soldados bailaban el *kazachok*, agitando las pistolas hacia arriba como si dispararan; algunos se quitaban la camisa y se quedaban medio desnudos. Yo les tenía mucho miedo y cada vez que cruzaba la calle trataba de mantenerme a una distancia segura para que no extendieran los brazos hacia mí y me sujetaran por un pie.

Mamá no descansaba un momento en la cafetería; atendía a los rusos que estaban en la barra bebiendo vodka, comiendo sándwiches, pescado salado y cacahuetes. Yo me quedaba de pie a un lado, mirando la puerta abrirse y cerrarse, abrirse y cerrarse, y cada minuto entraba más gente grande y fuerte. Yo trataba de entender qué se decían entre ellos. Por ejemplo, ¿qué le gritaba aquel hombre alto con un poblado bigote a una mujer regordeta con uñas pintadas, con la pierna tocando la de ella? ¿Y qué le decía a mamá cuando se inclinaba hacia ella, levantando la copa, y mamá lo miraba directo a los ojos y asentía, sí, sí, sí?

A mamá no le daba miedo el escándalo de los rusos o el hombre con la cabeza rapada y la pata de palo.

Lo veía en la cafetería. Cada vez que quería pagar, se quitaba la pata de palo, sacaba el dinero y volvía a ponerse la pierna. Yo no podía dejar de mirarlo. Esperaba que me tirara la pierna de palo a la cabeza. Y, un día, miró en mi dirección. Me miró en silencio, me miró sin decir nada y finalmente dijo en polaco:

—¿De quién es esta niña?

—Es mi hija —dijo mamá, mientras cortaba verduras.

—¿No habla?

—Habla cuando tiene que hacerlo.

—No la oigo.
—Ella habla, ella habla.
—Es guapa como una pintura en la pared, tu hija —admitió el hombre, sonriéndome.
Mamá dejó de cortar las verduras en la tabla, me lanzó una mirada rápida y regresó a su cuchillo.
En un instante, las mejillas me ardieron como un horno. Cuando el hombre le pagó a mamá, yo ya no le tenía miedo.
Un día, oí a un conocido de mamá llamado Tzasha sugerirle que les comprara azúcar más barata a dos rusos.
Mamá puso algo de dinero de la caja registradora en su bolso y me dijo que me apresurara.
—Nos están esperando.
Y nos fuimos con los dos rusos a donde vendían el azúcar para cerrar el trato. De camino, pasamos por el cementerio. Los dos rusos caminaban frente a nosotras, que íbamos unos pasos atrás. De pronto, ambos se dieron la vuelta, le arrancaron el bolso a mamá y desaparecieron entre las tumbas.
—¡Mamushu, mamushu, mamushu! —grité, agarrando la mano de mamá.
Ella se quedó de pie ahí, pálida, con las correas del bolso en la mano. Las miró con tristeza y dijo :
—Llevaba allí las teclas rotas del piano; iba a llevarlas a arreglar.
No sé qué era lo que mamá más lamentaba, si el dinero o las teclas del piano. Al final, me di cuenta de que solo lamentaba las teclas, porque el dinero estaba en su sujetador, como hacía todo el mundo durante la guerra.

—Debemos irnos de Polonia —dijo mamá dos días después.
Yashu y yo estábamos con ella en el cuartito.
—Iremos a Palestina —dijo ella.
—¿Palestina? —me extrañé—. ¿Dónde está esto?
—*Ciocia* Palemira, ¿te acuerdas? —explicó mamá, sonriendo.
—Sí, sí —dijo Yashu, brincando—, yo me acuerdo de la tía Palemira.
—Y esa es Palestina —admitió ella—, donde tenemos una casa, niños. Pero primero iremos a Alemania para prepararnos.
Yo no entendía por qué a Alemania, pero lo que me interesó al instante fue la casa que tendríamos y el cuarto rosa que había creado en mi mente cada vez que mamá hablaba de nuestro hogar en Palestina. Imaginé un cuarto azul para mi hermano. Me alegraba dejar Cracovia. Estaba feliz de dejar la escuela cristiana y al sacerdote del sombrero que lloraba por nuestro Señor Jesús todos los días, por lo que los judíos le habían hecho.

Me alegré de dejar el cuartito cerca de la cocina y de dar un portazo para que los dueños polacos pudieran oírme. Me alegraba dejar el piano; nos fuimos a Alemania sin él.

Me dije a mí misma: «Tal vez seamos felices en Alemania como lo fuimos con Helmutt y Toni, sin rusos borrachos en cada esquina y sin *madame* Jenia, que adora nuestro Bechstein».

—Bien, Danusha, ¿has practicado?

Todo lo que quería era estar cerca de mamá. Sentarme en una silla a un lado y observar no importaba qué .

Cogimos el tren nocturno a Berlín. Yashu se quedó dormido enseguida y yo un poco después. Al despertar un momento, escuché el nombre Schtetin —mamá dijo que era una estación fronteriza— y me volví a dormir. Llegamos a Berlín con la luz del día.

Mamá le dijo al conductor que nos dirigíamos a Hanóver después de la estación de Berlín.

La gente en la estación del tren nos dio chocolate. Mamá hablaba con ellos. Yo chupé cada onza durante una hora. Una hora. Como los panecillos que Toni nos traía o el pastel de almendras que Helmutt Sopp nos trajo. Quería más. Miré a la gente que nos había dado chocolate. Mamá me vio y me hizo un gesto de que ya era suficiente. Me aparté tristemente del chocolate que tenían en las manos, queriendo solo dar y dar.

En Berlín nos encontramos con Stella, la cuarta hermana de mamá.

La abuela y el abuelo la habían mandado a estudiar ópera en Berlín antes de la guerra. Las hermanas dijeron que ella tenía una apariencia aria y la voz de un ángel. Sus maestros predijeron un gran futuro para ella. Dijeron que ella tenía un enorme talento y la admiraban. Hablaron acerca de su participación en un importante concierto y que su nombre era Stella Martini. Dijeron que mamá y papá habían viajado desde Tarnopol especialmente para ver a Stella Martini cantar en un concierto en Berlín. Recuerdo a mamá contando que Stella había aparecido con un vestido de color rosa con un cinturón azul pálido. Y entonces estalló la guerra.

Stella permaneció en Berlín durante la guerra y después de ella. Las hermanas sabían que ella vivía con dos mujeres mayores rusas, Regina y Paulina, una de las cuales era médico. Las mujeres rusas la trataban como si fuese su hija.

En nuestra familia la llamaban «la huérfana Stella», porque no se había casado y nunca había tenido hijos. La huérfana Stella. En sus historias, mamá nunca había mencionado este encuentro con Stella en Berlín. No sé por qué y tampoco pregunté. Tengo una fotografía de Stella. Tiene dieciocho años en esa fotografía, con un largo pelo rubio que le cae sobre los hombros. Tiene una cara hermosa y delicada, y

dedos largos y delgados, con un anillo, y pulseras, posados suavemente en la cara.

Me gusta mirar la fotografía de Stella. Cuando la vi en Berlín, la miré fijamente y me dije: «Cuando sea mayor, quiero ser una cantante famosa, como Stella». Sabía que un día yo también aparecería en algún escenario importante. Lo más importante era que invitaría a mamá a sentarse a la mitad de la primera fila. En el sueño recurrente que tuve durante muchos años, un hombre vestido con un traje oscuro se sienta ante el piano negro, acomoda su silla y abre la partitura. Yo entro en el escenario con pasos seguros, ataviada con vestido largo y ajustado con escote bajo, un pañuelo transparente sobre los hombros. Llevo puestos pendientes de perlas, una pulsera y un collar haciendo juego, como María Callas, que cantaba *Tosca*. La vi en el cine años después. La audiencia aplaude y después hay silencio en la sala. El pianista toca las primeras notas. Yo miro al suelo, respiro, lleno el pecho de aire; el pianista me mira y me hace señas con la cabeza para que comience. Yo canto un aria famosa. Mi voz es fuerte, clara y hermosa; todos en el público me miran. Durante los momentos tristes, mamá se lleva un pañuelo a la mejilla. El pianista está muy concentrado, intercambiamos miradas; yo me siento bien en el escenario, hasta el fin del concierto, y entonces ¡bum! Se desata una tormenta de aplausos, bravo, bravo, bravo, gritan en la sala para mí. Yo estoy entusiasmada y me inclino ante el público. Una joven vestida de negro y con tacones de aguja me trae rosas rojas. Abrazo las rosas y miro a mamá en la primera fila. Mamá está muy complacida. Se vuelve hacia la mujer que está sentada junto a ella y le leo los labios:

—Qué chica maravillosa es mi hija. Desde el día que nació fue especial, hermosa, increíblemente talentosa. Estoy tan orgullosa de mi hija…

Ah, qué sueño tan dulce …

Mamá contó a los invitados de la sala de estar que un día sus primos Shmuel y Henia aparecieron en la casa en Cracovia. Henia era conocida como Hanchka en la familia. Dijeron que Shlomo, un amigo de la familia, había recibido un puesto prestigioso en el Comité Judío establecido en Hanóver, Alemania, después de la guerra. Shlomo les había dicho que, si iban a Hanóver, los ayudaría a arreglárselas. Mamá decidió dejar Polonia e irse a Hanóver con Shmuel y Hanchka.

Esperaba poder recomponerse con la ayuda de este amigo de la familia antes de llegar a Palestina. Las historias que traían los parientes cuando regresaron a Cracovia acerca de los horrores de los nazis en los campos polacos eran insoportables. No quería escucharlas. Me alejé y tarareé una canción para no oír.

Antes de dejar Cracovia, mamá quería despedirse de su padre muerto y pedirle que intercediera por ella ante Dios para que tuvieran un viaje seguro.

Llegó al sitio del enorme cementerio de Cracovia y se horrorizó ante la ruina y la destrucción. Lápidas aplastadas, piedras faltantes, partes de nombres judíos y obituarios grabados con gran cariño desparramados por todas partes. Se inclinó para ver algunos pedazos y no pudo levantarse. Le afectó mucho. No pudo encontrar las tumbas de sus seres queridos. El corazón se le detuvo y ella envió una plegaria a Dios. Eso era lo que decía cada vez que hablaba de la vergonzosa destrucción causada por esos cristianos.

—Esa misma noche, me fui de Cracovia con los niños.

—Cogieron las piedras para construir caminos y aceras —dijo Bernard Cohen.

—También muros —agregó Izzy Rappaport.

—Hasta pisotearon a los muertos, malditos —recordó Bernard Cohen.

—Aplastaron las lápidas para hacer grava —dijo furioso Jacob Ketzelboim.

—*Oy, oy, oy* —suspiró Klara Cohen—, ¿qué queda del nombre de una persona, eh?

Y esto fue lo que mamá relató acerca de Berlín:

—Decidí caminar por la ciudad que conocí antes de la guerra. Acosté a los niños y salí a las calles de Berlín. B*erlin war in ruinen*; Berlín estaba en ruinas. Me impresionó la destrucción y la devastación que veía por todas partes. Era difícil calcular cuántos edificios destruidos había, uno tras otro, cientos y miles, en calles en donde no quedaba nada en pie. Todos los grandes almacenes eran escombros.

»*Kurfürstendamm*, la avenida más elegante de Berlín, era un lugar fantasma por donde daba miedo pasar.

»Caminé por las aceras destruidas, vi barras de acero dobladas, techos que no podía ver qué los mantenía en pie, escaleras que llevaban a ninguna parte y columnas que nada sustentaban. Vi un piano roto, las teclas aplastadas en el marco de madera, las cuerdas arrancadas cayendo como telarañas. Había un hedor a quemado y podrido en el aire. Hombres y mujeres vestidos con harapos deambulaban por las calles llenando bolsas y mantas con restos que sacaban de las ruinas: un gramófono, ollas retorcidas, sillas con tres patas, todo se lo llevaban. Incluso marcos rotos de puertas y ventanas para calentar los hogares. Todo lo ponían en carretillas y carritos rotos, e incluso se lo echaban a la espalda.

»Busqué los famosos cafés donde solía sentarme con mi padre cuando había visitado Berlín antes de casarme. Adoraba aquella alegre ciudad. Ahora era ruinas sobre ruinas sobre ruinas. Los cafés estaban

destruidos. Recordé la romántica luz de las calles, hasta el humo de los cigarrillos era chic, y qué adorables parecían entonces las mujeres con sus modas bohemias, acompañadas de hombres altos, rodeados por el olor a alcohol y excelente tabaco; bellezas con cestos de flores, violetas, rosas rojas y camelias pasaban frente a nosotros, y la hermosa música de piano en los cafés, acompañada por un violín, o un chelo, y los sonidos de un acordeón; qué interesante era escuchar las conversaciones sobre literatura y filosofía alrededor de las mesas hasta medianoche, con risas sanas y el aroma del buen café.

»Nada quedaba de esa ciudad vivaz y chispeante. La tristeza y la depresión lo dominaban todo.

Mamá hizo una pausa, como si cargara en su espalda un saco de piedras. Me levanté para traerle agua y un terrón de azúcar. Vi el débil temblor de su dedo meñique levantado y supe que necesitaba un terrón de azúcar para seguir. Mamá alzó la barbilla y supe que era su forma de decirme «muchas gracias, Danusha». Bajé la vista y regresé a mi asiento.

—Era la misma Berlín que alguna vez había sido un importante centro cultural en Europa, sí —exclamó el señor Bogusławsk—. Trece años antes, Marlene Dietrich había cantado allí «Ángel azul». Y Thomas Mann recibió el Premio Nobel de Literatura, ¿pueden creerlo?

—No les tengas lástima —exclamó Bernard Cohen—. ¿Quién destruyó Europa? ¿Quién?

—¿Quién terminó con mi familia, quién? —dijo Klara Cohen.

—¿Quién envió a los judíos a las cámaras de gas? —refunfuñó Bertha Ketzelboim, poniéndose en pie—. Y no quiero valeriana, Jacob; siéntate y cállate. A mí también pueden darme un vaso de agua. ¿Habrá otro terrón de azúcar, Danusha?

—Muy bien —dijo Jacob—, pero no te exaltes.

—Quiero exaltarme. Se lo merecen esos nazis. Malditos ellos y su recuerdo. —Y Bertha agitó la mano como los héroes.

—Muy bien, siéntate —rogó Jacob.

—Qué suerte que los nazis no lograron destruir Cracovia —dijo Bernard Cohen—. Los rusos los sorprendieron y los nazis huyeron.

El señor Meltzer miró al señor Bogusławski con los ojos centelleantes. Como diciendo «*nu,* di algo para calmarlos».

—Valor, Anna, valor; esto no es fácil —murmuró el señor Bogusławski—. Ya estás en una nueva senda.

Mamá puso el vaso en la mesa y lo miró primero a él y después a mí. De inmediato me di cuenta de que se me había olvidado llevarle a Bertha Ketzelboim un terrón de azúcar, y ella seguía de pie .

—Por favor, trae un azucarero con terrones de azúcar —dijo mamá —. Tal vez otros quieran uno también, tráelos. —Y en su cara estaba pintada la devastación que había visto en Berlín y que todavía no

había superado.

Entonces recordé que mamá tenía a alguien misterioso en Berlín. Sí. Su nombre era doctor Fischer. Lo conocía de sus viajes con el abuelo a Berlín, y eso había sido antes de casarse con papá. Escuché a sus hermanas susurrar y reírse de él durante la guerra: «*Doktor* Fischer, *Doktor* Fischer», decían entre ellas, y mamá, por supuesto, se sonrojaba. Ellas le recordaron: «Qué cartas le envió él a Cracovia, ¿eh?». Hablaron de las cartas y de las palabras que él le había escrito. Sin palabras, pregunté dónde estaban las cartas; ¿tal vez mamá las había conservado? ¿Había en ellas alguna fotografía? ¿Era apuesto? Decidí que tenía que buscar. Quizá mientras caminaba por el destruido Berlín, mamá había recordado a su pretendiente, el doctor Fischer, y el café donde se sentaban juntos, con el abuelo Mordechai, claro, ¿y quizá, en lo profundo de su corazón, esperaba encontrarlo en Berlín después de la guerra?

No tenía una respuesta, pero escribí una nota en un pedacito de papel para buscar las cartas con esas palabras especiales. Adoraba las historias de amor de los libros y las películas; yo también inventaba historias cuando estaba sola mucho tiempo.

—Seguimos camino a Hanóver —dijo mamá—, que también estaba destruida. Los Aliados bombardearon Hanóver hasta los cimientos. Shlomo, el amigo de nuestra familia, nos consiguió un alojamiento temporal en un campo de refugiados llamado Vinnhorst, que había sido un hospital militar durante la guerra. No había niños en el asentamiento. Conocí a una chica llamada Helinka que también era de Cracovia. Cuando nos hablamos, descubrimos que éramos parientes lejanas.

»Mis primos Hanchka y Shmuel, con quienes había ido desde Cracovia, también estaban en el campo para personas desplazadas. Estábamos muy bien organizados .

»Después de unos días, me informaron de que teníamos que mudarnos a Bergen Belsen, cerca de Hanóver, porque habían establecido allí un campamento especial para niños supervivientes. Yo no quería ir allí. El nombre de Bergen Belsen me estremecía. Había escuchado historias terribles y decidir actuar para evitar que nos mudáramos ahí.

»Dejé a Danusha y a Yashu en el campo con Helinka y fui a las oficinas generales de la UNRWA [3], en la calle Lindenberg, un lugar sobre el cual había oído hablar, porque era donde se gestionaban muchas cosas, incluyendo paquetes de comida para los refugiados.

»Me vestí bien y le rogué al cielo que todo saliera bien.

»Cuando llegué al sitio, pedí hablar con el director de la UNRWA, y de hecho pude reunirme con él cara a cara. Le dije que me habían

dejado sola con dos niños y que no tenía medios para ganarme la vida, y le pedí que interviniera en nuestro favor. Él se impresionó por mi alemán y me preguntó si sabía inglés.

»Yo lo miré directamente y dije en inglés: *I know very good English as well*. También tengo un muy buen inglés.

»Recuerdo que la suave “r” que salió de mi boca con la palabra *very* lo impresionó. Me miró y se impresionó. Y se impresionó todavía más cuando se enteró de que yo hablaba cuatro idiomas: inglés, francés, alemán y polaco, y de que los conocía muy bien. De inmediato me informó de que tenía un empleo como funcionaria en la UNRWA. Me explicó que tendría que recibir refugiados de diversos países y registrarlos adecuadamente.

»Me dieron un pequeño cuarto en Vinnhorst, un suburbio de Hanóver. La habitación estaba en un complejo dividido en muchas más, donde vivían refugiados. El edificio pertenecía al campamento para personas desplazadas. A decir verdad, el corazón se me llenó de alegría cuando el director me dio una carta en la que ordenaba dobles raciones de comida para mis hijos y para mí porque yo era una empleada de la UNRWA. Y tenía un buen sueldo. El futuro en Alemania pintaba bien.

# 17

En el campamento de refugiados de Vinnhorst vivíamos en un pequeño cuarto maloliente con mucho desorden y sin baño ni comedor. Teníamos tres camas, una mesa pequeña, tres sillas y una repisa en la pared. Nuestra ropa estaba diseminada sobre las camas. Usábamos una olla para nuestras necesidades, que teníamos que vaciar cada mañana, mientras sufríamos el horrible olor.

Mamá salía a trabajar a la UNRWA cada mañana. Helinka se quedaba con nosotros. Ella era una refugiada de guerra. Así es como mamá se refería a ella. Estaba comprometida con un buen hombre. No había mucho que hacer en el campamento de refugiados. Solo había adultos, tal vez otros dos niños aparte de Yashu y yo, y había mucha gente pobre que se avergonzaba de su ropa, digamos, un abrigo demasiado corto, mangas que llegaban al codo, o un abrigo demasiado largo, que arrastraba la mugre de la calle. Vi personas con una gorra o gorro de lana que tenían los ojos saltones y que corrían de un lado al otro como presas de un terror interminable, y muchos, muchos problemas de piel, y todos los problemas tenían una pinta realmente mala. Había gente sin cabello y con el vientre hinchado, que hacía gestos extraños con las manos, como si hiciera girar ruedas en el aire. A veces emitían sonidos que yo no entendía, o se golpeaban la cabeza contra la pared. Mamá decía que eran personas desafortunadas que habían perdido a familiares durante la guerra. Qué suerte habíamos podido quedarnos con Helmutt y Toni Sopp.

Comíamos en el comedor del campamento Vinnhorst, sentados a un lado, guardando distancia con todos los pobres refugiados, y allí siempre había mucho ruido. La gente se empujaba y se pisaban unos a otros. Vi personas que se escondían pedazos de pan los bolsillos o en el gorro y comían frenéticamente el plato principal, lo hacían todo el tiempo. De noche también oíamos gritos. Había muchas habitaciones en el edificio; a veces oíamos llantos, como un río que se hacía cada vez más largo, y después más y más llantos, como arroyos que se unían con el río y se volvían más ruidosos, tumultuosos, y entonces alguien llegaba, encendía una vela y decía con voz tranquilizadora: «Shhh. Shhh. Basta. Basta».

Algunas noches mamá iba al cine. Desde el momento en que sus tacones dejaban el cuarto, yo me colgaba de la ventana anhelando que regresara. Yashu se ponía su pijama y se metía en la cama con un libro. Yo rascaba el cristal, me rascaba la palma, miraba la oscuridad; a lo mejor ha cambiado de opinión, pero nada. Solo había una farola que iluminaba a los transeúntes en la calle allí abajo. ¿Era ella? No.

¿Era su silueta la que se aproximaba? No. Era otra mujer. ¿Era ese el sonido de sus tacones? No. ¿Habían pasado cinco minutos? No. ¿Una hora? ¿Dos horas? Sí, sí. Algo malo, muy malo le había ocurrido.

—Yashu, mamá no regresará. Mamá se ha ido. Estamos solos. ¡Mamá! ¿Dónde está? ¿Me estás oyendo o no?

Me volvía hacia la cama. Yashu estaba dormido. Regresaba a la ventana y a mirar la calle. Presionaba la cabeza contra el cristal, me rascaba la mano, que ya estaba sangrando, me rascaba la otra mano, y ¿quién estaba cruzando la calle, mamá? ¡Mamá!

—Yashu, mamá ha vuelto, mira.

Saltaba a la cama y cerraba los ojos; por fin podía quedarme dormida sin preocuparme.

Durante las horas en que mamá estaba trabajando en la UNRWA, mi hermano y yo jugábamos a vender y comprar, como en el mercado. También jugábamos fuera, excavando en la nieve, frente al edificio donde vivíamos, buscando tesoros para comprar y vender a los adultos en el campo. Una vez encontramos una pelota y jugamos con dos hijos de empleados de la UNRWA. Yashu fue con ellos, les dijo algo y desde entonces ellos lo buscaron para jugar.

La gente del campamento nos llamaba *Jaś i Małgosia*, que significa «Hansel y Gretel» en polaco. Realmente éramos como gemelos y no nos separábamos uno del otro debido a los adultos que estaban por todas partes. A veces mi hermano desaparecía un rato, quizá para encontrar por sí mismo algún tesoro o porque había escuchado de algún nuevo amigo que había llegado al campamento, y yo tenía miedo. No me movía hasta que Yashu regresaba, con tesoro o sin él. Solo dejaba de preocuparme cuando volvía y seguíamos jugando.

Si los adultos me preguntaban algo, yo les sonreía, pero no les contestaba.

Mamá regresaba del trabajo por la tarde. En cuanto la veíamos, comenzábamos a pelear.

—Ha empezado él, mamá —me quejaba yo.

—Eres la mayor, tienes que ceder.

—Él me lo ha quitado. Es mío…

—Eres lista, tienes que ceder.

—Yo soy listo, yo soy listo —interrumpía Yashu.

—Tú eres el más listo, cariño.

Yo no podía encontrar nada que responder a eso. Pero cuando tenía unos nueve años, ya no me quedé callada.

Todo comenzó con la mesa. Yo me sentaba a un lado de la mesa. Mamá se sentaba frente a mí. Nos miramos sin desviar la vista y entonces dije:

—Mamá quiere a Yashu más que a mí.

—Tonterías. —Se sienta derecha y mueve sus dedos contra la luz—. ¿Puedes querer a un dedo más que a otro? —dijo en voz alta—. Os quiero a los dos igual.

Y me lanzó una mirada de soslayo, como si tuviera algo en el ojo. Cuando sus ojos se recompusieron, observó a Yashu, que estaba jugando a un lado. Lo encontró, le lanzó una mirada dura, frunció los labios y regresó conmigo. Yo pensé para mí misma: «¿Cuándo tendré que sentarme frente a ella otra vez y decir que quiere a Yashu más que a mí? Pronto —me contesto a mí misma—, muy pronto».

Mamá no dijo «Te quiero, Danusha. Te quiero, mi querida hija». Enfrente de los invitados y admiradores en la sala de estar decía: «Mi querida hija», pero Yashu la oyó decirlo y ella lo abrazaba incluso si no había invitados. «Te quiero, mi Yashu», decía, simple y frecuentemente.

En el campamento de refugiados de Vinnhorst, encontré una forma de lastimar a mamá, y me sorprendí al descubrir que me hacía sentir bien. Desde ese día, cada vez que comenzaba con su «Tienes que ceder», la miraba directamente y decía: «Mamá quiere a Yashu más que a mí».

Y entonces ella agitaba los dedos con ese «Tonterías. ¿Puedes querer a un dedo más que a otro?». En ese tiempo, agitaba los dedos sin anillos, pero con el tiempo se agregaron anillos, con o sin piedra, y un brazalete, y un anillo de boda. Mamá tenía hermosos dedos.

Años después, mi hermano me dijo:

—Yo también sentía que mamá me quería más que a ti.

Las palabras de mi hermano me ardieron en el corazón, aunque yo ya sabía que era verdad.

Un día, en medio de la vida cotidiana de Vinnhorst, justo antes de que mamá entrara a trabajar en la UNRWA, ella afirmó que nuestras vidas necesitaban algo de cultura; no bastaba con la buena comida. Ese día nos pidió que jugáramos tranquilos, sin pelear, y regresó con un piano. Cuatro hombres trajeron el piano al cuarto, y a mí se me hundió el corazón. Sabía que pronto encontraría una excelente profesora para mí.

Otra vez estábamos hacinados en un pequeño cuarto, esa vez en el campamento para personas desplazadas, pero nuestra experiencia con el Bechstein en Cracovia nos ayudó a organizarnos con más rapidez. Mamá también compró un juego de café y platos de porcelana, ropa de cama especial, un espejo con cristal y ángeles de vidrio, una pequeña mesa redonda con vasos de colores, cubiertos de plata y una fuente oval de porcelana con una franja marrón alrededor del borde. Noté la palabra *sanatorium* escrita en la fuente; no sabía de dónde

había sacado todas esas cosas.

En los cubiertos de plata estaban grabadas las letras WH. Cuando les dábamos la vuelta, las letras se veían como MH, las letras del nombre judío de mamá. Hanna solo aparecía en los documentos. La familia la llamaba mamá Anna.

Creo que ella compró esos cubiertos por las letras alemanas.

En Vinnhorst, mamá sufrió dolor de dientes. Tuvo una grave infección en las encías. Un dentista le sacó todos los dientes y le hizo unas dentaduras que se veían completamente naturales. Ella tenía muchos admiradores que querían invitarla a salir. ¿Y por qué no? Ella se vestía bien y se veía especial, con sombrero y guantes a juego. Me gustaba mirarla, la forma en que combinaba una blusa con una falda, zapatos y bolso. Era cuando hablaba por teléfono con la gente a la que yo no quería oír. Teníamos un teléfono en el cuarto debido al trabajo de mamá, así que por casualidad la escuché invitar a un amigo a cenar con nosotros.

—¿Cómo puedes invitar a alguien a cenar? —dije, aproximándome —. ¿Cómo podemos comer aquí? Aquí no hay nada.

—No te preocupes —sonrió mamá—. Yo sabía que él no vendría.

Si hablaba por teléfono con su dentista o con la mujer de este, se la veía aburrida, enfadada, como si no tuviera ganas de escucharlos. Ponía el auricular en la cama, se peinaba el cabello, se ponía las medias mientras tanto y el doctor o su mujer hablaban y hablaban al aire. Ella volvía a coger el auricular solo para decir «Adiós, adiós», y luego:

—Sorpréndeme, Danusha, y arregla el cuarto, por favor. —Y se iba a trabajar o a hacer sus recados .

Yo planeaba sorprenderla. Quería hacerlo sola, sin que mamá me lo dijera, pero siempre se me adelantaba con haz esto y aquello, y:

—Nunca me corrijas delante de la gente, ¿entendido?

Yo no podía decirle «No quiero aprender a tocar el piano», «No quiero terminarme la comida del plato», «No quiero ir al sanatorio sola, únicamente contigo».

Ella nunca compartía los planes que tenía para nosotros. Ella decidía, nosotros lo hacíamos; no conocíamos otro tipo de acuerdo.

Un día nos mudamos de Vinnhorst a la mismísima ciudad de Hanóver. En el camino vimos muchos edificios destruidos. Mamá dijo que ir del campamento de Vinnhorst a su trabajo le llevaba mucho tiempo, y, aparte de eso, en el nuevo apartamento finalmente tendríamos una cocina y un baño. Le oí decirle a Halinka que el director de la UNRWA la había ayudado a obtener el permiso de las autoridades de vivienda para un cuarto grande en el apartamento de alemanes, en la calle Podbeilski, número 113.

El apartamento pertenecía a la familia Zegers, una pareja de ancianos alemana. Nos dieron una sala de estar y otro cuarto; la cocina y el baño eran compartidos. *Herr* Zegers usaba un gorro de lana en la casa. *Frau* Zegers deambulaba en guantes y con un pañuelo de red sobre los hombros estrechos. Esos dos robaban comida que mamá nos traía de la UNRWA y la escondían en el baño. Cada vez que yo entraba, uno de ellos llamaba a la puerta y gritaba: «*Schnell, schnell*», rápido, rápido. Yo me acostumbré a hacer mis necesidades mientras escuchaba «*schnell, schnell*», lo cual me molestaba.

Cuando conocimos a *herr* Zegers, cogió la mano de mamá y dijo:

—No sabíamos lo que estaba pasando. No lo sabíamos.

Mamá movió la cabeza de un lado al otro y guardó silencio. Yo ya había escuchado a muchos alemanes decir: «No sabíamos lo que estaba pasando, no sabíamos nada». Yo no entendía qué era lo que no sabían, pero, por sus caras y la de mamá, supe que algo muy malo había sucedido que nadie comentaba en voz alta, y que era mejor que no lo supieran.

Una mañana, escuchamos por la radio de la familia Zegers que Stella Martini cantaría en un concierto especial que se transmitiría la noche siguiente.

—Stella Martini es mi hermana —exclamó mamá, casi brincando—. Yashu, Danusha, ¿habéis oído? La tía Stella cantará mañana por la radio, con una orquesta. Está participando en un concierto.

—¿Su hermana en la radio? —preguntó *herr* Zegers, bajando el periódico y quitándose las gafas—. ¿Estudió canto?

—Estudió en Berlín, antes de la guerra.

—¿En Berlín?

—Sí, sí, en Berlín, con los mejores maestros.

—Perdóneme, su hermana también es judía, ¿sí?

—Por supuesto —dijo mamá—. Es como yo, nació después que yo, ¿me entiende?

—Bueno, bueno, ella cantará por la radio y nosotros la escucharemos juntos, ¿verdad?

El día del concierto mamá volvió del trabajo más temprano de lo habitual. Se aseguró de que cenáramos antes de las siete, de que nos ducháramos y nos vistiéramos con nuestra ropa del *sabbat*. Al final, nos peinamos muy bien y estábamos sentados en la sala de estar tal vez una hora antes del concierto. Mamá también se había vestido muy bien y se sentó junto a nosotros. *Herr* y *frau* Zegers estuvieron listos antes que nosotros y nos reservaron sitios cerca de la radio.

—Primero, los músicos de la orquesta entran al escenario —explicó mamá—. Ahora el pianista —agregó—. Danusha, pon atención; después de ellos vienen los violinistas, el chelo, el clarinete y el tambor. Me pregunto cuántos músicos acompañarán a Stella; si es un

concierto importante, probablemente cincuenta. Y, por supuesto, está el director. Él viste de frac, una chaqueta especial para el director, y una pajarita, que es una pequeña corbata en forma de lazo atada alrededor del cuello. ¿Y qué se pondrá Stella? ¿Tal vez el vestido de color rosa con el cinturón azul pálido que usó en el concierto al cual asistí… al cual asistimos… en Berlín? —dijo, y encorvó los hombros como si la silla no tuviese respaldo.

Le pedí a Yashu:

—Deja de dar patadas a la silla, para.

Mamá me miró y no dijo una palabra.

Le devolví la mirada y entonces ella se enderezó y se apoyó en el respaldo.

El concierto no había comenzado y *herr* Zegers cogió el periódico e hizo un ruido.

*Frau* Zegers removió el azúcar en el té mientras golpeteaba la tapa del azucarero. La miré como hacía mamá cuando nos pedía que dejáramos de hacer un ruido, pero *frau* Zegers me ignoró.

Stella cantó arias de ópera en la radio. Tenía una voz perfecta; recuerdo principalmente la opereta *Lehár*, que hizo saltar mi corazón. Al final del concierto nos miramos unos a otros, con la boca abierta, ojos muy abiertos y con toda la excitación de una festividad.

—*Wunderbar, wunderbar* —dijeron los Zegers admirados, aplaudiendo, y nosotros nos unimos.

Mamá se secó las lágrimas con un pañuelo, y *frau* Zegers repartió onzas del chocolate que mamá solía traer de la UNRWA y del cual les daba un trozo ocasionalmente. Lo irritante era que los Zegers se servían sin permiso, como explicó mamá. Yo olfateé la envoltura y ese chocolate claramente había estado en el baño durante un largo tiempo, en el escondite habitual. Incluso aunque olía como el baño, disfrutamos dejándonos la onza en la lengua durante tanto tiempo como fuera posible. Todos queríamos escuchar otro concierto, y *herr* Zegers quiso saber si la carrera de Stella se estaba desarrollando bien después de la guerra.

—Con la ayuda de Dios —respondió mamá—, *von Gott begnadet*, ella es una bendecida de Dios, así que nuestra Stella triunfará, lo sé. —Y la cara de mamá era buena, no lucía tensa ni preocupada. Era la cara exacta que tenía cuando cantaba el aria de «La reina de la noche» de *La flauta mágica* de Mozart.

*Ven, mi amor, ya no me hagas esperar.*
*Ven, mi amor, para adornar tu cabeza amada con rosas.*
*Tu cabeza amada con rosas.*

Yo también estaría dispuesta a bajarle a mamá la luna y las estrellas, como solía decirnos, tan solo para oírla cantar el aria de «La

reina de la noche». Tenía una magia especial para mí, y, si ella dejaba de cantar, yo le insistía:

—Mamá, sigue cantando, por favor no pares.

Ella me miraba y decía:

—Pero si ya ha terminado la canción, Danusha, ese es el final.

Yo no la creía, pensaba que solo lo estaba diciendo por decir. Solo cuando crecí me di cuenta de que esa aria tenía un final.

Le pidieron a mamá que cantara en hebreo «Dios mío, Dios mí, tú me has olvidado» ante los refugiados en Vinnhorst. Ahí había una gran sala, y ella cantó en hebreo y recibió una ovación. En esa sala se organizaban bodas, se ponían películas y se daban las bendiciones para las festividades. Yo aprendí a decir las bendiciones en hebreo, y encendíamos velas en Janucá.

Un día, en Hanover, nos llevaron a ver una obra en alemán, *Utz li Gutz li*.

Viajamos a la obra en un coche verdadero, como los que pertenecían a algunos de los nazis durante la guerra. Mamá se sentó junto el chófer de la UNRWA, mirando por la ventanilla, y nosotros atrás sin decir palabra. Me sentía como un bebé en un carrito. Me gustó el vaivén y no quería bajarme del coche cuando llegamos. Siempre me ocurría lo mismo: me encantaba el viaje y odiaba llegar a un lugar extraño .

La vida en el apartamento del 113 de la calle Podbeilski en Hanóver podría haber sido bastante buena, de no haber sido por Hanchka.

Mamá la había invitado a vivir con nosotros. Hanchka, prima de mamá, era bajita y cojeaba porque tenía una pierna más corta que la otra. Vino con nosotros procedente de un pequeño pueblo de Polonia y nos contó cosas que yo no quería oír. Dormía conmigo en el cuarto. Mamá y Yashu dormían en la sala de estar.

Hanchka rezaba todo el tiempo, ch, ch, ch, y hablaba de lo que le había ocurrido en el campo de concentración. Según sus historias, entendí que el campo de concentración era algo bueno y que el comandante del campo era alguien que le hacía favores.

Hanchka era completamente diferente de nosotros. Era morena, hablaba en un murmullo alto, lo cual no nos estaba permitido hacer, y no sabía sonreír. Gritaba como un animal con la boca casi cerrada.

Yo casi no la miraba a la cara porque lo que veía allí no era bueno. Si alguien me decía que yo me veía como una *shiksa*, una gentil, lo cual era un cumplido, la cara de Hanchka se volvía como un largo lápiz doblado y entonces me castigaba por algo, daba igual por qué.

—¿Qué te crees, que eres una princesa ahora? No, no lo eres. Haz la cama de inmediato —me regañaba.

—Primero sé una princesa y luego puedes hacer que otros limpien y

ordenen para ti, ¿me oyes?

—Cierra la boca o nunca conseguirás un marido.

Se quedaba de pie cerca de mí cuando yo estaba leyendo en alemán, un idioma que ella no conocía. Yo la creía con respecto a lo del marido, debido a su voz susurrante y segura.

Ella y mamá andaban detrás de mí y decían que yo era desordenada. Que necesitaba muchas habitaciones porque yo era una princesa, incluso antes de que alguien me quisiera. Que yo era irresponsable. Que mi cabeza era demasiado grande. Que caminaba como un pato, ¿por qué? Porque tenía pies planos .

Yo creía cada palabra que ambas decían sobre mí. Me sentía como una hoja seca que alguien había pisoteado en la calle. Incluso después, cada vez que la gente me miraba, me asustaba y me decía a mí misma que probablemente podían ver que mi cabeza era muy grande, que andaba mal, que tenía la boca abierta y no cerrada.

Tengo una fotografía de aquellos días. En ella aparecemos mi hermano, yo y otros cuatro niños, todos estudiantes hebreos de la comunidad judía. Mamá nos mandó a aprender hebreo con Yehuda, un maestro de Eretz Israel. El maestro de hebreo tenía el cabello alto y grueso, como una torre con escalones.

En el reverso de la fotografía estaba escrito:

*¡Para el recuerdo eterno!*
*Esta fotografía se hizo en Hanóver, Alemania, el 1-5-47*
*Escuela de Hebreo, Departamento A*
*Yehuda Miriam*

Me gusta mirar la fotografía del recuerdo eterno. En ella hay una niña con rizos. Otra sin rizos, solo un lazo, y otra niña de ojos castaños, y después yo, con una delicada blusa de lana con vívidos bordados y encajes, con un dulce pompón que mamá me había comprado. Aunque he crecido desde entonces, recuerdo la blusa con el pompón. En la foto, mi hermano está de pie junto a mí. En el otro lado de la imagen hay un chico alto, con el pelo lacio y los ojos claros. Su nombre es Peter, otro Peter, y este Peter quería acercárseme, y yo no sabía qué hacer con Peter, que quería sentarse junto a mí y me daba un caramelo. Lo miraba con la boca cerrada y caminaba junto a él tan poco como fuera posible para que él no viera que yo tenía los pies planos y caminaba como pato.

Peter solo me sonreía a mí, y enseguida bajaba la cabeza, y yo hacía lo mismo. Me guardaba el sitio en la clase. A veces veía que estaba esperando en especial por mí antes de ir a clase, al igual que cuando terminábamos de estudiar .

Un día, mamá, Hanchka, Yashu y yo fuimos a un lugar llamado

Blanke Neze, un pequeño pueblo cerca de Bergen Belsen. Se preparaba una festividad en el pueblo. Fuimos en el coche de alguien del Comité Judío. Yo llevaba una guirnalda de margaritas blancas en la cabeza y un vestido blanco. Cuando me miré en el espejo, vi que la guirnalda y el vestido me favorecían. Me sentí especial. Disfruté tanto de sentarme en la parte trasera del coche con toda esa alegría… Y no sabía qué hacer con las manos, la cabeza o los pies. Todos estaban de buen humor, no solo yo. Cantamos en alemán y la alegría aumentaba con cada canción. Cuando comenzaron a cantar «Hay un agujero en el cubo…», todos rompieron a reír, y yo también. Entonces escuché en el oído el sonoro susurro de Hanchka: «Tonta, ¿por qué te ríes? No entiendes nada».

Al instante dejé de cantar, miré a mamá, sentada en el asiento delantero, y me hundí en el trasero. El problema con el coche era la imposibilidad de moverse, alejarse, irse a otra habitación y cerrar la puerta. Tenía que quedarme apretada contra Hanchka, que le puso más empeño y se rio en voz alta hasta el final de la canción. Lamenté no poder vomitar y detener el viaje. Lamenté no tener fiebre y tener que regresar a casa de inmediato. Me ardían los ojos. La fiebre nunca me llegó a la frente y lloré en el corazón. Sabía cómo llorar sin que nadie lo viera. Las lágrimas que más dolían eran las que se quedaban dentro.

# 18

Ocurrió en el distrito Bad de Alemania. Mamá nos llevó, dijo «Adiós, Danusha; adiós, Yashu» y se fue. Estuvimos solos sin mamá durante semanas. Era como si me hubieran cortado una pierna o un brazo. El cuerpo se desvaneció, solo quedó el brazo. El dolor era insoportable, y comenzó en verano, en Bad Harzburg.

Primero, nos fuimos de vacaciones sin Hanchka; en realidad, un buen comienzo para mí. Alquilamos un apartamento en Bad Harzburg, cerca de un gran bosque. Nos fuimos a dar un paseo en el aire fresco con los amigos de mamá, y cantábamos canciones en alemán. Ellos levantaban un pie y, bum, pisaban fuerte con el pie en la primera palabra de la canción. Recuerdo una línea de la canción alemana. Bum. «Qué bueno es casarse, pero tienes que saber cómo comportarte con las mujeres…». Bum. «Qué bueno es casarse, pero tienes que saber cómo comportarte con las mujeres…».

Fue un placer pasear por el bosque de Bad Harzburg y, lo más placentero de todo, escuchar los trinos de los pájaros. No trataba de entender lo que estaban diciendo, como hacía en Brzeżany, deambulando en el campo con disparos que venían del cielo. No quiero pensar en eso, no quiero recordar Brzeżany.

En el bosque de Bad Harzburg, pude mirar de cerca los ásperos troncos cubiertos con una capa verde y suave, el olor del musgo frío. Los altos árboles ocultaban el sol; había una maligna oscuridad en las profundidades del bosque.

Caminábamos en fila; sus amigos en realidad no me dejaban ver a mamá. Caminaban delante y a su alrededor, ocultándola. El hombre que caminaba delante de mí silbaba como un pájaro, y Yashu, que iba a mi lado, trataba de imitarlo. Yashu exhalaba y exhalaba. Fuu. Fuu. Fuu. Y otro largo fuuu, sin éxito. Se llevó los dedos a la boca, exhaló con todas sus fuerzas y entonces le salió un huuuu. Yashu estaba encantado y practicó durante todo el camino. Yo buscaba a mamá entre sus amigos. Me relajaba cada vez que veía el pañuelo que llevaba en la cabeza.

En una de las intersecciones del bosque, vi un letrero que apuntaba hacia un camino de tierra que decía: «Ruta de los Filósofos».

Pensé que era un hermoso nombre, misterioso y noble. Le dije a Yashu: «Escucha, qué bonito nombre», pero él quería silbar y competir con todos los que caminaban con nosotros. Yo quería saber adónde llevaba ese sendero; en el interior del bosque, ¿podría haber casas misteriosas en las que vivieran filósofos de largas barbas y gruesas gafas, acompañados de una enorme torre de libros? Entonces nos

sentamos a descansar. Mi hermano y yo cogimos unas mantas que los amigos de mamá habían traído al paseo, nos las enrollamos alrededor de la cadera y caminamos por el sendero, diciéndonos uno al otro: «Somos filósofos, somos filósofos». Nos sentíamos importantes y eso me hizo sentir bien.

Un día, mamá y yo fuimos a un café en Bad Harzburg. Ella se encontró con una amiga, tomamos café y comimos pastel. La amiga de mamá me miró y dijo que a sus hijos siempre querían patatas asadas.

—¿En serio? —se maravilló mamá—. Los míos no quieren comer nada especial.

No entendí lo que había querido decir. ¿Los niños podían querer algo? ¿Pedirle a mamá pastel o una golosina? Mientras tanto, me comí mi pastel despacio y en silencio. En mi corazón, deseaba que mamá me llevara otra vez al café, que me comprara otro pastel, en cambio nos llevó a Yashu y a mí a una casa en Bad Harzburg. Allí vivían dos alemanas que no conocíamos, Gertrude y Trude, que tenían delgadas trenzas alrededor de la cabeza y pecas en la nariz.

Entramos en la casa y estreché las manos de Gertrude y Trude. Nos presentamos, Yashu, Danusha, y ellas asintieron con los ojos entrecerrados.

—Me voy fuera, niños —dijo mamá, poniendo nuestra maleta cerca de la puerta—. Dadle un beso a mamá. —Y se acuclilló.

Cada uno le besamos una mejilla.

—Adiós, Danusha; adiós, Yashu —se despidió y regresó al sendero. Y se fue.

¿Eeeh?

Yo tenía como nueve años y medio. Mamá decía: «Eres mayor, tienes que ceder». Pero, de todas maneras, no podía respirar. Sentí que mi corazón se había ido con mamá, solo mis piernas permanecían en su lugar.

¿Eso es lo que pasa cuando mueres?

Gertrude y Trude dijeron algo. No entendí qué. Yashu me miró. Le devolví la mirada con ojos que veían sin entender lo que nos estaba ocurriendo. Trude —¿o fue Gertrude?— me cogió del brazo y me llevó a una habitación con dos camas. Puso la maleta cerca de una de las camas y salió. Mi hermano la siguió. Alguien abrió la puerta. Un minuto después, oí a Yashu jugando fuera.

Sin saber qué hacer, me quedé en la puerta. Los edredones de las camas estaban estirados bajo una almohada blanca. El otro lado estaba metido bajo el colchón. Las alfombras del suelo eran pequeñas. Miré a la colorida cortina de la ventana; llegaba al suelo. Me acerqué, cogí el borde y, alzándolo con cuidado, entré en sus pliegues.

Estiré los brazos a los lados, agarré los bordes, tiré de ellos hacia mí

y me di la vuelta allí mismo. La cortina me envolvió por completo. Me quedé cerca de la ventana durante una hora. Tenía la boca seca por el olor a bolas de naftalina que había en la habitación.

Gertrude o Trude vino para llamarme a cenar. Yo no quería nada .

Gertrude o Trude permaneció en la puerta. Su delantal limpio parecía de madera.

—Estoy esperando —dijo.

Yo quería orinar y apreté las piernas para que no se me escapara.

—Te estoy esperando, Danusha, ¿me oyes o no? —Se aproximó y comenzó a silbar una cancioncilla alegre que yo no conocía.

No pude soportarlo.

—No voy a salir —dije en alemán.

—Sal de esa cortina ahora mismo —gritó, dando con la mano contra el delantal. Pam. Pam.

—No voy a salir. Tengo que quedarme aquí.

—No tenemos que hacer nada; lo único que tenemos que hacer es morir. —Echándome encima el picante olor de ajo, se alejó y siguió silbando.

Yo salí de la cortina y la seguí, encontré el baño y entré.

Esa noche, en mi cama, no pude dormir. Cerré los ojos y me pregunté: «¿Dónde está mamá, dónde está mi mamá? Ven, mamá, ven, mamá, mamá, mamá».

La figura de una mujer apareció frente a mí, transparente, borrosa; no pude verle la cara, solo una sombra. La mujer se acercó a mi cama. El corazón me saltó en el pecho. ¿Mamá? ¿Mamá?

Abrí los ojos; la mujer se evaporó. Miré a mi alrededor. Yashu estaba dormido en su cama. Estábamos solos.

Con cuidado, cerré los ojos y me hundí en la cama, esperando sin moverme. La mujer regresó. Oscura y silenciosa, se quedó de pie junto a mi cama; un agradable calor se esparció por mi cuerpo. Sentí que me hundía en la cama, respiré con calma y me quedé dormida.

Busqué a mamá por la mañana. No la encontré. Me dolía todo el cuerpo; era insoportable.

Me escondí detrás de la cortina, negándome a salir incluso cuando Gertrude o Trude me llamaron para que lo hiciera. Y tenía la nariz húmeda. La toqué con un dedo; había sangre. Presionando un pañuelo contra la nariz, lloré en silencio. Mamá, ¿dónde estaba mi mamá? La noche regresó. En el momento en que cerré los ojos, la mujer oscura se quedó en pie junto a mí. Respiré con calma y logré quedarme dormida.

Unos días más tarde tuve tosferina. No podía dormir por la noche por la tos. Sentía la garganta rasposa y me dolían las costillas en el pecho. Durante el día, tosía detrás de la cortina. Tosía cuando me

quedaba en pie o cuando me reclinaba en la pared y cruzaba las piernas. Cuando más tosía era cuando me sentaba en el suelo con la cabeza entre las rodillas. La cortina temblaba con mi tos y me ardía la frente. Traté inútilmente de encontrarme el pulso.

Le rogué a Dios: «Por favor, haz que mamá venga, haz que mamá me lleve lejos de aquí».

Una noche me di la vuelta en la cama y de pronto me topé con una pierna. Una pierna tibia. Me llevé un gran susto. ¿Qué era? ¿Quién era? ¿Mamá? Sentí un calambre eléctrico en las plantas de los pies. Comencé a temblar. ¿Estaba mamá acostada junto a mí en la cama?

No, estaba soñando. Cerré y abrí los ojos. La pierna estaba allí. Me pellizqué los dedos de la mano derecha; me dolió. Empujé con cuidado mi pierna hacia abajo; la pierna que estaba junto a mí era larga como la de mamá.

Me incorporé en el codo, sentándome un poco. Me reí y lloré en silencio, «mamá, mi mamá».

Mamá dormía. Me puse las palmas en las mejillas y apreté fuerte. Shhh. Shhh. Shhh. La tos se calmó.

Al día siguiente, mamá nos llevó de regreso a Hanóver.

Mamá les contó a los invitados de la sala de estar acerca del buen cambio que tuvimos en Hanóver. Recibía vales para comida, cigarrillos y café de la UNRWA. En aquellos días había mucha hambre en Alemania. Todo el que tuviera granos de café, que ellos llamaban *Kaffeebohnen*, era rico. Los alemanes enloquecían por café verdadero y cigarrillos. Ella intercambiaba cigarrillos y café por otros productos, y me di cuenta de que tenía también un buen sueldo. Por primera vez en muchos años, se sentía esperanzada, porque se acercaba el día en que podría viajar con sus hijos a Palestina, el país de sus antepasados, y, mientras tanto, compraba cosas para el hogar que la ayudarían a arreglárselas.

Entonces su querida pariente, Henia, a quien llamaban Hanchka, se nos unió. Shmuel permaneció en el campamento de personas desplazadas, y ella ayudaba con los niños, ayudaba durante las horas en que mamá estaba trabajando duro en la UNRWA con los pobres refugiados. En cuanto le oí a mamá decir el nombre de Henia, me empezó a picar todo.

El buen cambio al que mamá se refería no me causó esa impresión. De hecho, padecí todo tipo de enfermedades.

—Fue por la falta de vitaminas —explicó mamá a los invitados—, y el estrés de tenernos que mudar durante la guerra también nos afectó mucho.

Contó que los médicos de Hanóver le recomendaron que se llevara a los niños de vacaciones al pueblo balneario de Bad Pyrmont para que

respiraran aire fresco. Le dieron dos semanas de vacaciones y viajó allí con los niños.

—Viajamos a Bad Pyrmont en primavera —dijo mamá—. Alquilé una villa con un balcón redondo. El aire era bueno, había un poco de sol, más nubes, un paseo junto al río y un bonito jardín con plantas.

»Nos quedamos en una pensión dirigida por una familia alemana. Yo traté de conseguir más verduras y frutas para fortalecer a los niños. Caminaba con ellos por un gran parque cada día, para que tuvieran tanto aire fresco como fuera posible. En el parque me encontré con gente que había quedado discapacitada a raíz de la guerra, alemanes a quienes les faltaba una pierna o un brazo, a veces ambas piernas, y tenían solo media cara. Algunos tenían el cuerpo vendado, o yesos, caminaban con muletas y parecían demonios. Algunos de los discapacitados se inclinaban en el suelo para recoger colillas de cigarros y después intentaban encenderlas para fumar. No siempre lo lograban. Se sentaban junto a mí en el banco sin saber que yo era judía.

»A menudo los oía presumir de que no hacía mucho tiempo podían matar a mil personas al día, y que ahora casi no podían conseguir una colilla o un trozo de sándwich. Decían que habían sido oficiales de alto rango y que ahora eran víctimas de la guerra, ¿eh?

En el momento en que mamá dijo las palabras «víctimas de la guerra», la sala de estar comenzó a retumbar y a cuchichear; era lo mismo con cada nuevo grupo de visitantes. La gente exclamaba a la vez: «¿Quién empezó la guerra, quién?, ¿y ahora son las víctimas? Caminando con vendajes, en muletas, ¿y nosotros qué, eh?

Yo podía ver en la cara de mamá que esta indignación le disgustaba, y también lo veía el señor Bogusławski. Se quedaba de pie frente a la ventana, la abría y miraba hacia fuera, fuera invierno o verano, lo mismo daba.

—Cierra, hace frío.

—Cierra, hace calor, ¿no ves el termómetro?

—¿Por qué juegas con la ventana en mitad de un evento?

¿Y mamá? Miraba al suelo sin moverse y el señor Meltzer no despegaba la vista de ella. Se inclinaba hacia delante y se deslizaba hasta el borde de la silla, como si estuviera montando un caballo, y se aproximaba a ella para poder extenderle la mano y llevarla tan lejos como fuera posible. Así era con esta historia de Bad Pyrmont. Mamá nunca mencionó Bad Harzburg, como si nunca nos hubiera dejado solos con Gertrude y Trude.

—En Bad Pyrmont encontré una profesora de piano para mi hija —dijo mamá—. Su nombre era *frau* Von Dorf. Era una mujer educada, alta y muy delgada.

En cuanto mamá dijo el nombre de *frau* Von Dorf, vi el pequeño

parche calvo en su cráneo con el fino flequillo. Me pidió que tocara una pequeña pieza que yo conocía, y a mí me dio pena. Extendí los dedos temblorosos sobre el teclado, toqué algo y entonces ella tocó una o dos piezas, cambió el ritmo y me pidió que lo repitiera. Yo lo repetí sin esfuerzo.

*Frau* Von Dorf se concentró mientras yo tocaba, y tenía las profundas arrugas del filósofo en la frente. Vi a mamá mirándola escandalizada. Mamá siempre decía «no frunzas el ceño, cuida la piel». Entonces *frau* Von Dorf se volvió hacia mamá y dijo gélidamente: «La niña tiene oído musical; me encantará enseñarle a tocar el piano».

Recuerdo que mi cara se puso caliente de inmediato. Sentí que la alegría y la tristeza discutían en mi cabeza.

Mamá y *frau* Von Dorf decidieron entre ellas que desde ese momento hasta el final de las vacaciones en Bad Pyrmont yo tendría una lección de piano todos los días, y eso fue lo que pasó.

Por las tardes iba una masajista a la villa. Mamá recibía su masaje y a veces salía a caminar. Sola. Salía de la villa y yo la seguía. Caminaba a lo largo del sendero y yo me mantenía a distancia en el mismo sendero. Giraba en dirección a una avenida de árboles. Yo giraba también, ella miraba hacia atrás, me veía y se detenía, se volvía hacia mí y decía: «Yashu está solo. Regresa a la habitación. No tardo».

Yo me detenía sin decir nada. Ella volvía la cabeza y yo seguía detrás de ella.

—Deja de perseguirme, ¿me has oído?

Yo me detenía, esperaba a que se diera la vuelta de nuevo y continuaba siguiéndola a mayor distancia.

A veces salía sin que yo lo supiera, y eso me dolía.

Una vez me hizo señas para que me acercara y caminamos juntas. A veces renunciaba a la caminata y regresábamos a la habitación.

Un día llegó Helinka a Bad Pyrmont. Estaba casada y embarazada. Al día siguiente, justo después de despertarnos, mamá dijo: «Voy a Hanóver. Helinka se quedará con vosotros. Adiós, Danusha; adiós, Yashu» .

Cogió una pequeña maleta y se marchó.

No recuerdo sentir el mismo dolor cuando mamá se fue de Bad Pyrmont. Me sentía más segura en la villa donde vivíamos. Celebramos la noche del Pésaj con los amigos de mamá, y ella también prometió venir a visitarnos.

Lo que sí recuerdo es a Helinka obligándome a comer. No me dejaba levantarme de la mesa si no había terminado todo lo que había en el plato. Yo tiré la comida en el suelo. Ella la recogió y la devolvió al plato. Yo grité: «¡Déjame en paz! ¡Tú no eres mi madre! ¡Vete, márchate!».

Helinka se quedó y mi cuerpo se fortaleció. Mi hermano también se hizo más fuerte. Mi piano con *frau* Von Dort se fortaleció igualmente, y dos o tres meses después regresamos a Hanóver. Después de eso fue cuando nos fuimos a Bad Harzburg, donde me ocultaba detrás de la cortina y tuve tosferina, y mamá nos llevó de vuelta a Hanóver.

Un doctor de la UNRWA nos examinó. Una radiografía reveló que yo tenía neumonía aguda. Yashu tenía una ligera neumonía. El doctor nos mandó a un sanatorio para pacientes del pulmón en Bad Rehburg, a unas horas de Hanóver. Fuimos allí en el otoño.

Mamá y su amiga nos llevaron en un coche al sanatorio en Bad Rehburg. Nos sentamos en la parte trasera como dos paquetes de dulces. Nos instalaron cerca de la puerta, la manilla bajó y la puerta se abrió. Mamá dijo: «Adiós, Danusha; adiós, Yashu», y se alejaron de regreso a Hanóver en el vehículo.

Nos quedamos solos en el sanatorio. No pataleé ni busqué una cortina para ocultarme. Había aprendido que tenía que arreglármelas sola.

# 19

Una tarde, en un día de verano, en agosto, cuando los invitados esperaban una brisa ligera, o en un frío día de verano, con el viento silbando a través de las persianas, o en el invierno, cuando el mar estaba tan liso como un cristal, mamá les contó a sus invitados de la sala de estar acerca de un hombre de Varsovia que se llamaba Shiyeh. Dijo que trabajaba para el Comité de la Comunidad Judía en Hanóver, un hombre honrado, que tenía talento y buenas relaciones con las autoridades del mandato británico.

—*Er gab mir freie hand*, él me ayudó sin pedir nada a cambio. Shiyeh prometió ayudarme cuando le dije que no podía dejar Alemania sin antes encontrar a los generosos señores con quienes los niños y yo habíamos vivido durante la guerra. Yo sabía que el anciano padre de Helmutt Sopp era médico en la ciudad de Bielefeld y tenía su dirección. El chófer alemán de mi amigo Shiyeh conocía muy bien el camino.

»Llegamos a la casa del viejo doctor, en la ciudad de Bielefeld, antes del mediodía un domingo. Llamamos al timbre.

»Una mujer mayor, que se parecía mucho a Helmutt, abrió la puerta sin mover los labios ni los ojos. Naturalmente, me presenté con mi nombre polaco, Anna Kwiatkowski, el nombre que conocían Helmutt Sopp, su mujer Toni y los niños Peter y Ammon.

»—Soy la hermana mayor de Helmutt —dijo la mujer, con una gran sonrisa expandiéndose por su cara—. Pasen, por favor.

»Nos ofreció un vaso de té y galletas, y dijo que había oído algo sobre la buena ama de llaves que su hermano había tenido en Cracovia, y que se alegraba mucho de conocerme.

—Una excelente ama de llaves —reconoció el señor Bogusławski .

—Y valiente, también —admitió Klara Cohen.

—Y hermosa —agregó su marido, Bernard.

—Gracias —murmuró mamá, dirigiéndose a él—. Naturalmente, pregunté cómo estaban Helmutt y Toni.

»Le conté lo generosos que habían sido conmigo. ¿Sabía que Helmutt se había ido de la casa dejándonos todo lo que había en la despensa y también un montón de carbón? Y, como sabemos, los tiempos eran muy difíciles. Ella no sabía nada de eso.

»Le dije que me gustaría expresar mi agradecimiento personalmente a Helmutt y a Toni, y le pregunté si sabía dónde podía encontrar su dirección. Ella dijo que Toni y los niños estaban con su hermana en el pueblo de Creußen. Agregó que Toni estaba muy bien, los niños también, pero sus ojos miraron al suelo y casi no alzó la vista de

nuevo, y yo pude ver que había algún problema. Y entonces cruzó los brazos sobre el pecho. Un nervio saltó en su mejilla cuando dijo: “Lamentablemente, Helmutt está en prisión, en la ciudad de Fürth, en Bayern. Se le acusó de haber esterilizado a treinta mil enfermos mentales en Polonia durante la guerra cuando era el director del hospital”.

»Le pregunté cuánto tiempo estaría él en prisión y traté de mantener la calma cuando me enteré.

»Me contó con voz débil que lo habían condenado a diez años, diez años… Y entonces se inclinó hacia mí en el sofá, me cogió la mano y me rogó que interviniera ante las autoridades de la prisión a favor de Helmutt. Después de todo, él era un buen hombre.

—Treinta mil. Esterilizó a treinta mil hombres, *oy vey* —dijo Efraim Sonnenfeld, pasando los dedos por la silla hasta su rodilla.

—Enfermos mentales —corrigió mamá suavemente, arreglándose el cuello—, y los esterilizó, no los mató.

—Querría que hubiésemos tenido a un Helmutt así en Auschwitz —admitió Izzy Rappaport, elevando los ojos al techo—. Allí todos iban a las cámaras de gas.

—Él no le habría ayudado, señor Rappaport —replicó Bernard Cohen—. Era solo un pequeño engranaje de la maquinaria .

El señor Bogusławski miró a mamá y exclamó:

—Continúa, por favor, Anna. Se necesita valor.

—Bien, decidí viajar a la prisión en la ciudad de Fürth, en Bayern —dijo mamá—. Esperaba obtener alguna información acerca del día en que mi marido había muerto, para poder conmemorar el Día de los Caídos con los niños.

Levanté la vista del suelo y de inmediato encontré los ojos de mamá fijos en mí. Yo la miré de vuelta mientras me preguntaba: ¿Día de los Caídos para papá? ¿Cuándo hemos tenido semejante día? Nunca lo había escuchado nombrar antes. Terminamos de mirarnos la una a la otra cuando mamá se volvió a los invitados y dijo, con una sonrisa triste: «Así es la vida; no es fácil para nosotros». En ese momento preferí levantarme de la silla e ir a buscar un caramelo a la cocina. No encontré ninguno. Hurgué en el estante de las conservas y encontré un paquete de papel de tofes envueltos en papeles de colores. Me llevé uno a la boca y regresé a mi silla. El dulce se me pegó en los dientes, lo cual fue molesto. Mientras tanto, escuché a mamá decir que Shiyeh, del Comité de la Comunidad, la había llevado a la prisión en su coche. En la puerta, se negaron a permitirle el paso para visitar a Helmutt Sopp, porque estaba acusado de graves crímenes contra la humanidad.

—Puede enviarle cartas y paquetes, pero no puede visitarlo —le dijo el guardia, y aceptó pasar cigarrillos y chocolate que ella había llevado especialmente para él.

Decepcionada, ella regresó a Hanóver y decidió enviarle una carta a la prisión.

Helmutt Sopp le contestó y así comenzaron una correspondencia.

Las cartas de Helmutt eran breves, pero emotivas, les dijo ella a los invitados. Escribía sobre cuánto la respetaba como mujer virtuosa y le agradeció cálidamente los cigarrillos y dulces que le había enviado.

—Eso no es amor —saltó Bertha Ketzelboim.

—Entonces no lo es —respondió el señor Bogusławski, haciéndole señas de que se callara …

Yo los miré y de nuevo me levanté de la silla.

«¿Adónde?», preguntó mamá con los ojos.

«A beber algo», gesticulé.

«¿Otra vez?», ahora moviendo la cabeza y levantando las cejas.

«Tanto como quiera». Subí el mentón y fui a la cocina. Me llevé otro tofe a la boca y volví a sentarme. Escuché la palabra «amor» rebotar entre los invitados al menos cinco veces, pero no estaba segura de que mamá lo oyera. Tal vez porque en su cara todo estaba inmóvil y, en cualquier caso, nunca mencionábamos palabras como esa.

—Las cartas de Helmutt me parecían muy conmovedoras —di-jo—. Sabía cómo relacionar la palabra precisa con cada situación, y era sabio y sensible.

—¿Sobre qué virtudes te escribió? —quiso saber Klara Cohen de repente.

Mamá le sonrió con indulgencia, pero el señor Bogusławski se adelantó:

—Las mejores virtudes de una mujer, Klara.

Yo sonreí y mamá me pilló antes de que pudiera taparme la boca con la mano. De todas formas, metí dos dedos en ella y le mostré cómo tiraba del tofe pegado a mis dientes superiores y cómo no se desprendía. Retiré los dedos y comencé a hacer ese sonido de succión chis, chis, con la lengua entre los dientes, lo cual distorsionó toda mi cara. De nuevo metí dos dedos, algo que mamá me tenía terminantemente prohibido, y entonces eché la cabeza hacia atrás; cuando la enderecé contemplé su gesto confundido. No me hizo ninguna señal de advertencia, me dejó sola con el tofe y los dedos en los dientes.

—Así que él realmente le mostró a Anna un gran respeto —concluyó Henia Sonnenfeld, y mamá le sonrió con ojos brillantes, del color de su vestido.

De nuevo me di cuenta de que todo lo relacionado con mamá era especial o superior, o digno de admiración, respetable o virtuoso .

Y esto fue lo que relató mamá.

—Un domingo fui con mi amigo de Varsovia al pueblo de Creußen. Quería encontrarme con Toni Sopp.

»Llamé el timbre. Toni abrió la puerta. Comenzó a sonreírme y se detuvo. Miró a Shiyeh, que estaba parado detrás de mí. Llevaba puesto un sombrero y también un *techka,* un portafolio. Ella debió de alarmarse, tal vez pensó que él era de la policía o algo así. Se acercó a mí y susurró: *Sie kommen zu mir als freund oder alles feind?* ¿Vienes como amiga o como enemiga?

»La abracé, diciendo: "Vengo como amiga, Toni, y no he olvidado lo bondadosa que fuiste con nosotros". Toni se tranquilizó y nos invitó a pasar.

»Me encantó ver a los niños, Peter y Ammon. Habían crecido desde nuestra separación y se alegraron de verme. Naturalmente, Toni quiso saber cómo estaban Danusha y Yashu, y yo le dije que tenían neumonía y que estaban en un sanatorio especial recomendado por la UNRWA. Le expliqué acerca de la organización y de mi trabajo allí.

»De pronto, un hombre apuesto vestido de uniforme entró en la habitación. Según sus insignias, era un oficial.

»—Señora Kwiatkowski, le presento al mayor Oyette —dijo Toni—. Es estadounidense.

»No entendí qué hacía un oficial estadounidense en compañía de la alemana Toni, tampoco pregunté. Le estreché la mano, intercambiamos varias palabras en inglés y le pedí a Toni que habláramos en privado.

»Fuimos a una estancia contigua. Nos sentamos una frente a la otra en un sofá. Respiré hondo, la miré directamente a los ojos y dije: "Tengo que decirte algo muy importante. Soy judía".

»Toni estalló en lágrimas, me abrazó y me besó. "Oh, pobre *frau* Anna, teniendo que esconderse con los niños. Cuánto debes de haber sufrido. Y qué suerte que Helmutt no supiera que eres judía. Como sabes, era oficial nazi. ¿No viste a todos los oficiales nazis deambulando por nuestra casa? Oh, querida Anna, si Helmutt hubiese descubierto que eres judía, te habría entregado a la Gestapo. Ahora él está en la cárcel por todas las cosas terribles que hizo durante la guerra".

»Miré a Toni. Debo admitir que me impactaron las cosas que dijo de su marido. Sentí que hablaba de Helmutt como si fuera un malvado extraño y no el padre de sus hijos. Naturalmente que no le dije que había ido a visitarlo ex profeso a la prisión.

»Y entonces Toni me cogió ambas manos, me dirigió una dulce sonrisa y dijo: "Yo también tengo una historia sorprendente que contarle. Estoy comprometida con el mayor Oyette. Sí. Con el mayor estadounidense. Y quiere casarse conmigo y llevarnos a mí y a los niños a los Estados Unidos".

Mamá se sopló un fuu fuu en el escote, moviendo la cabeza como diciendo *oy, oy, oy* y dijo:

—¿Qué puedo decirles, amigos?, *außer sich*, yo estaba sorprendida. Pensé que Toni estaba imaginando cosas o exagerando. Era una buena mujer, aunque *frivol*, frívola, como ustedes ya saben. De todas formas, me despedí de ella cálidamente y nos prometimos encontrarnos en el futuro.

—¿Comprometida? ¿Cómo podía estar comprometida? —exclamó la gente, excitadamente, en la sala de estar—. No estaba divorciada, su marido estaba en la cárcel, ¿no?

—Damas y caballeros, están olvidando lo que ocurrió después de la guerra —dijo Bernard Cohen—. La vida no era normal en ningún lugar de Europa.

—Todo era un gran desorden —dijo Efraim Sonnnfeld, agitando su medio dedo.

—Diez años en prisión, *nu*, ¿a qué debía esperar? —asintió Klara Cohen.

—Además, era joven y todavía hermosa —dijo Bertha Ketzelboim, sacando su barra de labios y aplicándosela.

—¿Y qué? Podía haberlo visitado, haberle llevado paquetes, algo —refunfuñó Jacob Ketzelboim—. Fugarse a los Estados Unidos… ¡Puede irse al infierno!

—¿A qué te refieres? —dijo Bertha, enfadada—. Es una mujer inteligente .

—No lo es, y punto —dijo Bernard con voz dominante, y todos guardaron silencio.

—Yo dejé a Toni y entré en el coche. El chófer de Shiyeh estaba esperándonos, y yo no conseguí calmarme en todo el trayecto —dijo mamá, y entonces, al fin, mis dientes se liberaron del caramelo.

Me levanté en silencio, fui directamente a la cocina, directamente a los tofes y cogí dos más. Abrí uno en la cocina y conservé el otro en la mano.

Mamá estaba diciendo:

—No entendí cuándo había tenido tiempo de comprometerse con el mayor. ¿Su marido estaba no muy lejos y ella ya había encontrado un nuevo amor? Y ahora, pensando en eso, incluso durante la guerra, Toni estaba rodeada de amigos que le daban regalos, y, si no recibía hermosos regalos, no permanecía en contacto con ellos, sí. De todas formas, me pregunté cómo había conseguido un nuevo marido tan rápido, una nueva casa y otro país, y cuanto más lo discutía con Shiyeh, más comenzaba a pensar que Toni en realidad no era frívola. Tal vez era más lista de lo que había pensado, porque de todos los hombres que la rodeaban, había elegido a un estadounidense para poder dejar atrás la vergüenza que los esperaba a ella y a sus hijos en la Alemania de posguerra. Sabía planear las cosas. Realmente sabía.

»Tampoco fue mucha sorpresa recibir una carta de Toni poco

después de mi visita con Shiyeh; naturalmente, le había dejado mi dirección. En su carta, preguntaba si podía visitarme en Hanóver.

La primera vez que escuché a mamá contar la historia de la visita que nos había hecho Toni Sopp en Hanóver, me pregunté: ¿Toni Sopp nos había visitado?

¿La dama alemana que me dio panecillos calientes y chocolate durante la guerra había venido especialmente a visitarnos? Enseguida me acomodé en mi silla y, sosteniendo el tofe en la mano, escuché cada palabra .

Mamá relató:

—Un día, Toni llegó acompañada del oficial estadounidense que se había enamorado de ella. Supe de la visita con antelación, así que limpié y arreglé la habitación en su honor.

»A la hora convenida, Toni apareció en la puerta, miró a los niños, se llevó las manos al pecho y exclamó: “¡Queridos niños, cómo habéis crecido!”. Y los abrazó y los besó con gran entusiasmo. Después sacó una bolsa de papel llena de bombones de su bolso y dijo: “Esto es para vosotros, queridos”, y les dio la bolsa. Ellos se comieron los bombones con gran alegría.

Yo no recordaba ni del abrazo ni de los bombones. Pienso que estábamos en el sanatorio con otros niños recuperándonos sin la familia. Tal vez estábamos con Gertrude y Trude en Bad Harzburg. Pero mamá dijo específicamente que Toni se había entusiasmado con nosotros. ¿Podría haber olvidado yo esa visita?

Mientras tanto, oí a mamá decir que el mayor Oyette, el pretendiente estadounidense de Toni, tenía una mata de pelo impresionante y un hoyuelo en la barbilla, como el actor estadounidense que vemos en el cine, ese cuyo nombre se le olvida, pero que yo sé que es Kirk Douglas. Según mamá, el mayor le dijo formalmente que él y Toni estaban comprometidos y que quería casarse con ella, pero que la ley le prohibía casarse con una alemana a menos que ella pudiera probar que no era una nazi. El hecho de que Helmutt Sopp, el marido de Toni, estuviera en la cárcel y considerado un criminal de guerra estaba causando dificultades con el matrimonio y otros impedimentos.

Mamá se aclaró la garganta y dijo:

—Yo estaba muy sorprendida y me pregunté si Toni se había divorciado de Helmutt. Y más sorprendida estuve cuando Toni se volvió hacia mí con una sonrisa autoindulgente y dijo: “Ya sabe, *frau* Anna, yo la recibí con sus hijos en mi hogar, aunque sabía que usted era judía”.

Mamá guardó silencio.

Vi que el impacto en las caras de la gente parecía amenazador .

—¿Qué quiere decir con que ella lo sabía? ¿Qué sabía ella? —Y apoyaron a mamá.

—Mujer malvada.

—Qué egocéntrica.

—Esos dos no tienen vergüenza.

—Merecen ser castigados, eso es lo que debió haber pasado.

—Como ya les dije, me presenté como la mujer de un oficial polaco desaparecido en combate, y eso era lo que Toni sabía —dijo mamá, su voz casi inaudible en medio de las voces.

Miró al señor Bogusławski, esperando que se pusiera en pie y ayudara. Él lo hizo, levantó los brazos y los agitó, como un águila que quiere volar y se rinde, quiere volar y se rinde. Había visto un águila así en el cine. Finalmente, cuando dijo «Anna, continúa, estamos contigo», los invitados se callaron.

—Toni y el mayor Oyette me pidieron que hiciera una breve declaración ante notario diciendo que Toni sabía que yo era judía desde el día en que llegué a su casa. Sí, me pidieron eso explícitamente, o no podrían casarse. Debo admitir que al principio me negué. Les expliqué que no sería justo para Helmutt, que estaba en prisión, el que yo hiciera una declaración que ayudara a su mujer e hijos a dejarlo por un estadounidense. Pero recordé que Toni me había dicho más de una vez que no amaba a su marido, que él le era infiel, pero que ella también le había sido infiel; ya les he contado acerca de las fiestas que había en su casa. Reflexioné mucho y llegué a la conclusión de que, si la ayudaba, tal vez comenzaría una nueva vida, una vida mejor para ella y sus hijos.

Mamá bajó la voz como si le costara decir las siguientes frases.

—Recordé que Toni siempre había sido buena conmigo; yo confiaba en que nos habría ayudado en tiempos difíciles, realmente lo creía. Y así, después de mucha sesuda deliberación, firmé la declaración, aunque me dejó con sabor malo y amargo en la boca.

Mamá calló .

—Tú no tienes la culpa —exclamó Bertha Ketzelboim—. Tú no tienes la culpa. ¿Qué podías hacer cuando esos dos te pusieron en el compromiso?

—Muy cierto —dijo Izzy Rappaport—, debemos recordar que Toni era la mujer de un oficial nazi. No sabemos cuál era su posición. Tú nos has dicho, Anna, que era una estudiante de instituto cuando se casó con él.

Miré a mamá, vi que le brillaban los ojos y tenía el cuello ligeramente ruborizado, y me dije a mí misma: «Ah, eso probablemente es excitación, sí». Mamá estaba excitada al hablar acerca de Helmutt y Toni, y eso es lo que veía en su cara cada vez que contaba la historia, mientras yo me echaba un tofe a la boca.

Los invitados rodearon la mesa de refrigerios. Yo fui a la ventana que había sobre mi cama y miré el cielo. Una nube oscura se elevó, la luna brillaba como una actriz en el escenario, iluminada por el círculo de luz justo antes de que cayera el telón. Me pregunté por qué mamá buscó a Helmutt y a Toni después de la guerra: después de todo, ella sabía que ellos eran nazis y que ella era judía; a fin de cuentas, les había mentido al presentarse como una mujer polaca, ¿entonces por qué era tan importante para ella buscarlos después de la guerra? ¿Un Día de los Caídos para papá? No me cuadraba. Cuanto más pensaba en ella ante la ventana, mejor entendía que ella tenía un trabajo importante en la UNRWA, una organización internacional conocida por todos, que tenía un buen sueldo, mucha comida y un chófer con portafolios en un momento en que la situación en Alemania era muy difícil. Cómo cambian los tiempos.

Toni había visto a mamá. Helmutt todavía no. Lo habían juzgado y encarcelado por crímenes de guerra, según les había dicho mamá a sus invitados, pero aun así seguía enviándole cartas y chocolate. Y quizá, quizá mamá echaba de menos las buenas palabras de Helmutt en el pasado, y él probablemente continuaba escribiendo bellas palabras en las cartas que le enviaba a ella. Eso fue lo que me dije mientras estaba parada ante la ventana.

La luna desapareció. Las estrellas también. Yo quería dormir, y de nuevo me alegré de estar sola en mi cama.

# 20

Un viento frío desparramaba las hojas rojizas en las aceras; de la noche a la mañana, los árboles habían adquirido un matiz flamígero. Esa mañana caminé con mamá y Yashu hasta el pequeño coche. Llevábamos puesta ropa para el frío, un abrigo de tres cuartos, gorro de lana, guantes y botas. Mamá vestía un abrigo largo con pieles en el cuello, y un sombrero y guantes que hacían juego con su abrigo gris. Llevaba dos pequeñas maletas que le entregó a Shiyeh, que había ido a recogernos. Sus pasos eran cortos y rápidos, y tenía el cabello marrón y una nariz bulbosa.

Shiyeh nos ayudó a subir al coche. Un chófer con un fino bigote y un gorro tipo militar nos dio los buenos días en alemán. Shiyeh dijo alegremente en polaco:

—Vamos al sanatorio para pacientes con enfermedades pulmonares en Bad Rehburg, donde os pondréis bien, niños.

—Con la ayuda de Dios —dijo mamá, ayudándome con mi abrigo. También ayudó a Yashu y después le dio un beso en su dulce cabecita.

—¿Listos? —preguntó Shiyeh, dando la vuelta, y vi en sus ojos que él también esperaba una buena palabra de mamá.

—Listos —dijo mamá, regalándole una adorable sonrisa.

—Gracias —le dije en voz baja a él, y comencé a toser. Me cubrí la boca con la mano y me quedé cerca de la ventanilla.

—Tose bajito —susurró ella.

No pude.

Alcé la vista hacia ella y nos miramos. Mamá se sentó junto a la ventanilla. Yashu se sentó en el medio. Yo estaba detrás del chófer, cerca de la ventanilla. Bajé la cabeza y tosí en dirección al suelo. Miré hacia arriba y mamá me sonrió. Volví a encarar la ventanilla y, si me venía la tos, ya no me molestaba. Disfruté del trayecto en coche, incluso del frío punzante en la cara. Eran como alfileres que bailaran en mi piel. Más que nada, disfruté el vaivén y los pequeños saltos del vehículo.

Hileras de árboles comenzaron a correr a los lados, subiendo y bajando las montañas, y una fina llovizna empezó a caer. Cerré la ventanilla y conté las gotas que trazaban senderos descendiendo por el cristal.

Después de media hora, ya me había hartado. Miré a Shiyeh. Tenía un cuello ancho y quería gustarle a mamá. Le sonreía amablemente, tratando de entablar una conversación interesante. Mamá respondía con cortesía, pero su cara mostraba que quería que la dejaran en paz. Lo vi en sus ojos, fijos en la carretera. Shiyeh no dejaba de hablar ni

de hacer preguntas, algunas de las cuales él mismo contestaba.

Sabía en mi corazón que no había ninguna oportunidad de que mamá lo eligiera, ninguna en absoluto. Él era un hombre bueno y generoso, pero era de baja estatura, feo y sin chic, como me decía mamá cuando elegía o comía algo: «Danusha, ¿recuerdas la noción de chic?», preguntaba, aun antes de que yo aprendiera a leer.

«Danusha, qué lástima que no haya nada chic —decía cuando hablaba del reparto de ropa a los refugiados—. De hecho, hay muchas cosas buenas, pero dárselas a gente sin elegir lo que les queda bien, o lo que es feo, es como darles comida, todos reciben lo mismo. ¿Entiendes, Danusha?».

¿Sinceramente? Mamá tenía mucho chic y recibía muchos cumplidos, así como amigos. Shiyeh, por ejemplo, la llevaba a todas partes en el coche con su chófer personal. Ella sabía cómo hablarles agradablemente a todos, a cada uno en su propio lenguaje.

Me dije a mí misma que, cuando creciera, quería ser como mamá, sí.

Viajamos durante cuatro o cinco horas y llegamos al sanatorio de Bad Rehburg .

Shiyeh sacó las maletas. Dos monjas nos saludaron. La monja más mayor anotó nuestros nombres en un cuadernito que se sacó del bolsillo. La más joven cogió las dos maletas y nos sonrió.

Besé a mamá. Yashu besó a mamá. Estrechamos las manos con Shiyeh y le dimos las gracias. Mamá les dio las gracias a las monjas, dijo «Adiós, Danusha; adiós, Yashu», subió al asiento trasero y el coche se alejó inmediatamente.

La monja joven cogió la maleta de Yashu y le dijo que la siguiera. Él me miró como diciendo «¿qué quiere?». Siguió a la religiosa; ambos estábamos acostumbrados a obedecer.

Yo permanecí con la monja más mayor. No lloré. Estaba acostumbrada a que me entregaran como si fuera una maleta. ¿Alguien le pregunta a una maleta si quiere irse o adónde quiere ir? No. Mamá decía «ve», yo iba. «Siéntate», yo me sentaba. «Come», yo comía. «Toca el piano», yo tocaba. «Ponte de pie en una silla y recita a Adam Asnyk», yo recitaba. «Adiós, ya me voy», yo me quedaba. El dolor feroz aparecería después del primer día, el segundo día, y mucho más tras el tercer día.

Después de haber descansado un poco los pies, la monja mayor cogió la maleta y me hizo señas con la cabeza para que la siguiera. Yo caminaba rápido, siguiendo sus pasos. Entramos en un cuarto donde había una cama blanca y una mesa blanca, en donde había cosas cubiertas con un lienzo blanco. Ella me sentó en una silla junto a la ventana, se sentó frente a mí y dijo: «En un rato te revisaremos la cabeza, Danusha, para ver si tienes piojos».

Yo sabía lo que eran los piojos. Mamá me había contado que los

refugiados en Vinnhorst habían traído piojos al campamento. Los doctores de la UNRWA daban tratamiento para los piojos, pero era sabio mantenerse alejado de la gente que se rascaba la cabeza, para no contagiarse. Dios no lo quiera.

Dos monjas entraron en la habitación. Llevaban puestos delantales blancos sobre sus hábitos oscuros y portaban lupas. Las monjas miraron mi cabello limpio y espeso, y una le dijo a la otra que yo probablemente venía de un lugar mejor que los demás. Más tarde descubrí que en el sanatorio para pacientes con enfermedades pulmonares de Bad Rehburg había refugiados pobres provenientes de todo tipo de lugares, y que había dos alas: el ala de los niños y el ala de las niñas.

A mi hermano lo habían enviado al ala de los niños el día en que llegamos al sanatorio, y no lo volví a ver. Solo una vez.

Estaba yo caminando por el pasillo, acercándome a la puerta que daba al ala de los niños y que siempre estaba cerrada, y la puerta se abrió. Yashu estaba allí. Su cara era de color amarillo limón. Y, cuando me vio, saltó y exclamó: «Danusha, Danusha», y se mordió los labios y se llevó las manos a la cara, y pude ver el esfuerzo que hacía para no llorar. Entendía que llorar era inútil. Yo ya lo había aprendido hacía mucho tiempo. Miré al suelo. No podía mirar los ojos suplicantes de mi hermano, simplemente no podía. Sentí que yo no tenía ni una brizna de espacio para su sufrimiento. Ni una. Ni una. Estaba llena con mi propia pena, ¿entiendes, Yashu?, así era como me sentía.

—Vete, Yashu, vete —exclamé, dándole la espalda—. Vuelve a tu cuarto, Yashu, ¿me oyes?

Y él se fue.

La puerta se cerró detrás de él. Yo me quedé sola en el pasillo.

En el ala de las niñas, compartía habitación con otras dos chicas. Vera era rubia, Paula tenía la piel oscura.

Vera me pidió que la ayudara a escribir una carta en alemán para su novio. Escribí el nombre de su novio con minúsculas. Un día, él vino al sanatorio y le gritó a Vera: «¿Cómo te atreves a escribir mi nombre con minúsculas?».

Vera se asustó. Se escondió detrás de la cama, me señaló y gritó: «No fui yo. Fue ella. Fue ella». Yo no me sentí nerviosa por él.

El horario diario del sanatorio me molestaba. Había dos partes del tratamiento de la neumonía: la primera era que desde por la mañana hasta el mediodía nos acostábamos en butacas en la terraza abierta, con gruesas mantas cubriéndonos todo el cuerpo. Nos quedábamos como muñecas, sin movernos.

—Reposo absoluto, niñas —decían las monjas—. Está prohibido

levantarse o hablar. Ahora, abran la boca mucho, mucho, beban aceite de pescado por su salud.

Yo quería vomitar. Me acurruqué en mi butaca, mirando al cielo. Había una nube que parecía la cara borrosa de un anciano o anciana. La nube se torció y se desvaneció.

Oí a dos niñas susurrando a un lado. La monja gorda con pelos en la barbilla estaba sentada al final de la hilera y constantemente nos indicaba con el dedo que estuviéramos calladas.

Comencé a traducir las palabras del polaco al alemán: mano, pierna, cabeza, nariz, boca, oídos, ojos. La cara triste de Yashu me salta a la mente. Cierro los ojos y agrego palabras: puerta, ventana, suelo, cortina, pasillo. Me detengo. No sé cómo decir pasillo en alemán.

Yashu de pie en el pasillo, extendiendo las manos hacia mí.

Comienzo a murmurar: «Árbol. Sendero. Tierra. Cielo. Pájaro».

Escucho a Yashu exclamar: «Danusha, Danusha».

Murmuro más rápido: «Pájaro. Vuela. Lejos. Desaparece. No quiero estar aquí. No. No. No».

Bum. Oigo un golpe en mi oído. Como una puerta que se cierra en el ala de los niños.

Traté de quedarme dormida. Las hormigas reptaban bajo la piel de mis pies, trepaban a la rodilla, se diseminaban a los lados; mientras tanto, otro grupo de hormigas me picaba en la espalda. Golpeé los talones en el suelo. Una, dos, tres veces; las hormigas se fueron. La monja gorda me hizo señas de que parara.

Estaba tumbada allí como un cadáver. Las hormigas regresaron y yo ya había tenido suficiente. Quería retirar la manta, saltar de la butaca y correr al bosque. No, no, hacía frío allí. Quería correr a la habitación, meterme bajo la manta de mi cama y quedarme allí, en la oscuridad. Sola. Déjenme sola todos.

Por el rabillo del ojo vi que la monja gorda me vigilaba. Sus cejas se juntaron como si pelearan. La monja que estaba sentada en el otro extremo tenía los ojos saltones, como la carpa que había visto en la cocina de los Sopp. Cerró el libro que tenía en el regazo y se puso en pie.

Yo miré a un lado. La niña junto a mí tenía las mejillas húmedas de lágrimas y mocos.

Cerré los ojos y comencé a contar hacia atrás en alemán: cien, noventa y nueve, noventa y ocho, noventa y siete…, seis, cinco…

Cuando llegaba la hora del almuerzo, yo era la primera en saltar.

Y después nos mandaban a dormir. No había ninguna actividad organizada por la tarde. A veces las monjas nos llevaban a caminar al bosque. Caminábamos en una larga fila y en absoluto silencio. Yo recordé las caminatas que dábamos en el bosque con los amigos de mamá, y su hermosa forma de cantar, pisando fuerte a tiempo con la

primera palabra de la canción. Comencé a pisar fuerte sin cantar. Cuatro pasos y piso. Cuatro y piso. Una de las monjas me apretó la mano y entendí por el dolor que debía parar.

Tras la caminata cenábamos. Y después, buenas noches, buenas noches, luces apagadas, sin cuentos y sin mamá.

Al día siguiente, de nuevo sin mamá. Y otra vez la butaca en la terraza con la manta que picaba y filas de hormigas caminando por mi cuerpo. Me rascaba. Ya no podía soportarlo. Rezaba en mi corazón porque algo me sucediera y que se llevaran la butaca. Deseaba que mis piernas pararan.

Si tan solo pudiera vomitar debido a un mal olor. Si tan solo me saliera un sarpullido en las manos. Si tan solo contrajera una enfermedad especial. Me preocupaba Yashu por las hormigas y la manta que picaba en la butaca; me preocupaba por él porque era pequeño y lo dejaban solo todo el tiempo. Una vez por el peligro durante la guerra. Una vez por el peligro con sus pulmones. Una vez porque mamá pensó que unas vacaciones de sanación para dos niños con Gertrude y Trude era algo bueno para la salud .

Tuve difteria, una enfermedad infecciosa. Las monjas dijeron que tenía que estar aislada de las otras niñas. ¡Oh, qué alegría! Me quedaba en cama, sola desde la mañana hasta la noche, en el cuarto de aislamiento, segura de que esa era la mejor forma de que mejorara. Leí las cartas de mamá ciento de veces. Adoraba especialmente leer la introducción que inventaba con cada carta. Mamá nos escribía.

*Moja słodka Danoshaleh,* Mi dulce Danusha…

*Moja Droga i cudowna mami i drogi Yashu…* Mi querida, maravillosa mami, y querido Yashu…

Las palabras de las cartas de mamá tenían el sabor del azúcar. Abrazaba las cartas y decidí que cuando creciera quería ser como mamá, y también tendría amigos.

Mientras tanto, la difteria empeoró. Las monjas decidieron mandarme a un hospital; fue la mejor decisión que pudieron tomar. La vida en el hospital era como un dulce sueño, como miel.

—Mirad qué niña tan dulce ha llegado; mirad, mirad.

—Esta pequeña es tan dulce, adorable como un ángel.

—Oh, qué encanto, ¿cómo te llamas?

—Danusha —dije en voz baja, y miré a mi alrededor. ¿Me estaban hablando a mí, a mí? También miré detrás de mí. Estaba sola. Y de nuevo oí—: Muñequita, ¿de dónde vienes? ¿Quieres un terrón de azúcar?

Dije que sí. Lo chupé despacito. Para mí, el hospital fue como un interminable terrón de azúcar en la lengua. Yo, Danusha, la hermana de Yashu, no solo era una encantadora muñeca en el papel de escribir de mamá. Casi cada hora oía las dulces palabras con mis propios

oídos. Vi la preocupación por la difteria con mis propios ojos. El olor a orina y medicina que había en ese lugar no me molestaba. Los pacientes comenzaban con sus amables palabras temprano por la mañana, hasta tarde en la noche, día tras día, incansablemente:

—¿Quieres que te haga un avión de papel?

—¿Quieres un pájaro en una rama de árbol?

—¿Quieres un dibujo de un gato como recuerdo ?

Algunos pacientes me miraban sin decir palabra. Tal vez tenían una enfermedad grave o habían olvidado cómo hablar. A veces veía que las mejillas se les habían caído en la boca; no tenían labios, solo quedaba un agujero, o tenían ojos brillantes que me miraban fijamente. A veces no entendía por qué lloraban, especialmente cerca de mí. Si lloraban, yo enseguida quería alejarme de ellos, pero entonces un médico o una enfermera o una monja me ponían una mano en el hombro y murmuraban un secreto en mi oído: «No temas, Danusha. No están llorando por tu culpa; tú eres buena para ellos».

Yo regresaba al día siguiente con los pacientes para los que era buena; en algunos casos encontraba una cama vacía. Horas más tarde llegaba un nuevo paciente, y de nuevo veía esos grandes ojos mirándome como si yo fuera algo maravilloso, y entonces recordaba la canción «Qué maravilloso, qué maravilloso» que había aprendido en Brzeżany, y me alejaba de inmediato.

Mamá vino de visita después de un tiempo.

Recuerdo una de las visitas. Ella y Shiyeh esperaban fuera y ella trajo un buen olor al pasillo. Vestía un buen traje, un pañuelo delicado y un bolso de piel que hacía juego con sus zapatos; en la mano sujetaba un pañuelo bordado que ocasionalmente se llevaba a la nariz. Mamá les preguntó a las monjas si podía reunirse con el director y la jefa de enfermeras. Y después me dio una rebanada de pan untada con una gruesa capa de mantequilla. Casi me ahogué con la mantequilla, quería vomitar. Por supuesto, me la comí toda. Cuando mamá regresó a Hanóver, la tensión se disolvió y yo dejé mi cuarto y fui con los pacientes. Quería permanecer en el hospital con la difteria; no me molestaba ni la enfermedad ni su gravedad, que discutían cerca de mí.

Me quedé en Bad Rehburg dos meses. No recuerdo qué pasó con mi hermano. Solo lo vi ese día cuando estaba de pie en la puerta del ala de los niños llamándome: «Danusha, Danusha». Esa imagen de Yashu solo en la puerta me atormentó en sueños durante muchos años.

Cuando crecimos, Yashu me contó que una de las monjas en el sanatorio quería desvestirlo para que pudiera bañarse. Él se resistió, se aferró con fuerza a sus pantalones. Otra monja llegó para ayudar. Tiró vigorosamente de sus pequeñas manos para apartarlas. Él dio patadas, echó la cabeza para atrás y gritó: «Déjenme solo, déjenme solo».

Desde el momento en que Yashu se puso de pie con sus pequeñas

piernas, le habían enseñado que nadie debía verlo sin pantalones. Prohibido. Prohibido. Era una amenaza para la vida.

Las dos monjas no se rindieron; eran grandes y fuertes, y lograron quitarle los pantalones.

Él estaba allí, solo, desnudo y temblando de miedo.

Tal vez tenía miedo a algún desastre. Tal vez pensó que moriría.

Veo a mi hermanito parado allí solo y lloro.

Aún más porque mientras mi hermano me lo estaba contando, parecía que estaba hablando de otro niño.

—*Meine teure kinder*, mis queridos niños —dijo mamá a los invitados de la sala de estar— enfermaron de neumonía; la infección de mi hija era particularmente grave. Yo estaba muy preocupada por la salud de mis hijos y lamenté tener que dejarlos en un lugar desconocido para ellos. Era un sanatorio para enfermedades pulmonares. Y en esta época tan difícil, Shiyeh fue nuestro salvador. Él había nacido en Varsovia y había perdido a toda su familia, a todos, en la guerra, y aun así siguió siendo una buena persona.

»Shiyeh se interesó por mí y por los niños, y se ofreció a llevarnos a Bad Rehburg en el coche que el Comité Judío había puesto a su disposición; su chófer alemán conocía el camino. Así que cada domingo iba con Shiyeh a visitar a los niños. Deben recordar que era muy difícil conseguir comida en esos tiempos. Los pacientes del sanatorio recibían un plato de cereales con leche y una rebanada de pan untado con margarina dos veces al día, y eso era todo. Yo les llevaba fruta y verdura frescas a los niños, y durante la semana llamaba a la administración del sanatorio para preguntar por ellos y también para asegurarme de que recibieran las frutas y verduras frescas .

»Pasados dos meses, los niños se recuperaron y regresamos a Hanóver. Finalmente di un suspiro de alivio.

Escuché que mamá respiraba hondo. ¿Y yo?

Yo sentí dejar a los pacientes. Algunos se fueron antes que yo. Me dieron pequeños regalos: una cajita de madera en la que coleccionaban hojas secas, una hermosa piedra, fotografías. También lamenté separarme de las enfermeras y los médicos.

Esperándome en Hanóver estaba la horrible Hanchka, que dormía en la misma cama que yo.

—Pies de pato, cabezona, alelada. —Se alegró de verme, y mamá estuvo de acuerdo con ella.

Hanchka y mamá no sabían que yo había regresado más sana y fuerte del sanatorio. Yo ya podía sentirlo cuando me senté con Yashu en la parte trasera del coche de Shiyeh.

# 21

Ligeramente encorvado, delgado, con un color pálido en los ojos, Helmutt Sopp apareció en nuestro hogar en Vinnhorst. Sucedió un domingo, el día libre de mamá. Él extendió ambas manos hacia ella, cogiéndoselas, y permaneció en silencio. La cara de mamá enseguida se ruborizó y dijo, con voz temblorosa:

—Entre, por favor.

Él no se movió.

Todavía sosteniendo su mano, al final él dijo:

—Me alegra verla, *frau* Anna. Está guapísima.

Y entró.

Mamá movió ligeramente la mano y entendimos que debíamos acercarnos.

—Hola, Danusha —dijo Helmutt, estrechando mi mano—. ¿Cómo estás?

Yo miré a mamá. Ella asintió.

—Bien, gracias —reconocí en voz baja.

Vi una gran tristeza en sus ojos cuando sonrió.

—Hola, Yashu. —Helmutt estrechó la mano de mi hermano—. ¿Cómo estás?

—Bien, gracias —respondió Yashu en alemán, agarrándose a mamá.

Mamá acarició la cabeza de Yashu, miró la pequeña mesa en un lado de la habitación, donde había cuadernos y lápices, y ambos fuimos allí y nos sentamos. Después, invitando a Helmutt a ocupar el sillón en la esquina, se sentó frente a él y comenzaron a hablar en voz baja para que no pudiéramos oírlos.

La cara de Helmutt era seria. Me di cuenta de que el tema que estaban discutiendo era o muy importante o muy secreto. Él no apartaba los ojos de mamá, se inclinaba hacia ella y hablaba mucho. Después se enderezó en su silla y guardó silencio. Yashu estaba dibujando en su cuaderno. Yo miré la cara de mamá; estaba apoyada, muy derecha, contra el respaldo de la silla. Noté una muy visible línea a lo largo de su cuello. Cruzó los brazos contra el pecho, los dejó caer y volvió a cruzarlos. Mirando hacia mí, se dio cuenta de que yo lo había visto casi todo. Me dolía el cuello, pero no podía escuchar lo que decían mamá y Helmutt. Entendí un poco, tal vez por la forma en que estaba sentada o por el color azul brillante de sus ojos, por el pintalabios rojo que se había puesto o por el esfuerzo de él de inclinarse hacia ella, cómo hablaba y hablaba y después se enderezaba, como si fuera un importante director esperando una respuesta.

También fue la forma en que mamá habló, poco, pero lo miraba con fijeza; cómo movía él la cabeza ligeramente y fruncía el ceño mientras tragaba saliva, y de nuevo se inclinaba hacia ella, como recordando algo importante que tenía que decirle. Hablaba con voz profunda, incluso levantando la mano para tocarse la cabeza como con incredulidad, pero mamá no se movió; solo su cuello se puso rígido y, al final, movió la cabeza diciendo suavemente no, no, no. Cuando ella miró al suelo y después a él, vi que sus labios temblaban, y él respiró muy hondo. Sus mejillas se hundieron; se le pusieron los ojos blancos cuando miró hacia arriba, y después ambos se quedaron callados.

Sentí una gran tensión en el aire. Sentía como si me cayeran gotas de agua fría bajo la blusa, y supe que el mundo que conocía estaba cambiando.

Helmutt Sopp, el importante oficial nazi, había ido especialmente a visitar a mamá, y ya sabía, por su correspondencia, que mamá no era la señora Kwiatkowski, como se había presentado en Cracovia. Sabía que mamá era una judía practicante; yo había oído cómo le hablaba a Shiyeh sobre las cartas que le había escrito a Helmutt, ¿y aun así había ido a Hanóver, a un campamento para desplazados?

Estaba segura de que él necesitaba de ella algo importante, a lo que mamá había respondido no, no. Cuando miré a mamá, ya no estuve segura de nada. Ni siquiera de que estuviera respirando; nada había cambiado en su cara desde el momento en que él había guardado silencio y se había apoyado en el respaldo. Me di cuenta de que era el final, el final de la historia de ambos. ¿Podía ser eso?

No era solo Helmutt quien necesitaba algo de mamá. Por sus conversaciones en voz baja con Shiyeh, caí en la cuenta de que también Toni había buscado a mamá; tenía un negocio muy importante con ella. Sus conversaciones sobre Toni eran en voz muy muy baja. A veces podía oír algunas cosas. Y había ocasiones en que casi no podía oír ni una palabra.

Entonces, el mundo que conocía realmente había cambiado.

Después de todo, desde que podía recordar, necesitamos cosas de otros. De los rusos que nos permitieron terminar el invierno en nuestro hogar en Tarnopol, de los polacos que accedieron a darnos una habitación por una noche, de los alemanes que le habían dado trabajo a mamá y habían aceptado recibirnos en su casa. ¿Cómo había ocurrido aquello?

Y ahora allí estaba el mismísimo Helmutt Sopp, yendo a pedirle a mamá no sé qué. ¡Helmutt Sopp! El mismo que, durante la guerra, había sido el anfitrión de la gente más respetada de Cracovia, que había tenido una larga fila de coches relucientes aparcados fuera de su casa, con chóferes que pulían incesantemente los coches por dentro y por fuera, los había observado desde la ventana. Durante horas los

había oído en la sala de estar, cantando sus canciones al ritmo. Papam. Papam. Papam. Pam-pam-pam, y cada pocos minutos había un pac, pac, como una explosión. Mamá decía que eran los corchos de las botellas de champán: «Así suena cuando abren el champán, shhh».

Días y noches, semanas y meses y años estuvimos encerrados solos en un diminuto cuarto junto a la cocina, y no dijimos una palabra, ni siquiera cuando no podíamos dormir. Y mamá, con su delantal blanco, iba y venía, iba y venía, entraba en el cuarto con el dedo sobre los labios, shhh…, shhh…; salía llevando pesa das bandejas cargadas con buena comida y bebida, y de nuevo la risa salvaje de los invitados importantes, y el tralalá, la, la, acerca de la hermosa Wisła.

Muchas veces ella se acostaba en la cama, suspirando con preocupación, sin saber cómo terminaría la fiesta de Helmutt; era lo mismo cada una o dos semanas. Y todo el tiempo yo sabía que mamá casi no dormía. A veces mencionaba que algún borracho podría entrar al azar y echarnos a la calle en mitad de la noche, o darnos un puñetazo en la cara. Eso era lo que les contaba a sus hermanas, pensando que yo no podía oír lo que decía cuando estaba de pie ante la ventana.

«Sí —me dije—, Helmutt Sopp tiene algún asunto urgente con mamá», y lo vi al instante ese mediodía de domingo. Incluso ahora, en nuestra sala de estar en Haifa, puedo ver la imagen muy claramente.

Helmutt Sopp sentado en nuestra pequeña habitación en Vinnhorst, o Hanóver, como lo cuenta mamá, no importa. Hay sudor en su frente cuando dice *Bitte*, *frau* Anna, *entschuldigung frau Anna*, y de nuevo *Entschuldigen zie bitte*, perdóneme, por favor, *frau* Anna, y mamá usando el hermoso, delicado servicio de porcelana para servirle una taza de té y ricas galletas.

El cansado, encorvado Helmutt Sopp sacando una pitillera de plata de su bolsillo mientras dice:

—¿Puedo fumar, *frau* Anna? —Y le ofrece un cigarrillo.

—No, gracias —dice ella, y él golpetea un extremo del cigarrillo en la cajita de plata, tres o cuatro veces, y lo enciende, inhala profundamente y exhala el humo hacia un lado, no hacia mamá, como solía hacer.

Entonces bebe un sorbo de té y le tiembla la mano. Le sonríe a ella y de nuevo *bitte* y *entschuldigung*, y lo repite, y ella está en silencio.

Al final, ella aprieta las manos contra su pecho, como diciendo «perdóneme, lo siento», y él la mira directamente y está en silencio. Mientras tanto, yo voy bien con mi cuaderno; el lápiz tiembla de forma ligera, casi invisible. Ya tengo una larga lista de palabras en hebreo que aprendí con Yehuda, el maestro del Comité de la Comunidad, quien se aseguró que pudiera leer adecuadamente:

*Hogar*

*Familia*
*Judío*
*Padre*
*Madre*
*Hijos*
*Sinagoga*
*Planta*
*Árbol*
*Tierra*
*Tierra Prometida*

Agrego también después la palabra alemana *bitte*, que Helmutt dice una y otra vez. De hecho, me gusta la palabra *bitte*, y ¿qué es la Tierra Prometida? No tengo idea de cómo decir Tierra Prometida en alemán o en polaco.

—Yashu, ¿qué es la Tierra Prometida? —pregunto en voz baja, pero está dormido, con la cabeza apoyada en el cuaderno.

Escribo una nota al final de la página: «Preguntar a Yehuda, el maestro de hebreo del Comité de la Comunidad, el significado de las palabras Tierra Prometida», ¿y mamá? De nuevo está moviendo la cabeza de un lado al otro, despacio, hay rubor en su escote. Helmutt no le quita los ojos de encima. Está callado; su cigarrillo se está consumiendo, consumiendo todo el aire de la habitación. Toso en el codo, como nos había enseñado mamá. Ella levanta la cabeza, mira, mueve la cabeza en dirección a las camas y entiendo todo de inmediato. Pongo los cuadernos y colores en la esquina, derecha como una regla, doy una palmada en la pierna de Yashu y ambos nos levantamos de las sillas y nos vamos a la cama .

Mamá prepara la pequeña cama en la esquina del cuarto con sábanas finas. Helmutt saca un pijama de su bolsa, sale brevemente y regresa con su pijama gris.

Parece más pequeño en pijama. Acomoda la ropa en la silla, se mete a la cama, da las buenas noches y se vuelve hacia la pared.

Mamá apaga la luz.

Mamá no se duerme.

Yo tampoco.

Creo que Helmutt y Yashu se quedaron dormidos de inmediato. ¿O me lo estoy imaginando?

Helmutt se fue temprano por la mañana. Esa mañana, mamá se vistió muy muy despacio. Se cepilló el cabello con movimientos pesados, como si no le quedara fuerza en las manos. No nos habló hasta que se fue a trabajar, y nosotros no preguntamos ni dijimos nada. Sentí que teníamos que hacer un esfuerzo por ser tan buenos

como fuera posible.

Cuando regresó por la noche, nos oyó pelear por las tijeras. En vez de alzar la voz para decir «Danusha, tienes que ceder, tienes que ceder», fue al grifo y bebió agua silenciosamente.

Mi hermano y yo dejamos de pelear. Yashu recostó la cabeza contra mamá y yo doblé la ropa que estaba desperdigada sobre las camas. Entonces, puse las toallas en su lugar y la miré.

Ella me miró, pero pude ver que no tenía fuerzas para hablar. También durante los siguientes días estuvo más callada que de costumbre. Pasaba mucho tiempo mirando la pared, pensando pensamientos muy serios, eso estaba claro.

Mientras tanto, le pregunté a Yehuda, el maestro del Comité de la Comunidad, acerca de la Tierra Prometida y de lo que significaba. Él me acarició la cabeza y dijo que la Tierra Prometida de nuestros antepasados era Eretz Israel, y los ojos y la nariz se le humedecieron. Tuvo un escalofrío, aun cuando ya no hacía frío .

—Un día recibí una carta de la prisión —les contó mamá a los invitados de la sala de estar, y después sacó de su bolso un sobre que tenía muchos sellos pegados, lo movió en el aire y dijo—: Esta es la carta.

—Nunca había visto un sobre como ese —dijo Bernard Cohen, y yo me incliné hacia delante—. Claramente ha sido tocado por muchas manos. ¿Puedo verlo?

Mamá devolvió el sobre a su bolso y se enderezó la chaqueta, diciendo:

—Helmutt Sopp me escribió una carta desde la prisión contándome que estaba esperando un nuevo juicio, porque los médicos polacos que habían trabajado con él en Cracovia habían testificado a su favor. Dijeron que era un médico bueno y amable. Llevó a cabo procedimientos de esterilización en los pacientes mentalmente enfermos en el hospital solo porque sus superiores lo obligaron; esta era la política del régimen nazi. También dijeron que había muchos lugares en donde mataban a los enfermos mentales.

»Unas semanas después, recibí otra carta de Helmutt, la cual, para mi sorpresa, provenía de la casa de su padre en Bielefeld. ¿Les conté que había ido allí y había conocido a su hermana? Bien, Helmutt escribió que lo habían liberado de prisión y me pidió que lo invitara a visitarme, porque quería ofrecerme algo *très important*.

»Una oferta muy importante de Helmutt Sopp, *nu*. Probablemente imaginarán que me costó mucho dormir esa noche.

—En la guerra, la gente se hace cosas terribles a sí misma —dijo Bernard Cohen—. Podemos hacer las paces con Dios, pero no con nosotros mismos.

Mamá le dio un poco la espalda a Bernard Cohen y se enderezó la chaqueta en las caderas. Esa noche vestía un precioso traje de concierto, una chaqueta negra ajustada a las caderas, una falda estrecha, blusa roja de seda, tacones negros y medias de nailon, y yo pensé que estaba muy elegante .

Los ojos del señor Bogusławski y de Yozek Meltzer se abrieron mucho cuando entraron a la sala de estar, y Klara Cohen exclamó:

—Anna, estás especialmente festiva hoy.

Y Henia preguntó:

—¿Dónde lo has comprado?

Y entonces recordé.

Eso fue justo lo que mamá se puso para Helmutt. Ese día nosotros también nos habíamos puesto ropa limpia y nos habíamos cortado las uñas, habíamos limpiado los zapatos y nos habíamos peinado muy bien el cabello. Para ella era muy importante recibir adecuadamente a Helmutt Sopp, les dijo mamá a sus invitados. No olvidaba que le debía su propia vida y las de sus hijos. Por supuesto, cocinó cosas que a él le gustaban mucho y, con ayuda de Hanchka, puso la mesa con hermosos platos.

Yo escuchaba a mamá y me preguntaba si Helmutt podría haber salvado a papá o no, y no lo recordé. Me preguntaba ¿dónde podríamos haber puesto una mesa para cenar en nuestro pequeño cuarto en Vinnhorst? ¿Cerca de la ventana? ¿O de la cama? Y digamos que estuviéramos en la calle Podbeilski en Hanóver, como mamá lo cuenta, ¿en qué orden nos habríamos sentado alrededor de la mesa? ¿Y dónde se habría sentado la horrible Hanchka? ¿Junto a Helmutt? ¿Entre mi hermano y yo? ¿O se habría quedado en la cocina? ¿Y qué habría preparado mamá en especial para Helmutt, pescado en salazón? ¿*Schnitzel* o albóndigas?

—Helmutt apareció —dijo mamá, arreglándose el cabello como si él estuviera a punto de aparecer en la sala de estar en Haifa.

Vi que Klara Cohen también se arreglaba el cabello y Bertha Ketzelboim sacó su pintalabios y se lo aplicó.

—Vi a un hombre alto y muy delgado. Se le notaba el tiempo que había pasado en prisión. Ambos estábamos conmovidos.

Mamá se detuvo y me miró. Yo asentí ligeramente en dirección a un vaso de agua en la mesa auxiliar que estaba junto a ella. Mamá levantó el vaso y bebió un poco de agua .

—En prisión no hay nada de la comida *gourmet* de Anna —murmuró Bernard Cohen a Jacob Ketzelboim.

—Hay *mandabushkes*, piojos —replicó Jacob, ocultando una sonrisa amarga detrás de la mano.

—Me pregunto qué quería —comentó Klara Cohen.

—Quería lo que quieren los hombres —suspiró Bernard Cohen—.

¿Saben lo que es estar solo en una prisión?

El señor Bogusławski miró con el ceño fruncido a Bernard.

—Shhh…

—Helmutt se alegró de verme, y a los niños —dijo mamá—. No mencionó a Toni y yo tampoco lo hice. Sentía que había hecho lo correcto y que no tenía sentido decir más sobre el asunto. Nos sentamos a comer. Durante la comida, Helmutt preguntó qué nos había pasado después de que él se hubiera ido de la casa en Cracovia. Yo le conté lo que había sucedido; él escuchó e hizo preguntas. Naturalmente, yo tenía mucha curiosidad por saber cuál era la propuesta que tenía para mí, y, aunque había pensado mucho en eso, no tenía ni idea de lo que quería.

Bernard Cohen volvió la cabeza hacia Klara. Ella le dio un pisotón.

—Después de la comida, los niños y Hanchka salieron de la habitación —dijo mamá—, y nos quedamos solos para hablar. Helmutt dijo que, aunque había sido liberado de prisión, su sentencia le prohibía ejercer la medicina durante diez años. Por supuesto, esto lo estresaba mucho, sobre todo porque después de la guerra había mucha gente que necesitaba tratamiento. Él sabía que había una gran demanda de clínicas privadas. Como psiquiatra e hijo de un médico, claro que estaba dispuesto a abrir una clínica; sin embargo, también le estaba vedado dirigir una institución así.

—Una verdadera lástima para alguien con toda la experiencia que había obtenido de los miles que pasaron por sus manos —comentó Efraim Sonnenfeld, queriendo ver si mamá estaba de acuerdo.

Por los ojos de mamá entendí que habría sido mejor que se hubiera quedado callado .

Lo comprendí por el codazo que recibió de su mujer.

—Debería haber pasado algunos años más en prisión —opinó Efraim Sonnenfeld.

—¿Cuántos de ellos realmente fueron a prisión? —se preguntó Bernard Cohen.

—Caminan libremente por Alemania —respondió Jacob Ketzelboim.

—O por Argentina —añadió Efraim—. Los recibieron con los brazos abiertos.

—*Nu*, tenían mucho dinero —explicó Bernard.

—Dinero que les habían robado a los judíos —enfatizó Klara en un susurro.

Mamá se tocó delicadamente la frente para decir:

—Como estaba diciendo, Helmutt explicó que, de hecho, le estaba prohibido ejercer la medicina durante esos tiempos difíciles para los ciudadanos después de la guerra. Quería ayudar a los pacientes. Tenía un gran deseo de ayudarlos. Y entonces respiró hondo, me miró seriamente y dijo con entusiasmo: «*Frau* Anna, ¿aceptaría usted dirigir

oficialmente la institución que me propongo abrir? Usted sabe cuánto la respeto y cuánto confío en usted. Estoy seguro de que podrá obtener fácilmente una licencia para abrir una clínica después del sufrimiento que soportó durante la guerra».

Mamá hizo una pausa.

Un intenso, absoluto silencio cayó en la sala de estar. Ni una sola persona se movió de su silla. Un coche hizo sonar el claxon frente al edificio. Oí a una mujer llamar desde una de las terrazas: «Abraham, ¿dónde estás? Ven a casa, Abraham, ven a casa».

Mamá se levantó de su sillón, caminó hacia la mesa de refrigerios, se dio la vuelta y regresó a su sitio.

—¿Te preparo un vaso de té? —pregunté en voz baja.

—En un rato —dijo, y se volvió hacia los huéspedes—. Naturalmente, rechacé la oferta. Yo estaba planeando emigrar a Eretz Israel. Helmutt se sorprendió mucho, dijo: «*Frau* Anna, ¿por qué se llevaría a dos niños pequeños a un país pobre? ¿Qué le espera allí? ¿Cómo se mantendrá? Si acepta mi propuesta, compartiré los beneficios con usted de forma justa. Podrá viajar en unos años, si realmente lo desea, y será económicamente estable. ¿No sería preferible eso?

»Lamenté tener que negarme. La Tierra Prometida era más importante para mí y para los niños, y eso fue lo que decidió las cosas para mí. Me temblaba todo el cuerpo cuando le dije que el dinero ciertamente no podría mantenerme en Alemania. Esa tierra y ese país siempre me recordarán la tragedia más pesada que se ha desplomado sobre mi pueblo. Y él entendió.

»“*Sie zeind eine edle natur*, usted es un alma naturalmente noble”, me dijo Helmutt cuando se despidió de mí, y se alejó.

La primera vez que oí a mamá relatar la historia de la propuesta de Helmutt, oí también el latido de mi corazón. ¿O era quizá el latido del corazón de mamá, que había llegado al mío? La miré. Parecía muy alta y elegante en el sillón. Le sobresalía el mentón y el pecho se le alzaba y caía como el de una actriz de teatro que había visto en la matiné del cine Armon antes de la película. Su nombre era Robina, Hanna Robina. Fue varios segundos después de que cayera el telón. Robina se quedó en pie ante el público e hizo un esfuerzo por sonreír, y aun así pude ver cuánto disfrutaba de estar ante una audiencia que la amaba tanto. La gente en la sala gritaba «bravo, bravo». Ah, qué gran momento.

También fue un gran momento para nosotros en Haifa. Vi cómo se alzaban las cejas de la gente y cómo sus ojos se movían de aquí para allá, como buscando palabras. Mamá era una reina en esos sublimes momentos, más grande que la vida. La vida común, según aprendí en

el momento en que llegamos a la Tierra Prometida, la hacía bostezar. Ella era una heroína en situaciones que ponían en riesgo la vida, y actuaba rápido y con extraordinario ingenio. Los días de la guerra fueron sus mejores horas, como escuché que decía uno de los actores en el cine. La urgente necesidad de poner en práctica la vida diaria era otra historia, para ella y para mí, aunque soñábamos con ella durante las largas noches de la guerra.

Los invitados se fueron por fin.

Mamá puso un disco de Mozart, tal vez la *Sinfonía n.º 40*, se sentó en su sillón y miró a la pared opuesta, como si allí hubiese una hermosa imagen. Las lágrimas le rodaron por las mejillas cuando dijo:

—*Von Gottes begnadet*, que Dios bendiga a cualquiera que escriba una música tan bella. Buenas noches, niños.

Yo me eché el edredón sobre la cabeza; no sabía que la relación de mamá con Helmutt había continuado incluso después de que él se levantara esa mañana y se marchara en silencio.

# 22

—Danusha, ¿recuerdas dónde nos quedamos? —preguntó en voz baja el señor Bogusławski, ayudándome a coger los vasos de la bandeja de madera y ponerlos en la mesa.

—Se puede decir que en Eretz Israel, porque creo que ya terminamos con Hanóver —respondí, dirigiéndome a la cocina.

—Eso creo —dijo él, y ordenó en hileras los vasos en la mesa.

En mi corazón dije: tal vez no; quizá mamá quiera regresar a la visita de Helmutt a Vinnhorst, porque dos o tres días después de haberles contado a los invitados de la sala de estar en Haifa lo de la oferta, se quejó de lo difícil que era encontrar trabajo en el país. ¿Cómo podría mantener a dos niños por sí sola, cómo? En Europa era mucho más fácil recibir ofertas de empleo. ¿Quién habría creído que mientras trabajaba para la UNRWA se le pediría a mamá que dirigiera una clínica?

—Hoy hablaremos acerca de Eretz Israel —avisó alegremente el señor Bogusławski, echándose unos cacahuetes a la boca.

—Por fin ella ha llegado a casa —dijo Bernard Cohen, extendiéndole una mano al señor Bogusławski—. Dame algunos —susurró, y el señor Bogusławski se los dio.

—Buscó un hogar durante seis años. ¡Seis años! —alabó Klara Cohen, extendiéndole una mano a su marido—. Yo también.

—No queda ni uno —indicó Bernard Cohen, mostrando su mano vacía.

—A menudo pienso en la generosa oferta de Helmutt Sopp —comenzó mamá—. Naturalmente, no me arrepiento de haberlo rechazado. Siempre soñé con regresar a la tierra sagrada de mis antepasados y mi pueblo. Los pensamientos de mi amado país me dieron fuerza durante esos terribles días de la guerra .

—A todos nosotros —dijo Bernard Cohen, lamiéndose los dedos.

—A mí no —reconoció Bertha Ketzelboim—. Yo sabía lo que nos esperaba: más guerras.

—A menudo pensé —dijo mamá— que el sueño de Helmutt probablemente era establecer una clínica para los enfermos mentales a su nombre. Tal vez soñaba con eso durante su cautiverio, y tal vez lamentaba haber esterilizado a todas esas personas que estaban enfermas de la mente. Helmutt era un experto en la psique humana. Estoy segura de que quería ayudar a esos pobres pacientes; había tantos después de la guerra… A veces lamento no haber podido ayudarlo a cristalizar ese sueño, porque en definitiva había un aspecto humanitario en eso, ¿no?, además de las ganancias.

Mamá suspiró.

—¿Quién sabe? A lo mejor Helmutt sí materializó su sueño después, o tal vez no.

Escuché a mamá hablando del posible sueño de Helmutt y me pregunté en el corazón: ¿Y cuál era el sueño de ella? ¿Qué sueño tenía mamá que resultó destruido por la guerra en Europa?

Bronka se había referido a mamá como «la primera dama de Tarnopol». Sí, estaba considerada la primera dama de Tarnopol en Galitzia del Este, a donde ella llegó desde Cracovia; y tal vez mamá soñaba que su marido rico ganaría mucho dinero y que ella regresaría a su lugar de nacimiento el día en que pudiera recibir a la aristocracia de Cracovia en su propio hotel, o en la elegante sala de estar de su casa. Brocados y terciopelo, muebles antiguos tallados por un artista. Platos de plata, porcelana, candelabros de bronce y copas diseminadas en manteles bordados en la vitrina y la mesa, como en las casas de Helmutt Sopp y Josef Wirt, que ella convertiría en hoteles de lujo en honor de huéspedes especialmente famosos. Ah, y el retrato; hasta este día anhela el retrato que pintaron de ella cuando era niña. Habría lucido maravilloso en una sala de estar espaciosa o en el vestíbulo de un hotel visitado por damas y caballeros vestidos con ropas de alta costura de los mejores diseñadores… Naturalmente, en un mundo sin guerra .

—En la primavera de 1947, abordamos el barco francés llamado Providence en nuestro camino a Eretz Israel —les contó mamá a sus invitados—. Navegamos desde el puerto de Marsella, el destino de muchos refugiados. Durante el viaje, aprendí que esos eran los días del Shavuot. En el barco se rezaban plegarias en honor de la festividad y, por supuesto, recordamos las almas de nuestros seres queridos perdidos en la guerra. Había un gran entusiasmo que tocó a cada uno de los pasajeros.

»El barco se detuvo en Alejandría, en Egipto, donde por primera vez en mi vida fui testigo del sentido de los negocios altamente desarrollado de los comerciantes árabes. Aunque permanecían en el muelle a cierta distancia de la embarcación, presentaban sus mercancías a los pasajeros, bolsos, maletas, carteras, y si un pasajero señalaba el modelo de un bolso en particular, el comerciante escribía el precio en un cartón y se lo mostraba al pasajero. Entonces comenzaban a regatear con los dedos, más alto, más bajo, y así. Cuando acordaban el precio, el comerciante lanzaba el bolso al pasajero y recibía el dinero de la misma forma, envuelto en papel. Yo estaba asombrada de ver cuántos bolsos y maletas lograban vender los comerciantes hasta el momento mismo en que zarpábamos.

—Comerciantes astutos, los árabes —dijo Izzy Rappaport—. Aquí en

Haifa también.

—Haifa —pronunció mamá, enfatizando la «fa». Respiró hondo, alzó las manos y exclamó festivamente—: ¡Felicidades! Hemos llegado al puerto de Haifa. Debo admitir que me sorprendió ver soldados británicos en posición con rifles y supervisando las actividades del puerto.

»Los británicos tenían la cara tensa, como si hubiésemos traído con nosotros un mal olor. Ahora que lo pienso, realmente había mal olor en la cubierta. El fuerte olor a mugre y sudor, así como el olor acre del vómito, las medicinas y el desinfectante. Tal vez procedía de las ropas de los pasajeros que dormían en el área general; donde hacía calor y había hacinamiento, las condiciones sanitarias eran malas.

»Cuando la mayoría de la gente dejó el puerto, el olor también se fue, pero la mirada permaneció en las caras de los británicos. No tenían la paciencia para contestar preguntas. Era como si quisieran que nos quitáramos de debajo de sus narices, aun cuando les hablé cortésmente en inglés.

Mamá habló también de un pariente que nos esperaba en el puerto, sobrino de papá. Su familia había llegado a Eretz Israel antes de la guerra. Ella les había escrito para avisarlos de nuestra llegada desde Alemania. El sobrino nos llevó a su casa, y algunos días después ella se reunió con el abogado que se había ocupado del apartamento en un edificio que su marido había comprado para nuestra familia antes de la guerra.

—Todos los apartamentos de ese edificio habían estado alquilados durante años —dijo mamá—. Yo esperaba obtener algún dinero que me ayudara a arreglármelas los primeros días, pero me esperaban una gran desilusión e indignación. El mismo abogado me dijo que casi no quedaba ningún dinero de la renta; el hombre que tenía a su cargo el mantenimiento del edificio y el pago de impuestos se había gastado ese dinero y había muerto de un ataque al corazón. Al final recibí muy poco dinero, apenas suficiente para comprar muebles.

»Uno de los inquilinos aceptó devolver el apartamento que había alquilado en nuestro edificio. Conservó una habitación para él y nos mudamos al apartamento en el tercer piso. En aquellos días era difícil encontrar trabajo en el país. Sin embargo, yo estaba muy esperanzada por el futuro.

Yo no. No podía pensar en esperanza mientras andaba por ahí quemada por el sol todo el verano y mamá estaba fuera ocupada con los recados y la asimilación o con otros problemas que había que resolver.

Llegamos a Haifa pocos días después de la festividad de Shavuot. Nunca en toda mi vida había visto tanto sol. Los ojos me dolían por la

luz cegadora que había desde temprano por la mañana y permanecía hasta la noche. La gente nos dijo que el sol era bueno para nuestra salud y que daba un bello color a la piel. Mamá estaba impresionada por lo que le habían dicho y de inmediato nos llevó a darnos un baño en la piscina de Bat Galim. Yo tenía poco más de diez años y mi piel era blanca como la leche; me quemé como un pescado frito en la piscina. Mi cuerpo estaba cubierto de ampollas, al igual que el de mi hermano. No sabía que el sol pudiera quemar así. Esta belleza no era del gusto o del estilo de mamá y, después del suceso de la piscina, comenzó a salir de casa con un delgado pañuelo de seda cubriéndole la cara.

—¿Qué es eso? —le pregunté a mamá, en medio del calor de agosto.

—Un pañuelo contra las quemaduras de sol —dijo.

—¿Yo también necesito uno? —pregunté.

—No —dijo mamá—, solo estoy siendo cuidadosa. Usa un sombrero.

No usé un sombrero ni un pañuelo, ni aunque me doliera la cabeza. Yo quería ser como todos los niños de Haifa.

La piel de mamá permaneció tan blanca y hermosa como había sido en Polonia.

—Es solo el comienzo. Al final se acostumbrarán —nos dijo la gente.

—Mira qué bonito el color de tus niños —repetían—. Es el color de la salud.

Mamá se rindió y se aseguró de permanecer a la sombra.

Seguimos yendo a la piscina. Yo no logré acostumbrarme. Caminaba quemada y con dolor todo el verano. El ruido hacía que me dolieran los oídos. Yo nunca había oído a los niños gritar así en una piscina.

—La gente aquí grita en la calle —le dije a mamá.

—En todas partes —suspiró ella—, en los autobuses y también en la cola para la clínica .

—También en nuestro edificio —le dije temerosa a mamá un día—. La mujer del segundo piso le gritó como una loca a su hijo y le dio una bofetada en la cara. El niño lloró y lloró, y ella lo arrastró al rellano de la escalera, gritando: «Siéntate aquí, aquí, no te muevas, ¿me has oído o no?», y después se fue a su apartamento y cerró de un portazo.

—No tienes que escucharlo todo —me enseñó mamá, apresurándose para ir a hacer sus recados.

Yo quería contarle sobre el niño que rascaba la puerta sollozando: «Mamá, mamá, mamá; déjame entrar, mamá, déjame entrar». Pero a mamá no le gustaba escuchar ese tipo de historias, y el llanto del niño en el rellano de la escalera me quemaba la garganta y los ojos, más que el rudo sol del primer verano en la Tierra Prometida.

Después de haber estado sola un rato, salí al rellano. Estaba preocupada por el niño que lloraba «Mamá, mamá». Bajé despacio del tercero al segundo piso y lo vi, y él dejó de llorar. Tenía sudor en la

frente, *shleikes* en los pantalones y una marca roja e inflamada en la mejilla. Pasé junto a él con cuidado y corrí escaleras abajo como si alguien me estuviera esperando fuera. Salí de las escaleras y me apoyé contra la pared, cerca de la acera. Después de unos segundos, oí unos ligeros golpes en la puerta, y esta se abrió.

Volví a nuestro apartamento en el tercer piso; el niño ya no estaba. Pasaron una o dos semanas y de nuevo gritos, un golpe, un portazo y «Mamá, abre la puerta, mamá…».

En Haifa vi personas caminando por la calle y hablando consigo mismas, a veces gritando. Mamá me dijo que no hablaban en alemán. «Tú hablas alemán; ellos hablan yidis».

La gente que hablaba así agitaba los brazos a los lados, al frente, hacia atrás, como discutiendo con todo el mundo y el cielo juntos. A un lado de nuestro edificio había alguien con barba negra y el cabello largo sujeto con pinzas para la ropa. Sostenía una muñeca de trapo en la cadera y le hablaba muy bondadosa y amablemente. Lo vi varias veces cerca del edificio. Una vez lo vi caminando por la calle y hablando en voz baja con la muñeca, y entonces se le acercaron unos niños riéndose y lanzándole piedras.

—¡Loco! —le gritaban—. ¡Anormal! ¡Loco!

No pude soportar verlos ni escucharlos.

—Esa es gente que viene de allí —explicó mamá.

—¿De allí?

—Sí, de allí.

Ya no hice más preguntas.

En el extranjero, la gente por lo general hablaba en voz baja cerca de mí, o en lenguaje de señas. Una mirada de mamá en dirección al piano y yo enseguida me sentaba a practicar. Una breve mirada a los bombones o caramelos, y yo sabía si podía coger uno o no. Entendía todo sola. Pero en la piscina de Bat Galim, Moshe y Tsipora no entendían nada, pero nada. Incluso cuando su madre se ponía en pie con una toalla junto al agua y gritaba:

—Moshe, Tsipora, salid del agua, *nu*, salid.

Ella les gritaba cuando menos cinco veces antes de que ellos la oyeran y salieran del agua. La madre de Baruch también se quedaba allí, agitando un sándwich, llamando a Baruch para que acudiera de inmediato. Baruch no la oía y no iba. Decía que estaba buceando bajo el agua, «Mira, mira», y ella no miraba. Quería que él fuera de inmediato y él no iba. Solo después entendí cómo era tener la cabeza bajo el agua. Lo intenté y de hecho me gustó.

Noté que los gritos en Eretz Israel no molestaban a nadie. Me dije a mí misma: «Ya te acostumbrarás», pero eso no pasó.

Lo más difícil era ir a la escuela todos los días, sin descanso, sentada en la misma aula, al fondo, en la esquina. Sentarse en el fondo era lo

más cómodo. Yo era alta y erguida como mamá, y podía ver lo que estaba escrito en la pizarra, pero la maestra estaba ciega a lo que pasaba junto a mí.

Mamá me había inscrito en una *Haredi*, una escuela ortodoxa para niñas, llamada Beit Ya'akov, y había apuntado a mi hermano a una escuela para varones llamada Yavne .

Antes del comienzo del año escolar, mamá quiso que mi hermano y yo avanzáramos en las materias de hebreo y la Biblia, para que pudiéramos ser tan buenos en clase como los *sabras*, los nacidos en el país. Invitó al doctor Plesner, un maestro de la escuela Yavne, para que nos diera clases particulares.

El pelirrojo doctor Plesner llegaba a nuestra casa pocos minutos antes de las cuatro; yo lo veía por la ventana. Llamaba al timbre exactamente a las cuatro en punto. Yo respiraba bien durante sus clases. Pero no en la escuela Beit Ya'akov. Era una fría construcción oscura de piedra. El cálido sol que me acompañaba de camino al aula se quedaba fuera. Yo tenía diez años y había entrado directa a cuarto grado. Me sentía como una niña refugiada, diferente a todos. La única niña de la clase con muchos errores al escribir y dificultad para leer en voz alta en hebreo. Todas escuchaban cómo buscaba palabras para responder y no podía encontrarlas, y me detenía en la mitad de una oración. Las palabras que había aprendido en polaco y alemán no me eran de ninguna ayuda, y no tenía la paciencia para aprender hebreo con un maestro. Miriam, la maestra de la clase, una joven regordeta, nos enseñó el significado de las plegarias, cómo leer el *Shemá*, que se lee antes de irse a dormir, y las bendiciones que se decían durante los truenos y relámpagos.

Aparte de las oraciones, casi no aprendí nada en absoluto en la escuela. Durante el almuerzo, regresaba a una casa vacía. Mamá estaba fuera con sus recados y Yashu probablemente estaba en la calle. Fregaba el suelo en cuanto entraba. Mamá no fregaba el suelo. Me enseñó cuándo debía brillar y cuándo no. Yo era la responsable de limpiar el apartamento, no de mantenerlo ordenado, además estaban los deberes y la cena. En pocas ocasiones tenía tiempo de leer un libro, «buenas noches, a dormir». Por la mañana, otra vez a la escuela, horas en el mismo pupitre frente a la misma maestra que usaba las mismas ropas y «Escucha, escucha. ¿No entiendes? Entonces deja de soñar, ¿dónde estás?». Pensé que me estaba volviendo loca. «¿Dónde está mamá? —le preguntaba a la maestra—. Dígale que venga» .

Yo le dije que viniera, pero que no usara el pañuelo contra las quemaduras de sol frente a las niñas, que no me dijera Danusha, solo Nechama, el nombre que me habían dado en Eretz Israel, y que no hablara polaco. «No quiero que lo hagas, solo hebreo. El inglés está bien, las maestras entienden inglés, ¿sí?».

Mamá iba a la escuela y era todavía más enloquecedor, porque todo estaría bien durante dos días.

Ella sabía sonreír y hablar agradablemente a la maestra, y cómo enloquecerme de camino a casa con una charla que me hacía todavía más sorda y tonta. Aunque no mencionaban a nuestro Señor Jesús o a los malvados judíos en la escuela de Haifa, las maestras eran realmente aburridas. Hablaban y hablaban, decían las mismas cosas cien veces. En el momento en que la maestra entraba en el aula, yo comenzaba a bostezar y a querer irme a la cama y dormir. El recreo era todavía peor debido a los gritos de las niñas al saltar a la comba o al jugar a la rayuela. ¿Dónde estaba yo? En un rincón, tan cerca de la puerta como fuera posible. De pie y esperando poder irme a casa. Levantando la cabeza y queriendo capturar un hilo de nube que me llevara a los bosques fríos de Bad Pyrmont. A la misteriosa Ruta de los Filósofos.

Quería hacer una pequeña maleta, ponerme un abrigo, gorro y guantes —ni siquiera necesitaba un abrigo, gorro y guantes, tal vez solo un pañuelo de seda en la cabeza— y viajar en coche con mamá y Yashu. ¿Adónde? No importaba.

Quería sentir el olor de los asientos tapizados del coche, sentir las cosquillas en las plantas de los pies con los saltos del coche por el camino, y ver a Shiyeh, del Comité de la Comunidad, y a un chófer privado uniformado. No veía nada de eso; ni siquiera teníamos coche en Haifa.

Echaba de menos a mamá y la vida en la guerra con sus hermanas, los secretos y las fiestas ruidosas con gente importante y vehículos relucientes al otro lado de la ventana. Echaba de menos a mis primos y los trenes, ya que para cuando cumplí diez años me había mudado a tres países, siete ciudades, y cuando menos diez o veinte apartamentos distintos. En cada nuevo lugar al que llegaba, aprendía muy rápido: tenía que dormir cuando estaba despierta, o rezar como si fuera cristiana; mostrar que no entendía nada, aun cuando entendiera todo muy bien en realidad, o vigilar a mamá porque ella era débil.

En la escuela de Haifa, todo lo que quería era dormir y comerme mi sándwich y mi fruta.

—Yo entiendo, nosotros entendemos, vosotros entendéis —dijo la maestra, y yo miré la mano con la tiza corriendo a lo largo de la pizarra, largas palabras con puntuación, y ella ya estaba comenzando una nueva línea—: Yo viajé, tú viajaste, él viajó, nosotros viajamos…

En un *flash*, el viaje en tren de Hanóver a Marsella volvió a mí.

Primero, mamá dijo:

—Danusha, Yashu, ¿os acordáis de *ciocia* Palemira?

—Sí, me acuerdo. —Yashu saltó de arriba abajo.

—Yo también me acuerdo —dije, quedamente—. Eretz Israel.

Miré a la gran oscuridad por la ventanilla del tren; el vagón era cálido y placentero. Y qué fantástico era escuchar el chu, chu, chu, chu, chu, chu que hacía el tren, yo quería que ese sonido continuara toda la noche.

Llegamos a Marsella por la mañana. Hacía calor y nos cambiamos de ropa antes de bajarnos del tren. Mamá se puso un traje ligero con sombrero a juego.

Un enorme barco del tamaño de diez edificios en Haifa estaba anclado en el puerto. Miré el barco y me preocupé por lo que pasaría si se partiera en dos. Se hundiría. Yo no sabía nadar.

En el tren, oí a la gente hablar sobre el problema de nadar en el mar, peligroso para cualquiera que no supiera mantenerse a flote en aguas profundas. Listo, *kaput* todos ellos.

Yashu estaba aterrado, casi se echó a llorar. Entonces señaló el barco y dijo entusiasmado: «Mira, Danusha, hay botes en el barco, muchísimos botecitos, ¿los ves?».

Yo no me sentí más segura .

En el puerto había muchas personas con maletas. Parecían más o menos como la gente del campamento para personas desplazadas en Vinnhorst. Algunos usaban boina o sombrero; las mujeres usaban pañuelos o chales en la cabeza.

Los niños se aferraban a los adultos y empujaban para subir al barco primero. Nosotros no empujamos. Mamá dijo que esperaríamos tranquilamente a un lado hasta que hubiese menos presión. Nuestra pesada maleta estaba cerca de nosotros. Mamá estaba erguida, segura, la más guapa de camino a la cubierta.

Dos marineros se nos acercaron. Uno de ellos cogió la maleta, el otro nos dio la mano a Yashu y a mí, y al final subimos a bordo del barco. Nos dieron un diminuto cuarto llamado camarote. En el camarote, cada uno tenía una cama aparte. Más tarde entendí que mamá había contratado un camarote privado para nosotros en el viaje a la Tierra Prometida, para que todos tuviéramos un lugar cómodo para descansar. Otros dormían en una enorme y atestada galería sin ventanas. Oí a la gente discutir acerca de mi-cama-su-cama-nuestras-camas, gritando finalmente de un rincón al otro: «¡¿Quién está al cargo aquí, quién está al cargo?!».

El barco zarpó del puerto con un terrorífico ruido nervioso, y por fortuna no se hundió. Mamá habló mucho en francés con los oficiales y con quienes estaban al cargo, también con el capitán. Me dijo que este era un hombre educado que hablaba varios idiomas, y yo disfruté navegando por el gran océano, algo impensable para mí. Podía caminar por la cubierta y mirar el mar tanto como quisiera. Cuando hacía frío en la cubierta, me asomaba por la ventana redonda de nuestro camarote. Las olas parecían montañas que vinieran hacia

nosotros, más cerca, más cerca, más cerca y después desaparecían. Detrás de ellas se formaba otra fila de olas, y otra, y después otra, durante interminables horas. A veces las olas saltaban sin un orden fijo y esa vista siempre era interesante y nueva para mí. Había ocasiones en que me sentía mal en el camarote y salía en busca de aire fresco, y entonces veía a muchísima gente vomitando, puaj, puaj. Cuando el mar estaba en calma y el sol brillaba o se ponía, sus colores eran tan hermosos como cualquiera de las ciudades, bosques y cascadas que había visto antes desde el coche de Shiyeh. Mamá me sonreía y decía: «Espero que la volvamos a ver», y se refería a la nieve.

Un día nos detuvimos en el puerto de Alejandría.

Yo estaba sola en el camarote. Cerca de la ventana, me asomé. Un hombre negro con mucho blanco en los ojos se acercó a la ventana y se asomó al camarote. Yo nunca había visto a alguien así.

—¡Mamushu, Mamushu! —grité, alarmada, y salté hacia atrás.

El hombre desapareció. Tuve tiempo de notar que tenía el cabello negro como un estropajo de acero y algo amarillo en la espalda.

Corrí a la cubierta para buscar a mamá. Ella estaba de pie junto al hombre negro, pagándole. Él le dio algo de la cosa amarilla que llevaba a la espalda y dijo «banana». Banana. La banana sabía muy bien.

Llegamos al puerto de Haifa. De nuevo había mucha gente en un lugar pequeño, mucho ruido y empujones y montones de maletas, y calor. Calor. Vi cercos de sudor en la blusa de mamá, así como en la frente, bajo su sombrero. Se aproximó a los oficiales uniformados y les habló en francés; le hacía a alguien muchas preguntas, pero nadie la escuchaba, solo le hacían señas a ella y a otros para que avanzaran, avanzaran. Mamá me miró y yo de inmediato me agarré de su vestido, sosteniendo a Yashu con la otra mano, y comenzamos a ir hacia delante hasta que encontró a unos soldados que estaban de pie a un lado. Se enderezó el sombrero y se les acercó; nosotros la seguimos. La oí dirigirse a ellos cortésmente en inglés. «*Please, please*», repetía, pero los soldados no respondieron.

Ella se limpió la humedad que le resbalaba por la frente. Yo no sabía cómo ayudarla y me acordé de Bronka. Ella sabía más que todos nosotros. Yo estaba preocupada por mamá y por todos nosotros. Al final, mamá dijo, como hablando consigo misma: «Debo ser paciente. En cualquier caso, todos los apartamentos de nuestro edificio están ocupados».

No la entendí, aunque hablábamos en polaco, como siempre. Hasta Yashu hablaba solo polaco en los días normales, y yo no entendí nada de lo que ella había dicho.

—Hay inquilinos en nuestro apartamento —dijo mamá.

—Y entonces, ¿dónde vamos a vivir? —preguntó Yashu.

—¿Podemos regresar al mar? —le pregunté a mamá.

—Viviremos con unos parientes hasta que podamos arreglárnoslas —dijo.

Y eso fue lo que sucedió.

Y entonces mamá encontró una villa para alquilar en el Carmel. Los dueños se habían ido de vacaciones y entramos a una casa con una terraza redonda y plantas con diversas clases de cactus. Las estanterías de la sala de estar estaban llenas de libros en alemán. Leí algunos, entendí poco, y pronto me di cuenta de que no eran para mí. Yashu jugaba al ajedrez consigo mismo. Una vez ganaba jugando contra las blancas, y una vez jugando contra las negras.

En la villa del Carmel, mamá recibió un mensaje de sus hermanas en el que le decían que la abuela Rosa había fallecido en Cracovia. El mensaje llegó tarde, así que ella se sentó a solas durante algunas horas y dijo:

—Niños, silencio ahora, estoy de duelo.

Nos sentamos junto a ella varias horas, yo le llevé agua.

Un día, mamá dijo:

—Danusha, he encontrado un maravilloso centro de día para niñas no lejos de aquí. Vayamos a verlo.

Yo no sabía qué era un centro de día ni qué hacían allí, pero fui con mamá a un gran bosque, donde había una agradable fragancia a pino y columpios.

Mamá miró el lugar y dijo:

—Un excelente centro de día, muy apropiado para ti. Comenzarás mañana .

—¿Con mamá y Yashu? —pregunté, bajito.

—No, no, no —dijo mamá—, he encontrado un excelente centro de varones para Yashu. Solo tú.

—¿Yo? —En mi corazón me sentí como una niña sin manos ni pies.

Yo no entendía cómo podía yo ser apta para aquel excelente centro de día. Nos fuimos y me dije: «No quiero ir a un centro de día. No quiero un centro de día. No quiero un centro de día».

No dejé de decir las palabras hasta que cayó la noche. Ni siquiera en mi cama por la noche; seguí hasta quedarme dormida. Por la mañana, desperté con un dolor en el pie. Observé el sitio y vi un grano rojo e inflamado.

Me dije a mí misma: «Oh, qué grano tan enorme», y llamé a mamá.

Apoyada con el codo en la almohada, levanté el pie en el aire, señalé el grano y dije:

—Mamá, ven a ver lo que me ha pasado. Tengo el pie muy hinchado.

Mamá se sentó agitada en la cama junto a mí y dijo:

—¿Cómo te ha pasado esto?

—No sé, ha salido solo y me duele mucho.

—Pero si ayer no tenías nada en absoluto. ¿Dónde lo has cogido?

Oí el enfado en su voz y dije en voz baja:

—No sé. Me he despertado esta mañana y lo he encontrado. Ay, ay, no me toques, me duele.

Mamá examinó la cama y las paredes alrededor de ella.

—¿Tal vez te haya picado algo? Aquí no hay nada. Sal de la cama, intenta caminar. A lo mejor se baja la inflamación, *nu*, levántate.

Salí de la cama y traté de dar un paso.

—Ay, ay, ay, me duele. No puedo.

Salté tres pasos con la pierna sana y volví a la cama.

Los días siguientes estuve en cama con el pie vendado, pasando las páginas de libros en alemán que no entendía. Mamá me llevaba un vaso de té a la cama, desayuno, comida, otro vaso de té con un trozo de pastel, y la cena. A veces se sentaba junto a mí y decía:

—Danusha, pronto se quedará libre un apartamento en el tercer piso de nuestro edificio y nos mudaremos. En el segundo piso, ¿me escuchas?, hay una residente que es una rubia teñida. Yo claro que reconozco el rubio natural, y parece ser una gran cotilla. Van dos veces que me arrincona en la escalera: «¿De dónde eres? ¿Tienes marido, hijos? Qué vestido tan elegante, ¿dónde lo has comprado?». Ya sabes. Yo le dije: «En Alemania, *madame*. Y eso está bastante lejos, ¿no?». Su marido se asomó de detrás de la puerta; evidentemente hay algo malo en él. Mantente alejada de él. ¿Quieres más té?

Y entonces mamá imitaba la voz de la mujer del segundo piso. Mamá tenía talento para imitar a la gente. A veces hablaba como un miembro de la familia o un conocido, y yo enseguida adivinaba de quién se trataba, y ambas nos reíamos. Mamá disfrutaba preparándome la comida y riéndose conmigo. Su cara parecía la de una mujer que mira a un bebé, algo tierna. «¿A lo mejor a mamá le gusta un poco mi grano?», pensé.

Cuando comencé a pisar con ese pie, me dije a mí misma que la Tierra Prometida tampoco nos separaría a mamá y a mí, ni Haifa con su gran mar, ni los bosques del Carmel con el centro de día especial. «Nadie nos separará a mamá y a mí; me aseguraré de eso». Y yo no sabía que mamá también se acostumbraría a estar conmigo, y que cuando creciera eso me volvería loca, oh, cómo me volvería loca, sí.

# 23

—¿Cuánto tarda en cocinarse una olla de sopa en un hornillo? ¡No entiendo! —le gritó mamá a Bronia en polaco.

Yo me agaché para pasar por debajo de los gritos y fui a sentarme a mi escritorio.

—¿Y qué es ese olor que impregna la cortina? ¿Qué somos, un mercado? —Mamá no dejaba en paz a Bronia y, utilizando el espacio que había cerca de la puerta del baño, Yashu abrió un poquito y desapareció en el interior.

—Habla de olor, ¿y qué pasó ayer y el día anterior, eh, *madame* Anna? —gritó Bronia en hebreo, tocándose los rulos en su cabello—. Este es nuestro turno en la cocina, y usted no debe entrar, ¿sí? —Enseñó los dientes, y de nuevo el diente superior de oro se escurrió y ella lo empujó a su lugar con la lengua.

—Asegúrate de limpiar la cocina, Bronia —advirtió mamá en polaco—. Límpiala realmente bien. Asegúrate de limpiar el fregadero —dijo, y se fue a la sala de estar.

Yo me retiré del escritorio y la seguí sin decir palabra.

—Limpia, *khorosho*, la niña buena friega el suelo y ella habla de limpieza, limpieza, ay, ya, ya, *Bozhe moi*, oh, Dios mío. —Yo la oía refunfuñar y cambiar a ruso.

Las discusiones no me molestaban. Yo me las arreglaba en el pequeño pasillo frente a la entrada. Tenía una cama bajo la ventana, un pequeño escritorio con cajones, un armario con dos puertas, esto era en el apartamento que finalmente se había quedado libre en el tercer piso.

Lo que de verdad se quedó libre en nuestro apartamento fueron la sala de estar y el pasillo: una de las habitaciones todavía estaba alquilada por un soltero joven, quien tenía una entrada independiente; otra estaba alquilada por dos hermanas, Sonia y Bronia. La cocina, el aseo y el baño eran compartidos, el mismo arreglo que teníamos con la familia Sopp en Cracovia, excepto que en Haifa había discusiones y gritos con respecto a los fuegos de la cocina.

Mamá dormía en la sala de estar y el único sitio que le quedaba a Yashu era con ella, allí mismo. Había una puerta que conducía a un gran balcón. En la sala de estar había un aparador con hermosos platos de cristal y un espejo tallado que mamá había traído de Alemania. También había una mesa redonda con sillas, un sillón, un sofá, una radio Grundig y, por supuesto, el piano que mamá había comprado en Hanóver. Se había venido con nosotros en el barco como un miembro de la familia.

A ambos lados del piano había dos candelabros de latón. Yo los miraba desde cierta distancia durante mucho tiempo. Me recordaban a las películas que había visto en el cine Armon acerca de los hogares de la nobleza acaudalada. A veces me recordaban a la vida de nuestra Stella, que cantaba en la ópera o en la radio de los Zagerses en Hanóver.

Me gustaba escuchar conciertos o fragmentos de las óperas en nuestra radio Grundig. Resolvía con facilidad las preguntas musicales, lo cual complacía a mamá y le daba a Bronia dolor de cabeza. «Esa música no cambia», protestaba ante el transistor. Mamá me sonreía cuando yo sabía la respuesta a la pregunta, y yo tocaba el pliegue de su falda como hacía cuando era pequeña y necesitaba aferrarme a ella.

Una vez gané un premio y mencionaron mi nombre en la radio. El premio fue en relación con *La Bohème*. Oh, qué feliz me sentía. Mamá no estaba en casa, lo cual me molestó. Mientras esperaba a que regresara, arreglé la sala de estar, casi corriendo de un lado al otro, con alegría. Cuando todo estuvo en su sitio, fui al espejo en el pasillo y vi que mi cara se veía como una luna a medio camino en el mes. Había estrellas en mis ojos, a diferencia de la niña que había visto en la pequeña fotografía en blanco y negro que guardaba en una bolsa de nailon. Tengo una bolsa de nailon con muchas fotografías de Polonia y Alemania, y otra para las fotografías de Israel.

En la fotografía de Alemania, estoy sentada al piano con las partituras frente a mí. Traigo puesto un vestido oscuro con cuello redondo, mis manos tocan el teclado y estoy mirando a la cámara. La tristeza en mis ojos parece tan enorme como el mar Mediterráneo. Incluso aunque lo estuviese haciendo deliberadamente, no podría haber producido semejante tristeza frente al espejo.

El edificio de Haifa, con sus tres plantas, estaba en la calle Hanevi'im, no lejos de la calle Herzl. La maestra de la clase nos enseñó que esas calles habían recibido el nombre en honor a personas que tuvieron un sueño.

Yo también comencé a soñar en Haifa. Tal vez por el mar, tal vez por el cielo, pero por primera vez en mi vida vi el cielo desde el borde del oeste al este, y desde el borde del norte al sur, todo él en un azul desvanecido sin el borde de una nube. ¿Puede sorprender que comenzara a soñar?

En mi mente veía palacios exquisitos, almenas y escalones curvados de piedra, verdes jardines y fuentes de agua. Príncipes con túnicas reales caminaban junto a hermosas princesas llevando parasoles, los brazos enfundados en largos guantes blancos, y tuve varios buenos ejemplos en el cine Armon, cerca de nuestra casa. El cine Armon era el cine más famoso de Haifa. Tenía un techo que se abría. En el verano

se celebraban allí conciertos con la Orquesta Filarmónica; nosotros los oíamos desde nuestro balcón.

Una noche vi una película llamada *Carnegie Hall*. El pianista Arthur Rubinstein, el chelista Gregor Piatigorsky y el violinista Jascha Heifetz aparecían en la película, así como una bailarina que interpretó al cisne en el *Carnaval de los animales* de Saint-Saëns. Fui a ver la película quizá cuatro o cinco veces, y quería verla otra vez, tan solo para asegurarme de que volviera a mí en un sueño.

También vi en el cine Armon una película sobre la vida de Chopin. No pude parar de llorar. Siempre me pasa eso con Chopin. La tristeza que oigo en su música hace que me duela el corazón.

En Haifa, mamá encontró una maestra de piano para mí y una buena modista para ella, la señora Zelikowitz.

La pesadilla del piano regresó para fustigarme. Estaba segura de que mamá ya estaba planeando una lista de gente para invitarla a un concierto. Por fin teníamos una sala de estar propia. Mozart, Chopin, a la luz de los candelabros, oh, qué noche tan exitosa habría sido. Todos hablarían de ella, como hicieron en la sala de estar de Cracovia. Por supuesto, yo no sabía que mamá organizaría actuaciones para ella, sentada en el sillón especial, luciendo un vestido azul, y que yo me salvaría de tocar. Sin embargo, a diferencia de los recitales, no me salvé de las tareas domésticas. Desde el momento en que volvía del gran aburrimiento de la escuela, me tendía en la cama y leía historias hebreas sobre viajes alrededor del mundo. Yehuda, el maestro de hebreo de Hanóver, me enseñó a leer y yo también aprendí por mí misma, pero eso no me ayudaba con la gramática ni con las lecciones de la Biblia. Cómo me gustaba leer acerca de viajes a países exóticos, viendo fotografías de cómo vivía la gente en el ancho mundo. Recuerdo particularmente el libro acerca de María, reina de los escoceses. Pero entonces oía a mamá:

—Danusha, limpia el apartamento. ¿Por qué no lo has hecho?

Yo no siempre quería limpiar, y no contestaba.

—Deja de leer —decía ella.

—En un rato.

—Hazlo ahora.

—Un momento, estoy al final de un capítulo.

—Deja el capítulo y ponte a limpiar.

—Hasta el final de la página.

—No, no, estoy esperando a un invitado.

Yo me levantaba a limpiar y veía que mamá había comenzado una pequeña discusión con Bronia con respecto a los hornillos.

El invitado que había ido de visita estaba hablando con mamá. Le oí decir que no permitía que su hija ayudara con las tareas.

—Yo tampoco permito que mi hija ayude con las tareas —dijo mamá, mirándome, y después volviéndose hacia el invitado—. ¿Le gustaría un vaso de té?

Yo salí al rellano enseguida. Bajé las escaleras. Di un pequeño paseo por la calle y regresé al patio. Mamá debería haberle contado al invitado cosas buenas acerca de cómo su hija ayudaba en la casa y era educada. Necesitaba escuchar palabras buenas. No había oído ninguna desde hacía mucho, y echaba de menos las palabras que oí en el hospital en Alemania. Mientras tanto, ni Yashu ni el niño llorón estaban abajo.

A veces, un vecino llamaba a la puerta cuando yo estaba planchando. Un momento antes de que entrara, mamá me quitaba la plancha y seguía planchando en mi lugar. Tan pronto como el vecino se iba, me devolvía la plancha; al principio me callaba, pero cuando crecí comencé a gritar:

—¿Por qué mamá me quita la plancha para que los vecinos no vean? ¿Por qué finge?

—¿Por qué gritas? Mira tu ropa tirada en la cama y el escritorio lleno de libros. Ordena este lugar. Esto no es el mercado.

—Mamá no me va a decir cómo ordenar mis libros. Es mi escritorio, mío. —Golpeé el suelo con un pie.

—Deja de gritar, ¿me oyes? —Mamá se acercó y, ¡zas!, me dio una bofetada.

Yo hui al aseo y cerré con llave la puerta tras de mí. me sentía bien después de haberle gritado a mamá. Me sentía fuerte.

Estaba acostumbrada a sus bofetadas.

Una vez, cuando mamá me abofeteó, corrí al aseo y cogí un libro por el camino. Cerré con llave la puerta y me senté en el retrete para leer. Solo salí de allí cuando mamá dijo: «Adiós, Danusha; adiós, Yashu», y se marchó del apartamento .

Después de eso, cada vez que nos peleábamos y veía que la mano de mamá se levantaba, me escapaba al aseo o al baño. Cerraba con llave y me sentaba en el váter, y leía un libro durante media hora, una hora, tanto tiempo como le llevara a mamá salir del apartamento.

Disfrutaba la calma en el aseo. Convertí en un hábito sentarme allí. Si quería leer un libro de Julio Verne, me encerraba en el aseo o en el baño, y así terminé un montón de libros.

Casi no leía fuera del aseo, porque estaba demasiado ocupada limpiando. Mamá ni se agachaba al limpiar la casa. Creía que una madre, cualquier madre, no debería inclinarse en su propia casa, ni aunque dejara caer algo. Nos dijo que había oído a su marido decirle a su madre, que vivía con nosotros en Tarnopol: «Mamá no debe inclinarse. Yo lo recogeré por ella». En aquellos días, era habitual que los hombres se inclinaran, no las mujeres, y, si había dos hombres, el

más joven se inclinaba primero.

Lo mejor era cuando yo estaba enferma, como cuando lo del grano. Las enfermedades me liberaban de peleas y tareas de la casa. Las enfermedades venían una a una. La nariz tapada, asma, inhalaciones para la sinusitis, anginas y laringitis; cada año venía con su laringitis. También estaba el eccema en la piel, o en la parte interior de los brazos y los codos, pero lo más duro de todo era la queratitis, un tipo de eccema de la córnea del ojo, que comenzó poco después de que llegáramos a Haifa.

Ese eccema de la queratitis era muy doloroso y producía un terrible escozor. Yo no podía ver con la luz, ni con la luz del sol ni con la luz eléctrica. Caminaba por la calle con la cabeza inclinada, con gafas oscuras y apoyada en mamá.

Fui con ella a un trabajo que había encontrado mientras tanto en una casa para inmigrantes, donde cocinaba para los niños. La gente en la casa de inmigrantes preguntaba: «¿Por qué la niña usa gafas de sol en la cocina?».

¿Qué podía decir?

El tratamiento para los ojos incluía una visita diaria a la clínica. Había dos médicos: el doctor Meshler, un especialista, y otro. Me examinaban y me daban gotas y pomadas. El tratamiento no me ayudaba a ver. A veces mamá me llevaba a un doctor privado, y tampoco ayudó. Esto enloquecía al doctor Meshler; no le gustaba que consultáramos a otros médicos.

Por consejo del especialista comencé a recibir una inyección en el párpado, en la parte interna, sin anestesia. Recuerdo el pinchazo de una aguja y el terrible dolor que se irradiaba desde el párpado a la frente, entraba en el cráneo, una llama ardiente. Las mejillas se me humedecían, pero yo no gritaba; me sentaba en silencio en la silla del doctor, como si me fuera a dar una golosina. Hubo varias inyecciones de este tipo, inyecciones que no ayudaron.

Un día me dio fiebre pese a que la infección del ojo se había calmado un poco. Los doctores pensaron que la fiebre estaba curando la infección, así que decidieron ponerme inyecciones de leche en la espalda para elevar la fiebre. Las inyecciones de leche eran terriblemente dolorosas. Yo lloraba y lloraba, la fiebre aumentó y la queratitis persistió.

Casi todo el tiempo estaba acostada en mi cama, en el pasillo. Tenía la visión borrosa; no podía leer. Escuchaba música y me aburría durante horas. Mamá se iba a trabajar a la casa de los inmigrantes cada mañana; ella cocinaba, arreglaba nuestra parte del apartamento y regresaba por la tarde. En casa, el tiempo se detenía.

Un día recordé las cartas que mamá había recibido del doctor Fischer, su pretendiente en Berlín, antes de casarse. Sus hermanas se

habían reído de él durante la guerra; estallaban en risitas con solo ver su nombre. Esperé a que mamá se fuera de casa y busqué en todos los cajones. Por fin encontré un atado de cartas sujetas con un lazo. Ella las había escondido en el armario, bajo las sábanas y los edredones. Ah, qué emocionante.

Abrí la primera carta con manos temblorosas; estaba escrita en alemán. Tenía la visión borrosa, ¿qué podía hacer? ¿Qué podía hacer? Una lupa. La encontré en el cajón de mamá. Regresé a la cama y traté de leer una de las cartas. No pude. Mantuve la lupa a cierta distancia, cerré el ojo derecho, el ojo izquierdo, jugué con la cabeza y la lupa frente a la ventana. Por fin logré distinguir algunas palabras, como «amada Anna, estás en mis pensamientos». Me sentí conmovida y me pregunté si alguien me escribiría cartas: «Amada Danusha, cómo te anhelo». Inventé las cartas que recibiría, y el tiempo que se había detenido durante horas y días comenzó a ser placentero. Devolví a su lugar las cartas que mamá había recibido y esperé el día en que podría leer cartas de mi amor. Estaba cansada. Me quedé en la cama con los ojos cerrados y la espalda adolorida, diciéndome a mí misma: Seguramente un día tendré un pretendiente, y esto es lo que ocurrirá:

… Estoy sentada en un banco en una avenida de pinos, mirando a la acera opuesta. Un hombre alto y apuesto está cruzando la calle y viene hacia mí. Trae puesto un abrigo largo, lleva una bufanda alrededor del cuello y un sombrero en la cabeza.

Me levanto para recibirlo. Él extiende la mano hacia mí y sonríe. Tiene los ojos castaños, la nariz recta, la mandíbula ancha.

Nos estrechamos las manos. Inclinándose hacia mí, dice:

—He comprado entradas para el concierto. Todavía estamos a tiempo, ¿quieres dar un paseo por la avenida o vamos a un café?

El aire está frío, agradable. Quiero pasear con él. Sostiene mi brazo, yo descanso la mejilla en su hombro y él me besa la frente, susurrando:

—¿Vamos, mi amor?

Oh, la dulzura de los sueños. También soñaba con ser una actriz famosa. Soñaba con hombres apuestos que esta vez esperaban por mí tras bambalinas. Soñé con ser una gran cantante de ópera, invitada a cantar un dueto con María Callas, sí. La vi en el cine cantando *Tosca* con la Filarmónica en París o Roma. Era tan hermosa y majestuosa, con un pañuelo transparente sobre sus hombros desnudos, un elegante collar de perlas y pendientes y pulsera a juego. Soñaba que ella me invitaba a subir al escenario, yo me quedaba a su lado y cantábamos el «Dueto de las flores» de *Madame Butterfly*, de Puccini, y mamá se enjugaba los ojos incluso antes de que el director levantara la batuta.

Cómo me encantaba ver películas y escuchar el idioma inglés. Entendía todo sin necesidad de traducción. Recuerdo la ceremonia de

coronación de Isabel, reina de Inglaterra, que vi en el cine antes de que tuviera la infección en los ojos. La película mostraba los viajes de la reina por todo el mundo. Yo quería sentarme como lo hacía ella, la espalda recta, de pie y caminando con la cabeza en alto, saludando delicadamente con la mano, un pequeño gesto casi invisible, justo antes de que el látigo del cochero se elevara, a tiempo para enviar a mamá esa sonrisa especial que compartíamos sin que nadie lo notara, alejándome en el carruaje de caballos justo cuando la primera lágrima llegara a su mejilla.

Practicaba mucho en casa. Aun cuando tenía la visión borrosa, caminaba frente al espejo con un libro en la cabeza, el cuello estirado, los hombros rectos. Progresé muy bien con la práctica; es un hecho que hasta hoy mismo la gente piensa que soy alta porque camino como la reina de Inglaterra. Yo quería ser como ella cuando creciera.

Seguí soñando con príncipes incluso en los días en que la infección del ojo se había calmado un poco, sobre todo de camino a la escuela, y aún más en el camino de regreso. No tenía prisa por regresar a casa a mediodía. Caminaba despacio a propósito, pero entonces los árabes comenzaron a dispararle a nuestra casa. El balcón de la sala de estar estaba frente a Wadi Nisnas, donde vivían árabes.

Mamá nos abrazó a mí y a Yashu, diciendo:

—Niños, la guerra está comenzando de nuevo. —Y le tembló la voz.

Yo enseguida fui al armario.

—¿Debemos hacer la maleta?

—No, no, no —dijo mamá, dando una patadita en el suelo—. No nos moveremos de aquí .

—Y nos quedaremos juntos —le dije a Yashu, apretándole la mano.

Yashu se asomó por la ventana y exclamó:

—Tenemos guardias, mirad, puedo verlos, y llevan rifles.

—Aléjate de la ventana —dijo mamá, y, ¡bum!, oímos disparos desde el otro lado de la calle.

A partir de ese día comenzamos a correr y a escondernos detrás de los edificios de camino a la escuela y desde ella, y así fue nuestra vida hasta el final de la guerra de Independencia.

Debido a los disparos, ya no podíamos usar el balcón ni la sala de estar. El joven soltero que vivía en uno de los cuartos de nuestro apartamento se marchó y mamá fue a dormir en el cuarto interior que se había quedado libre, y Yashu fue con ella; yo me quedé en el pasillo, tan solo moví la cama a una pared alejada de la ventana. Yo no tenía miedo de eso, solo de las inyecciones de leche que seguían poniéndome en la espalda.

Gente de la Haganah, la organización paramilitar sionista, vino y puso sacos de arena en la ventana que quedaba frente a Wadi, y también en la puerta de la sala de estar, junto al balcón. De todas

formas, una bala de rifle entró y se quedó incrustada bajo el sillón de mamá.

La entrada principal del edificio también quedaba frente a Wadi. La gente de Haganah nos prohibió pasar por allí. Colocaron una escalera de madera por encima de las tiendas, en la fachada principal del edificio, y les dijeron a los inquilinos que fueran y vinieran por la escalera.

En esos días yo me sometía a un tratamiento diario para la queratitis en la clínica. Mamá y yo bajábamos del tercero al segundo piso y entonces:

—Date la vuelta, Danusha, sujétate de la ventana con ambas manos. agárrate fuerte, no te sueltes, y pon un pie fuera de la ventana. Sí, está en el aire, y ahora busca el peldaño de la escalera. Te estoy vigilando, no tengas miedo. Más abajo, derecho, derecho, ¿lo has encontrado? Pisa en él, bien, y ahora el otro pie. Puedes soltarte de la ventana, sujétate de la escalera, agárrate fuerte… Ahora ve despacio, despacio, pie, mano, pie, mano, bien, y ya estás en la acera. Voy detrás de ti.

Y todo esto cuando ambas usábamos faldas largas, mamá con un bolso en la mano, y yo con mis gafas oscuras, que no debían caerse, mientras casi no distinguía un metro frente a mí.

La gente de abajo nos guiaba:

—Derecha, izquierda, derecho, derecho. Retrocede, retrocede —hablando del pie en el aire—, ahora comienza a bajarlo, espera, para. Bájalo otra vez. ¿Por qué te paras?

—Mis gafas, un momento…

Yo las sostenía con una mano y las balas zumbaban en mis oídos, bum, bum, bum. ¿Qué podía hacer? No estaba asustada, pero no sabía cómo bajar con una mano agarrada a la escalera y la otra sujetando las gafas.

—No tengas miedo, suelta las gafas, nosotros las cogemos. Baja el pie —me gritaban desde abajo—. No te asustes —me alentaban.

Y yo realmente no tenía miedo. Lo único que me asustaba era reunirme con los médicos y el hecho de que no sabían nada acerca de la enfermedad y estaban experimentando conmigo. En la clínica vi pacientes heridos en la guerra con vendas en los ojos; algunos eran ciegos.

Las pomadas y las gotas que me ponían en los ojos me emborronaban aún más la visión. No quería quedarme ciega. Sin pretendientes. Con todo el dolor y la desesperación, dejé de soñar con ellos. Me agarraba de la mano de mamá de camino a casa. Y entonces esa escalera otra vez, frente a la gente, y yo casi no podía ver.

—Sube, Danusha —dice mamá en polaco.

—Shhh —le digo quedamente—, en hebreo, en hebreo.

Y comienzo a subir mientras ella busca las palabras.

—Bien, *da*, no, ahí…, ahí… El siguiente, el siguiente, arriba, arriba. Bravo, un poco más, arriba. Uno más.

*Nu*, ¿dónde está la ventana del segundo piso? ¿Dónde está ?

Un día regresamos de la clínica, hacía calor y la cabeza me ardía. Buscando aire, me acerqué a la ventana del pasillo y oí fuera un gran silencio. Me froté los ojos. Me incliné por encima de los sacos de arena y me asomé. Un hombre con boina estaba tendido bocabajo en la calle, inmóvil. Cerca de su cabeza había un charco de sangre. El hombre parecía completamente muerto. Se me hundió el corazón. Quería gritar: «Mamá, ven aquí rápido, rápido, hay un hombre tendido en la calle. No se mueve. Tiene sangre en la cabeza. Está muerto. ¡Date prisa!».

Abrí la boca, pero no me salió la voz. Los ojos me picaban, la garganta se me cerró. No podía separar la vista del pobre hombre. El llanto me presionó y entonces toda una cascada salió de mí y el llanto llegó como un río.

Los hombros me pesaban, el cuerpo me temblaba, la blusa se me humedeció y sentí como si me estuviera ahogando en mis propias lágrimas.

Mamá vino a mí, miró por la ventana y dijo:

—¿Por qué lloras tan fuerte? ¿Qué dirá su mujer? ¿Sus hijos? Deja de llorar.

Yo no pude parar.

—Para, para —dijo ella, y regresó a los hornillos de la cocina.

Yo sentí un gran dolor en mi corazón por una persona que sale de su casa, y entonces, bum. Una bala y no vuelve a levantarse. Se queda muerto en la calle. Como papá. Un momento me está abrazando, al siguiente ha desaparecido. ¿Dónde está mi papá?

Lloré y lloré interminablemente sin que mamá regresara e interfiriera con mis lágrimas. Por fin, canté en un murmullo «qué maravilloso, qué maravilloso» y lloré más fuerte. Lloré con todo el corazón y me curé al día siguiente. Nadie entendía cómo había ocurrido el milagro. Dijeron que tal vez había sido por los antibióticos que había recibido para la gripe, tal vez por todo el llanto que me había lavado los ojos y se había llevado la enfermedad.

Los doctores repetían: «Milagro, aquí ha ocurrido un milagro».

# 24

Un día hubo un descanso en los combates de la guerra de Independencia. Fue antes del Pésaj. En la calle, los altavoces nos informaron de que los árabes se habían marchado y podíamos salir a la ciudad sin miedo. Miré a la calle y vi que los sacos que había en el techo del edificio desde el cual nos disparaban habían desaparecido. Parecía que el edificio del otro lado de la calle estaba vacío.

—El altavoz tiene razón —dijo el vecino del segundo piso.

—Se han ido, se han ido —exclamó el anciano de la calle. Él no le tenía miedo a nada después de lo que había ocurrido allí, aunque gritaba nervioso cada vez que escuchaba disparos.

—Miren, no hay puestos, no hay rifles, nada —exclamó una mujer desde el balcón del primer piso, señalando al edificio en Wadi Nisnas.

Yo respiré hondo y llamé:

—Mamá, Yashu, venid, mirad por la ventana. Se han ido; ya no hay disparos. —Mamá y Yashu se asomaron por mi ventana.

—Gracias a Dios —dijo mamá—, de verdad se han ido.

—Así que puedo devolver mi cama a su lugar —dije, entusiasmada —, y podemos deshacernos de la escalera de atrás.

—¿Por qué? Mejor vamos a dejarla ahí. Es divertido subir por la escalera —dijo Yashu.

—No es para nada divertido.

—Sí lo es.

Mamá nos abrazó a ambos y suspiró:

—La guerra ha terminado, niños; otra guerra. —Las lágrimas rodaron por sus mejillas.

—Quitemos los sacos de la ventana —dijo Yashu .

—Esperad, primero quiero hablar con los vecinos —dijo mamá, sin moverse del sitio.

Me aparté de la ventana y le llevé un vaso de agua. Ella bebió. Me saqué un pañuelo del bolsillo y se lo di. Ella se enjugó las lágrimas y se alisó el cabello.

—¿Estoy bien? —me sonrió.

—Muy bien —dije, y las dos nos encaminamos al rellano.

—¿Ya lo han oído, ya lo han oído? Los árabes se han ido, los altavoces han dicho que podemos salir sin miedo —exclamaban los vecinos, con entusiasmo—. Listo, ya no habrá más disparos a nuestro edificio. ¡Ha terminado!

Yashu bajó rápidamente las escaleras. El vecino, el señor Bogusławski, tuvo tiempo de darle una palmadita en el hombro.

—Por fin puedes entrar y salir por la entrada principal. ¿Lo

intentarás?

—Por supuesto —dijo Yashu, desapareciendo escaleras abajo.

Miré a mamá. Ella esbozó una gran sonrisa y asintió.

—Con la ayuda de Dios, todo irá bien.

—Con la ayuda de Dios, todo estará bien —murmuré después de ella, y bajé despacio las escaleras.

La puerta del apartamento del segundo piso estaba parcialmente abierta. El niño llorón se asomaba. No estaba llorando. Su madre lo cogía por los hombros y me miró con sus grandes ojos castaños, el cabello despeinado alrededor de la cara.

—¿Es cierto que ya se han ido? —me preguntó en voz baja. El niño asintió, sí, sí. Sus ojos me suplicaron que estuviera de acuerdo.

—Sí, *madame*, hasta lo han dicho en la radio —le dije, mirando hacia fuera por la ventana del rellano—. Mire, incluso se han llevado la escalera, lo cual significa que podemos entrar y salir a través de la entrada principal.

El niño llorón me sonrió, sacudió los hombros, saltó por la puerta y en un segundo desapareció escaleras abajo.

Yo bajé a la calle, frente a la casa. La gente paseaba por las tiendas y hablaban unos con otros en distintos idiomas. Recordé las grandes manifestaciones de alegría que había visto en las calles de Cracovia tres años antes, al final de la Gran Guerra en Europa. Las campanas sonaban por toda la ciudad, miles de personas se habían echado a las calles y gritaban, bailaban, se abrazaban. En Haifa se miraban unos a otros con preocupación y con frecuencia en dirección al Wadi. Me di cuenta de que tal vez no era el final, de que podría haber otras guerras.

Regresé a casa. El señor Bogusławski y otro hombre al que no conocía habían retirado los sacos de arena de la ventana del pasillo y de la puerta al balcón, y los arrastramos escaleras abajo hacia la fachada del edificio. Devolvimos mi cama a su lugar.

Me sentía bien, y por la cara de mamá me di cuenta de que podíamos preocuparnos menos.

Celebramos la noche del Séder de Pésaj con la familia Glatt, unos parientes de mamá que vivían en Haifa. Mamá pensó que eran buenas personas por habernos invitado.

Nos pusimos ropa festiva, nos abrillantamos nuestros zapatos y mamá se puso un traje especial. Yo llevaba un ramo de flores y Yashu un regalo envuelto.

—Sorpresa —dijo mamá, y los tres fuimos a pie a casa de la familia Glatt.

Oh, qué maravilloso era bajar las escaleras al segundo piso, al primer piso, sin tener que trepar a través de la ventana hasta la inestable escalera de madera. Y el silencio en la calle: sin balas

silbantes y bum-bum-bum, sin escondernos en los callejones. Qué agradable era saber que no veríamos ni un solo cadáver en la calle. El corazón se me llenó de felicidad cuando me encontré con gente caminando en la calle como nosotros, usando camisas blancas y diciendo «Felices fiestas, felices fiestas» en hebreo.

Qué estupendo era sentarnos alrededor de una mesa festiva con la familia y leer juntos la *Haggadah*, la historia del Pésaj. Cantar en voz alta todas las canciones, incluso golpetear con las manos en la mesa y escuchar las mismas canciones provenientes de los balcones de los vecinos. Mamá nos miró a Yashu y a mí con los ojos húmedos diciendo :

—Todos somos judíos.

Y, más que nada, era bueno caminar por la calle sin que me picaran los ojos, sin gafas de sol y sin sujetar la mano de mamá. Caminaba tan erguida como la reina de Inglaterra. Me senté muy derecha en mi silla en casa de la familia Glatt y sentí como si estuviera sentada dentro de una nube.

Esa noche no pude dormir. Mamá y Yashu se quedaron dormidos de inmediato, oí sus respiraciones. Pensé en la mujer con la bella cara que había visto cuando estaba tumbada con dolor de ojos. Ella me miró y vi en su cara una promesa, como si me estuviera diciendo: «No te preocupes, Danusha, estarás bien, te pondrás bien».

Y supe entonces que ella vendría para mantenerme a salvo, y que todo iría bien. También vi a esa mujer especial la noche en que lloré con el corazón por el hombre muerto en la calle. Y sentí que había recibido un golpe en la cabeza. Una mujer apareció junto a mi cama en la casa de Gertrude y Trude, en Bad Harzburg. Y eso siempre ocurría por la noche cuando no podía dormir y todo el cuerpo me dolía cuando mamá se iba. ¿Y quién era esta hermosa mujer? ¿Había ido a consolarme?

Mamá se aseguraba de que comiera bien. Iba conmigo a ver a los médicos, no solo a uno; ella buscaba especialistas. Mamá se aseguraba de que tomara a tiempo la medicina correcta y me llevaba un vaso de té a la cama. Pero yo sentía que en realidad no tenía un sitio para mí en su corazón. Mi hermano sí que tenía el suyo. Por eso yo no me apartaba de ella; deseaba tanto tener consuelo y no lo encontraba, aunque en la Tierra Prometida me decían Nechama (la palabra hebrea para consuelo). No me gusta el nombre de Nechama. Ni Nachmush. Me gusta Nellie; mamá me llamaba Nellie cuando me llevaba un vaso de té a la cama, y eso me encantaba durante uno o dos minutos; ¿y después? De nuevo Nechama y Nechama y chchchch…

Una vez, hace mucho tiempo, yo tenía mi sitio. Tenía mi sitio en el corazón de papá, y él se marchó. Y con él se llevó los brazos que me abrazaban y el corazón que latía de alegría, estoy segura porque

recuerdo su sonrisa. Tenía una buena sonrisa, la mejor, y era solo para mí. Yo podía olvidar, creía que la había borrado, pero en realidad nunca pude olvidar la risa y el amor que veía en sus ojos cuando me miraba. En toda mi vida nunca he visto ojos que me miraran así. Lo anhelaba. Dolía no saber y no preguntar dónde estaba, ¿dónde está mi padre? Él me dijo que me fuera con mamá, y prometió que volvería.

Metí la cabeza bajo la almohada y presioné fuerte, ¿dónde estaba él?

—Los primeros días en el país fueron difíciles, como saben —les dijo mamá a sus invitados de la sala de estar.

»Era difícil conseguir comida. La carne, la leche, la fruta y las verduras estaban racionadas. Yo viajaba a los pueblos a comprar huevos directos del gallinero y verduras frescas, pero a veces la policía británica se subía al autobús y confiscaba los productos que se habían obtenido de manera ilegal. No tenía suficiente comida saludable para mis hijos.

»La escasez de vitaminas afectó principalmente a mi hija. Se quejaba de que le picaban los ojos, de que el sol la cegaba de camino a la escuela y no podía ver nada. Enseguida la llevé a ver a un especialista, que la examinó y encontró extrañas marcas en sus pupilas. Me dijo que nunca había tenido un caso así, lo cual, por supuesto, me preocupó sobremanera.

»La niña dejó de ir a la escuela, y en vez de eso íbamos a la clínica cada día. Los médicos probaron varios tratamientos, pero nada ayudó. Incluso la llevé al famoso doctor Ticho, en Jerusalén; ya habrán oído de él, un especialista en ojos de fama mundial, y tampoco él pudo ayudarnos. Los médicos dijeron que la enfermedad era desconocida en el país; habían oído de ella en Europa entre la gente que vivía en condiciones extremas de escasez, con humedad y sin sol. Dijeron que la enfermedad se desarrollaba después de la neumonía. Mi hija había tenido neumonía en Alemania. Les pregunté a los doctores si había alguna conexión. No obtuve respuesta .

»Poco tiempo después, encontré un empleo de media jornada en una guardería para bebés de inmigrantes. Cocinaba para ellos y ayudaba a alimentar a los pequeños. Danusha solía venir conmigo casi todas las mañanas debido a la infección en el ojo, naturalmente después de la visita diaria a la clínica. Pero el trabajo no duró y la infección de Danusha no mejoraba. El hombre de la agencia me dijo un día que, debido a que yo tenía una propiedad, debía cederles mi empleo a mujeres que no tuvieran propiedades ni medios para ganarse la vida. Yo le dije al hombre de la agencia que los apartamentos proporcionaban pocas ganancias y que tenía que mantener a dos niños, uno de los cuales tenía una infección en el ojo que no se

curaba. Eso no ayudó. Así que me obligaron a dejar mi empleo, y para no perder tiempo decidí aprender hebreo en un ulpán. [4]

Mamá me miró. Yo estaba sentada en mi silla a un lado, transmitiéndole con los ojos que eso había quedado en el pasado, como le gustaba decir a ella con una expresión confiada. Yo tenía un cuaderno en las rodillas.

—¿Cuánto sufrimiento puede uno soportar? —preguntó Klara Cohen, mirándome—. Soportó a los nazis y soportó el sanatorio, ¿y ahora otra vez? —Se volvió a Henia Sonnenfeld, pero esperaba una respuesta de mí.

Sentí la cara en llamas. Abrí el cuaderno y escribí con grandes letras: «Niña mala, niña mala».

—Anna debe de estar hecha de acero, de acero, pobre mujer —dijo Bertha Ketzelboim—. ¿Podríamos abrir una ventana?

—Valor, Danusha, valor —dijo el señor Bogusławski, haciéndome un guiño mientras se levantaba a abrir la ventana. Cuando se sentó, me hizo un pequeño gesto con la mano, murmurando—: No es culpa tuya, cariño.

—Después de la visita diaria a la clínica —siguió mamá, agitando un pañuelo delante de su cara—, la niña se quedaba en cama y escuchaba música clásica durante horas en la radio. Es una niña muy musical, como toda mi familia. Escuchaba música sinfónica seria, arias operísticas; conocía algunas de las arias antes de que emigráramos aquí. Yo solía cantarles arias famosas a los niños. Ella adoraba las preguntas musicales y las contestaba con enorme facilidad. Yo envié sus respuestas a la radio y mencionaron su nombre en el periódico. También estudia piano y tiene una excelente maestra.

—*Nachas, nachas*, un verdadero orgullo —dijeron los hombres, coincidiendo—. Felicidades —dijeron, y mamá me miró interrogante.

Yo contesté. «No. No». Hice un pequeño movimiento con la cabeza y ella hizo lo mismo.

—¿A lo mejor la niña puede tocarnos algo bonito después? —preguntó Henia Sonnenfeld, sacando un abanico de su bolso y dándoselo a mamá.

Mamá abrió el abanico y se echó aire con movimientos rápidos, por lo cual entendí que podía comenzar una discusión entre nosotras dos. El corazón me latió fuerte en el pecho. Rápidamente escribí en mi cuaderno: «Niña vaga», y de inmediato me deslicé al aseo sin libro.

Mamá me había advertido que no leyera en el aseo cuando había invitados en el apartamento. Me senté en el váter temblando ligeramente de nervios. Me dije a mí misma: «Mamá no te pedirá que toques, tranquila. Quiere seguir con su historia, los invitados sienten curiosidad. ¿No has visto cómo sus ojos se fijan en ella? Cómo sufre Meltzer, pobre hombre, no dice una palabra, tan solo mira a mamá.

Hay llamas en sus órbitas. Meltzer también quiere que mamá siga con su historia, Bertha Ketzelboim también, todos quieren que continúe».

Un día, Meltzer llegó con calcetines desparejados y se sentó encogido toda la noche para que la gente no lo notara. Otro día, apareció con una costura abierta en sus pantalones; el hilo arrastraba por el suelo estirándose y estirándose; se quedó cogido en una silla y, brrrrr, todo el pliegue de sus pantalones se abrió. Yo quería decirle: «Señor Meltzer, qué lástima, usted no tiene una sola oportunidad con mamá. No es apuesto y es de baja estatura, además carece de un prestigio impresionante; está desperdiciando sus esfuerzos». Mientras tanto, abrí ligeramente la puerta del aseo y me asomé. Mamá ya estaba hablando acerca de nuestro gran milagro, el tratamiento de penicilina que supuestamente ayudó:

—La niña recibió penicilina para la gripe, lo cual fue un milagro del cielo.

Yo regresé a mi silla en mi rincón y escribí en mi cuaderno: «Yo me salvé, nosotros nos salvamos, vosotros os salvasteis».

Mamá me sonrió, diciendo:

—Solo quedaron algunas marcas en un ojo, y gracias a Dios también desaparecieron con el tiempo. La niña se salvó de la ceguera.

»Mientras la niña estaba enferma, comenzaron los disturbios en el país. Ustedes ya saben que tuvimos tiroteos, muertos y heridos en Haifa. De hecho, nuestro edificio estaba en la frontera entre los lados judío y árabe de Haifa. Los británicos se posicionaron en la calle adyacente a las tiendas, frente a nuestro edificio. La sala de estar de nuestro apartamento y la entrada al edificio estaban enfrente de Wasi Nisnas. Un día, me asombré de ver desde el balcón que en el techo del edificio opuesto, propiedad de árabes, había soldados británicos que estaban ayudando a varios hombres árabes a disponer sacos de arena. Formaron un muro con estrechas aberturas, con lo cual no se veía bien. Y entonces los árabes comenzaron a disparar a la calle desde allí.

»Los británicos aún tenían el control del país y se suponía que debían proteger a los habitantes, a todos los habitantes, pero nos sorprendió ver a soldados británicos patrullando las calles de la ciudad en grandes tanques, sin hacer nada para evitar la revuelta callejera. ¿Eh? Como si lo ocurrido en Europa no hubiera sido suficiente.

»Una mañana me asusté al descubrir una bala cerca de la cama de mi hijo. El cristal del balcón estaba hecho trizas. El cielo nos había protegido. Enseguida nos mudamos a dormir a un cuarto interior. El joven que alquilaba la habitación lo había dejado libre. Yo fui a la gran sinagoga en la calle Herzl y les pedí que dijeran una plegaria de gratitud en mi nombre.

—Valor, Anna, hiciste lo correcto. —El señor Bogusławski se puso en pie y mamá cogió el abanico y se echó aire en la cara.

—Como saben, el asentamiento judío no renunció al derecho de establecer un Estado judío. La gente de Haganah peleó con valentía. Probablemente puedan imaginar lo que significó para mí estar en el país de mis antepasados, sabiendo que había gente aquí para protegernos. Nunca más pasaría lo que nos había ocurrido en Alemania, nunca más.

—Nunca más —declaró Bernard Cohen.

—Nunca más —dijeron todos a la vez, haciéndose eco de sus palabras.

—Un día, los británicos dejaron las fronteras de Hadar HaCarmel —dijo mamá—. Había tensión en el aire. Un anuncio del comandante del Ejército británico en la región del norte insinuó lo que estaba a punto de suceder. Dijo que ni la policía ni el ejército intervendrían en los enfrentamientos entre árabes y judíos. Y después, ¿se acuerdan?, las calles comenzaron a vaciarse, al igual que los cafés. Las tiendas y los negocios cerraron. Un gran silencio cayó sobre Haifa. Esa misma noche, escuchamos un anuncio en la emisora de radio Kol Israel; todavía hoy lo recuerdo. —Mamá se puso el abanico en las rodillas, apretó los labios y exclamó con voz temblorosa—: «La batalla por la Haifa hebrea ha comenzado…». —Se atragantó. Hizo una pausa, tragó saliva y se frotó el brazo.

Bernard Cohen le puso una mano en el hombro y dijo tranquilo:

—Yo seguiré, Anna. —Asentando los tacones en el suelo, exclamó—: Nuestras carreteras para el transporte ya no estarán desprotegidas. El acceso al puerto ya no dependerá de los insurrectos. La gran hora que hemos esperado durante semanas y meses ha llegado.

—Me dan escalofríos —dijo Henia Sonnenfeld, frotándose los brazos .

—A mí también, a mí también —murmuraron Klara y Bertha.

—Valor, señoras, valor —exclamó el señor Bogusławski.

—Gracias —respondieron las tres, y, como el bailarín Fred Astaire, él les hizo una reverencia.

Miré a mamá. Tenía los ojos húmedos. Yo había notado que sus ojos a menudo estaban húmedos en Eretz Israel. Se llevó suavemente un pañuelo a los ojos.

—Esa noche se oyeron ruidosas explosiones —continuó Bernard Cohen—. La gente de Haganah penetró en el centro de Haifa. Las pandillas iraquíes que se habían atrincherado en las casas árabes respondieron con un fuerte tiroteo. Recuerdo que la estación de policía británica ya estaba en nuestras manos al día siguiente. Ah, fue maravilloso. Al fin, nuestra policía podía tener la cabeza bien alta. Su orgullo judío y su autoestima les fueron restaurados. Ya no eran nativos, sino verdaderos policías. En tan solo veinticuatro horas desde el momento en que los británicos se marcharon de Haifa, toda la

ciudad estaba en manos judías, y esto fue el 22 de abril de 1948, ¿recuerdan?

—¡Aleluya! —exclamó el señor Bogusławski.

Mamá volvió a meterse el pañuelo en el bolsillo y dijo:

—La ciudad de Haifa fue liberada, gracias a Dios. Respiramos con alivio. Los dos inquilinos de nuestro apartamento se marcharon, y otro cuarto quedó libre. Yashu se cambió a ese. Por fin, con la ayuda de Dios, pudimos comenzar una vida normal en nuestra ciudad. Y ahora, amigos míos, están invitados a beber té y a servirse pastel.

Miré a mamá, preguntándole con los ojos: «¿Una vida normal? ¿Una vida normal?».

«Sí», respondió sin hablar.

«No conozco una vida así», le dije por señas con la cabeza, y quise un pedazo de pastel.

# 25

Desde el momento en que llegamos al puerto de Haifa, mamá quiso que fuéramos niños como los *sabras*, los niños nacidos en Eretz Israel. Hablaba en voz más alta de lo habitual sobre el asunto, y decía mil veces: «El pasado terminó», y acababa con «Lo que ahora tenemos es una vida normal».

—Recordad, ser personas libres en nuestro país significa que todos somos judíos, ¿entendéis?

—No más favores a nadie, no más sótanos y no huir a otro lugar, ¿sí?

—Nuestro hogar está en la tierra de nuestros antepasados. No nos moveremos de aquí. ¿Sí?

—Tenemos nuestro propio hogar, ¿sí?

—No tenemos nieve. Hay sol y cielo y el mar Mediterráneo, ¿está claro?

Yashu y yo automáticamente decíamos: «Sí» o «Está bien».

Sin embargo, de vez en cuando decía:

—¿Sí, Danusha? ¿Entiendes que lo que ocurrió ya ha terminado y no hablamos de eso y tenemos que ser normales?

—¿Me has oído, Yashu? ¿Has oído que lo que ocurrió ya ha terminado y no hablamos de eso porque tenemos que ser normales en el país de nuestros antepasados?

Yashu le respondía: «Sí, está bien», así que ella lo dejaba en paz. Mamá me dio algunos ejemplos de lo que era una vida normal. El más persuasivo era la piscina en Bat Galim. Cada día, pero cada día, como los *sabras* en el país de nuestros antepasados, íbamos a la piscina y nos quemábamos, como debe ser. Por la noche nos ponía crema agria y congelaba la piel quemada para que al día siguiente fuéramos bronceados a la piscina y fuéramos igual que los *sabras*. Pero ser como ellos no era cosa fácil. Cada día íbamos como dos albóndigas fritas: casi no podíamos ponernos nuestros trajes de baño y en realidad no podíamos hablar como los *sabras*, porque nos dolía todo el cuerpo. Y todo eso no era suficiente para mamá. Al final de nuestro primer verano en el país, incluso antes de comenzar el año escolar, e incluso antes del estallido de la guerra de Independencia, logró registrarnos en un campamento de verano en Kfar Yehoshua. Otro campamento de verano. Mes y medio después del excelente campamento de verano en los bosques de Carmel, del cual me salvé por el forúnculo que me había salido en el pie.

Allí había bosques y un campo de juegos marcado con líneas blancas pintadas. En un punto central del campamento de verano

había un tablón de avisos, una mesa de madera con varias sillas y dos macetones con margaritas. Los *sabras* caminaban alrededor gritando: «¡Hurra, hurra! Jay. Jay. Jay».

Yo no entendía aquel ruido.

—Tus hijos absorberán muchas vitaminas aquí, Anna —dijo el director del campamento de verano—. Por eso estamos en un *moshav*, una granja colectiva. Hay un gallinero, una huerta de verduras, leche fresca del establo, muchas vitaminas; no te preocupes. Por la noche, los niños dormirán con familias bien establecidas en el *moshav*.

Yoske tenía la cara ancha y un gran bigote. Usaba una camisa y pantalones color caqui, un sombrero redondo en la cabeza y zapatos de trabajo. En el pecho, un silbato de metal colgaba de un cordel. Cuando hablaba sobre vitaminas, inflaba las mejillas como un globo.

—Habrá muchas actividades aquí en el bosque. Aparte de eso, en el gran salón de actos del pueblo los niños verán actuaciones, vendrá un coro, habrá muchos bailes folclóricos y más.

—Gracias, señor —dijo mamá, y pude ver que estaba complacida.

—Yoske —corrigió él, y sonrió tan agradablemente como pudo .

—Muchas gracias…, Yoske —repitió mamá con un acento irritante, inclinándose para susurrarle cosas al oído que nosotros no teníamos necesidad de oír.

Yoske asintió, y eso fue alarmante. ¿Tal vez ella estaba hablando acerca de mí y el piano de la sala para el coro y el baile folclórico?

Miré a Yashu. Él ya quería quedarse y jugar a la pelota. No podía quitar los ojos de un grupo de niños que corrían detrás de una pelota en el campo de juegos. Yo quería irme a casa ya.

—¿A qué hora se levantan los niños por la mañana? ¿A qué hora se van a la cama? —preguntó mamá, y entonces se oyó un grito.

Uno de los niños le había quitado la pelota a una niña que estaba apoyada en un árbol y salió corriendo con ella. La niña lo persiguió, pero cayó al suelo y comenzó a llorar. Sus amigas, que estaban a su alrededor, persiguieron al niño, gritando y maldiciendo a su madre, y los amigos del niño persiguieron a las niñas, gritando: «¡Lánzanos la pelota, lánzala, *nu*, lánzanos la pelota, idiota!».

Mamá los miró y después miró a Yoske, y finalmente a mí y a Yashu. Nos miró a cada uno de nosotros con sus ojos azules, como si para ella todo estuviera bien. Yo no podía creer cómo había cambiado. Después de todo, según la forma en que nos había educado, debía haber dicho en polaco: «Ya está bien. Cogeos de las manos, niños; venid conmigo, nos vamos». Pero no pasó nada aparte de que esperó a que Yoske alzara la vista y la mirara. Yoske estaba ocupado con unas listas. Ella se aclaró la garganta y se tocó la boca con los dedos, después me sorprendió completamente haciéndome señas para que me acercara. La besé en la mejilla y Yashu lo hizo también.

—Adiós, Danusha; adiós, Yashu. —Y se marchó.

En el campamento de verano, me di cuenta enseguida de que el hebreo que había aprendido en Polonia era distinto del que oía a mi alrededor. El polaco y el alemán no me ayudaron, y había clases. Yo no quería participar en el juego de quemados o en la carrera a corta distancia. No quería jugar a tirar de la cuerda, ni pintar, esculpir, bordar, bailar folclore ni reproducir en la grabadora. Me hicieron participar en juegos sociales. Tenían un juego con sillas. Los niños corrían alrededor de una hilera de sillas, una girada hacia la derecha, la otra hacia la izquierda, y cuando el monitor hacía sonar el silbato, todos tenían que sentarse. A mí me eliminaron del juego en la primera ronda. Me senté a un lado, cerca de un tronco caído, y me aseguré de que toda la fila de hormigas llegara a salvo a su montículo. Para animarlas, empujé a algunas de ellas con el dedo meñique.

Una monitora con dos trenzas amarillas se me acercó y me invitó a pintar con todos. Me senté junto a otras niñas en un largo tablero de madera sobre un soporte de acero. Me dieron una hoja de papel. Pinté algunas manchas y me quise ir.

—¿Por qué solo pintas manchas oscuros? —preguntó la monitora.

Yo le di la vuelta al papel.

—Mira la pintura de Avital, ¿la ves? Tiene una casa, un jardín con árboles y flores, y una preciosa mariposa, un sol en el cielo. ¿Podrías intentarlo también?

—Perdón, ¿dónde está el baño? —pregunté en voz baja.

—A la linde del bosque, donde están los sacos —explicó.

—¿Puedo ir?

—Claro, pero vuelve para pintar una casa y un cielo, ¿vale?

Detrás de los sacos había tablones de madera con un agujero en medio y olía fatal. Temí que algún animal saliera del agujero y me mordiera el trasero.

Hacia la noche, me llevaron a dormir con una familia que trabajaba en una panadería. El olor del pan se me pegó a la ropa y a los zapatos, incluso a los edredones y las sábanas. Me dieron de desayunar rebanadas de un pan grueso y tibio, y un tomate entero, un huevo duro y un vaso de leche fresca con una gruesa nata encima que me dio náuseas .

Y luego otra vez gritos en los bosques y pelotas dolorosas en la barriga durante los juegos. Al tirar de la cuerda me caí y me raspé la rodilla. Durante los descansos, me sentaba aparte. Yashu jugaba con los niños; casi no lo veía, aunque no había una puerta entre nosotros, como la puerta entre el ala de las niñas y el ala de los niños en el sanatorio de Bad Rehburg.

Noté que los niños del campamento de verano gritaban todo el

tiempo; no hablaban, sino que gritaban lo que querían. Echaba de menos a mamá y un poco de silencio. Había otras niñas que se sentaban muy quietas. No quería acercarme a ellas, no quería oír; era mejor sentarme sola.

Los monitores me llamaban con el nombre que me habían dado en el puerto de Haifa. Decían: «Vamos, Nechama, ven aquí».

Me llevó una hora darme cuenta de que Nechama era yo. Y de nuevo: «Nechama, haz esto, baila, coge una pelota y practica».

El último día del campamento de verano, los monitores decidieron que representáramos una obra de teatro. Me dieron el papel de león. Me pusieron una pesada máscara en la cabeza y tuve que dar saltos en el escenario y decir en voz muy alta qué difícil era y qué gran responsabilidad ser el rey de los animales.

Estaba avergonzada de estar allí, en el escenario, frente a todo el mundo. La máscara me sofocaba; el corazón me golpeaba en las costillas. Recé porque la pesadilla terminara. Cuando fue mi turno, di un paso adelante, dije rápidamente lo difícil que era, se me olvidó lo de la responsabilidad, y de inmediato di un paso atrás.

Mamá asistió a la fiesta. Después de la obra la vi hablar con mi monitora. Yo estaba al borde del escenario, mirándolas. Sus breves miradas en mi dirección, los gestos de la monitora y su alegre cola de caballo, que brincaba de un lado al otro, y los labios fruncidos de mamá me dijeron que les había preocupado. Claramente estaban hablando de la niña que se mantenía apartada, que no tenía amigas, que participaba a la fuerza en actividades que a todos les gustaban. E incluso cuando le dieron el importante papel del león, rey de los animales, para darle fuerzas, no mostró interés; era una verdadera lástima .

Los labios de mamá parecían una línea cuando se alejó de mí y miró al frente. Esto me demostró que no era lo bastante buena para mamá, y podría haber llorado si me hubieran dejado a solas en esos momentos.

Regresamos a casa en autobús. Mamá no habló en todo el camino. Solo una vez se volvió hacia mí y me dijo que guardara la distancia, porque le estaba arrugando el vestido.

Y entonces empezó nuestro primer año escolar en Israel, y la normalidad se nos quebró en la cara porque estalló la guerra de Independencia.

Sin embargo, durante la guerra, Yashu no tuvo que llorar ni una vez por estar circuncidado. Yo no tuve que murmurar ni una sola oración cristiana. Mamá no se cubrió con un chal de campesina para salir a buscarnos un hogar y no ocultó su cara de los informantes, solo del sol.

Haifa respondió enseguida y no se destruyeron calles enteras, como en Hanóver; solo había agujeros en los muros de las casas. Bajábamos por la escalera cada mañana a la clínica o a la escuela, y escuchábamos hablar inglés en los *jeeps* que circulaban cerca del edificio. «Soldados británicos», nos dijo mamá, sonriéndoles, pero el mejor sonido que oí fue el hebreo que hablaba la gente de la Haganah, que nos mantenía salvo. Sobre ellos, mamá decía: «¡Oh, qué hombres!».

Y, lo más importante, yo ya no escuchaba: «No debes salir, no debes hablar con extraños, tú no sabes nada, sonríe, sonríe y shhh, shhh».

Pasaron cinco meses, y la guerra de Independencia terminó en Haifa. La infección de mi ojo se curó, pero vinieron otras enfermedades. Y entonces, un día, la maestra y algunas de las niñas de mi clase vinieron a visitarme a casa. Le advertí a mamá que no me dijera Danusha, solo Nechama. Le pedí que no dijera nada en polaco cerca de las niñas y que se quitara su bonito vestido; tenía que usar ropa común. Mamá simuló que estaba ocupada untándose crema en los ojos, pero minutos después se puso ropa normal y un broche en la blusa. Cuando las niñas llegaron, no encontré nada que decirles y ellas hablaron entre ellas y un poco con la maestra. Mamá habló con la maestra todo el tiempo y la oí decir algunas palabras en yidis y un poco en alemán. Se detenía de vez en cuando y ambas nos miraban. Hasta este día recuerdo la mirada de mamá. Era como si estuviera diciendo: «Incluso cuando permiten que la niña haga conexiones, incluso cuando la maestra viene especialmente con niñas bonitas, dos de ellas de verdad guapas, incluso entonces mi hija permanece en silencio. ¿Qué será de ella, qué?».

En los días en que llegaba tarde o estaba ausente porque estaba enferma, mamá le escribía a la maestra cartas en alemán. *Bitte es entschuldingen zu wollen*, que significa ¿podría la maestra, por favor, perdonar…?

La gente y los niños a mi alrededor no hablaban así. Estaba segura de que mamá se estaba disculpando con la maestra por mi causa, por la incomodidad provocada por los frecuentes retrasos y ausencias de su hija; cuánto lamentaba que tuviera que solicitar un trato especial, y de nuevo se disculpaba y se disculpaba, y así sucesivamente.

Me sentía avergonzada cada vez que le llevaba una carta a la maestra con *bitte es entschuldingen zu wollen*, y hubo muchas cartas.

Qué enfadada me sentía en casa; nadie en la clase llevaba cartas con palabras como esas. Simplemente decían: «Confirmo que mi hija ha tenido que ir a la clínica hoy», y eso era todo. Y mi enfado era inútil. Le dije que yo quería una carta simple y ordinaria, como las de todo el mundo, sin palabras en alemán, sin apariciones en la clínica con trajes

elegantes. ¿Sinceramente? Lo que más quería era estar bien, como Yashu, más o menos.

Un día hubo una fiesta en la escuela. Nos sentamos en forma de U y cantamos una canción israelí. Las niñas gritaban y hacían ruido; la maestra no podía detener el ruido y yo vi que se estaba desesperando. A mí también me molestaba el ruido. Di un manotazo en la mesa y grité:

—¡Silencio!

Todas me miraron.

—Nechama, una vez más y tendrás que salir de la clase —chilló la maestra, y entonces hubo silencio.

En ese momento deseé estar enferma con forúnculos en los oídos y en la espalda.

Por lo general, tenía una buena relación con las maestras. La señora Daniel, la maestra de inglés, me puso en la primera fila porque yo sabía más inglés que las otras alumnas. Mamá había hablado en inglés en Hanóver, y yo absorbí el idioma rápidamente. La señora Daniel sabía que yo no era buena en las materias en hebreo, y decidió que era una niña perezosa. Yo sentía que era una ventaja saber inglés y que había una oportunidad de progresar en hebreo. La maestra me miró con ojos suspicaces; yo estaba satisfecha.

El inglés no me ayudó. Mis notas en cuarto grado fueron malas. Las maestras dijeron que había una gran diferencia entre mi capacidad, que era obvia para todo el mundo, y mis calificaciones. Mi hermano, que asistía a la escuela Yavne, se las arreglaba bien en su clase.

Al final del cuarto grado, mamá pensó que la Beit Ya'akov no era adecuada para mí y me transfirió a la escuela Leo Baeck, en Haifa. El director me puso a prueba:

—¿Quién fue el primer rey? —preguntó.

—El rey David —dije, y me atrasaron un año.

Otro año en cuarto grado. Mamá estaba muy avergonzada; yo menos.

La escuela Leo Baeck era una escuela judía reformista y los niños y las niñas estudiaban juntos. La transición desde una escuela judía ortodoxa fue difícil. En Leo Baeck los niños usaban un kipá solo cuando estudiaban la Torá y cuando leían los salmos cada mañana. Las otras lecciones eran como siempre. En Leo Baeck, los alumnos y los maestros decían «Adonai» —Dios mío—, mientras que en Beit Ya'akov no decíamos un nombre específico y rezábamos cantándole a «Adon Olam», Maestro del Universo. Lo peor de todo fue que me pusieron junto a Efraim, que tenía mal aliento. Yo sentía que estaba mal sentarse junto a un niño, y aún más si tenía mal aliento. Cada vez que Efraim abría la boca, yo de inmediato me daba la vuelta. A veces no me daba tiempo y quería vomitar.

La señora Livne, la maestra de la clase, descubrió que yo tenía una voz bonita y sugirió que cantara en el coro. Tal vez mamá le dijo que yo venía de una familia muy musical. En la clase de literatura, cuando leían prosa o poesía, leía bien. Al final del año leí frente a toda la escuela. Mi experiencia en Cracovia, donde recitaba ante la abuela Rosa en pie en una silla, no me ayudó. No volvieron a pedirme que leyera. Yo temía que la vida normal comenzaba a evadirme y que la piscina de Bat Galim y estar quemada por el sol como una albóndiga frita no me ayudarían por mucho tiempo. Ni la crema agria antes de dormir.

En la escuela Leo Baeck, los maestros se interesaban por el orden y la limpieza de cada niño; se interesaron mucho por mí, debido tal vez a la ropa que usaba, que estaba arrugada y manchada con crema agria, y a mi piel pelada.

Usaba la misma ropa interior durante una semana, y eso tenía que oler; yo no me identificaba con eso, y quizá los maestros habían notado algo. Mi mochila estaba desordenada y olía a manzana podrida o a salchicha rancia.

Un día me tropecé, caí sobre la rodilla y me la raspé. Mi mochila se abrió enfrente del vicedirector, que estaba pasando justo en ese momento. Cuadernos arrugados, lápices sin punta, papeles garabateados y pedazos de un sándwich seco cayeron al suelo. El vicedirector se quedó parado, miró al suelo, a mí, de nuevo a la mochila y me preguntó en qué grupo estaba y el nombre de mi maestra.

Me ardieron las mejillas y me sentí avergonzada. Miré hacia abajo. Vi que varios niños se habían detenido a mirar. Me dolía la rodilla mientras guardaba todo en la mochila. Me dije a mí misma: «Ahora el vicedirector sabe lo que mamá y Hanchka dijeron de mí en Hanóver, "niña torpe"».

Me fui a casa. ¿Ordené mi mochila? No.

Sentía que esa mochila, con sus papeles garabateados y los malolientes restos de comida, era apropiada para alguien como yo, que no valía nada; eso fue lo que vi en la cara de mamá con relación a mí, eso es todo.

No tenía amigos.

Regresé al espejo que tenía en Brzeżany. Me miré a mí misma y fingí que la chica que aparecía en el espejo era mi amiga y que solo me miraba a mí. ¿Y qué es lo que ve ella? Una cabeza y el pelo tupido, las cejas están bien, una cara redonda, nariz común, pero eso no es importante. ¿Qué es importante? Boca, labios.

La chica del espejo observa de cerca mis labios y le gustan. Así que abro la boca un poco, la cierro. Frunzo los labios, los vuelvo a su posición. Esbozo una pequeña sonrisa con la boca cerrada, la extiendo

un poco, la hago más pequeña, vuelvo a extenderla, hasta que encuentro una sonrisa del tamaño correcto, una sonrisa como la de mamá. Y después enderezo el cuello y los hombros, y le hablo a la chica del espejo, por ejemplo:

—¿Sabes que puedes encontrar buena ropa en Gabrielli's, en la calle Herzl?

—¿En serio? —responde la chica del espejo—, ¿y cuánto cuesta?

—Bastante barato. Y debes saber que la selección en Bata Shoes tampoco está nada mal.

Entonces hago una pausa y digo de nuevo:

—La selección en Bata Shoes no está nada mal. —Pero sin mover las mejillas.

Casi lo logro, y me siento complacida. Mamá se asegura de hablar con pequeños movimientos. Nunca la he visto reírse alto ni fruncir el ceño. «Porque las expresiones faciales te provocan horribles arrugas, Danusha, y tienes que cuidar tu piel, ¿entendido?».

# 26

Realmente no podía llevar una vida normal con la desilusión que le causaba a mamá en cada ocasión, y las historias de mamá en la sala de estar tampoco traían normalidad a mi vida.

Me sentaba en la silla a un lado, un cuaderno de aritmética en el regazo, mientras mamá hablaba. No siempre podía escucharla; trataba de encontrar el común denominador entre tres más nueve. *Nu*, ¿cómo encuentras un común denominador, qué es lo que haces, y, de hecho, por qué es necesario el común denominador? Yo no tenía un común denominador con Yashu, y nos llevábamos bien. Tampoco compartía un común denominador con mamá, y nos llevábamos bien si no había otro remedio, e incluso si lo había. Espera, a lo mejor la guerra es un común denominador para todos nosotros, y para eso no necesitas números; hay palabras suficientes. Mientras tanto, escucho a mamá contar nuestra partida de Brzeżany. La escucho a medias, y de nuevo no menciona a su hermana Bronka. ¿Por qué?

Golpeteo en mi cuaderno con la punta del lápiz, que se rompe cuando recuerdo la cara de Bronka y el chal sobre su cabeza cuando fue de Cracovia especialmente para recogernos en Brzeżany. ¿Nos acompañó a la casa de la señora Yuzchynska, en Lwów, y mamá no dice nada de ella, nada?

Abandono los denominadores comunes y aparto el cuaderno. Por lo que a mí respecta, no terminaré mis exámenes de graduación, así como mamá no los terminó, aunque Bronka sí.

—Yashu también tuvo problemas durante la guerra; ¿por qué tú eres la única que suspende el curso? —me preguntó mamá cuando los invitados se fueron, y yo no tuve una respuesta cortés, solo dolor e ira porque ella me había hecho daño y se había olvidado de hablar sobre Bronka, que nos había salvado en Brzeżany.

Pasé dos años en cuarto año y después mejoré. Aparte de aritmética, me iba bien en las clases de canto.

Al final del quinto grado, el director sugirió que me pasarían directo a séptimo grado si estudiaba todo el verano. Explicó que yo era alta para mi edad y destacaba, aunque me sentara al fondo de la clase y me apoyara sobre el pupitre. Acepté su explicación, solo yo sabía que con frecuencia no iba al patio en el recreo porque destacaba; mi altura era demasiado obvia y me sentía avergonzada. Caminaba despacio a lo largo del muro y me quedaba no lejos de las chicas de séptimo grado. Mi altura era apropiada para el séptimo grado.

Durante todo el verano leí el Libro de Amós, y al final de las vacaciones me hicieron una prueba. Sabía que Amatzia era el sumo sacerdote de Beit El, y Jeroboam el rey de Israel. También sabía que Amatzia le había dicho a Amós: «Oh, señor, ve, huye a la tierra de Judá», y pasé a séptimo grado. Por fin me veía como si tuviera más o menos la estatura de los niños de la clase.

Un día, el supervisor vino a nuestra clase durante la lección de la Biblia.

Hizo una pregunta:

—¿Era apropiado coronar a un rey en Israel?

Yo levanté la mano y di mi opinión, y, antes de que terminara de explicar por qué la realeza había causado una terrible ruptura entre la gente, la maestra vino conmigo, sonrió y dijo:

—Escucha, Nechama, el supervisor lamenta que yo no te dejara terminar tu respuesta. Piensa que eres una pensadora profunda, eso es lo que ha dicho en la sala de maestros.

Me ruboricé de inmediato. ¿Una pensadora profunda? ¿Yo?

—Gracias, maestra —dije en voz baja, mi corazón lleno de azúcar .

No se lo conté a mamá, pero por primera vez en la Tierra Prometida, y después de casi cuatro años en la escuela me subí a la mesa en casa. Mamá estaba fuera y Yashu tampoco estaba cuando comencé a caminar de un lado a otro frente al espejo, y vi estrellas en mis ojos, aunque solo era mediodía.

Antes de la reunión de final de año de los maestros, le advertí a mamá que no usara tacones altos.

—Y sin demasiado color en los ojos; todos se visten muy sencillo, y tú también —pedí—. Además, no soy feliz en clase de todas formas…

Mamá no dijo una palabra y una o dos horas más tarde preguntó:

—¿Sin traje?

—Sin traje. La blusa y la falda que te pones para el trabajo.

Cuando fuimos con la maestra, ella le dijo a mamá lo que había dicho el supervisor, enfatizando que la maestra de la Biblia le había pedido que lo aclarara. Yo miré a mamá, pero ella le sonrió a la maestra con la boca cerrada. La maestra también dijo algunas buenas palabras acerca de mi comportamiento cortés, y entonces nos pusimos en pie y nos fuimos. Mamá no dijo una palabra: ni en hebreo, ni en francés, ni en alemán, ni en inglés, ni siquiera en polaco, nada. Shh. Pensé que, aun cuando los extraños estaban impresionados conmigo, ella se había quedado sin palabras en todos los idiomas que conocía.

Para cuando llegamos a casa sin una sola palabra, no creía que pudiera jamás llevar una vida normal en la Tierra Prometida ni en ninguna otra tierra. Era un hecho: me sentía bien con las amigas de mamá, e ignoraba a mamá cuando me miraba.

Íbamos a un café al menos una vez a la semana; yo me sentaba

tranquila a un lado. Bebía un vaso de té y comía un trozo del pastel que elegía en el aparador, un *cremeshnitte*, o un Sabrina. Las amigas de mamá hablaban acerca de alguien que no podía tenía suficiente, y de alguien más que quería esto y aquello. Hablaban mucho de hombres, compartían quién valía la pena y quién no. Se reían entre sí y me hacían guiños. En ocasiones buscaban un buen partido para las viudas de guerra de la ciudad. Hicieron muchas parejas en esa mesa y las casamenteras recibían un pequeño regalo por cada Mitzvá, buena obra. Mamá no recibió pequeños regalos por hacer parejas. Años más tarde recibió grandes regalos por ayudar a la gente a obtener la compensación que merecían de Alemania. Así es como lo llamaba, compensación para las víctimas de Alemania. Pero casi no hablaba de eso con sus amigas o con nadie más.

—Es una muy buena obra —me decía antes de ir a Alemania—. Adiós, Danusha; adiós, Yashu.

Mamá dijo que yo estaba creciendo, y yo no podía soportar la preocupación con los cambios en mi cuerpo.

—Oh, qué chica más desarrollada —dijo la encargada de la tienda, fijando la mirada en mi pecho.

Yo me sentí como si me estuviera quemando por dentro. De inmediato cerré firmemente la cortina del probador y la presioné contra la pared.

—Abre la cortina, Nechama —dijo mamá.

—No la voy a abrir.

—La vendedora ha encontrado un sujetador excelente para ti.

—No necesito un sujetador.

—Deja de tontear. Abre la cortina y terminemos con esto.

—No la voy a abrir.

—Llegaremos tarde al médico, Nechama, ¿me oyes?

—Entonces dile a esa vendedora que deje de buscar.

—¿*Nu*?

—Dámelo, lo haré sola —dije, sacando una mano de detrás de la cortina para recibir el sujetador.

Me avergonzaba que mi pecho estuviera desarrollándose rápido y me avergonzaba mi altura, que otra vez destacaba. En ese tiempo era habitual pensar que una mujer que era demasiado alta no era lo bastante bonita. Yo solo miraba mi cara en el espejo; sabía que para una mujer era importante ser hermosa. Yo tenía un largo cabello rojizo oscuro. La amiga de mamá me miraba y decía que el color tiziano, dorado rojizo, iba bien con mis ojos azules. Me recogía el cabello y los chicos en la clase me miraban. Si un chico chocaba conmigo durante el recreo o me tiraba del pelo, yo corría al baño y esperaba allí hasta que terminara el recreo. Hasta las miradas

aleatorias de los chicos me avergonzaban; era como si me estuviesen tocando con los ojos. No podía soportarlo, ni siquiera cuando crecí.

También me sentía avergonzada en el cine. Cada vez que un hombre y una mujer estaban a punto de besarse, yo bajaba la vista. Sentía como si estuviera en la película y el hombre de la pantalla quisiera tocarme.

Me sentía mal en clase. Más que nada, me avergonzaba usar sujetador. Los chicos se ponían detrás de mí, me tiraban del elástico y salían corriendo. Siempre trataba de pararme con la espalda pegada a la pared.

No quería crecer. Me cansaba la preocupación por la menstruación. Obtuve mi educación sexual de mamá en una caminata de dos minutos en la calle.

—Dime, Nechama, ¿ese joven te hizo algo?

—¿Qué joven?

—El que vivía en nuestro apartamento, ¿te hizo algo?

Yo entendía que se refería al soltero que alguna vez había vivido en uno de nuestros cuartos. Él tenía una entrada independiente y se había marchado hacía mucho tiempo. ¿Por qué ahora?

—Te he preguntado si te hizo algo.

—¿Algo?

—A estas alturas ya deberías saberlo —dijo.

—No, no sé de qué hablas, mamá —dije, acelerando el paso en la calle.

Ella me alcanzó.

—¿Te metió algo ahí abajo?

—No —murmuré, alarmada por ella y por lo que estaba diciendo.

Mamá hizo un gesto de incredulidad con la cabeza y ya no recibí más educación sexual, ni de ella ni de nadie más. Esa noche no pude dormir con todos los pensamientos que me invadían la mente. ¿Podría el joven haberme metido algo sin que yo lo hubiera sentido? ¿Podría alguien meterme algo sin que yo lo sintiera? ¿Dolía? No tenía a quién preguntarle. Mantuve aún mayor distancia de los chicos.

Cada vez que un chico chocaba conmigo sin querer, incluso aunque fuera alto y apuesto, yo pensaba que era repugnante, maloliente o que tenía una nariz grande, uñas sucias y algo amarillo en los oídos, y salía huyendo.

Pero no podía huir de los invitados de mamá. Ni del señor Bogusławski, ni del señor Cohen, ni de Ketzelboim ni de Sonnenfeld. Siempre estaban sentados con nosotras en la sala de estar y era imposible llevarlos a otro lado. A veces me miraban cuando me levantaba de la silla, y entonces alguien decía:

—Anna, ¿dónde has tenido escondida a tu princesa?

O bien:

—¿Qué es esto? Anna, necesita un novio, cuando menos un príncipe europeo. La pequeña ya puede irse directo al armario.

Cosas así.

Mamá respondía medio enfadada, a veces realmente enfadada, y me di cuenta de que, cuanto más alta era yo, más se enfadaba ella.

—Tienes celos de mí —me lanzaba al final de cualquier discusión que tuviéramos, digamos acerca de ordenar el cuarto, lo cual era más difícil que cualquier encuentro al azar con un chico en la escuela.

En mi corazón, sentía que estaba enfadada por mi apariencia, incluso cuando discutíamos acerca del desorden de los cajones de mi escritorio.

Mi cuarto sí era un desastre, pero esta era la situación en nuestra casa, y no solamente en los cajones. Las prendas de ropa de los armarios estaban tiradas una encima de otra en un montón, había periódicos y libros esparcidos por las camas y la mesa, y los zapatos se tiraban en medio del cuarto, con calcetines aquí y allá .

Mamá solía decir que se trataba de un desorden bohemio, como la casa de sus padres en Cracovia. Estaba bastante orgullosa de su desorden bohemio, aunque era imposible encontrar los calcetines o la ropa interior. Y entonces, un día, un día cualquiera, decidía poner orden en uno de los rincones y aprovechar la oportunidad para tirar cosas que eran mías a la basura. Cómo odiaba yo los días de orden y organización…

—¿Por qué tira ella mi cuaderno sin preguntarme? Necesito ese cuaderno. ¿Por qué no me pregunta? —le grité en una ocasión, cuando había tirado un importante cuaderno.

—Deja ya de gritar, monstruo. Para.

—Voy a gritar tanto como quiera, y más vale que ella no vuelva a tocar mis cosas.

—Tienes celos de mí —dijo, y salió del cuarto.

—¿Eeehhhhh?

Sus palabras eran como lija en la piel, ras y ras y ras. De todas formas, yo tenía problemas de piel; me salían extraños sarpullidos en los brazos y me picaban muchísimo.

A veces, nos tumbábamos a mediodía y yo me quedaba dormida. Si alguien llamaba a la puerta, ella gritaba desde su cuarto:

—Danusha, levántate y abre la puerta. ¿Danusha? ¿No has oído que hay alguien en la puerta? *Nu*, levántate y ve a ver quién es.

Yo me levantaba. La abría. La cerraba. Y comenzaba a gritarle. Le gritaba por la noche, por la mañana, a mediodía; eso me gustaba. En el momento en que yo comenzaba a gritar, mamá me daba la espalda y se quedaba callada. Era como si me estuviese diciendo que le hablara a la pared, pero yo veía que los músculos de su espalda estaban escuchando con atención, con mucha atención, y yo tenía

mucho que decirle. A veces ella cerraba la puerta entre nosotras, la puerta de la cocina, la puerta del baño o la puerta de la habitación. Yo me sentía mal, de pie allí, con la nariz frente a la puerta, pero no dejaba de gritar.

Cuando más gritaba era cuando mamá se quejaba de mi cuarto. Cuando me decía que estaba celosa de ella, yo gritaba menos o guardaba silencio. No podía encontrar palabras para contestar a eso.

Una noche fue al cine sola. Vi una película sobre María Antonieta y cómo la guillotinaron. No podía dejar de llorar. En un momento era una adorable reina famosa a quien todos respetaban, y, de pronto, bum. La hoja de la guillotina en la cabeza y ya no había ni María ni Antonieta.

Lloré durante la película y lloré de camino a casa. Oculté la cara cuando llegué y después lloré sobre mi almohada, y al día siguiente lloré por María Antonieta como si ella fuese un amado miembro de la familia al que había perdido para siempre. Pensé en mi familia. Habíamos vivido tranquilos en Tarnopol, Galitzia del Este. Mamá nos había contado sobre la preciosa casa de tres plantas que teníamos allí. La tienda con sus muchos clientes. Vi en las fotografías de la bolsa de nailon que papá era un hombre alto, apuesto, de hombros anchos. Llevaba puesto un buen traje de tres piezas, una corbata, un abrigo largo y un sombrero con una banda ancha, como Clark Gable, y tenía una pipa en la mano.

En la fotografía, mamá estaba al lado de papá. Llevaba puesto un grueso abrigo de piel, un sombrero elegante y una cadena de oro. Lucía un pequeño bolso y zapatos puntiagudos de tacón alto. Ambos miraban a la cámara como si disfrutaran de la vida. Tengo otra fotografía en esa bolsa, de la época en que yo era un bebé, tal vez de dos o tres meses. Mamá me tenía en brazos, mi cabeza descansaba en una suave almohada bordada igual que el vestido de encaje que usaba. Un largo vestido delicadamente recogido en los bordes. Me veo como una dulce princesa especial. ¡Y entonces, bum! Sentí la guillotina de María en la cabeza.

¿Sorprende que no pudiera dejar de llorar? Después de eso me sentí mejor.

# 27

Un día, mamá se fue a Tel Aviv y yo me quedé con Yashu, como ya había sucedido antes. Comenzó como un día normal, que terminó con una sorpresa para mí. Mamá tenía cuarenta y cinco años, y esa noche se paseaba cerca del teléfono esperando que sonara. Se acercaba a él, esperaba y de nuevo se alejaba, como en las películas del cine Armon cuando la mujer quería demasiado a alguien. Cuando regresaba de Tel Aviv no se sentaba a beber o comer. Casi no les decía nada a los amigos que la llamaban por teléfono.

—No te preocupes —le dije—, el teléfono sonará en un rato.

—¿Por qué tarda tanto? —se preguntó mamá, con voz débil, y me miró. Vi la preocupación en sus ojos y sus dedos presionados unos contra otros.

Yashu me siguió a la cocina y preguntó en voz baja:

—¿Quién tarda tanto? ¿De qué habla?

—Pronto lo sabremos —contesté, y él regresó a su cuarto.

Llevé té y dos pequeñas galletas a la sala de estar.

—No es necesario —dijo ella, apartándolos—. Bébetelo tú —añadió, acariciando el teléfono—. ¿Dónde he puesto mi lápiz de labios? ¿Lo has visto, Danusha?

Le llevé uno que encontré en el baño.

Mamá abrió la tapa y de inmediato frunció el ceño.

—Tenía uno rojo oscuro. ¿Lo has visto?

Fui a buscar en su cajón. Quería animarla, aunque sabía que no necesitas un lápiz de labios cuando contestas el teléfono, pero quería que se calmara.

Por fin, el teléfono sonó y tardó menos de un minuto en ponerse el pintalabios oscuro. Mamá se rio todo el tiempo, diciendo :

—Yitzhak… —Y, riéndose de nuevo—: Yitzhak… Yitzhak…

Yashu vino y se sentó junto a mí en la sala de estar. Nos miramos y levantamos las cejas. ¿Yitzhak? Y entonces los oímos decidir que Yitzhak vendría con nosotros a Haifa a finales de semana.

Mamá compró ropa nueva para ella y para nosotros. Compró flores. Puso un mantel bordado especial en la mesa y la decoró para el *sabbat*.

Yitzhak llegó con rosas, y desde el momento en que entró no pudieron estar apartados. Se abrazaron, rieron, se susurraron secretos en la sala de estar, como si estuvieran solos en la casa. Justo después del primer café, entraron al dormitorio de mamá, cerraron la puerta y se quedaron allí durante horas. Yashu y yo permanecimos solos en la sala de estar. Por las risas que escuchábamos, supe que mamá estaba feliz y me sentí miserable.

La idea de Yitzhak tocando a mamá me sacaba de quicio. Le dije a Yashu:

—Mamá está en el cuarto con Yitzhak. Tienes suerte de tener un cuarto solo para ti.

Yashu me miró como si eso no fuera algo nuevo, y fue a abrir el frigorífico, sacó un melocotón y se fue a su habitación.

Me paré cerca de la puerta de mamá, me alejé, regresé a mi rincón. Mi mente volaba al cuarto de mamá y después al escritorio. No podía concentrarme en el libro. Aunque Yitzhak era tan guapo como una estrella de cine, alto, con una cara larga, nariz recta, cejas gruesas y labios llenos, yo creía que los juegos detrás de una puerta cerrada eran algo feo y prohibido.

Mamá me había enseñado que una mujer debe ser limpia y pura. No lo había dicho abiertamente, pero eso fue lo que entendí por lo que ella y sus amigas hablaban en el café o por cosas que le decía a su modista, la señora Zelikowitz, que venía a nuestra casa. Cada vez que ambas mencionaban a una mujer cortejada por los hombres, escuchaba a mamá decir enfadada: «Ella no es una mujer respetable, y si algo le pasa es culpa suya, porque se ha convertido a sí misma en un hazmerreír» .

La señora Zelikowitz chasqueaba la lengua y estaba de acuerdo con mamá.

Yo escuchaba cada palabra que mamá decía, y prometí no dejar nunca que un hombre me convirtiera en un hazmerreír, y no se hable más.

Incluso en Cracovia, en el apartamento de Franca, cerca de mamá y de sus hermanas, escuché que las mujeres a veces se convertían en un hazmerreír. Cuando la abuela Rosa dijo que yo tenía un temperamento gallego, entendí que se trataba de un comportamiento promiscuo. Entonces pensé para mí que los hombres no me tocarían, bajo ningún concepto. Las conversaciones de mamá con la señora Zelikowitz reforzaron mi creencia de que una mujer respetable no debía convertirse a sí misma en un hazmerreír.

Yo estaba segura de que mamá tampoco permitiría que un hombre extraño la tocara. Pero entonces apareció Yitzhak, un *broker* en el comercio de diamantes, hijo de una familia acaudalada y privilegiada de Cracovia, que había perdido a su mujer y a su hijita en la guerra y había migrado al país con nada.

Regresé a la sala de estar. Miré la puerta cerrada del cuarto de mamá y me dije: «Está traicionando todo lo que me ha enseñado. Es una traidora. Nunca creeré en ella otra vez».

Me sentía huérfana. Desde que tenía uso de razón, nunca me había separado de mamá; dormíamos en la misma cama, estábamos juntas en los mismos cuartos, durante dos años estuve a su lado en la cocina

de Helmut y Toni Sopp, y la observé. Fui con ella a las reuniones, la esperé hasta que terminaba de trabajar. Solo nos separamos en el Bad, en Alemania, y eso fue porque era importante para mi salud y mi recuperación. En Haifa, todos los días íbamos juntas a la clínica, nunca había espacio entre nosotras. Mamá también tenía muchas cosas que hacer fuera, pero desde el momento en que regresaba a casa, ninguna puerta se había cerrado nunca entre nosotras, ni siquiera cuando el inquilino se fue y mamá se mudó de la sala de estar al dormitorio. Yo conocía su respiración, sabía cuándo se quedaba dormida, si fingía dormir. No me molestaba sin razón cuando me llamaba, «Levántate y abre la puerta», y me despertaba aunque ella no estuviera dormida.

Y entonces un extraño hombre alto de Tel Aviv apareció en nuestro hogar. No me causó impresión alguna con sus ojos tristes. Ya tenía bastante con mis propios ojos y corazón. Oigo sonidos secretos y ellos salen por un vaso de agua, tal vez al baño. Me asomo: mamá está en el pasillo, sonriendo para sí, sin siquiera mirarme, y sus mejillas están de un color rojo encendido. Yitzhak también tiene una marca roja en el cuello. Y entonces, sin decir palabra, regresan al cuarto, cierran de nuevo la puerta y ríen, je, je, je, aaay, shhh, shhh. Shhh, shhh.

¿Dónde estoy yo? Sola en la sala de estar.

El libro está cerrado sobre mi regazo, la radio Grundig está apagada, ni el espejo ni la ventana me interesan. En mis oídos oigo las olas del mar Mediterráneo, shash, shash, shash. Al final, acabo cansada de toda esa tensión y voy a la cocina, y bum. Me golpeo con la mesa en la rodilla; enfadada, empujo la mesa, abro la alacena, saco una lata de galletas, cojo un puñado, me inclino a devolver la lata a su lugar, y bum. Me golpeo en la cabeza con la puerta de la alacena, ay. Grito y me sujeto la cabeza; la tapa de la lata vuela de mis manos y se desliza con un chirrido por el suelo.

Me asomo fuera de la cocina. Mamá no viene. La puerta entre nosotras permanece cerrada.

Quise matar a Yitzhak. Y no ayudó escuchar en el café lo que pensaban las amigas de mamá. Según lo que oí, había llegado la hora de llevar una vida normal, lo cual significaba enamorarse de un hombre de buena familia y encontrar un amigo para esta vida… ¿Qué más se podía pedir?

Me senté en el suelo a una distancia de medio metro de la puerta del cuarto, que parecía un muro, e imaginé cómo lo mataría con una espada. Lo imaginé de pie en el jardín del edificio, yo aproximándome a él por detrás, y ¡zas! Lo parto en dos de un tajo. También cabía la posibilidad de saltar sobre él y apretarle el cuello con ambas manos, sin soltarlo hasta que gruñera y muriera. No, no, mejor con la cuerda del ahorcado. Lanzaré una cuerda sobre la rama de un árbol en el

jardín, le haré un nudo alrededor del cuello de Yitzhak, digamos, mientras está sentado en el césped fumando un cigarrillo. Yitzhak fumaba incesantemente. Tiraría fuerte de la cuerda, él se quedaría colgando con un cigarrillo entre los dedos.

Esa noche no pude dormir pensando en la cercana muerte de Yitzhak.

Una noche, Yitzhak salió del cuarto sin ropa interior. Pensó que yo estaba dormida. Lo vi caminar desnudo al baño y cerrar la puerta tras de él.

Me quedé helada en la cama. Era la primera vez en mi vida que veía a un hombre sin ropa interior. Sentí un asco terrible; quería vomitar. Esa imagen no me abandonó. Durante años, evitaría acercarme a un hombre desnudo. Me daba náuseas.

—¿Cómo te sientes? —preguntó Yitzhak en el día de su boda con mamá.

Yo estaba en cama con laringitis, pero mamá había decidido que no iríamos al médico.

Volví la cabeza hacia la pared.

—¿Tienes fiebre? —preguntó Yitzhak, inclinándose sobre mí.

Yo permanecí callada.

—¿Te gustaría un vaso de té?

Yo permanecí callada.

—¿Un trozo de pastel?

Yo permanecí callada.

—Lamento que estés enferma. Mejórate, Danusha —dijo Yitzhak, dándome palmaditas en el hombro.

—Nechama —dije.

—¿Qué? —preguntó él.

Me quedé callada y él se fue a sentar en la sala de estar con Yashu .

Yo estaba tumbada en el pasillo con fiebre alta y me dije: «Nada que ver conmigo. En lo que a mí respecta, que se les estropee la fiesta».

Los casó un rabino y luego regresaron para hacer la celebración en casa. Mamá y varias amigas habían preparado comida con antelación: sándwiches, compota de manzana, pasteles y té helado.

Y después llegó el momento de celebrar el *bar mitzvá* de mi hermano. Como en la boda, varios amigos de mamá y algunos parientes acudieron a la celebración; las hermanas de mamá y mis primos todavía no habían migrado a Israel.

Recuerdo a mi hermano en pie frente al arca en la sinagoga. Yitzhak estaba junto a él mientras pronunciaba su discurso. Me conmovió la imagen que veía, y también me entristeció. Lamentaba que mi hermano estuviera haciendo la ceremonia con un padrastro.

Me acostumbré a Yitzhak después de un tiempo. Alejé los pensamientos de la muerte que le había deseado.

Mientras tanto, Yitzhak se mudó a Haifa y buscó trabajo. Mamá y él decidieron construirle un quiosco a la entrada del edificio donde vivíamos. Yo le dije a mamá que no era una buena idea abrir un quiosco, ya había uno cerca, y oímos que el propietario estaba enfadado con mamá. Mi hermano estaba a favor de abrirlo.

El quiosco abrió. Yitzhak se sentaba allí y vendía chocolate, galletas de oblea y refrescos. Yo me sentaba allí a veces, mamá también, pero a mí me daba vergüenza decirle a la gente que teníamos un quiosco.

El trabajo en el quiosco no era atractivo para Yitzhak. Dijo que estaba cansado de esperar a los clientes.

Tampoco quería sentarse en la sala de estar y escuchar las historias de mamá; se iba a la ciudad por la noche y se paseaba por allí. Eso fue lo que oí que le decía a mamá, y ella ya no hizo más preguntas .

Un día, él decidió regresar a Tel Aviv y solo venía los fines de semana, siempre con un ramo de gladiolos rosas. Odié las gladiolos durante años.

Desde el momento en que Yitzhak llegaba, comenzaban las peleas entre él y mamá. Creo que ella estaba muy enfadada con él por haber decidido dejarnos y regresar a Tel Aviv.

En su mayoría, las comidas de los sábados se volvieron una pesadilla. Yitzhak estaba enfadado, mamá lloraba y yo, por supuesto, estaba de su lado. Si pensaba que yo me reía durante la bendición, él se levantaba a darme una bofetada, y yo enseguida escapaba y corría alrededor de la mesa, y él me perseguía con una escoba. Yashu miraba su camisa y yo podía ver que apenas se aguantaba la risa.

Me escapaba corriendo al aseo con un libro que le habían regalado a mi hermano por su *bar mitzvá*. Ellos no me hicieron uno a mí.

Leí *La comedia humana*, de William Saroyan; *Quo Vadis*, de Sienkiewicz, y *Shakespeare para niños*, obras de teatro escritas como cuentos.

Mamá decía que Yitzhak estaba nervioso debido a sus grandes sufrimientos durante la guerra. Hacia el final de la guerra en Europa, se había ido a Rumanía con su hermano por negocios. Su mujer e hija se habían quedado atrás, en Cracovia. Cuando él regresó, descubrió que las habían enviado junto con otros parientes a un campo de exterminio. Esta tragedia lo atormentó durante años. Después de la guerra, él y su hermano inmigraron a Eretz Israel. Poco después de esto, su hermano murió de una enfermedad cardiaca. Mamá decía que esa era la razón de que fumara como una chimenea y de que a veces necesitara tener una escoba en la mano.

Cuando teníamos invitados, Yitzhak y mamá no peleaban, las cosas eran incluso agradables. Había conversaciones, algunas risas.

Teníamos bastantes invitados y, cuando se iban, el enfado volvía a vivir con nosotros. Oía a Yitzhak enfadarse detrás de la puerta cerrada de la habitación de mamá. En unos minutos se desataba un incendio en polaco .

Yo quería sentarme con Yashu, pero él salía con sus amigos.

Con el tiempo, me di cuenta de que Yashu estaba fuera todo el tiempo. No podía quedarse en casa una o dos horas. Nunca hablaba y a mí me daba pena preguntar, pero pensaba que, después de haber estado encerrado en un frío sótano oscuro con *goyim*, gentiles, durante dos años, necesitaba tener luz y una vida fuera, tan en el exterior como resultara posible. Después de dos años con extraños, con el miedo constante de estar solo, tenía que jugar todos los días con los amigos a los que amaba. Irse a pasear con ellos, regresar y encontrarlos de nuevo al día siguiente.

También entendía que mamá estaba desilusionada con Yitzhak porque él no le decía cosas bonitas y, desde su punto de vista, él no la apreciaba. Por lo que veía en él entendí que ella le crispaba los nervios con sus quejas sobre su regreso a Tel Aviv. Le gritaba con furia y ella no se quedaba callada; se le metía en la piel como papel de lija, como hacía conmigo.

Yo no podía soportar esa situación tan desagradable entre ellos. Me tapaba los oídos con una almohada y la apretaba, pero aun así los escuchaba cansarse uno del otro.

Yitzhak se iba de casa cada domingo.

La puerta de la habitación de mamá se abría y así se quedaba toda la semana. Volvimos a estar juntas. A veces nos sentábamos en la sala de estar; mamá en el sillón, yo en el sofá de las aperturas, el sofá de las historias. Hablábamos con calma acerca de los invitados que habían estado con nosotros el sábado.

—Danusha, ¿viste el postizo de la señora Fischer, la de la peluca? No es real; es *echte matsia*, falso. Y cómo finge que es rica.

O me contaba que se había encontrado con un hombre en la calle e imitaba su voz; yo adivinaba rápidamente de quién se trataba, y nos reíamos.

Y después:

—Te llevaré a un café en Nordau cuando quede con mis amigas —me prometió.

—Pero ¿cuándo? —preguntaba, cada vez que lo prometía .

—Mañana. No, pasado mañana. La semana que entra a más tardar.

—¿La semana que entra?

—Tal vez incluso antes.

Y no me llevaba. Se iba sola. Yo esperaba de mal humor a que regresara del del café. Miraba por la ventana y oía la puerta después de los pasos en la escalera, ¿era mamá?

—¿No fue genial? Mejor que no vinieras conmigo —dijo cuando regresó esa noche, pero en medio de mi desilusión no dije nada.

Una vez, para compensarme por algo, mamá salió diciendo que tenía una sorpresa para mí.

Esperé y esperé; tenía mucha curiosidad. Quería tener esperanza, ¿a lo mejor mamá me había comprado una blusa nueva? ¿Tal vez una cadena o una pulsera? Me pegué a la ventana, mirando a los transeúntes. ¿Era ella?

Cuando la oí subir las escaleras esperé en la puerta, saltando de emoción. Mamá abrió el bolso, sacó un sobre y me lo dio. Me senté en el sofá y lo abrí con cuidado. Era una fotografía de mamá.

—Mira qué fotogénica soy. Es una buena fotografía, ¿no? —preguntó, mirándome.

Mamá. Mamá. Mamá. Mamá. Mamá.

¿Dónde estoy?

De camino a ver a Sarah. Sarah me salvó la vida.

# 28

Sarah tiene ojos bondadosos, como terciopelo envolvente. Tiene el pelo corto, rizado y es alta. Sarah quiere ser mi amiga. Se sienta junto a mí en clase y me pide que seamos amigas. Yo ignoro la oferta. Sarah no se rinde. Salimos de clase juntas en dirección a casa. Caminamos despacio para tener tiempo de contar todo lo que hay en nuestros corazones.

Sarah y yo nos conocemos desde noveno grado. Ella nació en Israel y es la única hija de padres divorciados. Vive con su madre, una maestra de manualidades, y su hogar es tranquilo, no hay invitados. Sarah viene a visitarme a casa, y un día decidió que yo debía ser más ordenada. Tiró papeles de mi cajón, cuadernos viejos, envoltorios rotos, paquetes de papel con trozos de sándwiches y peladuras de fruta; tiró montones de cosas, por supuesto después de preguntarme sobre cada una: «¿Puedo tirar eso, Nechama, está bien?».

—Seguramente la maestra le dijo que ordenara tus cajones —dijo mamá, al ver mi escritorio inmaculado.

—Seguramente que no —le dije a mamá—. Sarah decidió hacerlo por sí misma.

Mamá no se creyó que yo tuviera una amiga; pensaba que ella era mi única amiga. Yo tampoco sabía nada sobre amigas, aparte de las amigas de mamá. Mamá pensaba que era natural que Yashu tuviera muchos amigos; él iba a Bnei Akiva, el movimiento juvenil, y todos querían estar cerca de él. Ella pensaba que era natural que solo ella quisiera estar cerca de mí, y mi relación con Sarah le parecía extraña.

Yo era bastante irritante en el bachillerato, porque era la disciplinada de la clase. Durante los exámenes, los alumnos se copiaban unos de otros, también de mí; me consideraban buena en humanidades. El tema de copiar me enfadaba. Incluso discutía con los estudiantes sobre eso, y ellos se molestaban mucho conmigo. Yo era casi la única de la clase que pensaba así, lo cual divertía a Sarah.

La maestra me decía «la conciencia de la clase». Fui elegida para el comité de la clase por mayoría de votos. Yo encabezaba el comité, lo cual no cambió nada durante los recreos. Nadie quería que me uniera a su grupo. Solo Sarah. Ella trataba de hacerme reír y me hacía sentir bien.

Recuerdo la primera vez que visité a Sarah.

—¿Dónde está el baño? —pregunté.

Sara me mostró y esperó a que terminara. Entonces preguntó:

—¿Quieres algo de comer o beber?

—No, gracias —contesté apresuradamente, y estuvo tan bien

escuchar «¿Quieres comer o beber algo?».

Y todo esto sin siquiera estar enferma en cama. Vi en sus ojos que realmente estaba interesada en mí y quería que me sintiera bien. Con el tiempo comencé a visitarla después de clase y más tarde el *sabbat* también. Caminaba de Hadar a Bat Galim, y era un camino largo. Dejé atrás los gritos de mamá y Yitzhak, y la casa de Sarah se convirtió para mí en un espacio de curación.

Sarah y yo teníamos largas conversaciones. Hablábamos de cosas de chicas, amigos y ropa. Ella me escuchaba con todo su cuerpo, usando los hombros y manos para acercarme a ella. En mi corazón, yo ya sabía que, sin importar qué hiciera, Sarah me querría de cualquier forma. Como papá. Sarah fue a la única a la que le hablé de él. Hablaba de él más suavemente de lo acostumbrado, y Sarah pensaba que venía de un lugar que era sagrado para su memoria. Yo la miré y ella asintió seria. Le conté las caminatas que hacíamos juntos por el campo. Acerca de las canciones que me había enseñado. Canté «Qué maravilloso, qué maravilloso que haya noches como esta», y Sarah me sostuvo la mano y yo sentí lo fríos que estaban mis dedos y cómo temblaban, y entonces le dije que su bondadoso corazón me recordaba a mi padre. Sarah se conmovió hasta las lágrimas, y yo también. Algo se abrió dentro de mí. Lloré y lloré.

Nos sentamos en el sillón del cuarto de estar; estábamos solas. En el gramófono sonaba un disco del aria «La reina de la noche» de *La flauta mágica* de Mozart. Le conté a Sarah cómo había matado a papá en mi corazón y cómo no me había dado cuenta de que estaba matando a un nervio vivo dentro de mí. La Gestapo ejecutó a papá, y yo lo maté en la estación del tren en Brzeżany y nunca había llorado por él desde entonces. Cuando me separé de papá, una gran oscuridad cayó sobre mí, sin una sola estrella, le conté. No podía encontrar un solo recuerdo de él dentro de mí: ni una voz, ni una imagen.

El disco terminó. Sarah preguntó si podíamos ponerlo otra vez. Asentí y cerré los ojos.

Y entonces papá vino a mí.

Hay un sendero y hay nieve. Una casa rodeada por un jardín. Papá está de pie en el jardín, cerca de la reja. Mamá está de pie a cierta distancia; mi hermano y yo estamos junto a ella.

Nos estamos preparando para irnos. Yo soy muy pequeña, tal vez de cinco años, y estoy llorando.

Y entonces me suelto de mamá y corro hacia papá gritando «Tatusho, tatusho, tatusho…».

Papá extiende los brazos hacia mí; mis mejillas están húmedas y él me abraza fuerte, ambos llorando a los cielos. No puedo ver por el llanto y abrazo con fuerza el cuello de papá, gritando «Tatusho, tatusho, tatusho… ¿dónde está mi tatusho…?».

Esa noche le pregunté a mamá si papá le decía palabras bonitas.

—Sí, era un buen hombre —respondió mamá, sosteniéndose del respaldo de la silla.

Una vez, me harté de Sarah y estuvimos enfadadas. Puso una caja de lápices entre nosotras para que yo no tocara su mitad del pupitre. Pero, entonces, toqué sin querer su espacio con mi codo. Sarah miró la mesa, sacó un cepillo para la ropa de su mochila, limpió el sitio y devolvió el cepillo a la mochila. Ambas estallamos en risas y la pelea quedó borrada.

Sarah sabía imitar a la actriz de cine Betty Grable, que tenía unos ojos grandes y hermosos. Ella se levantaba el vestido hasta las rodillas, mecía la pierna doblada a un lado, la sacudía en el aire, la bajaba, y después la otra pierna, y yo me ahogaba de risa. Qué genial era reír con Sarah, yo no había conocido eso. Siempre me había sentado con adultos que habían pasado por el infierno en su vida, cada uno por un infierno peor que el anterior, y sus recuerdos de tristeza y sufrimiento no tenían fin. Incluso en las fotografías que tengo en la bolsa de nailon puedes ver lo bien que me sentaba en compañía de los adultos, con los labios a punto de llorar, como los de ellos.

Sarah me enseñó a reírme con la boca abierta. Ja. Ja. Ja. Je. Je. Je. Las arrugas no importaban. Una vez nos reímos tan fuerte que mamá entró alarmada.

—¿Cuál es el problema? ¿Qué ha pasado?

Se sorprendió de encontrarnos riendo entusiastamente con todo el corazón. Yo me sentí libre incluso cuando mamá puso cara de desilusión, y me sentí muy alegre cuando preguntó enfadada:

—¿Adónde vas ahora?

Yo contesté con cortesía:

—¿Por qué pregunta mamá adónde voy? ¿Alguna vez le ha preguntado ella a Yashu adónde iba?

Mamá abrió mucho los ojos y dijo:

—No tengo ninguna queja sobre él; es un buen estudiante.

Se dio la vuelta y se fue a la cocina. Yo mantuve la cabeza alta, enderecé los hombros, dije adiós con la mano, como la reina de Inglaterra, y abrí la puerta sin que mamá notara que la princesa había salido a la calle. El aire que respiraba fuera era particularmente dulce. Sarah llamaba Vicky a mamá, por Victoria, la reina de Inglaterra, y Yitzhak era Vicker. Cuando aparecía en su casa el *sabbat*, adivinaba :

—¿Vicky y Vicker ya están discutiendo otra vez?

Me contó que un día había ido a visitarme a casa, tal vez una noche de sábado, y yo no estaba.

—Vi a Vicky tumbada en el sillón de la sala de estar con un paño húmedo en la frente. Tenía las mejillas húmedas. Sujetaba un pañuelo

en una mano y con él se limpiaba las lágrimas. Probablemente estaba llorando después de una pelea con Vicker. Quise consolarla. Le dije: «Eres demasiado fuerte para tu marido y tal vez es duro para ti aceptar que él tiene su propia opinión».

»—¿Cómo puedo no ser fuerte? —dijo Vicky—. Yo sola salvé a dos niños en la guerra. Por una sola noche de sueño entregué una pulsera de oro macizo, sí, eso fue lo que hice por ellos, y eso no tiene importancia», y siguió llorando.

Yo también veía cuánto lloraba mamá. Me daba lástima y estaba enfadada con Yitzhak. Le dije a Yashu que teníamos que ser considerados con ella, ayudar con las tareas de la casa y no molestarla. Le expliqué que todavía teníamos nuestra vida por delante, que teníamos oportunidad de lograr algo bueno. Días más tarde, mamá estaba de pie en la cocina, cortando un pastel que había hecho para los invitados; era noche de historias.

—Danusha, pon el servicio de té en la mesa y llena los platitos con nueces y galletas —dijo, con una voz que indicaba que había olvidado todos sus problemas.

Hice lo que me pidió y ella comenzó a contarme acerca de una de sus amigas que se había ido a viajar por Europa:

—Solo escucha lo que le ocurrió allí…

De pronto oímos que alguien llamaba a la puerta. Sarah estaba en el umbral.

—¿Quieres ir a pasear conmigo? —me preguntó.

—Mamá, ¿dónde está mi jersey? Voy a salir con Sarah, ¿dónde está el jersey? —Le sonreí y asentí.

Mamá dejó de cortar el pastel y me miró, y luego a la mesa, que estaba puesta. De nuevo me miró y después a la puerta, y por sus ojos me di cuenta de que estaba diciendo: «¿Me vas a dejar sola otra vez?» .

Mientras tanto, entramos al decimoprimer grado y mis problemas con las matemáticas aumentaron.

Al final del curso, decidieron atrasarme un año. ¿Por qué? Ni idea, solo porque sí. Mamá encontró a una maestra particular para mí; esperaba que los problemas con las matemáticas se resolvieran rápidamente, pero eso no sucedió.

Sarah entró en el seminario. Yo también pude haber ido al seminario, incluso con mis problemas con las matemáticas, pero no lo hice. ¿Por qué? Porque en ese tiempo el seminario no se consideraba tan bueno como el bachillerato, donde, en última instancia, recibías un certificado.

Comencé de nuevo el decimoprimer grado. Quería creer que obtendría el certificado, y cuando llegué al final del año por segunda

vez, me di cuenta de que lo mejor era irme. En el fondo de mi corazón sabía que estaba haciendo lo correcto, y también sabía que estaría mejor aprendiendo sola, como había hecho en Cracovia, cuando aprendí a leer, ayudada en ocasiones por mi primo, Adam. Soñaba con ser libre, y eso fue lo que hice. Dejé la escuela al final del décimo grado. Pero la vergüenza anidó dentro de mí. No se marchó. En cada solicitud que llené después de eso, puse «diez» en la columna bajo el número de años escolares. Las chicas que conocía habían completado doce. La vergüenza iba tras de mí como una larga sombra. Y dolía. Mi hermano, que había ido al movimiento juvenil Bnei Akiva mucho más en serio que a la escuela, y no sabía inglés, tuvo un éxito enorme. Más tarde, no tuvo problemas para hacer su doctorado en los Estados Unidos.

Mamá estaba furiosa conmigo.

—Te conseguí una maestra particular y suspendiste un año. No lo entiendo. ¿Por qué no puedes estudiar y tener éxito como Yashu?

—¿Por qué no puedo ser como Yashu? —le grité—. Porque tuve que cuidarte. No solo eras tú la que cuidaba de mí, y eso agotó todas mis fuerzas. ¿Quién estuvo junto a ti con una dulce sonrisa, enfrentando los ojos malignos de la gente? ¿Quién estuvo junto a ti cuando estabas sola? ¿Quién escucha todas tus historias? ¿Yashu? ¿Piensas que después de todo eso tengo fuerzas para estudiar?

Mamá se fue a su habitación y dio un portazo. Yo me quedé parada allí, y seguí gritando. No cedí.

Después de haber suspendido el año por segunda vez, mamá comenzó a actuar con respecto a la compensación por parte de Alemania. Fue a Alemania durante una o dos semanas y regresó. Se fue un mes y regresó. Se fue durante dos o tres meses y regresó. Yitzhak estaba en Tel Aviv; nosotros nos quedamos en casa, y lo mejor fue que estuvimos juntos. Nos cuidábamos mutuamente y nos sentíamos adultos y responsables. Almorzábamos con un pariente; nosotros mismos preparábamos la cena y el desayuno.

Disfrutaba de la calma en la casa. No escuchaba quejas acerca de las pilas de libros en mi cuarto o de la ropa esparcida en la cama. Podía limpiar el suelo cuando quisiera, leer hasta tarde por la noche en la cama. Mi hermano podía hacerse un sándwich y dejar las migajas en la encimera, tirar la camisa y los pantalones al suelo e invitar a amigos y hacer ruido. Eso no me molestaba, siempre que hubiese luz en cada cuarto, y alegría.

Gasté en libros y golosinas el dinero que mamá nos había dejado. Yashu compró un abono para el autobús y el tren, y se iba de paseo. Sobre todo si no había clases, era Sucot o Pésaj, y por supuesto durante las vacaciones de verano. Se iba con Bnei Akiva para conocer

Jerusalén, o el cráter Ramon, pero también con dos amigos a algún lugar que decidieran. O, más exactamente, Yashu decidía y sus amigos estaban de acuerdo. Mamá acababa de irse y él ya estaba estudiando los mapas con sus amigos, planeando rutas.

«Tenemos un hermoso país», me decía cada vez que regresaba a casa.

Dejaba la mochila en la puerta o en medio de la sala de estar y se sentaba. Eso no me molestaba. Una vez sugirió que me uniera a ellos en un viaje, pero eso no era para mí. Me sentía avergonzada frente a sus amigos, y sabía que ellos en verdad no querían que fuera.

Aprobamos el acuerdo de mamá con Alemania. Y mamá aún más. Consiguió una compensación para sí misma y para otros. Resolvió casos que estaban casi perdidos con su persistencia y creatividad, y ganó muchas felicitaciones y mucho respeto. Oí mucho de eso mientras hacíamos algún recado o en el camino de regreso, cuando encontrábamos a conocidos que habían oído hablar de sus milagros.

Durante uno de los viajes de mamá, el día en que se suponía que regresaría, fregué el suelo, limpié la porquería de las ventanas y debajo de las camas, después, ya cansada, me tumbé en la cama de la habitación de mamá. Mi cabeza se deslizó fuera de la almohada, cerré a medias un ojo y vi enfrente de mí su cajón en la cómoda. Me entró curiosidad. ¿Qué tenía mamá en su cajón? En mi cajón yo tenía un desorden de libros y cuadernos aburridos. ¿Qué tenía ella en el suyo?

Apoyándome en el codo, abrí el cajón. Había un libro y papeles. Revisé estos y entonces, casi al fondo de la pila, encontré un paquete de cartas.

Abrí con cuidado la primera. En la parte superior del papel, en el lado izquierdo, se leía: «Dr. med. Helmutt Sopp».

Abajo había una dirección que no me resultaba familiar, después: «Liebe gute sehr verehrte *frau* Anna!».

¿Eh? Amada, buena, querida *frau* Anna. La cerré de inmediato. Se me cayó el corazón. ¿Mamá estaba escribiéndose con Sopp?

—¿Yashu? —llamé en voz alta, y fui a la sala de estar—. Yashu, ¿dónde estás?

No estaba en casa. Se me había olvidado, había ido al sur, al desierto de Judea .

Metiéndome en la boca una onza de chocolate, me senté en el sillón de mamá y pensé: «Mamá está en Alemania. Helmutt Sopp está en Alemania. ¿Podrían estar viéndose? ¿Podría ella haberlo buscado como hizo cuando estábamos en Hanóver? ¿Podría él haberla encontrado?». En la sala de estar en Haifa, les había contado acerca de su generosa oferta de dirigir una clínica con él en Alemania. ¿Podía tener alguna nueva oferta para ella?

Regresé de inmediato a las cartas. Abrí la primera y leí las líneas en alemán. Por lo que entendí, Helmutt Sopp le escribía a mamá sobre su trabajo, se interesaba por cómo estaba ella, preguntaba por nosotros, los niños. Eso era todo.

Me pregunté por qué mamá lo había buscado. ¿Podría haber querido saber qué había ocurrido con papá después de su muerte? Yo no le había preguntado a mamá si Helmutt Sopp podría haber salvado a papá. ¿Se lo había preguntado mamá? No tengo idea. A lo mejor esperaba que Helmutt le dijera lo que había ocurrido en la prisión el día que ella lo mandó a visitar a papá con el pretexto de que era el marido de su amiga judía, y ella le había dado equivocadamente el nombre de su marido judío. ¿Y Helmutt podría haber visto los papeles de papá con el nombre Kwiatkowski, y haber entendido lo que mamá se esforzaba tanto por ocultar?

Helmutt sabía que todos los invitados a su casa —médicos, oficiales, funcionarios del Gobierno y gente en diversos puestos, incluso sus esposas— sabían el nombre de mamá. Después de todo, ante sus invitados, se enorgullecía del famoso coñac Kwiat que mamá preparaba y que él había bautizado en su honor. ¿Podía Helmutt haber hecho algo para evitar exponer la conexión entre papá y mamá, por lo cual ella había estado agradecida todos estos años? ¿Había querido él asegurar su vida después de la guerra salvando a una judía y a sus dos hijos?

Quería agua fría y hablar de eso con Sarah. Estaba avergonzada. «Mejor quedarme callada», me dije a mí misma, y oí un golpe en la puerta. Enseguida devolví las cartas a su sitio.

Llegó Sarah y después Yashu. Esa noche, mamá regresó y a la mañana siguiente dijo :

—Has limpiado bien, Danusha. Ven a ver el regalo que te he traído.

En el café con sus amigas, la oí describir sus logros en Alemania. Una vez, una amiga preguntó:

—Y ese doctor del que nos hablaste, ¿te encontraste con él?

Mamá sonrió con la boca cerrada, diciendo:

—No había tiempo para encuentros.

Mamá también nos contó que había pasado la mayor parte del tiempo viviendo en la casa de la familia de Bronka, en Bad Homburg. Franca vive en Bélgica. Stella vino de Berlín y se quedó con Bronka; daría un concierto en el balneario.

—No tienen ni idea de lo que es reunirse con hermanas —les dijo mamá a sus amigas—. Teníamos una relación tan estrecha, y cuando nos encontramos en Bad Homburg, lloramos por lo que habíamos pasado durante la guerra. También llorábamos y cantábamos en voz baja con Stella cuando ella cantaba arias ante grandes audiencias.

Mamá se detuvo, tragó saliva y se llevó una mano a la garganta.

—Fue como era antes, una vez, hace mucho tiempo, cuando cantábamos en nuestro hogar en Cracovia y nuestros padres estaban con nosotros, mi hermana Lydia y nuestro joven hermano Aharon, que Dios tenga en su gloria. —A mamá le temblaba la voz. Se enjugó una lágrima con el pañuelo y bebió un poco de agua de un vaso que yo le di.

»Al final del concierto, la audiencia aplaudió a Stella con entusiasmo —agregó mamá—, y por supuesto hubo un *encore*. Y entonces Bronka y yo subimos al escenario y abrazamos a nuestra hermana. Nos enjugamos mutuamente las lágrimas con un pañuelo. Después de uno o dos días, Stella regresó a Berlín y yo fui a Hanóver a reunirme con un importante director con respecto al tema de la compensación .

En el siguiente viaje de mamá a Alemania, no encontré las cartas de Sopp en el cajón. Quizá mamá se las había llevado para mostrárselas a sus hermanas. Recordé cómo habían susurrado secretos en la cocina de Franca, en Cracovia, durante la guerra.

Mamá me traía regalos que no me valían de sus viajes a Alemania. Incluso cuando vivíamos en Hanóver, me compraba pendientes para orejas agujereadas. Yo no tenía agujeros en las orejas. Recuerdo haber llorado por el regalo que ambas sabíamos que no era apropiado para mí. También me compró un jersey demasiado pequeño, o hermosas botas que eran un número mayor.

Una o dos semanas después, vi a una amiga de mamá con el jersey puesto.

—Mira, el regalo que tu madre me compró. Es bonito, ¿no? —dijo la amiga, adelantando el busto.

Yo guardé silencio. Quería bostezar.

Yashu recibía regalos que no tenía que darle a nadie más, como una equipación de fútbol o de combate adecuado para su edad.

Sin embargo, en las letras había muchas buenas palabras, como la carta que recibí de Hanóver:

> Moja droga, cudowna, słodka mamo i droga Yashu…
> *Mi querida, maravillosa, dulce mami y querido Yashu:*
>
> *¿Tenéis una idea de lo feliz que soy cuando recibo una carta vuestra o de mi querido Yitzhak? Cuando estás lejos de casa, ves las cosas con ojos distintos y con frecuencia me preocupo por vosotros. Me culpo por dejaros solos durante tan largos periodos, y me hace feliz y me tranquiliza saber que todo está bien.*
>
> *Mirad, mis tesoros, me han diagnosticado un problema médico. Un*

*doctor ha descubierto que mi riñón izquierdo no funciona y recomienda un tratamiento aquí. Por supuesto, me he negado; hay buenos médicos en Israel, aunque ciocia Bronka y el doctor dicen que debo quedarme.*

Y termina:

*Beso vuestro querido rostro y lo bendigo,*

*mamá*

Leí la carta y pensé: «Qué lejos tiene que viajar mamá para estar más cerca».

Ella no sabía que, mientras tanto, había aprendido a manejarme sola.

# Epílogo

Una vez en Tel Aviv vi un periódico alemán, *Frau*. Tenía una columna de preguntas sobre problemas psicológicos, y el doctor Helmutt Sopp firmaba las respuestas a los lectores.

A menudo me pregunté acerca de la relación entre mamá y Helmutt, que era como una melodía sonando a lo largo de la vida. ¿Amor? ¿Anhelo? ¿Recuerdos o un secreto?

¿Se había encontrado mamá con Helmutt Sopp en sus viajes a Alemania? No tengo idea.

Después de que ella muriera, leí en una de las cartas lo feliz que se había sentido Helmutt al recibir la amable carta de mamá, que llegó como un regalo muy apreciado para su cumpleaños. Se alegraba de que mamá estuviera bien y de que los niños hubieran crecido. Y después escribió que su mujer, Toni, había ido de visita desde los Estados Unidos y habían hablado mucho acerca de *frau* Anna y el gran miedo que se vivía en esos tiempos. Los dolorosos recuerdos les habían atenazado el corazón hasta ese día. Ahora él y Toni se alegraban de que todos estuvieran sanos y viviendo bien. Sus hijos Peter y Ammon se casaron y cada uno tenía dos niños. Con respecto a sí mismo, escribió que estaba solo. Había decidido no regresar a casar. Su trabajo en la consulta era muy exitoso, y le ayudaba a lidiar con muchas cosas. Trabajaba de psicoterapeuta, tratando principalmente casos de depresión, lo cual evitaba que se separara de sus pacientes. Y en verdad, no había disfrutado de unas vacaciones en muchos años. Pero si mamá visitaba Europa de nuevo, debía ir a verlo. Estaba viviendo en Nois, no lejos del Rin, y el área era realmente muy hermosa.

Más adelante, le agradece a mamá su invitación para visitar Israel. Escribe que está pensando cogerse algunos días libres y volar a Israel. Ha escuchado de algunas personas que el país es muy hermoso, y espera visitar a mamá en Tel Aviv.

Helmutt Sopp murió a la edad de setenta y un años y no visitó a mamá en Israel. Tal vez triunfó el sentido común.

Cuando llegué a la edad correcta, mamá quería casarme rápidamente, como si hubiera algo malo en mí.

En la última reunión en la sala de estar en Haifa, antes de mi boda frente a emocionados invitados, entendí que mamá se sentía mejor cuando estaba ocupada salvando vidas. En los días de la Segunda Guerra Mundial estaba en plenitud, y así se sentía cuando viajaba a

Alemania y ayudaba a los supervivientes.

Esa noche vi luz en sus ojos y un color fresco en sus mejillas. Regresaba a los días de esa guerra en sus historias, y se me ocurrió algo: ¿podía ser que por encima de cualquier cosa que mamá hubiera salvado, se hubiera salvado a sí misma del aburrimiento, y las vidas de los demás no fueran más que un soplo de aire fresco para ella?

¿Y quién estaba siempre cerca para escuchar?

Yo era su público más leal. Durante años, nunca aparté la vista de ella; la escuché cantar, contar historias, llorar, reír cuando imitaba a los conocidos… Incluso cuando peleábamos, yo me mantenía cerca de ella y no me iba. Parece que necesitaba el apoyo de mamá. Cuando crecí y quise apartarme de ella, no lo permitió. ¿Tal vez necesitaba que hubiese ojos sobre ella, más de lo que yo lo requería?

La última vez que me senté en la sala de estar antes de mi boda, me di cuenta, al final de la noche, de que mamá nunca jamás me dejaría. De que ella no podía vivir sin mí, que aunque yo cruzara el océano, ella me encontraría. Después de la boda, entendí algo más: incluso aunque me mudara a Tel Aviv y le gritara, ella no me dejaría sola, sino que haría un pacto con mi marido. Y eso fue lo que sucedió.

Solo después de muchos años se abrió un enorme arcoíris en mi vida. Con el apoyo y el aliento de mi hermano, comencé a estudiar en la universidad. Por primera vez, me di permiso de encaminarme hacia una vida que en verdad me liberara. Elegir. Decidir. Sentir cada momento. Y entonces llegó una nueva experiencia: la dulce, gran libertad que me habían arrebatado durante tanto tiempo. Tengo una buena fotografía en un precioso marco de la ceremonia de graduación de Máster en Humanidades en la universidad.

En la fotografía, llevo puesto un elegante vestido blanco de seda resplandeciente, como una novia. Luzco un broche delicado, pendientes y una pulsera; llevo el cabello recogido arriba con una pinza por detrás y mis mejillas son tersas y brillantes.

Sostengo un título en donde están escritos, en letras grandes, los grados universitarios. Y tengo sonrisa enorme y liberada en la cara.

Mi amiga Sarah dice:

—La gente en la fotografía está mirando fijamente.

Yo guardo silencio.

—¿A quién están mirando? —pregunta Sarah, y me mira—. ¿A quién, Nechama, a quién?

Yo guardo silencio.

—A la más hermosa de las mujeres —dice, y mis ojos rompen en lágrimas.

Di a luz a tres niños: dos hijos y una hija, niños muy queridos. Me sorprendí al descubrir que es natural y posible querer a una hija. Ah,

qué descubrimiento tan maravilloso.

Un día, fui a una sinagoga en Jerusalén.

Entre el público, vi a una dulce niña en pie en silencio; llevaba puesto un vestido blanco de encaje.

Miré a la niña y me dije: «Mira, la niña en la sinagoga eres tú como solías ser: una niñita dulce e inocente con un vestido blanco, con una guirnalda de flores en la cabeza».

Las lágrimas cayeron por mis mejillas. ¿Qué querían todos de la niña que solía ser? Todo lo que trataba de hacer era enderezarme, despertar, conectar, y de inmediato caía el golpe, sin que yo le hubiera hecho nada malo a nadie.

La niña en la sinagoga de Jerusalén iba de la mano de su madre. Su hombro apoyado en su vestido. Vi que la niña disfrutaba de estar cerca de su madre. Vi que la madre disfrutaba de que la niña estuviera cerca de ella. Entonces ¿qué es lo que mamá, la abuela y Hanchka querían de mí? No podía dejar de llorar.

A menudo asisto a conciertos, y a veces lloro, como con la «Rapsodia en azul» de Gershwin, donde los sonidos evocan un cierto anhelo ¿de amor?, ¿como en un sueño? Y tal vez, más que nada, son lágrimas por la gratitud que siento por lo que experimenté, porque la gente me presta atención y me acepta tal como soy, y, si me critican, he aprendido que eso no es el fin del mundo.

¿He vivido? Tal vez muy poco, tal vez muy tarde. No me permití a mí misma ser feliz. Dije: «Sobrevive, Nechama, sobrevive, eso es lo importante. Todo lo demás son tonterías». ¿Lo son?

Cuando era niña caminaba tan cerca de mamá como podía. Quería protección y la obtuve: seguí viva.

Mamá era el cielo sobre mi cabeza, a veces brillante, a veces resplandeciente o titilante, así como oscurecido. Ella hizo nacer en mí la curiosidad por conocer el gran mundo conectándome con él a través de lenguajes y melodías.

Mamá murió a los noventa y tres años sin una sola arruga en la cara. En el funeral, mi amiga Sarah dijo: «Parecía como si esa mujer pudiera vivir por siempre. Era más grande que la vida».

A veces miro la fotografía de mamá y sus hermanos, tomada en la boda de un pariente. Lucen trajes de gran estilo, con peinados y complementos apropiados. Franca, Bronka y su hija, y Stella, todas sonriendo a la cámara. Mamá también está sonriendo, con la boca cerrada.

Miro atentamente el hermoso rostro de mamá. La profunda tristeza que veo en sus ojos me rompe el corazón.

# Preguntas y respuestas a la autora

*¿Tu historia familiar ha influido en tu escritura?*

Hasta el día de hoy, he escrito cuatro libros sobre el Holocausto. Nunca supe bien por qué me sentía tan atraída por el tema hasta hace un año. Me estaba quedando con mi tía de noventa y cinco años, la hermana de mi padre, cuando vi la fotografía enmarcada de una pareja joven. Cuando pregunté quiénes eran, me dijo que eran la hermana y el hermano de mi abuelo. «A la mujer la asesinaron en Treblinka con sus tres hijos, y a ti, Malka, te pusieron su nombre. ¿No lo sabías?».

No lo sabía. Sabía que me habían bautizado en honor de la tía de mi padre, que, según me dijeron, era de Bulgaria. Mi padre había insistido en ese nombre, pero nunca supe por qué.

Cuando le pregunté a mi hermano mayor si sabía que los parientes de nuestro padre habían muerto en Treblinka, contestó que no.

Decidió entonces investigar el asunto, y en tan solo unos días, a raíz de la revelación de mi tía, viajó a Komotini, en Grecia, un pequeño pueblo cerca de la frontera con Bulgaria, donde la familia de nuestro abuelo había vivido muchos años.

Cuando mi padre tenía diez años, su familia se desplazó de Komotini a Bulgaria en busca de mejores ingresos, y más tarde mi padre decidió inmigrar a la tierra de Israel como pionero. En 1936 participó en el establecimiento de un pequeño asentamiento agrícola, Kfar Hittim, cerca del mar de Galilea, junto con un grupo de jóvenes pioneros búlgaros. Dos años después se trajo a sus padres, a su hermano y a su hermana a Israel .

Entonces estalló la Segunda Guerra Mundial. En 1943, a todos los judíos que vivían en Komotini, en Grecia, los transportaron a Treblinka, la familia de mi abuelo entre ellos.

Mi padre supo de la terrible tragedia que había caído sobre su familia, pero él y su padre decidieron no hablarnos nunca a nosotros de ella.

Así, mi hermano viajó a Komotini, donde encontró documentos que confirmaban la historia de nuestra tía. A mí me pusieron el nombre de la tía abuela, que murió joven con sus hijos. Como he dicho, no era consciente de ello, pero cuando era niña tuve algunas experiencias extrañas y extraordinarias. Mi madre solía contarme que había noches en que yo gritaba «como si te estuvieran asesinando, Malka. ¿Qué soñabas?». Todos en casa se despertaban sobresaltados a mitad de la noche. Yo nunca me despertaba durante esos episodios ni recordaba

nada de ellos por la mañana. Algunas noches me sentaba recta al pie de la cama, gritando enfadada, como si estuviese hablando frente a un auditorio lleno de gente. No recordaba nada por la mañana, ni recuerdo haber salido de la casa sonámbula, con los ojos abiertos. Daba una corta caminata y regresaba; mi madre siempre detrás de mí. Me llevó a varios médicos que dijeron que no había nada que hacer, que pasaría cuando creciera, y le advirtieron que no me despertara durante esos paseos, para no sobresaltarme. Como es natural, nunca me permitía pasar la noche en un campamento a menos que ella estuviera allí, durmiendo junto a mí.

Cuando crecí, los episodios remitieron.

Cuando comencé a escribir historias sobre el Holocausto, no pude evitar sentir que yo estaba allí. Siempre me fascinaron los programas sobre el Holocausto. Nunca salía de casa sin algo pequeño para comer en el bolso, y no tiraba la comida. Siempre tengo en el fondo de mi mente que cualquier sobra de comida puede servirle a alguien, si no a una persona, cuando menos a un animal.

¿Fue el nombre que me dieron la causa de estas excentricidades? No tengo idea. Tengo una amiga que es astróloga y psíquica, y ella sostiene que darle a una persona el nombre de otra puede tener una gran influencia en ella.

*¿Cuál ha sido tu inspiración para escribir este libro?*

Este libro está basado en una historia real. Conocí a la heroína en una convención de terapia familiar y de pareja. Ambas somos terapeutas y nos habían invitado a asistir a un espectáculo de comedia. Nos sentamos juntas por casualidad, no nos conocíamos. Al final del espectáculo, la mujer, que se presentó como Nechama, me dijo que le gustaba mi risa y se alegraría de conocerme mejor. Acordamos reunirnos.

Nechama me contó sobre su niñez durante el Holocausto. El tema me interesaba mucho, y para ese momento ya había escrito tres libros sobre el Holocausto.

Un año después, Nechama me preguntó si estaría dispuesta a escribir un libro que contara su historia tal como la recordaba. Le dije que estaría feliz de hacerlo, con la condición de que no podía escribirlo como una biografía, donde me vería obligada a apegarme estrechamente a los detalles e incluir fotografías y documentos, y publicarlo mediante una editorial independiente. Más bien le dije que quería escribir un libro basado en la historia de su vida, que me diera la libertad de incluir partes de mi propia imaginación, extenderme en las cosas que considerara adecuadas y escribir un libro que llamara la atención de una editorial más conocida. Ella estuvo de acuerdo.

Nechama es Danusha en el libro. Cuando estalló la Segunda Guerra Mundial, tenía poco más de dos años de edad, y ocho cuando terminó.

Nos pusimos a trabajar.

Durante muchos, largos meses, vino a mi casa y me contó lentamente su historia. Nuestras sesiones no eran fáciles. Tocábamos asuntos dolorosos, incluyendo algunos sobre los que Nechama nunca había hablado antes.. Progresamos lenta y cuidadosamente, lo tratamos con toda la sensibilidad que pudimos, y ella me llegó al corazón. Más de una vez compartimos algunas lágrimas, y cuanto más lejos avanzábamos, más claro era para mí: mi motivación para escribir este libro era permitir que Danusha, por una vez, estuviese en el centro del escenario. Por una vez, yo quería que los focos estuviesen sobre ella. Al escuchar su historia, me dolía saber que siempre la dejaban atrás. La empujaban a un lado. La callaban. La silenciaban.

Quería que ella fuera la heroína.

Cuando se publicó el libro, se me acercaron para que diera una entrevista para la columna de fin de semana de un gran periódico.

Le dije al periodista que entrevistara a Nechama, que la fotografiara. Y, en realidad, la honraron con un artículo largo y fascinante, y una hermosa fotografía. Yo solo pedí hablar brevemente acerca del proceso que habíamos atravesado y dar mi importante mensaje: Nechama es una verdadera heroína. Después de pelear una guerra externa y otra interna por el corazón de su madre, crio hijos, estudió, se convirtió en terapeuta y ahora ayuda a la gente. Esto es auténtico heroísmo.

*La chica polaca* ha recibido muchos elogios en Israel, y está recomendado por el Ministerio de Educación Israelí como lectura para la secundaria.

# Agradecimientos

Agradezco a Nechama Tiechtel —Danusha— desde el fondo mismo de mi corazón, que compartiera conmigo su increíble y dolorosa historia de supervivencia.

Agradezco a Michal Heruti, mi editor, que me acompañara en este viaje fascinante, y a Modan Publishing House que publicara la edición en hebreo.

Gracias a Noel Canin por su maravillosa y hábil traducción del libro.

Mi gratitud especial a Tali y Benny Carmi, y a todo el equipo de eBookPro Publishing House, por su guía empática y profesional en la publicación mundial de mi libro.

Y, por último, gracias al equipo de HarperCollins y particularmente a One More Chapter por su atenta compañía a lo largo del camino.

# Preguntas para el grupo de lectura

1. ¿Cuáles piensas que son los temas centrales de la historia?
2. ¿Te parece que el prólogo es adecuado para establecer estos temas?
3. El libro se desarrolla entre dos líneas de tiempo entrelazadas: la historia de Danusha y su familia durante la guerra, y su lucha por reconciliarse con ella en el presente narrativo, años más tarde. ¿Cómo moldea este marco la experiencia de lectura?
4. ¿En qué forma la visión de la tirante relación madre-hija en el corazón del libro afecta a la imagen general de la guerra y su viaje para sobrevivir a ella?
5. La narrativa recorre muchos lugares en la Polonia y Ucrania modernas. ¿Cómo han contribuido los eventos de la historia a tu comprensión de la compleja historia de esta región?
6. Danusha se deleita en cómo ahora puede mirar los cielos enormes que se extienden a su alrededor como el mar. También recuerda de forma vívida el árbol de lilas en el jardín de Helmutt Sopp y a menudo compara a su madre con una tormenta y con la luz de las estrellas. ¿Qué papel desempeñan en la historia los temas de la naturaleza y cómo contrastan con las brutales realidades de la guerra?
7. El libro aborda varias relaciones complejas que se desarrollan con el telón de fondo de uno de los periodos más oscuros de la historia. ¿Qué efecto tiene esto con respecto a la moralidad objetiva?
8. ¿Tienes una escena o descripción favorita?
9. Si hubiese un capítulo más, ¿qué piensas que pasaría en él?
10. ¿Qué ha sido lo que más has disfrutado de la historia? ¿«Disfrutar» es la palabra correcta?

# Notas

[1] Se refiere a Galitzia, Galicia del Este de Europa Central o Galicia de los Cárpatos, no a la Galicia española. (Todas las notas son de la traductora).
[2] En este caso, los «gallegos» eran los judíos polacos oriundos de Galitzia, o Galicia del Este, en Europa Central, también llamada Galicia de los Cárpatos. No se refiere a un temperamento propio de los gallegos nacidos en Galicia, en España.
[3] Agencia de Naciones Unidas para los Refugiados de Palestina en el Cercano Oriente.
[4] Centro de estudios para inmigrantes en donde se imparten clases intensivas de hebreo.




# Minecraft oficial: Enciclopedia de mobs

Mojang AB
9788418976865
176 Páginas



**¡HA LLEGADO LA HORA DE VIVIR AVENTURAS!**

**DESCUBRE TODO LO QUE HAY QUE SABER SOBRE LOS MOBS DE MINECRAFT EN LA *ENCICLOPEDIA DE MOBS.***

Bienvenido a Minecraft, un lugar donde la exploración y el descubrimiento tienen como recompensa las vistas más espectaculares y los mobs más increíbles que jamás podrás ver. Muchos son neutrales y algunos pasivos, pero, desgraciadamente, un buen número son hostiles y tendrás que estar preparado; sobre todo

en las peligrosas dimensiones del Inframundo y el End. En estas páginas conocerás a siete guías expertos que te contarán muchas historias sobre sus divertidas experiencias y te llevarán a explorar cada rincón del Mundo superior. Incluso descenderás al Inframundo y visitarás la dimensión del End en un viaje emocionante en el que conocerás a los **79 mobs que existen.**
Aprende a sobrevivir a las batallas contra los esqueletos, bucea con los delfines en busca de tesoros o arriésgate a combatir con el Dragón de Ender... ¡y después inicia una nueva aventura en solitario!

**MÁS DE 150.000 EJEMPLARES VENDIDOS DE LA SERIE**

«Estos elegantes libros a todo color son el complemento perfecto para la estantería de cualquier fanático de Minecraft, o una gran ayuda para alguien que comience a jugar.» *Games Master* 




# El chico de las musarañas

Obregón, Ana
9788491399056
256 Páginas



**Ana Obregón, una de las mujeres más queridas y reconocidas de nuestro país, nos ofrece un desgarrador testimonio sobre la pérdida de su hijo Aless Lequio, tras una larga y dura enfermedad.**

El corazón de este libro es *El chico de las musarañas*, el texto que Aless empezó a escribir cuando le diagnosticaron cáncer. Un relato sincero, ácido, irónico, vibrante, con un sentido del humor único, que

no pudo terminar, y que nos descubre el talento, el carisma y la personalidad de un joven que, sin duda, hubiera triunfado como escritor.

A través de estas páginas, Ana se desnuda en un viaje de esperanza, lucha y fuerza, donde muestra un huracán de sentimientos y emociones sin filtro, en el que sumerge al lector en una experiencia inolvidable.

La prueba de amor más bonita de una madre, una narración conmovedora, que sobrecogerá y en más de una ocasión despertará una sonrisa cómplice.

<p




# Ojo de diamante

Quinn, Kate

9788410640108
544 Páginas



**La autora superventas de *La red de Alice*regresa con un inolvidable relato de la Segunda Guerra Mundial, basado en hechos reales, en torno a una pacífica bibliotecaria que se convirtió en la francotiradora más letal de la historia.**

En 1937, en la nevada Kiev, la vida de Mila Pavlichenko gira en torno a su trabajo de bibliotecaria y a su hijo pequeño, pero la invasión de los nazis a la URSS cambia radicalmente su destino. Cuando le dan

un fusil y la envían a luchar al frente oriental, la joven estudiosa se convertirá en una implacable francotiradora conocida como Lady Muerte y llegará a ser una heroína nacional.

Para recuperarse de sus heridas de guerra Mila es enviada a los Estados Unidos en una gira benéfica y propagandística. Allí se ve aislada y sola hasta que una inesperada amistad con la primera dama, Eleanor Roosevelt, y una aún más inesperada conexión con un compañero francotirador le ofrecen la posibilidad de la felicidad. Pero un viejo enemigo del pasado de Mila une sus fuerzas a las de un nuevo y letal adversario que acecha en las sombras, y Lady Muerte tendrá que luchar contra sus propios demonios y contra las balas enemigas en el duelo más letal de su vida.

**Finalista a los Goodreads Choice Awards: Mejor Novela Histórica de 2022**

"Quinn entreteje humanidad y profundidad emocional a través de su narrativa". Sarah Penner

"Kate Quinn ha superado sus novelas anteriores al transformar una biografía histórica de la vida real en una ficción apasionante. *Ojo de diamante* —novela bélica, historia de amor en tiempos de guerra, *thriller* de asesinato—, con una prosa que se mueve entre lo lírico y lo melodramático según la exigencia de los hechos, construye y desarrolla un final sorprendente de doble cañón digno de su inspiración desbordante". *Wall Street Journal*

"La vida de Mila era increíble y Quinn le hace justicia en esta trepidante novela". *The Times*

"La habilidad de Kate Quinn consiste en desarrollar personajes y relaciones, añadiendo tensión, suspense y una trama inteligente". C*hoice*

"Ficción histórica y *thriller* fascinante a partes iguales, la última novela de Quinn que celebra a las mujeres heroicas es una novela de acción altamente cinematográfica". *The Washington Post*

estrategias para convencer y llegar a acuerdos ventajosos, en definitiva, alcanzar el éxito a todos los niveles.

En este manual definitivo, Cialdini explica, con rigor científico y de forma sencilla, cómo provocar en las personas la respuesta deseada y cómo protegerse ante intentos poco éticos de persuasión.

Un compendio de sabiduría para convertirte en un hábil influyente.

*Bibliografía: https://www.harpercollinsiberica.com/images/pdf/bibliografia-influencia.pdf*

«Cualquiera que desee ampliar al máximo sus capacidades comunicativas y negociadoras debe leer el libro Influence de Robert Cialdini. Sus conocimientos básicos estarán incompletos sin él»

**Chris Voss**, autor del éxito de ventas según el *Wall Street Journal, Never split the difference*.




# Contra la Revolución Francesa

Alberto Garín 9788410640269
480 Páginas

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

**¿Fue la Revolución Francesa el mito fundacional del mundo contemporáneo?**

**¿Recogía en su espíritu todo lo bueno y noble que habita en el alma humana?**

**¿Representaba el bien absoluto y cualquier cosa que se alejara de ella era el mal?**

Pocos acontecimientos históricos son tan conocidos como la

Revolución Francesa, y, al mismo tiempo, tan poco entendidos. La historia se aceleró en Francia durante la última década del siglo XVIII y sus consecuencias no tardaron en afectar a todo el mundo gracias a Napoleón Bonaparte, el más ilustre de los hijos de la revolución. Los dos siglos posteriores son inexplicables sin esta convulsión que encontró infinidad de imitadores en todas las latitudes.

Fernando Díaz Villanueva y Alberto Garín diseccionan en este libro la historia de este momento histórico excepcional en todas sus vertientes para desmontar, con precisión y afilada crítica, los mitos e ideas que han perdurado hasta nuestros días.